

ENCUADERNACION  
"EUROPEA"  
Folios 32  
SANTIAGO

[www.archivopatriciaoaylwin.cl](http://www.archivopatriciaoaylwin.cl)

2

# POLITICA Y ESPIRITU

VOLUMEN III. AÑO II. N.º 13-18

★

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

SANTIAGO DE CHILE - 1946

3927

**DIRECTOR**

**Manuel Fernández Díaz**

**COMITE DE COLABORACION**

**Andrés Santa Cruz Serrano  
Manuel Garretón Walker  
Eduardo Frei Montalva  
Alejandro Magnet Paguéguy  
Radomiro Tomić Romero  
Francisco A. Pinto S. C.  
Javier Lagarrigue Arlegui  
Patricio Aylwin Azócar**

**ADMINISTRACION - REDACCION**

**Ahumada 57 — Teléfono 89166  
Casilla 3126 - Santiago de Chile**

**INDICE GENERAL**  
**VOLUMEN III. AÑO 2. N.ºS 13-18**

	N.º	Pág.
ATHAYDE, Tristán de.— <i>Nuestro Jubileo</i> .....	18	185
AYLWIN AZÓCAR, Patricio.— <i>Iberoamérica frente al imperialismo</i> .....	15	79
BARTLETT, H.— <i>El futuro de Norteamérica descansa sobre las costumbres democráticas</i> .....	13	21
BAUMGARTNER, J. J.— <i>La política religiosa de la U. R. S. S. y sus incidencias internacionales</i> .....	17	130
BERNARDEZ, Francisco Luis.— <i>El Establo</i> .....	18	160
BIGO, Pierre.— <i>La posición espiritual del Socialismo</i> .....	18	161
BLOY, León.— <i>El Gran Pobre</i> .....	14	35
CASTILLO, Fernando.— <i>Raïssa Maritain: Las Aventuras la Gracia</i> .....	14	60
COLLEYE, Hubert.— <i>El primer contacto</i> .....	14	34
COMENTARIOS.....	17	154
DOCUMENTOS.— <i>El problema del comunismo y la conciencia social cristiana, por Dardo Regúlez</i> .....	15	89
— <i>El momento político chileno y la Falange Nacional</i> ..	16	124
DUCATTILLON, O. P., J. B.— <i>Resortes espirituales de Francia en las dos guerras</i> .....	13	12
DUHAMEL, Georges.— <i>En busca de Francia</i> .....	13	3
EDITORIALES.— <i>El Presidente de la República</i> .....	13	1
— <i>Lo más misterioso es la esperanza</i> .....	14	33
— <i>Democracia Ejemplar</i> .....	15	63
— <i>Nuestra Independencia</i> .....	15	64
— <i>Una nueva etapa</i> .....	16	95
— <i>El imperio de España</i> .....	16	96
— <i>Moral y Economía</i> .....	17	129
— <i>La tarea cristiana</i> .....	18	159
FAULKER, H.— <i>El futuro de norteamérica descansa sobre las costumbres democráticas</i> .....	13	21
FERNÁNDEZ DÍAZ, M.— <i>Luigi Sturzo: Italia y el mundo del futuro</i> .....	16	121
FREI MONTALVA, Eduardo.— <i>La organización de lo económico</i> .....	16	104
FUMET, Stalislav.— <i>Lo que distingue a León Bloy</i> .....	14	47
ISWOLSKY, Helena.— <i>«La casa de Meudon»</i> .....	18	179
JOUBIN C., Eduardo.— <i>Pedro Prado: No más que una rosa</i> .....	18	185
KEPNER, T.— <i>El futuro de norteamérica descansa sobre las costumbres democráticas</i> .....	13	21
LAGARRIGUE A., Javier.— <i>El comunismo y la democracia chilena</i> .....	16	117

	N. <sup>o</sup>	Pág.
LAGOS, Gustavo.— <i>Reflexiones sobre León Bloy y Fedor Dostoiewsky</i> .....	14	56
LALOIRE, Marcel.— <i>Del Partido católico al partido social-cristiano</i> .....	15	70
MAGNET P., Alejandro.— <i>Georges Bernanos: Monsieur Ouine</i> .....	13	31
— <i>León Bloy: Páginas Escogidas</i> .....	14	59
— <i>Jaime Eyzaguirre: O'Higgins</i> .....	15	88
— <i>Benjamín Subercaseaux: Tierra de Océano</i> .....	17	152
— <i>Elliot Roosevelt: Así lo veía mi padre</i> .....	17	153
MARITAIN, Jacques.— <i>La vocación de León Bloy</i> .....	14	41
— <i>Fundamento de la democracia</i> .....	17	136
MICHELET.— <i>Francia</i> .....	13	2
MISTRAL, Gabriela.— <i>Pienso en Péguy</i> .....	13	3
— <i>La faena de nuestra América</i> .....	15	76
NOTAS.— <i>Sobre la literatura norteamericana contemporánea</i> .....	13	32
— <i>Homenaje a León Bloy: palabras de introducción por Jaime Ross</i> .....	14	61
— <i>La Falange Nacional visita a la Unión Cívica del Uruguay</i> .....	16	122
— <i>Social cristianismo y su aplicación a la realidad política nacional</i> .....	16	123
— <i>Eduardo Frei M. visita el Perú</i> .....	17	155
— <i>Los demócratas cristianos argentinos y la Falange Nacional chilena</i> .....	17	156
— <i>Nuestro Jubileo, por Tristán de Athayde</i> .....	18	185
OLIVA MURILLO, Raúl.— <i>La Universidad puertas adentro</i> ..	16	110
PÉGUY, Charles.— <i>Des Français</i> .....	13	8
— <i>Los Franceses</i> .....	13	9
PANORAMA INTERNACIONAL .....	13	29
PINTO SANTA CRUZ, Francisco A.— <i>Nuestra economía y los gastos de Defensa Nacional</i> .....	13	24
— <i>La inflación reflejo de nuestra debilidad económica</i> ..	15	84
— <i>Aspectos de la realidad Política de Brasil y Argentina</i> ..	17	145
REGÚLEZ, Dardo.— <i>El problema del comunismo y la conciencia social cristiana</i> .....	15	89
RODIN, Augusto.— <i>Las catedrales de Francia</i> .....	13	16
SILVA BASCUÑÁN, Alejandro.— <i>Al margen de un proyecto de reforma constitucional</i> .....	18	173
STURZO, Luigi.— <i>Sobre la democracia</i> .....	15	65
— <i>Tendencias ideológicas y filosóficas en Italia</i> .....	18	169
SOUPAULT, Phillippe.— <i>Franklin D. Roosevelt, Estados Unidos y Rusia</i> .....	16	97
TERMIER, Pierre.— <i>La vida de León Bloy</i> .....	14	37
WERTENBAKER, Charles Christian.— <i>Retrato de Georges Bidault</i> .....	17	141
WHITMAN, Walt.— <i>A Orilla del Ontario Azul</i> .....	13	19

# POLITICA Y ESPIRITU

AÑO 2 - NUMERO 13

JULIO DE 1946

## EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

La autoridad es el elemento formal que hace posible la convivencia. Y cuanto más numerosas y complejas son las sociedades, la responsabilidad de dirigir las se hace más grave, porque recae sobre el que actúa el problema de conservar el orden, organizar la vida, hacer respetar las leyes y desarrollar las posibilidades de la nación.

Es tan decisivo para un pueblo tener una autoridad estable, que, cuando ella se debilita o desaparece, viene como un proceso de disgregación que corrompe todo el organismo social. Es por ello que los antiguos siempre unieron al pensamiento de la autoridad, el pensamiento de la divinidad y sólo una autoridad que se funda sobre una especie de delegación más alta puede sostenerse en el respeto de sí misma y en la consideración de los que tiene que regir.

Para un pueblo siempre estas crisis son duras y por encima de los juicios que pudieran emitirse sobre su acción, la muerte del Jefe del Estado conmueve y agita el sentimiento de la multitud, porque en esos instantes se siente como que somos una gran familia y pesa el vínculo de la autoridad, que es el símbolo que nos une y nos da cuerpo estable.

Al desaparecer el Presidente Juan A. Ríos, este sentimiento ha pesado sobre todos los chilenos y ya más sereno, el ambiente, se ha podido aquilatar la calidad de un Mandatario que fué un patriota, un chileno de buena ley, que tenía sus raíces en lo más esencial de la chilenidad: firmeza, resistencia, hombría. Y seguramente el espectáculo de su lucha con la enfermedad y su valor ante la desgracia, han tenido que impresionar a todos los que lo acompañaron con el pensamiento desde lejos o desde cerca. Porque hay hombres que se resignan con la enfermedad y con la muerte. Pero hay otros, como en este caso, que se resisten, que parecen amarrarse a la vida, no de una manera cobarde, sino en un verdadero combate, legítimo y humano, por vivir.

Su muerte, que ha trastornado la vida de la nación, corta la existencia de un Mandatario cuando después de algunos años de experiencia de Gobierno y después de su viaje continental, estaba en condiciones de rendir al país los mayores servicios.

Estamos ya precipitados en una nueva campaña electoral que ha revelado hasta qué punto la mayor parte de las fuerzas políticas estaban sustancialmente minadas y no respondían realmente en su estructura a las inquietudes que agitan al pueblo. Partidos desarticulados, combinaciones que se han revelado inconsistentes, desengaños para la opinión pública que ha visto un desenfrenado apetito en muchos y falta absoluta hasta de decoro en no pocos.

Se han visto pasiones y no ideas, egoísmos personalistas o de grupo y no verdadera finalidad de servicio para la nación; combinaciones de directivas, mientras el pueblo impasible y escéptico es el único espectador digno, silencioso y como lejano de estas cábalas de quienes pretenden dirigirlo.

Nadie podría negar que este ambiente resulta estéril y que deja como un resabio amargo de inutilidad.

La única esperanza es que un poderoso movimiento surgido desde la entraña misma de la nación, pueda significar una redistribución de las fuerzas políticas, un despertar de fe, una llamarada de acción limpia. Chile en estos seis años necesita en la Moneda un hombre austero, realizador, activo, que tenga imaginación, cultura y voluntad.

Estos seis años serán de importancia. El Presidente significa la suma del Poder. Hay que traer inmigrantes y mejorar la población. Hay que construir casas. Hay que hacer caminos y puertos que permitan transportar los productos. Hay que construir la planta siderúrgica y continuar el plan eléctrico, industrializar la madera y la pesca. En estos años se perfilará el destino de la América Latina frente a los grandes bloques de la política continental.

Por eso ante esta encrucijada, que ha revelado tal defección en las organizaciones oficialmente establecidas, creemos que el instinto del pueblo debe buscar con sentido de honda responsabilidad al hombre que lo represente, porque es mucho lo que está en juego.

F.

# FRANCIA

—He allí a Francia, sentada en el suelo, como Job, entre sus amigas, las Naciones, que vienen a consolarla, a interrogarla, a mejorarla, y aún si pueden, a trabajar para su salvación.

—«¿Dónde están tus navíos, tus máquinas?», pregunta Inglaterra. Y Alemania: «¿Dónde están tus sistemas? ¿No tendrás al menos como Italia, obras de arte que mostrarnos?»

—Buenas hermanas que vienen a consolar a Francia, permitidme que os responda. Mirad, está enferma, le veo la cabeza inclinada, no quiere hablar.

—Si se quisiera acumular lo que cada Nación ha gastado de su sangre y de su oro, y en esfuerzos de todas clases, por las cosas desinteresadas que sólo el mundo podía aprovechar, la pirámide de Francia iría subiendo hasta el cielo... Y la vuestra ¡Oh Naciones!, la de todas las que están aquí, ¡oh! la vuestra, la acumulación de vuestros sacrificios no llegaría más arriba de las rodillas de un niño.

—No vengan pues a decirme: «¡Qué pálida está Francia...!» Por vosotras ella ha dado su sangre... «¡Qué pobre se encuentra...!» Por vuestra salvación ha dado sin contar... Y no teniendo más nada, ha dicho: «No tengo ni oro ni plata, pero lo que tengo os lo doy...». Entonces dió su alma, y es de eso que Uds. viven.

—«Lo que le queda, es lo que ha dado...». Pero, escuchen bien, Naciones; aprendan lo que sin nosotros no habrían jamás aprendido: «¡Mientras más se da, más se posee!». Su espíritu puede dormir en ella, pero está siempre entero, siempre próximo a un poderoso despertar.

—Hace ya mucho tiempo que soy Francia, viviendo día a día con ella desde hace dos millares de años. Hemos visto juntos los días más horribles, y he adquirido la fe de que este país es el de la invencible esperanza. Es necesario que Dios la ilumine más que a cualquiera otra Nación, puesto que en plena noche cuando nadie más ve, ella ve; durante esas horribles tinieblas que se producían a menudo en la Edad Media, y después, nadie distinguía el cielo, sólo Francia lo veía.

—Eso es Francia. Con ella, nada hay concluído; siempre se recomienza.

—Cuando los galos expulsaron por un tiempo a los romanos e hicieron un Imperio de las Galias, grabaron en sus monedas la primera palabra de este país (y la última): ESPERANZA.

MICHELET.

# “EN BUSCA DE FRANCIA”

Por *Georges DUHAMEL*

De la Academia Francesa

—El fumadero donde me encuentro y en el cual no fumo, se abre sobre una pasarela abandonada tanto por la tripulación como por los viajeros, porque en ella sólo reinan el viento, la ruda luz y la nieve. Por otra parte, no se ve a nadie en este pequeño barco noruego, en este barco melancólico y taciturno, que trae según parece soldados norteamericanos con licencia para Navidad, un cargamento de aves, y además diez pasajeros, entre los cuales estamos. De tiempo en tiempo el mar agitado llega hasta el tragaluz, siendo después reemplazado por un cielo de aspecto helado. Se escucha el ruido ahogado de una radio embutida en la pared, que transmite imperturbablemente su eterno cocktail de publicidad, de noticias, de música destazada. No dice nada de Francia.

—¿Pero quién habla de Francia en este pequeño barco de fierro, en medio de esta lúgubre soledad marina? Hice una inspección cuidadosa de la biblioteca, que no me tomó mucho tiempo: dos docenas de novelas americanas, un libro de Stevenson, «Notre-Dame» de Hugo en traducción inglesa, y un libro de Alejandro Dumas. Es algo, pero esto es todo.

—¿Quién habla aquí de Francia? Es la pregunta que me he hecho cada día, durante este largo viaje a través de los continentes, el cielo, el agua, las ciudades, las soledades y las multitudes.

—Antes de contestar a esta pregunta que nos llega a lo más íntimo, quiero recordar primero algo dicho por Valéry. Era durante el primer invierno de la ocupación alemana; Francia, sofocada, buscaba a tientas las razones de su desastre. Sentado a mi lado, sobre una banqueta de terciopelo verde del Instituto, Valéry me dijo repentinamente, con acento desolado: «No nos atreveremos nunca más a mostrarnos fuera de Francia». ¡Querido Valéry! Con toda su filosofía de desprendimiento y de serenidad, conocía negros minutos de amargura. Entonces inventé consuelos, y los inventé sin dificultad, porque creía en ellos furiosamente.

—Si una vez terminada esta segunda guerra, el peregrino del mundo decide proseguir su camino, comprende rápidamente que todas las naciones en tal o cual momento de la tragedia, conocieron el efecto de las sorpresas y sintieron la sensación de la derrota, y que la opinión que se tiene de un pueblo depende menos de sus desgracias que de lo que de él se espera, de lo que puede todavía inventar y dar.

—Francia, no se encuentra presente en todas partes en este mundo que he atravesado. Existen grandes espacios extrañamente privados de Francia, grandes espacios en los cuales las palabras que pronunciamos o las ideas que amamos no despiertan ningún eco. Pero basta que el viajero hable más fuerte y más claro, y Francia despierta: aquí, no es más que un recuerdo; allí, no es más que una imagen; más allá, no es más que una esperanza, un rumor, un reflejo. El viajero se detiene y se apresura a edificar, como en un sueño; se esfuerza en predicar a Francia. Y Francia se encuentra así en todas partes, o al menos, en todas partes adonde la llevamos.



—Durante dos largos meses arengué de todo corazón ora a sociedades curiosas ora a muchedumbres convencidas. En Canadá, y no sé si debo decirlo, vi volverse hacia mí rostros ardientes que decían sinceramente: «¡Nosotros somos más franceses que los mismos franceses!». He mirado desde el fondo de mis ojos a ese hombre reservado, de acento provinciano, que decía con tanta simplicidad: «Ve Ud. señor, cuando Francia nos faltó, comenzamos a aburrirnos». No olvidaré tampoco nunca a ese diplomático británico que encontré en una aldea de los Rocallosos, y que durante toda una tarde nos citó y recitó, con piadosa precisión, a Mallarmé, Rimbaud y a algunos otros, y que llevaba consigo un manuscrito de Bernanos. Veo todavía la sonrisa de esa dama norteamericana que exclamó repentinamente: «Sí, queremos tanto a Francia y no sabemos por qué».

—Querido Valéry, os preveo en vuestra tumba al mismo tiempo inquieto y confortado. ¡Oh! podemos de nuevo caminar por el mundo y aún mostrarnos como no ha mucho me dijisteis. Francia, es de nuevo, en cada una de nuestras palabras, acogida, saludada, honrada. Sentimos bien, que todos aquellos para quienes representa otra cosa que una etiqueta sobre una botella de champaña o sobre un frasco de perfume, la consideran con una confianza toda mezclada de curiosidad, sí, de una curiosidad que llega a ser de ciertos minutos, muy apremiante, muy exigente. Esa Francia a quien se interroga en los ojos del viajero, no es la de Versailles o la de Compiègne, la de Reims o la de Chartres, la de Vézelay o la de Chenonceaux, no es la Francia de los ilustres siglos pasados, es la Francia que se rehace sobre sus ruinas y sus cenizas, es la Francia del porvenir.

—Lo que se espera de nosotros, no son nuestras recetas que todo el mundo imita con tanta seguridad y aún ciertas veces con hermosos resultados; sino que alguna invención nueva, algún pensamiento asombroso, alguna vitamina prodigiosa que vuelva a dar tal vez a veinte naciones distintas, abrumadas por diversas causas, el placer de vivir.

—He aquí, sin duda, en lo que pensaba mientras avanzaba por las rutas aéreas en estrepitosos aviones que daban grandes rodeos antes de decidirse a atravesar las nubes opacas para aterrizar en medio de las borrascas. Es en eso en lo que pensaba atravesando en el lento tren sobrecalentado, pequeñas ciudades perdidas, donde algunas veces se alumbraba repentinamente en un aviso de un muro, el nombre de algún explorador francés de quien la mayoría de nuestros compatriotas no saben absolutamente nada. Es en eso en lo que soñaba contemplando desde lo alto de los nuevos buildings, hermosos con su absoluta desnudez y su tamaño, esas ciudades confusas, sobre el destino de las cuales la influencia de Francia no puede ser mayor que una chispa, un fulgor, un pensamiento. Es en eso en lo que sueño todavía, esta noche, en este barco que busca su ruta en medio de olas semejantes a montañas de jade y de hulla, a montañas líquidas, escuchando jugar y llorar a los dos niñitos de esa joven dama francesa casada con un norteamericano, los dos hermosos niñitos que ni siquiera hablan la lengua materna de su madre, pero que tal vez la aprenderán durante su estadía en Francia y que tal vez la amarán.

«LES NOUVELLES LITTERAIRES»

10 de Enero de 1946.

# PIENSO EN PÉGUY

Por Gabriela MISTRAL  
Premio Nobel

AYER. A lo largo de los cinco años de guerra, a la hora de la liberación de Francia, y después de ella—sobre todo después—, he pensado en ti y en los vivos que llevan tu marca de centella.

Cada vez que palpo los costados sanos del poliedro francés y los núcleos que harán su resurrección, pienso en la familia Péguy, en el clan misterioso que dejaste detrás. Son muchos y la fila doble se abre con Jacques y Raissa Maritain; están desperdigados por las provincias, viven en Argelia, pululan en Canadá, penan en Indochina; de crecida, la prole rebosa el imperio y alcanza hasta la América del Sur, y yo soy tanto de Péguy como Victoria (1) es de Racine, y más aún...

Te he visto el color y la mirada de Rector afligido, llenos de noche, cuando Francia moría «de la mala muerte», que dice la Iglesia, bajo la ocupación. No hubo nunca muerte en ti, no la tenías en las manos infantiles que remendaron sillas de junco; no la había en las manos tipógrafas y encuadernadoras, de tu mocedad; no estaba la muerte tendida en tu piel por la que vivías en contacto amoroso con tu bien mayor, con la tierra francesa. Pero donde menos muerte tenías, mi unitario, era en aquella zona media donde la criatura ve sobrenaturalmente lo natural y da un trato «a lo divino» a los negocios humanos. No es ese órgano común ni en la gente gala ni en las otras: los terrestres se echan de bruces sobre su costra verde o rojiza, resobando y gozando el terrón de Gea, que dice el griego, y los místicos hacen la misma trampa viviendo de éteres adentro y dejando a Gea sólo la engañifa de su cuerpo.

Tú, mi santo Péguy, eras caso aparte. Por ejercicio o modo maravilloso, te las arreglaste para verles a todas las cosas y problemas, a cuanto caía a tus ojos, la orla y el forro divinos, y para manejarlos con tratos inefables según hace el que *vió*. Por eso ni tu cielo lo has tenido entre palmas y pebeteros musulmanes, sino en un desasosiego de agonías, cuando Francia estaba ciega y sorda y embrutecida de malos alcoholes.

Te pensé, y hasta te oí, tutor y amigo mío, en el interregno del «vichismo», ojeando hacia la Francia partida en res («dame esto; coge el resto»), ojeando y husmeando hacia los veinte puntos de los cuales saltarían el coraje y la rebelión. Te vi colarte en la tertulia de las casas, a fin de oír el comentario de viejos y niños, y te sentí correr los malezales, detrás de los buenos furtivos, y supe que soplabas parte de tu resuello santo sobre los «maquis»: consuetud invisible, fantasma agitado y errante. ¿Y cómo habías de estarte allá arriba, blanco y quieto, igual que el buho, francés que nos contaste una Francia que está en los cielos, con la categoría de los «Tronos» y las «Dominaciones» y que asienta los pies en Europa sólo en cuanto a encomendera divina, para misión expresa, suya y sólo suya?

El aire y las maneras de tu patriotismo no los conocimos en ninguno de allí o de otra parte, porque aunque fueses soldadescamente viril, de pronto

(1) Victoria Ocampo.

se parecía al hijo mimoso «pegado a las sayas de la madre». Y es que, si tu-teabas al Padre Eterno ¿cómo no habías de tener con la madraza de limo tales confianzas, tales querendonerías, y, en la justa cólera, aquellos zamarreos de dueño suyo y heredero de su haber terrestre?

Y te miré sobre la costa de invasión, en la noche *lumbrada* de los muertos, asistiendo a lo que no imaginaste nunca: a la otra cristiandad, la mecanicista, la fría, la protestante, llegar en un aluvión de hierro y de mesianismo—de esto también—y desembarcar cantando—¡ellos!— tu Marsellesa provenzal, revuelta en la humareda con sus himnos puritano-heroicos.

¡Ay, fiesta perdida, Péguy chantre, Péguy soldado en el Marne, Péguy normalista a lo platónico; ay, la ocasión de haberte tenido allí y oírte cantar, rezar y llorar en el desembarco bretón y el normando!

AHORA. Y te vuelvo a pensar ahora, maestro a lo Arcángel, con tu corporalidad celeste acribillada de ojos y tus potencias batidoras como las de Miguel, sabiendo lo que hay que hacer para redondear la salvación, y no estropearla, y no zurcirla ni parcharla, porque las salvaciones salen enteras o no salvan, salvan íntegras según la Minerva o se rompen al llegar y posarse.

Cuando tu gente cayó, casi no entendiste; cuando Pétain hizo tratos con tal de guardar ciudades y metió la honra en el arca «para después», y cuando los letrados *petenizaron* en parlería y en plumeos de escribas antiguos—copistas de Poncio Pilatos—; y cuando las mozas de sangre pronta «taylorizaron» de otro lado con sus encantos, por ablandar al invasor, en todas esas anécdotas de demencia senil y de falso «enfantillage», tu cuerpo sin sombra ardía del fuego rojo, no del lácteo que hace tu cielo, y trajinabas las diez atmósferas pidiendo voluntades al Padre Eterno y bajando con ellas hacia los escondedores de los «maquis».

Pero ahora, santo mío y tutor mío, ahora ya todo maduró de canto a canto en tu país, como un trigo violentado por dos semanas de sol fuerte, o como una viña que pasa de golpe de agraz a la miel. Ahora apenas quedan una que otra pustulilla, aquí y allá, secándose al brillo de la espada.

Y es ahora cuando me punzas las sienes con agujas más apuradas de recuerdo. Porque es ahora cuando viene la operación de vida o muerte, el parto para alumbrar la Francia-niña, parecida a tu Esperanza, y alumbrarla con el rostro de la Fe y las manos de la Caridad-Justicia, y dejarla en pie, sacándola de los vendajes sanguinosos tan limpia como si el parto no hubiese sido cosa de acero y sajaduras sino el desprendimiento enjuto de Casiopea desde la nebulosa placental. Injerto no, homúnculo no,—dirás tú—sino el parto de Isabel Romée, madre de Jeanne.

Tú sigues, paso a paso, este nacimiento que para ti se cumple en un triángulo que tiene de un lado a Chartes—alias la Tradición—, del otro a la Sorbonne rescatada a los viejos de seso mineral que detestaste, y del otro aun al Valle del Loire, verde hasta cuando le llueve encima la sangre.

Sigues y sigues a estas horas la diestra de De Gaulle y la miras con más amor que la de tu Angel Custodio sobre ti. Vas y vienes con él, haces trucos y destrezas de Ariel cuando lo paran y le cuchichean el sub-jacobino, o el monárquico diz que arrepentido o el loco de atar, que es molinero y querría ahora mismo molerlo todo: piedras de Orange, cimientito armado fronterizo, mujeres y hombres, con tal de hacer su harina y crear el desierto argelino.

Tú, el pequeño Péguy, le mides al hombrón la talla de encina trepada de muérdago; le silabeas su nombre que parece fábula en la coincidencia y te embobas ante su fuerza austera. Tú, el menudillo, vas cosido a tu grandullón, haces el sargento y hasta el médico, vigilas su bocado y no le pierdes pisada en el día. Y cuando lo ves cansado, lo tocas con redoble musical en la frente pina, en el pecho, de donde salta el ímpetu, y en las rótulas que han de resistir sin doblarse. En el día le hablas con las frases cortas que eran las de tu habla, y de noche le conversas con el período demorado de tu escritura. El Generalísimo y el tejedor de mimbre se entienden bien y se miran con ojos que no se sueltan. Y cuando ya es noche, lo pones a dormir, y entonces abajas a él tus sueños cuya hora al fin llegó, y se los pasas y repasas de sien a sien, insistentes según tus vocativos y letanías.

Cuida a tu flamenco, cuando marcha, del castor reaccionario, que cava y mina, y al cruzar los jardines de la «banlieu», libra su cara desnuda del avispero anárquico y guárdalo hasta de las palomas falangistas que pasan el Pirineo con un anillo de santo y seña en las patitas rosas...

Vela tú todavía un poco más, trajina, haz mandados, pero reaparece, celador nocturno de tu Europa hospitalizada. El cielo, ése espera; mas la pobre tierra, en un desliz de ausencia, se enloquece y rompe la vajilla y hace saltar la casa. El Dios Padre te dió segundo cuerpo tal vez para que velases sin bostezo y te arrancó de la imprentilla de los «Cahiers» para que anduvieses huroneando por el taller entero de Francia y por su llanura cereal y frutal.

Harto esperaste, con tu paciencia «paysanne»—veinte años entre dos guerras—; pero ni penaste ni rezaste en vano. Segunda y última vez, irás a decir tu «Acción de Gracias» a pie de París a Chartres con la Francia recién nacida enjalbada en tus hombros; segunda vez escribirás el *Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc* y de su llamarada, que esta vez saltó de los matorrales y de los jarales de la Saboya.

# DES FRANÇAIS

Par Charles PÉGUY

C'est embêtant, dit Dieu. Quand il n'y aura plus ces Français,  
Il y a des choses que je fais, il n'y aura plus personne pour les comprendre.

Peuple, les peuples de la terre te disent léger  
Parce que tu es un peuple prompt.  
Les peuples pharisiens te disent léger  
Parce que tu es un peuple vite.  
Tu es arrivé avant que les autres soient partis.  
Mais moi je t'ai pesé, dit Dieu, et je ne t'ai point trouvé léger.  
O peuple inventeur de la cathédrale, je ne t'ai point trouvé léger en foi.  
O peuple inventeur de la croisade, je ne t'ai point trouvé léger en charité.  
Quant à l'espérance, il vaut mieux ne pas en parler, il n'y en a que pour eux.

Tels sont nos Français, dit Dieu. Ils ne sont pas sans défauts. Il s'en faut.  
Ils ont même beaucoup de défauts.  
Ils ont plus de défauts que les autres.  
Mais avec tous leurs défauts je les aime encore mieux que tous les autres  
avec censément moins de défauts.  
Je les aime comme ils sont. Il n'y a que moi, dit Dieu, qui suis sans défauts.  
Mon fils et moi. Un Dieu avait un fils.  
Et comme créatures il n'y en a que trois qui aient été sans défauts,  
Sans compter les anges.  
Et c'est Adam et Eve avant le péché.  
Et c'est la Vierge temporellement et éternellement.  
Dans sa trouble éternité.  
Et deux femmes seulement ont été pures étant charnelles,  
Et ont été charnelles étant pures,  
Et c'est Eve et Marie.  
Eve jusqu'au péché,  
Marie éternellement.

Nos Français sont comme tout le monde, dit Dieu. Peu de saints, beaucoup de pécheurs.

Un saint, trois pécheurs. Et trente pécheurs. Et trois cents pécheurs.  
Et plus.

Mais j'aime mieux un saint qui a des défauts qu'un pécheur qui n'en a pas. Non, je veux dire:

J'aime mieux un saint qui a des défauts qu'un neutre qui n'en a pas.

# LOS FRANCESES

Por *Charles PÉGUY*

Es fastidioso, dijo Dios. Hay algunas cosas que yo hago que, si un día ya no hay franceses, no habrá nadie que las entienda.

¡Oh pueblo! Porque eres un pueblo pronto te llaman pueblo ligero los demás pueblos de la tierra. Los pueblos de fariseos te dicen pueblo ligero. Porque eres rápido; llegas antes que los otros partan. Pero Yo te pesé, dijo Dios. Y no te encontré liviano. ¡Ah, no! Pueblo inventor de la catedral, No te he encontrado ligero en la Fe. Pueblo inventor de la Cruzada, No te he encontrado ligero en Caridad. En cuanto a la Esperanza... ¡Vale más no hablar! No existe más que para ellos.

Así son mis franceses, dijo Dios. No es que sean sin defecto. ¡No faltaba más! Incluso tienen muchos defectos. Tienen más defectos que los otros. Pero, con todos sus defectos, Yo los quiero más que a todos los demás, a los que se cree sin tantos [defectos. Los quiero como son. Nadie existe, sino Yo, dijo Dios, que sea sin defecto. Mi Hijo y Yo. Un Dios tenía un hijo. Y de las criaturas no hubo más que tres que sin defecto fueran, descontados los ángeles, y son Adán y Eva antes del pecado y es la Virgen, temporal y eternamente, en su inquieta eternidad. Siendo carnales, dos mujeres tan sólo fueron puras. Carnales fueron pese a su pureza, Eva y María. Eva, hasta el pecado. Eternamente, María.

Mis franceses son como los demás, Dijo Dios. Por pocos santos, muchos pecadores. Un santo, tres pecadores. Y treinta pecadores. Y trescientos pecadores. Y más... Pero me gusta más un santo con defectos que un pecador sin ellos. No, no es eso; lo que quiero decir es que prefiero un santo con defectos a un neutro que no los tenga.

Je suis ainsi. *Un homme avait deux fils.*  
Or ces Français, comme ils sont, ce sont mes meilleurs serviteurs.  
Ils ont été, ils seront toujours mes meilleurs soldats dans la croisade.  
Or il y aura toujours la croisade.  
Enfin ils me plaisent. C'est tout dire. Ils ont du bon et du mauvais.  
Ils ont du pour et du contre. Je connais l'homme.  
Je sais trop ce qu'il faut demander à l'homme.  
Et surtout ce qu'il ne faut pas lui demander.  
Si quelqu'un le sait, c'est moi,  
Depuis que l'ayant créé à mon imagen et à ma ressemblance,  
Par le mystère de cette liberté, ma créature,  
Je lui abandonnai dans mon royaume  
Une part de mon gouvernement même,  
Une part de mon invention,  
Il faut le dire une part de ma création.  
Il faut les prendre comme ils sont. Si quelqu'un le sait, c'est moi.

*(Le Mystère des Saints Innocents).*

Yo soy así, dijo Dios.  
Un hombre tenía dos hijos.  
Pues bien, tales como son, estos franceses  
son mis mejores servidores.  
Han sido y serán siempre mis mejores  
soldados en la Cruzada,  
pues existirá siempre la Cruzada.  
En fin, me gustan. No hay más que hablar.  
Tienen su lado bueno y su lado malo.  
Tienen su pro y su contra.  
Yo conozco al hombre.  
Sé demasiado lo que hay que pedirle al hombre.  
Y, sobre todo, lo que no es preciso pedirle.  
Si alguien lo sabe, soy Yo,  
que lo hice a imagen y semejanza mía,  
por el misterio de la libertad, mi criatura,  
a quien dejé una parte de mi propio gobierno  
en el mi reino,  
una parte de mi invención  
y, hay que decirlo, una parte de mi creación.  
Menester es tomarlos como son.  
Si alguien lo sabe, soy Yo.

*(Del «Misterio de los Santos Inocentes»  
(Traducción de Alejandro Magnet T.).*



# RESORTES ESPIRITUALES DE FRANCIA ENTRE LAS DOS GUERRAS

Por J. B. DUCATTILLON O. P.

Definir a un pueblo siempre ha sido tarea difícil y si ese pueblo es Francia la dificultad se agrava.

En apoyo de estas palabras les leeré unas líneas de Paul Valéry; dicen así: «No hay Nación más abierta, ni, sin duda alguna, más misteriosa que la francesa; es fácil de observar y da la sensación de conocerla de inmediato. Luego, pronto se ve que no hay otra tan difícil de prever en sus movimientos, ni otra tan capaz de recuperación y de retornos imprevistos.

«Su historia es un panorama de situaciones extremas, una cadena de cimas y de abismos, más numerosos, más aproximados en el tiempo que la de cualquier otra historia.

«Se diría que este país está predestinado por su naturaleza y su estructura a realizar en la historia y en el espacio combinados, una especie de figura de equilibrio, sin embargo, de una extraña estabilidad y alrededor de la cual los acontecimientos y las vicisitudes inevitables e inseparables de toda vida, las explosiones interiores, los sismos políticos exteriores, las tormentas venidas del exterior, la hacen oscilar más de una vez por siglo, y eso desde hace siglos.

«La Francia se levanta, vacila, cae, de nuevo se levanta, se reduce, recobra su grandeza, se desgarrar, se concentra, mostrando alternativamente la altivez, la resignación, la despreocupación, el ardor, distinguiéndose entre las naciones por su carácter curiosamente personal.

«Esta Nación nerviosa y llena de contrastes, encuentra en esos mismos contrastes recursos imprevistos.

«El secreto de su prodigiosa resistencia está tal vez en las grandes y múltiples diferencias combinadas en ella. En el francés la ligereza aparente del carácter se acompaña de un aguante y de una elasticidad singulares.

«La facilidad y lo ameno en sus relaciones están unidos a un sentimiento de crítica temible y siempre despierto.

«Se observa en el francés una cierta indisciplina natural que desaparece ante la evidencia de la necesidad de una disciplina.

«No es raro encontrar a la Nación unida de pronto, cuando todo hacía creer en su desunión.

«Bien fácil es verlo, la Nación francesa es particularmente difícil de definir de una manera simple y entra en su definición, esa dificultad de serlo.

«Trátase de Francia o de cualquier otra nación, no es cosa fácil de representarse con nitidez lo que se llama una Nación.

«Los rasgos más simples, como los más aparentes, no son percibidos por la gente del país, insensible a lo que siempre ha visto. El extranjero, en cambio, los percibe de inmediato pero aumentados. Por el contrario, no percibe una cantidad de caracteres íntimos, realidades invisibles que realizan el misterio de la unión profunda de millones de seres.

«Entre la tierra y el hombre que la habita, el clima, la fauna, la flora, el suelo, se forman lentamente relaciones recíprocas, tanto más numerosas y entremezcladas cuanto más tiempo se haya fijado en el suelo. Si ese pueblo es compuesto, vale decir, formado de aportes sucesivos en el curso de los tiempos, las combinaciones se multiplican.

«Frente al observador, esas relaciones recíprocas entre la madre tierra y la vida que alimenta, no son igualmente aparentes. Las unas son las modificaciones diversas que la

vida humana imprime al suelo; las otras son las que la tierra imprime al hombre que la habita.

«Y mientras que la acción del hombre sobre la tierra es visible, al contrario, la acción de la tierra sobre el hombre es casi de imposible determinación.

«La mayor parte de nuestras operaciones sobre la naturaleza se reconocen con facilidad; lo artificial está superpuesto a lo natural.

«Pero la acción de la naturaleza sobre nosotros se funde en nosotros mismos. Lo que obra sobre un ser vivo y no lo suprime, produce una forma de vida, una variación de vida más o menos estable.

«Y esto, que es lo que nos interesa más conocer, es precisamente lo más difícil. Las costumbres, los ideales, la política, los productos del espíritu son los efectos incalculables de causas entreveradas al infinito, donde la inteligencia se pierde.

«Esta impotencia es fatal a la especie humana.

«Esta incapacidad de conocerse mutuamente es la que opone las naciones entre sí mucho más que los intereses; es la que se opone a una organización del conjunto de los hombres sobre el globo, empresa vanamente intentada por el espíritu de conquista, por el espíritu religioso y por el espíritu revolucionario.

«La tierra de Francia es notable por la nitidez de su figuración, por la diferencia de sus regiones, por el equilibrio de sus diversas partes que se complementan y se agrupan.

«No hay pueblo que tenga relaciones tan estrechas con el lugar en que vive. No se le puede imaginar desplazándose en masa, emigrando en masa a otros cielos, desprendiéndose de Francia. No se concibe a su pueblo desprendido de su suelo.

«Una carta en la que figuraran las migraciones de los pueblos, haría aparecer el territorio francés como un área donde las corrientes humanas se han mezclado, neutralizado y apaciguado por la fusión progresiva y el entrecruzamiento de sus torbellinos. El hecho fundamental, pues, de la formación de Francia ha sido la presencia y la mezcla en su territorio de una cantidad de elementos étnicos diferentes.

«Todas las naciones de Europa son un compuesto y no hay tal vez una en la que se hable una sola lengua. Pero no hay ninguna, creo, cuya fórmula étnica y lingüística sea tan rica como la de Francia.

«La combinación de tantos factores independientes, el dosaje de tantas herencias, explica muchas contradicciones en los actos y en los sentimientos de los franceses, y también ese notable valor medio de los individuos.

*A causa de la diversidad de sangre que ha recibido, y con la cual ha compuesto en varios siglos una personalidad tan neta y tan completa, creadora de una cultura y de un espíritu característicos, la Nación francesa hace pensar en un árbol injertado muchas veces, del cual la calidad y el sabor de sus frutos son el resultado de una feliz alianza de jugos y savias diversas que concurren a formar una misma e indivisible existencia».*

Así es Francia; contraste y unidad.

Por mucho tiempo Francia ha sido considerada como un país irreligioso por excelencia, bajo las formas del laicismo, del racionalismo y del anticlericalismo.

Hasta los reyes de Francia tuvieron un laicismo tradicional.

Felipe el Hermoso y el Papa Bonifacio sostuvieron una controversia en la que el soberano reivindicó la independencia absoluta del poder temporal frente al espiritual, si bien afirmaba hacerlo para defender la fe y la Iglesia. Fué algo así como un «laicismo de derecho divino y al servicio de la cristiandad». Pero el verdadero laicismo aparece en 1789 con la Revolución francesa.

El Estado no apoya ya la legitimidad del derecho divino de los reyes. La unidad religiosa no se estima condición de la unidad política y el Estado no reclama ni función ni atribución espiritual.

Pero en la medida de la evolución mental y social, la oposición anotada pasa al plano filosófico; sus términos son la razón y la fe.

La tradición cristiana *subordina* la razón a la fe, y considera a la razón insuficiente sin el apoyo de la fe. Por el contrario, el racionalismo laico afirma la *independencia y la suficiencia absoluta* de la razón; rechaza el misterio, objeto de la fe.

La consecuencia fué una persecución a lo eclesiástico que se agudizó durante la Tercera República antes de 1914, y el reino del racionalismo en los espíritus por la prensa, la literatura, las universidades y las escuelas.

Pero quien se limitara a estas consideraciones para caracterizar el estado espiritual y religioso de esa época en Francia, olvidaría que es un país de contrastes, como ya lo he dicho.

En la misma época racionalista y anticlerical, subsistía en Francia y se desenvolvía una vida religiosa intensa, profundamente cristiana.

Francia dió en esa época a la Iglesia y al mundo una pléyade de santos, algunos de ellos de los más célebres en el campo católico: Santa Teresita de Lisieux, Isabel Leseur, Isabel de la Trinidad, Ana de Guigné, y junto a ellas el milagro de los lugares de peregrinación.

Un pueblo que tenga en su seno la santidad no puede ser un pueblo descristianizado.

La santidad es señal de vitalidad espiritual incomparable. Y tal vitalidad espiritual la vemos todavía en la fecundidad misionera; Francia ha proporcionado legiones de misioneros.

Entre los contrastes que ofrece Francia está la magnífica recuperación, el retorno prodigioso acaecido en la guerra de 1914-1918 y en la guerra de 1939.

Una de las manifestaciones que lo prueban es la extinción del anticlericalismo confesada por el dirigente radical Herriot, el cual hizo el panegírico del Papa Pío XI. Luego citaremos también el respeto unánime de las Cámaras al recibir la noticia de su fallecimiento.

Igual cosa dijo el Cardenal Verdier en Enero de 1939, al expresar su satisfacción por la posición de Francia en defensa de los valores cristianos, a pesar de haber sido considerada la ciudadela del anticlericalismo.

Pero la disgregación del anticlericalismo es el índice visible de la transformación habida en los espíritus.

La juventud intelectual, otrora impregnada de racionalismo, ha retornado a la fe.

En otro tiempo, no muy lejano, a nadie se le hubiera ocurrido la idea de una comunión para estudiantes.

Se inició en 1913, pero la guerra la interrumpió, renaciendo nuevamente en 1918. El número de los estudiantes que participaron en las primeras misas, ascendió a 17.343 en 1935.

Este retorno a la religión no se ha limitado a la juventud intelectual; ha sido aún mayor en la juventud obrera. En 1926 se reúnen varios obreros en Clichy para llevar a cabo una campaña a ejemplo de la llevada por el Padre Cardijn, en Bélgica. En 1927 contaba con 29 federaciones y 110 secciones; en 1937 eran 86.734 secciones. En cuanto a la clase obrera femenina, en 1937 había constituido 96 federaciones y tenía más de 700 secciones en formación.

El Cardenal Verdier, en el décimo Congreso de la J. O. C. (Juventud Obrera Cristiana)

decía: «Jamás, desde el tiempo de las Cruzadas, movimiento alguno habrá agitado tantos corazones y suscitado tanto entusiasmo».

Y Pío XI decía de ese movimiento profundamente cristiano, tan desarrollado en Francia, que: «era el consuelo de su ancianidad».

Luego citaré aún, la Unión Católica de los Autores de Teatro, la labor de los escritores, ya que son ellos los que han llevado a cabo la obra espiritual más trascendente.

También se manifiesta por otros hechos importantes: habilitación de gran cantidad de templos nuevos, formación de uniones católicas de artistas de teatro. Estamos lejos del tiempo en que los hombres representativos del pensamiento y de la literatura francesa eran Renán, Taine o Zola.

Tengo la convicción de que las tres características fundamentales de esta renovación espiritual que se ha observado en los últimos años que han precedido a la guerra, son: un *catolicismo vital*, procedente de aquello que tiene de más espiritual y sobrenatural; un *catolicismo activo*, no limitado a la vida interior, sino traducido en la vida social en la aplicación de los principios evangélicos; un *catolicismo puro*, en el sentido de una distinción completa con lo político.

Expresión de la vinculación-mezcla entre lo político y lo religioso fué la oposición entre la «izquierda antirreligiosa» y la «derecha católica».

El catolicismo, no hay que olvidarlo, no es un *partido político* sino una *religión universal*, de manera que puede comprender la mayor *diversidad* de opiniones *humanas* con una sola exigencia: que éstas, ya sean de derecha o de izquierda, se conformen a las reglas fundamentales de la moral cristiana.

Esta forma de cristianismo purificado la coloca, como dijo el escritor alemán Curtius, en posición dirigente dentro del catolicismo mundial.

En este momento grave de la historia de mi patria si se me pregunta: ¿qué pienso del futuro de Francia?, es esa generación nueva, vigorosa y ardiente de estudiantes y obreros movidos por la fe de Cristo, lo que da una esperanzada contestación a esa pregunta.

# LAS CATEDRALES DE FRANCIA (1)

Por Augusto RODIN

Sé que en este momento el hombre sufre. Que ansía el cambio. Todo un mundo nuevo se agita, y nosotros ignoramos todo lo relativo a él, porque no percibimos sus proporciones, sus límites, su armonía. ¿Preside Orfeo el nacimiento de este nuevo mundo, o no es sino el antiguo Python que cree siempre triunfar del eternamente joven Apolo?

Quienquiera que sea, lo cierto es que el hombre ha conocido, antes de nuestro tiempo, muchos cambios; y que ha sabido siempre atravesarlos sin sacrificar el pasado al porvenir. Bajo el peso de los siglos, las esfinges y los templos perfilan todavía en el horizonte su serenidad augusta; Roma, después del Egipto y de Grecia, ha dejado por todas partes la infame huella de su carácter paciente y orgulloso.

¿Por qué hemos tocado la arquitectura francesa?

¡Ah, puedo ver aún las Arenas de Nimes; y sin embargo, desde hoy, nuestras Catedrales están semiborradas! Grecia fué mutilada, ciertamente, pero los dolores y las heridas no deshonran. Francia ha sido injuriada y calumniada. Esa magnífica obra de piedra, que habría podido defenderla ante el porvenir, ha caído en girones entre los mercaderes, y el hecho odioso no irrita, no sorprende a nadie.

¿Acabará pues el genio de la raza, pasando como esos fantasmas y esas formas desvanecidas que ya no se buscan? ¿Es ya histórico, es místico, el tiempo en que la Catedral, recogiendo sus contrafuertes en el espacio, con las velas desplegadas, nave francesa, victoria francesa, bella como para la eternidad, abría en su ábside las alas de un grupo de ángeles arrodillados?

Nadie defiende nuestras catedrales.

El peso de la vejez las abrumba, y, con el pretexto de cuidarlas, de «restaurar» lo que no debería sino sostener, el arquitecto les cambia de rostro.

Ante ellas las muchedumbres se detienen, en silencio, incapaces de comprender el esplendor de esas inmensidades arquitectónicas, admirándolas, sin embargo, ins-

tintivamente. ¡Ah la admiración callada de esas muchedumbres! ¡Quisiera gritarles que no se engañan; sí, nuestras catedrales francesas son muy hermosas! Pero su belleza no se comprende fácilmente. Estudiémoslas juntos y la comprensión os llegará como a mí me ha llegado.

Los medios para comprenderla están alrededor vuestro.

La Catedral es la síntesis del país. Lo repito: rocas, selvas, jardines, sol del norte, todo lo reúne ese cuerpo gigantesco, toda nuestra Francia está en nuestras catedrales, como toda Grecia está recogida en el Partenón.

¡Ay!, estamos en el anochecer de su gran jornada. Estas abuelas mueren y mueren en el martirio.

Renán ha rezado en el Acrópolis. ¿Nada os tienta pues a celebrar también, a proteger Chartres, Amiens, Le Mans, Reims, maravillas francesas? ¿No tenemos un nuevo poeta que ruegue por nuestras Catedrales, esas vírgenes dolorosas, tan menoscabadas y tan sublimes sin embargo?

Pero la arquitectura no nos emociona. Las casas en las que nos resignamos a vivir no tienen ya carácter. Son cajones llenos de muebles en mescolanza; el «estilo» *Amontonamiento* reina en todas partes. ¿Cómo podríamos comprender la profunda unidad de la gran sinfonía gótica?

Los admirables obreros que, a fuerza de concentrar su pensamiento en el cielo, han llegado a fijar su imagen sobre la tierra, ya no están para preservar su obra. El tiempo les quita cada día un poco de su vida, y los restauradores que la disfrazan, les quitan su inmortalidad. Han llegado los malos días. Aun los espíritus a quienes un instinto delicado inclina a la admiración no están seguros de comprender... ¡No nos avergoncemos de no comprender! Aumentemos nuestra gloria con la búsqueda. Os digo que nuestra arquitectura era la maravilla de nuestras maravillas, la que entre todas nos habría hecho merecedores de la admiración y el reconocimiento universales, si no la hubiésemos profanado. ¿Por qué Francia, al descender a la sombra, terminado su rei-

(1) De la obra del mismo nombre, Editorial «El Ateneo», 1943. Buenos Aires.

no, no había de ser juzgada por las generaciones según sus obras y sus méritos? ¡Hubiese sido tan bello morir como Grecia, tenderse como el sol inundando el mundo de luz!

No hemos tenido así la dicha de Atenas, que murió en su gracia, ni la de Roma, que dejó por todas partes la huella imborrable de su fuerza.

Los góticos han amontonado piedras sobre piedras, cada vez más alto, no como los gigantes para atacar a Dios, sino para aproximarse a él. Y Dios, como en la leyenda alemana, ha recompensado a los mercaderes, a los guerreros; pero el poeta, ¿qué ha obtenido?

«¿Dónde estabas tú, en la hora de la distribución? No te he visto, poeta.

—Señor, estaba a vuestros pies.

—Entonces, tú subirás algún día hasta mí».

Y es el poeta quien ha guiado al maestro de la obra y elevado realmente la catedral.

Esta muere, y es el país que muere, golpeado y ultrajado por sus propios hijos. Ya no podemos rogar ante la abyección de nuestras piedras reemplazadas. A las piedras vivientes—que son curiosidades antiguas—las hemos substituído con cosas muertas.

Sin embargo, no puedo desesperar.

¡Tienen todavía, a pesar de todo y de todos, tanta belleza nuestras viejas piedras vivas! No se ha logrado matarlas, y es nuestro deber recoger esas reliquias, difundirlas.

Antes de que yo desaparezca, quiero por lo menos haber dicho mi admiración; quiero pagarles mi deuda de gratitud. ¡Yo, que les debo tanta felicidad! Quiero celebrar esas piedras tan tiernamente trocadas en obra maestra por humildes y sabios artesanos; esas molduras admirablemente modeladas como labios de mujer; esas moradas de las sombras hermosas, donde dormita en la fuerza la dulzura; esas nervaduras finas y vigorosas que trepan hacia la bóveda y se inclinan en la intersección de una flor; esos rosetones de los vitrales cuya imagen fué tomada al sol poniente o a la aurora.

Para comprender las Catedrales basta que seáis sensibles al lenguaje patético de esas líneas hinchadas de sombra y reforzadas por la forma gradual de los contrafuertes unidos o adornados. Para comprender esas líneas tiernamente modeladas,

continuas y acariciadas, es preciso tener la suerte de estar enamorado.

Es imposible no sentir la magia, la virtud de todo este esplendor y la reserva de fuerza y de gloria que podría encontrar en él un mundo nuevo. Transformad la tierra a vuestro gusto: hay una cosa por lo menos, que no cambiará: es la ley que gobierna las relaciones de la sombra con la luz, y que de sus oposiciones construye una armonía. Los góticos, después de los romanos, conocieron esta ley.

Cuando sus obras maestras ya no estén bajo nuestros ojos, nada retendrá la ley presente en nuestro espíritu.

Cuando nuestras Catedrales hayan terminado su agonía, el país habrá cambiado, estará deshonorado, hasta los tiempos lejanos en que la inteligencia humana remonte de nuevo a la Beatrix eterna.

\*\*\*  
¿Quién desea venir conmigo...?

No viajo por Italia, ni por otra parte. Para mí, para mi visión presente, el cielo es el paisaje principal. Reina por doquier, cambiando sin cesar los aspectos y haciendo de los espectáculos más familiares, nuevos espectáculos.

Y luego, he cambiado yo mismo y encuentro nuevo lo conocido, belleza en las formas que antes no comprendía. Mis mutaciones provienen sobre todo de mi trabajo: cuando he estudiado más tesoneramente, puedo decir que he amado siempre más ardiente y más lúcidamente.

Joven, amaba, sin duda, el encaje gótico; pero recién ahora comprendo el papel y admiro la potencia de este encaje, que hincha los perfiles y los llena de savia. Vistos a la distancia, esos perfiles son como arrebatadoras cariátides abrazadas al dintel de la chimenea, como vegetaciones que modelan la línea recta del muro, como ménsulas que aligeran su pesadez.

He llegado poco a poco a nuestras viejas Catedrales, y poco a poco he podido penetrar en el secreto de su vida sin cesar renovada bajo el cielo cambiante. Ahora puedo decir que les debo mis mejores alegrías.

¡Romano, gótico, Renacimiento! Ahora sé que muchas largas vidas no bastarían para agotar los tesoros de felicidad que nuestros monumentos de antes reservan al sincero enamorado de la belleza. Y yo les soy fiel. La nieve, la lluvia y el sol,

me encuentran a menudo ante ellos, como un caminante de Francia.

En mis peregrinaciones, he tenido muy pocos compañeros. No eran ni arquitectos, ni escultores, ni poetas, ni religiosos, ni hombres de Estado; eran extranjeros que verificaban las afirmaciones de Baedeker...

¡Oh! ¿Por qué desconocéis vuestros verdaderos intereses? ¿Por qué desdeñáis la dicha?

¡Venid, estudiemos! ¡Venid a recibir de aquéllos que ya no están, pero que os han dejado tan magníficos testimonios de su alma, la verdadera vida!

En cada visita, me hacen confidencias nuevas. Me han enseñado el arte de emplear la sombra con la cual conviene rodear la obra, y he comprendido la lección que nos dan con esas líneas curvadas que practican siempre. Las Catedrales francesas han nacido de la naturaleza francesa. El aire, a la vez tan leve y tan dulce, de nuestro cielo, es el que ha dado a nuestros artistas su gracia y afinado su gusto. La

adorable alondra nacional, alerta y graciosa, es la imagen de su genio. Este se arroja con el mismo vuelo, y el brote de la piedra dentada se iriza en el aire gris como las alas del pájaro.

¿Pretendéis, cuando os sorprende la duídrica majestad de las grandes Catedrales, elevándose a lo lejos, que esa majestad resulta de las causas naturales y fortuitas, por ejemplo, de su aislamiento en el campo? Os engañáis. El alma del arte gótico está en esa declinación voluptuosa de las sombras y de las luces, que da el ritmo al edificio entero y le obliga a vivir. Hay una ciencia hoy perdida, un ardor reflexivo, mesurado, fuerte y paciente, que nuestro siglo, ávido y agitado, es incapaz de comprender. Es preciso revivir el pasado, remontarse a los orígenes, para recobrar la fuerza. El gusto ha reinado, otrora, en nuestro país; ¡es necesario volver a ser franceses! La iniciación en la belleza gótica, es la iniciación en la verdad de nuestra raza, de nuestro cielo, de nuestros paisajes...



# A ORILLAS DEL ONTARIO AZUL

(TRES FRAGMENTOS)

Por *Walt WHITMAN*

2. Una Nación que se anuncia a sí propia,  
sólo yo puedo dar el único fruto por el que habré de ser apreciado,  
yo no rechazo ninguno, todos acepto, todos reproduzco luego con mis formas  
[propias.

Una raza cuya prueba son el tiempo y los hechos;  
somos lo que somos, el nacimiento es respuesta bastante a las objeciones;  
empuñamos nuestro ser como se empuña un arma,  
somos fuertes y tremendos en nosotros,  
supremos en nosotros, suficientes en nuestra variedad,  
los más hermosos para nosotros y en nosotros,  
a pie firme en el centro, ramificándonos desde allí sobre el mundo,  
desde Kansas, Missouri o Nebraska, desdeñando los ataques de la burla.

Nada fuera de nosotros es para nosotros pecado,  
ni lo que es aparente, ni lo que no lo es,  
hermosos o pecaminosos sólo en nosotros mismos.  
(¡Oh madre, oh hermanas queridas!  
Si estamos perdidos, no es que un vencedor nos haya destruído;  
por nuestro pie vamos siempre a la noche eterna).

13. Rimas y rimadores pasan,  
pasan los poemas destilados de poemas,  
pasan los enjambres de reflectores y los delicados, dejando cenizas,  
admiradores, importadores, hombres obedientes, constituyen tan sólo el abo-  
[no de la literatura,  
América se justifica por sí sola; dadle tiempo, ningún disfraz podrá engañarla  
ni ocultarse de ella; impasible,  
sólo avanzará al encuentro de sus semejantes;  
cuando sus poetas aparezcan, al encuentro de ellos avanzará en el instante  
no temáis que haya error. [oportuno;  
(La prueba del poeta será diferida hasta que su país le absorba  
tan entrañablemente como él absorbió su país).

17. ¡Ah, en un relámpago veo que esta América es sólo tú y yo,  
su fuerza, sus armas, su testimonio, somos tú y yo;  
sus crímenes, mentiras, robos, defecciones, somos tú y yo;  
su Congreso tú y yo, sus funcionarios, capitolios, ejércitos, naves, tú y yo;  
sus gestaciones sin fin de nuevos Estados, tú y yo;



la guerra (esa guerra tan sangrienta y tan lúgubre, la guerra que quiero de  
fuimos tú y yo; [aquí en adelante olvidar),  
naturales y artificiales somos tú y yo;  
la libertad, el lenguaje, los poemas, los oficios, somos tú y yo;  
tú y yo el pasado, el presente, el porvenir!

No me atrevo a prescindir de parte alguna de mí,  
de parte alguna, buena o mala, de América,  
ni a construir lo que toca construir a la humanidad,  
ni a poner en la balanza categorías, caracteres, credos y sexos,  
ni a justificar la ciencia o la marcha de la igualdad,  
ni a alimentar la sangre altanera del robusto predilecto del tiempo.

Amigo soy de los que nunca fueron domeñados,  
de los hombres y mujeres cuyo ser nunca fué domeñado,  
de aquellos a quienes leyes, teorías, convenciones nunca podrán domeñar.

Amigo soy de los que marchan de frente con toda la tierra,  
los que consagran a uno para consagrar a todos.

Yo no me dejaré humillar por las cosas irracionales;  
penetraré lo que hay en ellas de sarcasmo hacia mí;  
haré que las ciudades y civilizaciones se me rindan:  
esto es lo que he aprendido de América: ésta es la suma, y ella enseño de nuevo.

(¡Oh Democracia, mientras de todas partes asestaban un arma a tu pecho,  
yo te he visto dar serenamente a luz hijos inmortales,  
yo he visto en sueños tu forma expandiéndose,  
yo te he visto cubriendo el mundo con tu manto!)

*(Traducción de Ricardo Baeza).*

# EL FUTURO DE NORTEAMERICA DESCANSA SOBRE LAS COSTUMBRES DEMOCRATICAS

Por H. FAULKNER, T. KEPNER y H. BARTLETT

*La Constitución y el gobierno existen para «establecer justicia» y asegurar las «bendiciones de la libertad».* Ha llegado el momento de pesar la democracia en las balanzas de la «justicia» y la «libertad». Primero resumamos brevemente el lenguaje que emplean los norteamericanos cuando se reúnen ante el altar de la democracia.

1.—Afirman con Lincoln que la democracia política es el «gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo».

2.—Con la Declaración de Independencia sostienen que la democracia *social* es la verdad «evidente de por sí» según la cual «todos los hombres son iguales» ante la ley. O como dijo un reformador social hace años: «Eres tan bueno como yo».

3.—Con los que creen en el «buen vivir» aseguran que la democracia económica significa que todo norteamericano tiene la libertad de sacar el mayor provecho posible de sus facultades y oportunidades. Pero esto no equivale a la libertad de aprovecharse de otros, especialmente de los más débiles.

En resumen, el modo de vivir norteamericano es realmente el sueño de Estados Unidos—el sueño de subir tan alto como la propia capacidad lo permita, bajo una Constitución y un gobierno que favorecen a la justicia y a la «libertad». El americano ama la paz y odia la guerra. Pero si se le hostiga demasiado luchará por su democracia, como lo demuestra la historia. El verdadero norteamericano detesta de corazón toda creencia que pone al gobierno por encima del pueblo. Por eso no quiere fascismo ni comunismo. Según el sistema de vida democrático, el estado sirve al pueblo. «Nosotros, el Pueblo», alude a los hombres y las mujeres libres, no a los esclavos. Finalmente en el alma de todo amante de la democracia está arraigado el sentimiento de la dignidad y el valer de todo individuo, de cualquier sexo.

Desde las primeras colonias de hace más de tres siglos, los norteamericanos han avanzado mucho en su gran aventura hacia un sistema de vivir decente. Resumamos algunas de las etapas de ese camino:

1.—Políticamente han ido muy lejos. Norteamérica es hoy el pueblo más libre del mundo. Bajo la Constitución y su famosa Declaración de Derechos, los norteamericanos sólo deben culparse a sí mismos si pierden las «bendiciones de la libertad». En los gobiernos federales, estatales y locales se ha dado un nuevo significado a la democracia a través de los años. La Constitución se ha enmendado para democratizarse cada vez más. El «gobierno directo» ha dado al pueblo un poder político desconocido hace 50 años. En muchas ciudades las nuevas formas de gobierno han echado al cacique político y a los intereses especiales. El hombre común tiene un solo voto, lo mismo que el rico.

2.—Se ha progresado de veras, socialmente. El «toma y daca» de los días fronterizos, ha dejado su huella en la libre Norteamérica de hoy. Millones de emigrantes de las cuatro partes del globo han dicho con orgullo «Soy americano». La libertad religiosa y la tolerancia de razas han llegado a un nivel que sólo la democracia hace posible. La «educación para todos los hijos del pueblo» es una realidad desconocida en cualquier otra parte del mundo. La humildad de la cuna no encadena para siempre. La libertad de prensa y de expresión abre las puertas de millones de hogares a la voz de los reformadores. «La búsqueda de la dicha» no es frase hueca.

3.—Económicamente el progreso ha sido más lento. La revolución industrial com-

plicó mucho la vida. La estabilización de la frontera aumentó las cargas. Aunque el nivel de vida de los trabajadores es mejor que en otros países, ellos han tenido que luchar duramente para que se les haga justicia. Los esfuerzos del gobierno para regular los grandes negocios han progresado también con lentitud. El agricultor luchó mucho tiempo para librarse de las cosechas excesivas y los precios bajos. Además, la vida industrial tiene sus períodos de penuria en los que todo el mundo sufre. La gran depresión obligó al «New Deal» a ensayar planes económicos. El Presidente Roosevelt previno de los peligros que amenazan a una nación de la cual un tercio está «mal alojado, mal vestido y mal nutrido». El problema de la vivienda económica no está resuelto. El paro y la superación son los problemas que las generaciones venideras heredan de la presente.

*Con el sistema americano de vivir el hombre común tiene el futuro entre sus manos.* Cuando 130.000.000 de norteamericanos miran atrás en su propia historia, tienen mucho de qué enorgullecerse. El sueño americano, si no se realizó del todo, está en buen camino. El pasado permite esperar en el futuro. Como Lincoln en Gettysburg, creemos que «esta nación, con la ayuda de Dios, renacerá a la libertad—y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparecerá de este mundo». El hombre de tipo medio está convencido de que con el sistema de vida norteamericano, su porvenir depende en gran parte de él. Esto es cierto por las muchas ventajas de que goza el norteamericano libre. La grandeza de estas ventajas está noblemente formulada en las siguientes frases de este canto a Estados Unidos (1).

«En esta tierra nuestra, el hombre que elegimos como jefe, no lleva nunca uniforme ni insignias que delaten su posición constitucional como comandante en jefe de fuerzas armadas. Ningún miembro de su gabinete, ningún subordinado civil, reviste un atuendo simbólico del poder militar...

«En esta tierra nuestra, en esta América, no existen fortificaciones a lo largo de las miles de millas de la frontera norte. En las profundas y frescas aguas que la separan de otro dominio no se advierte ningún alarde de poder naval. En nuestra frontera sur tampoco hay fuertes, ni precauciones marciales.

«En esta tierra nuestra, en esta América... la flota se ha construido no para protegernos contra las amenazas del hemisferio occidental, sino contra las que nos lleguen de Europa o Asia.

«En esta tierra nuestra, en esta América, una tercera parte de la población ha nacido en el extranjero o bien aquí de padres extranjeros o mezclados. Nuestras «minorías» más numerosas proceden de catorce naciones. El indígena, sea cual fuera su ascendencia, posee todos los derechos políticos o de otra índole que disfrutaban aquellos cuyos antepasados se remontan hasta los padres fundadores. El que nació en el extranjero de razas similares puede gozar «si quiere» todos estos privilegios. Tenemos «minorías», pero no problemas minoritarios.

«En esta tierra nuestra, en esta América, el ciudadano común puede criticar sin restricción la política de su Gobierno o la orientación de su Presidente. Puede votar como su juicio o su conciencia le ordenen y no por mandato de un dictador.

«En esta tierra nuestra, en esta América, nuestras canciones están dedicadas al amor y al sentimiento, al azul de las noches, el resplandor del ocaso y no al poder o al martirio por una causa política. Nuestro himno nacional tiene una letra marcial: una música difícil. Pero si queréis oír sonos de órganos, dad al pueblo su compañero —¡América, a ti canto...!

---

(1) Obtuvo el premio Pulitzer y es debido a R. G. Callveot, del periódico *Oregonian* de Portland.

«En esta tierra nuestra, en esta América, nuestros males presentes o futuros vienen de dentro, de nuestros errores, y perjudican sólo a nosotros. Nuestros compromisos de paz con nuestros vecinos son más fuertes que las promesas o los acuerdos escritos por los gobernantes. Los garantizamos dedicando nuestros recursos, más grandes que los de cualesquiera otras naciones, a construir las industrias de la paz. No alardeamos de un poder militar que podría ser nuestro. No queremos que nadie nos tema en esta mitad del mundo. Por eso nadie nos teme ni se arma contra nosotros.

«En esta tierra nuestra, en esta América, hemos iluminado el verdadero camino de la paz permanente. Pero esa no es la única consecuencia moral que se percibe. Las bendiciones de la libertad y la igualdad y la paz que poseemos no existen hasta ese punto en Europa o Asia, y se debilitan o desaparecen, si nos acercamos a los países dominados por dictadores de cualquier clase. Esta libertad, esta igualdad y esta paz son inherentes a la forma americana de gobierno. Las conservaremos para siempre si los ismos extranjeros que las minan y destruyen no logran entrar en nuestras costas. Si amáis esta libertad, esta igualdad y esta paz material y espiritual—entonces, defended con toda vuestra fuerza el ideal de gobierno americano».



# NUESTRA ECONOMIA Y LOS GASTOS DE DEFENSA NACIONAL

Por Francisco A. PINTO S. C.

## I

Continuando en las anotaciones que hemos venido haciendo sobre la realidad chilena, creemos que es de interés evidente relacionar las características de nuestra Economía con nuestro régimen de inversiones, sea en bienes de producción o en bienes de consumo.

Es suficientemente sabido que nuestro defecto más grave en esta materia radica en el hecho de que los bienes llamados «de producción» son escasos. Ello impide un fortalecimiento real de nuestra Economía, y lo que es más importante, compromete formalmente nuestras posibilidades de mejoramiento futuro, para cuando el aumento de la población plantee la necesidad de disponer de mayores bienes de consumo. En efecto, de nada sirve el disponer de un país potencialmente rico, si se limitan día a día las posibilidades de aprovechamiento real de tal riqueza, si se posterga la transformación en bienes abundantes, a los cuales pueda tener acceso la masa de la población y no los grupos reducidos que hoy tienen poder de consumo (1).

El planteamiento, que en forma por demás sintética, hemos hecho en el párrafo precedente, obliga entonces a hacer un análisis objetivo e imparcial sobre algunos de los rubros de nuestra Economía que absorben mayor riqueza, que representan al mismo tiempo bienes «de consumo» y cuyo gasto posterga entonces evidentemente una inversión más racional y abundante en bienes de aquellos llamados «de producción», reproductivos o de «capital», sea éste público o privado.

Pues bien, entre estos recursos de nuestra Economía que se destinan o representan bienes de consumo figuran con un rubro importante los gastos de Defensa Nacional. Es interesante entonces analizarlos desapasionadamente, con la objetividad de las cifras, y en especial, en relación con las disponibilidades reales del país.

Si tales gastos son desproporcionados a nuestros recursos, habrá que decirlo sin ambages. Proceder de otro modo sería torpe, antipatriótico, e importaría postergar a sabiendas el planteamiento de un problema que a todos interesa. Chile es un país intelectual y políticamente maduro como para abordar de frente las realidades y no podría caer en la actitud absurda de confundir estudios de esta clase con un «ataque a las glorias del Ejército» o algún otro lugar común, de aquellos que sólo podrían esgrimirse en una actitud farisaica, chauvinista o de mala fe.

Este estudio se hace hoy más necesario y urgente por el hecho de estarse discutiendo en el Congreso un proyecto de ley, enviado recientemente por el Ejecutivo, sobre aumento de los sueldos de las Fuerzas Armadas. De ser él aprobado en la forma que se pretende, (y que incluso se ha llegado a lla-

marlo «pre-electoral»), constituiría un trastorno grave para nuestra Economía, y en especial, para el planteamiento económico indicado al comienzo, en el sentido de que el país debe destinar el máximo de sus recursos a la obtención de bienes de producción, aún con desmedro de la disponibilidad de bienes de consumo o irreproductivos. De otro modo, cada vez se irán comprometiendo más nuestras posibilidades de mejoramiento social.

## II

Analizaremos entonces en forma resumida, cuál es el monto y naturaleza de los gastos de Defensa Nacional, para sacar posteriormente algunas conclusiones.

1) *El gasto que representan las Fuerzas Armadas es enorme y no guarda relación alguna con las disponibilidades de nuestra Economía Pública.*

La efectividad de este aserto se acredita con los hechos concretos que consignamos a continuación.

A) En cuanto a monto global de los gastos, en el año 1945, se consumió en Defensa Nacional las siguientes cantidades:

En Ejército .....	\$ 998.204.271
En Armada.....	502.593.570
En Aviación .....	149.822.497
<b>Total .....</b>	<b>\$ 1.650.620.338 (2)</b>

La cifra anterior, que desde luego no comprende a los Carabineros (3), debe elevarse en no menos de \$ 151.000.000, que es lo que representa el gasto de pensiones del personal de Defensa jubilado o en retiro (4). De esta manera llegamos a la conclusión precisa de que las fuerzas de Defensa Nacional consumieron en el indicado año 1945 un total, en cifras redondas, de mil ochocientos millones de pesos Ahora, relacionado este gasto con la disponibilidad fiscal total de 1945, que fué de \$ 5.723.019.833 y sin considerar el costo de las pensiones de retiro, hay que expresar concretamente que las Fuerzas Armadas consumieron el 29% del Presupuesto Nacional.

B) Los gastos mencionados son absolutamente desproporcionados, si se los relaciona con lo que el país invierte en otros rubros esenciales, como la Educación y la Salubridad, que constituyen en buena parte una capitalización del elemento humano, que permitirá mejorar nuestra Economía.

El gasto efectivo durante el año 1945 en Educación fué de \$ 969.339.887 y en Salubridad \$ 405.752.847. Comparando entonces estas cifras

(2) Estas cifras corresponden al Fondo previsto en el Presupuesto, más los Suplementos obtenidos en el año y menos los saldos que figuraron al haber en los ítems respectivos.

(3) Los Carabineros significaron un gasto de \$ 491.770.587.

(4) Dato aproximado, pues hay muchas leyes especiales sobre reajuste de pensiones.

(1) Sobre la disponibilidad de bienes de producción y de consumo, pueden consultarse los estudios de Levine e Irañeta (Rev. Economía. Nos. 15 y 19).

con los \$ 1.650.620.338 consumidos por las Fuerzas Armadas, aparece que el país por cada \$ 100 que invierte en Educación, consume \$ 170 en Defensa, y por cada \$ 100 que invierte en Salubridad consume \$ 46 en Defensa.

C) El gasto enorme que representan las Fuerzas Armadas crece año a año, absorbiendo los recursos que podrían destinarse a mejorar otros rubros esenciales de nuestra Economía.

Los gastos de Defensa representaron respectivamente en los últimos tres años las siguientes cantidades:

1943 .....	\$ 1.221.153.312
1944 .....	1.308.469.018
1945 .....	1.650.620.338

Esto ha obligado a restringir las inversiones en Salubridad, que, en los mismos años, no han podido cubrir más del 8,2% del Presupuesto. Tampoco ha podido aumentarse la inversión en Educación, que ha representado solamente el 17% del mismo Presupuesto (5).

D) Los gastos son desproporcionados y superiores a los de otros países sudamericanos. Según Henry Wallich («Problemas económicos de América Latina»), en 1939, los gastos militares representaban en Argentina el 19,5% del Presupuesto; en Cuba, 22,9% y en Perú el 14% (6).

## 2. A pesar del elevado monto, los recursos consumidos en Defensa Nacional no tienen rendimiento eficaz.

Lo anterior se comprueba con los hechos siguientes.

a) El personal, en su mayor parte, y sobre todo en los grados inferiores que son la base, está mal remunerado.

Analizando el caso de los oficiales, cabe señalar que un capitán gana hoy, con todas las remuneraciones accesorias, en cifras redondas, \$ 52.700 anuales, o sea \$ 4.390 mensuales. Es difícil el cálculo exacto por cuanto el sueldo se descompone en muchas partidas (Sueldo base \$ 28.680; más Quinquenios \$ 5.736.—; más Asignación de Rancho \$ 7.200; más Gratificación de Alojamiento, 15%, \$ 5.162.40; más Gratificación de Ordenanza, 15%, \$ 5.936.—; más Asignación Familiar). O sea, un capitán gana una suma equivalente al grado 9.º de la Administración Civil. Un Teniente, con más de dos años en el grado, percibe \$ 42.114, anuales, o sea, \$ 3.508 mensuales.

En el caso de la tropa, un soldado casado, con todas las asignaciones complementarias, (alojamiento, rancho, etc.) gana \$ 20.040 anuales, o sea \$ 1.670 mensuales. Un sargento 2.º, con iguales características obtiene aproximadamente \$ 1.900 mensuales, y un Brigadier, casado, el más alto grado dentro de la tropa, llega a percibir \$ 3.270 mensuales.

b) No obstante lo anterior, los altos jefes tienen expectable situación, que alcanza además por

(5) Los respectivos porcentajes en el Presupuesto fueron entre 1943 y 1945 los siguientes:

Salubridad:	8,2%	7,5%	y	8,1%
Educación:	16,6%	17%	y	16,9%

(6) Los porcentajes indicados se consignan con reservas, por la dificultad de obtener datos o cifras indiscutibles en esta materia de gastos militares extranjeros.

igual a los numerosos Generales y Almirantes en retiro.

Esto puede comprobarse desde luego considerando que los Generales de División perciben \$ 136.838 anuales, o sea, aproximadamente \$ 11.400 mensuales. Los Generales de Brigada con algunos años en el cargo obtienen también igual remuneración que la anotada y respecto a aquellos recientemente ascendidos comienzan disponiendo de \$ 124.142 anuales, suma que también perciben los Coroneles que tengan más de 2 años en el grado.

Estas remuneraciones se han calculado sobre las bases más normales y corrientes,—al través del complicado mecanismo que significa la absurda vigencia de 17 leyes sobre la materia, y sobre la base de porcentajes, que produce injusticias evidentes (7). Pero hay además que agregar otros beneficios que se suman a los sueldos de Coroneles y Generales. Tales son, por ej. el derecho a manutención de caballos para cierta clase de oficiales (ampliado posteriormente por ley a los infantes y artilleros); la gratificación por mando de tropa; la gratificación especial en tiempo de maniobras y el derecho a automóvil fiscal, chofer, bencina y rquestos (8).

Aun más, hasta la dictación de la ley 8087, los Generales podían disponer de 3 ordenanzas (ordenanza de casa, mayordomo y cocinero), beneficio del cual no han gozado jamás los funcionarios civiles del Estado y que en muchos casos se ha asemejado a una reminiscencia de la «servidumbre de la gleba», que existiera en la Edad Media.

Una segunda comprobación de que los altos jefes de las Fuerzas Armadas gozan de espléndida situación en relación con otros servicios, lo constituyen los gastos de las Misiones Militares, que a decir verdad, han sido una fuerte sangría para el país.

Según se estableciera el año pasado en el Senado de la República, al discutirse el Estatuto de los funcionarios civiles del Estado (9), antecedentes que no han sido contradichos en modo alguno, el Jefe de la Misión de la Armada, destacado en Estados Unidos, percibía 3.189 dólares mensuales, más de \$ 100.000 chilenos al mes, o sea, tres veces la remuneración asignada al General Eisenhower, 5 veces lo percibido por los Generales Bradley, Patton y otros Jefes sobresalientes de la guerra en Europa; 9 veces la remuneración de un general de Brigada británico.

Ocho marinos chilenos consumían según los mismos antecedentes, por concepto de sueldos y remuneraciones accesorias, aproximadamente Dls. 8.000 mensuales; un Comandante de Escuadrilla percibió mensualmente 2.900 Dls., vale decir en cifras redondas \$ 90.000. Como un gran total de algunos de estos sueldos consumidos por las Misiones Militares, se anotó que 33 altos oficiales ganaban 38.000 Dls. mensuales, o sea, aproximadamente \$ 14.000.000 al año (10).

Recordemos por último el caso de los numerosos Generales, Almirantes y Comodoros en retiro. Se

(7) Como un ejemplo, la gratificación de 15% por Ordenanza, o sea, la suma en dinero que perciben en caso de renunciar a él, representa para los Generales aproximadamente \$ 1.800 mensuales, y entretanto para un Capitán menos de \$ 400.

(8) Un Ministro de la Corte Suprema de Justicia, uno de los Poderes del Estado, gana \$ 12.000 mensuales y no tiene beneficios accesorios.

(9) Discurso del Sen. Amunátegui. Sesión 39.ª de 5 Setbre. 1945, pág. 1670.

(10) El aumento de sueldos pedido por el personal de la Beneficencia, que provocó la bullada huelga en 1945, significaba aproximadamente \$ 15.000.000; el gasto beneficiaba a algo más de 33 empleados.

trata desde luego de un grupo bastante numeroso, como que hay 99 Generales, 53 Almirantes y 7 Generales del Aire y Comodoros. O sea, en total un grupo de 159 altos jefes, cuyos méritos y sacrificios en el ejercicio activo pueden haber sido enormes, pero, que, analizado el costo que significan al país sus jubilaciones, no puede silenciarse que es gravoso, sobre todo si se tiene en cuenta que no perciben sólo aquellas sumas de que gozaban cuando se acogieron al retiro, sino que aprovechan también de todos los aumentos que leyes posteriores han asignado al personal en servicio activo.

c) La organización de las Fuerzas Armadas, los Cuadros del Personal son defectuosos. Hay muchos Jefes de alta graduación y pocos oficiales y tropa.

Una comprobación de lo anterior la tenemos analizando el caso del Ejército. Hay 19 Generales, 57 Coroneles, 104 Tenientes Coroneles, 178 Mayores, 407 Capitanes, 550 Tenientes y 171 Subtenientes. La tropa, entre tanto se compone en total de 27.100 hombres (año 1945), de los cuales sólo 9.500 es el personal de planta contratado; 11.000 son los concriptos del curso completo de 8 meses y 6.500 los de cursos especiales de 3 y 3 y medio meses.

Resulta entonces evidente que la plana mayor de altos jefes está gravemente abultada y es desproporcionada al país, con el consiguiente recargo en los gastos que venimos objetando. Aún más, me atrevería a decir que es vox-populi, confirmada por datos técnicos de la propia oficialidad del Ejército, que en los cuadros chilenos de personal bastarían 7 Generales; sin embargo, hay 19 en Servicio. Esta desproporción se hace más evidente si agregamos además el gasto que representan los 159 altos jefes en retiro a los cuales nos referimos antes.

Considerando los datos del Ejército, resulta que hay un Oficial de alto graduación (Gral. de División a Mayor) por cada 61 hombres y un oficial de baja graduación (Capitán a Teniente) por cada 39 hombres de tropa.

Ejemplo de esta anomalía,—de esta pirámide invertida, de esta especie de burocratismo de las Fuerzas Armadas chilenas,—lo tenemos comparando con el número de Jefes del Ejército Norteamericano. Según datos fidedignos (World Almanach 1946, p. 127-8), en el momento más álgido de su poderío (31-V-45), cuando el Ejército de EE. UU. totalizaba 8.291.336 hombres, los cuadros superiores se componían de 58 Generales (4 Generals of the Army, 13 Generals y 41 Lieutenant Generals).

O sea, que, si exagerando la nota, consideramos estos tres primeros grados del escalafón militar norteamericano como equivalente a nuestros Generales de División o de Brigada, tendríamos que nuestra planta superior sólo se justificaría si tuviéramos siquiera la posibilidad de tener un contingente de más de 2.700.000 hombres.

Fuera de esto quedaría margen todavía para ocupar a nuestro flamante equipo de generales en retiro, que son 99 más, o sea, que tendríamos personal suficiente para dirigir otro ejército mayor que el de Estados Unidos el día de la Victoria en Europa.

Una comprobación de que los cuadros de nuestras Fuerzas Armadas son defectuosos, la tenemos en el sistema de la Remuneración Anticipada, o sea, la correspondiente a un grado que el personal aún no tiene, y además con el hecho de que sigan

ingresando al Ejército un número de nuevos oficiales, que después no es posible colocar.

El primer aspecto de la Remuneración Anticipada significa concretamente para el país, que está pagando muchos más Almirantes, Coroneles, Generales y Tenientes Coroneles que los que figuran en el Presupuesto. Con estos ascensos obligados, y como no puede seguirse encontrando vacantes, se continúa favoreciendo indefinidamente el aumento de los militares en retiro.

La falta de normas que permitan regular las posibilidades de ingreso de nuevo personal a las Fuerzas Armadas, en función de las plazas por llenar, es otra causa concreta que ha contribuido a producir el crecimiento injustificado y el gasto consiguiente en la planta de altos jefes de la Defensa Nacional.

Las dos situaciones anotadas son anómalas e injustificables para el país, si se las compara, desde luego, con la Administración Civil del Estado. A esta última no ingresan permanente y forzosamente nuevos empleados, sino cuando hay necesidad de ellos. Ahora, en cuanto a aquellos en servicio, éstos no ganan ni ascienden a mejores grados mientras no haya vacantes.

d) El Sistema de Retiros es muy oneroso para el país y adolece de defectos.

Las facilidades que representa y ha representado el régimen de Retiros,—que es más favorable que el de la Administración Civil,—unido al hecho de que hay ascensos obligados, y aún antes de obtenerlos comienza el personal a ganar el sueldo superior, hace que el número de retirados de las Fuerzas Armadas sea proporcionalmente más numeroso que el de los funcionarios civiles y crezca indefinidamente. Tal es así, que comparativamente con el personal civil, y no obstante que los cuadros activos de cada grupo absorben cada uno aproximadamente el 50% de los sueldos, los jubilados de las Fuerzas Armadas son mucho más abundantes. En cifras redondas, hay 13.000 jubilados de Defensa Nacional contra 7.000 civiles; los primeros cuestan 179 millones en comparación de 117 millones que representa el gasto de los civiles (11).

Este régimen tan dispendioso de jubilaciones y retiros fomenta la pereza, hace crecer incesantemente el interés por los empleos fiscales, limitando las energías productoras del país. Los beneficiados con la posibilidad de Retiro van valorando su esfuerzo solamente en la diferencia entre el sueldo que ganan por su esfuerzo activo y lo que obtendrían sin trabajar al acogerse a la jubilación. Un militar que está ganando \$ 6.000 y que sabe que si se acoge al retiro recibirá sin esfuerzo alguno, hasta el fin de sus días, \$ 4.000 ó \$ 5.000 tendrá que tener poco interés por su labor, que viene a estar avaluada sólo en \$ 1.000 ó \$ 2.000 por causa de este régimen licencioso de jubilaciones.

e) A pesar del subido gasto, el material de Defensa es deficiente y anticuado.

El elevado gasto y sacrificio que representan para el país los gastos de las Fuerzas Armadas, podría defenderse,—(en caso de aceptarse el punto de vista de que sean íntegramente necesarios)—si dispusiéramos siquiera de material suficiente y eficaz.

Es por demás sabido que nuestro material de guerra es reducido, y salvo contados elementos,

(11) Antecedentes hechos públicos en el Senado chileno. Sesión 39.ª Setbre. 1945, pág. 1671.

anticuado. Sobre el punto baste recordar las conclusiones de la Junta de Defensa Inter-Americana y otras muchas publicaciones, que recuerdan que los países de América en general, han sido un extraño mercado abierto para la compra de material de guerra de todas las marcas europeas y americanas.

Preguntas concretas, hechas en el Congreso, como la de cuál es el tonelaje de barcos en servicio activo, (12) y que servirían para apreciar si se justifica buena parte del personal y gastos de la Armada, no han tenido esclarecimiento, no obstante las promesas que hizo el Ministro del ramo cuando se discutía la ley 8087.

La realidad es que, aún los sacrificios graves del país, como ser los gravámenes que la ley 7144, que creó el Consejo Superior de Defensa Nacional, y cuya justificación se dijo era la adquisición de material de guerra, se han visto fallidos. Buena parte de los fondos han sido distraídos—con dudosos subterfugios, y aprovechando la circunstancia de ser gastos reservados y no rendirse cuenta a la Contraloría de su inversión— y se han gastado en remuneraciones, sueldos y gratificaciones para las Misiones Militares. De estos fondos de la ley 7144, que eran sagrados, han salido esas remuneraciones siderales, de que han gozado ciertos afortunados jefes de las Fuerzas Armadas, que sin mayores riesgos han tenido, como se dijo antes, la suerte de percibir tres veces lo que ganaba el General Eisenhower, Jefe Supremo de los Ejércitos Aliados.

Otras observaciones semejantes pueden hacerse respecto a adquisiciones de material con cargo a los fondos de defensa. Bajo el concepto de motorización del Ejército, sería difícil englobar los numerosísimos automóviles (de discutible valor militar), de que gozan discrecionalmente los altos jefes del Ejército, en proporción incomparable con los demás servicios del Estado. Muchos de ellos han sido adquiridos con fondos del Consejo Superior de Defensa y su inclusión posterior entre el «material» de las respectivas unidades, ha permitido se excluyan con todo arte de las normas limitativas sobre uso de automóviles fiscales.

Del breve análisis precedente podemos entonces concluir que nuestros gastos de Defensa Nacional son evidentemente elevados, desproporcionados a nuestros recursos, no tienen un rendimiento eficaz y su mantención o aumento significa el consumo de riquezas que hubiera podido destinarse a bienes de producción que fortalecieran nuestra débil Economía.

### III

Veamos ahora, sucintamente, que la nueva moción del Ejecutivo, el actual proyecto de ley pendiente en el Congreso, no aborda la verdadera causa de los males anotadas, y, lo que es más grave, el costo de los aumentos de sueldos ahonda el problema que ellos significan para nuestra Economía.

Excede a la naturaleza de este estudio el analizar en detalle las características y trascendencia del mencionado proyecto de ley (13). Sin embargo, cabe mencionar algunos puntos concretos.

A) No hay norma alguna que tienda a disminuir el elevado gasto que representan hoy los gastos

(12) Senador Leonardo Guzmán, Sesión 42.<sup>a</sup> de 6 de Febrero de 1945, pág. 1209.

(13) Boletín N.º 108, Cám. de Diputados.

de Defensa Nacional, en relación con los recursos públicos y, en especial, con las disponibilidades para otros rubros más esenciales, como son la Educación y la Salubridad Pública. Por el contrario, el proyecto significa un mayor consumo de recursos, que se ha calculado en 317 millones, con lo cual nuestros gastos de Fuerzas Armadas se aproximarán al 40% de los gastos totales del país.

A pesar de la elevada suma que se destinaría a Defensa Nacional, en la escala de remuneraciones no se aborda efectivamente la desproporción evidente, que hicimos notar antes, entre los sueldos y beneficios accesorios que obtienen los altos jefes, con lo que obtienen la oficialidad de grados bajos y la tropa. Por ejemplo en el Ejército, con la sola excepción del grado de Capitán, todos los mayores aumentos de remuneración se asignan nuevamente a los grados de Teniente-Coronel a General. Lo anterior es más grave, por cuanto, al discutirse la última ley de aumentos (N.º 8087 de 9-II-45), se dijo que, entretanto había que reajustar las remuneraciones de los altos jefes, pero que, en la próxima oportunidad, se subsanarían las injusticias respecto al personal bajo. Mediante la ley indicada, los Generales y Almirantes,—incluyendo además a los 157 en retiro—obtuvieron un aumento anual que fluctuó entre \$ 28.450, y \$ 35.000. Entretanto a los capitanes se les elevó su remuneración sólo en \$ 5.700 anuales e igual cosa sucedió respecto de la tropa.

Faltan en el proyecto disposiciones que signifiquen alguna vez una normalización de las remuneraciones y gastos de las Fuerzas Armadas, en forma que tenga un tratamiento igual al que se da a los demás funcionarios del Estado.

No obstante que se habla de que la próxima ley importaría un encasillamiento y una igualación con los empleados civiles, se acredita de inmediato que se pretende mantener una serie de remuneraciones y ventajas, que colocarían a cierto personal de las Fuerzas Armadas en una situación perfectamente privilegiada en comparación con los demás servicios del Estado.

Preciso brevemente hechos al respecto: a) Fuera del sueldo habría una asignación o sobresueldo de 15% del mismo para alojamiento, la cual se computaría incluso para los efectos de las jubilaciones. b) Se establece una gratificación de 25% del sueldo, para aquellos oficiales que enteren más de 4 horas «de vuelo» en el mes, en comisión de servicio; hay otra gratificación general de 10% para el personal de la Armada que esté «embarcado» (14). c) Se mantienen diversas remuneraciones accesorias, como ser, la especial de que gozan durante la época de maniobras o en caso de movilización y que se computaría para la jubilación. d) Habría una gratificación especial de 10% sobre sus remuneraciones para los Comandantes del Ejército, Armada y Fuerza Aérea, cuya destinación se dice sería para gastos de representación, no obstante figurar en el Presupuesto rubros para tal efecto. e) Se mantienen y amplían ciertas gratificaciones de mando para los Jefes de Unidades y continuarán además los beneficios de caballo, automóvil fiscal, chofer, etc.

Se acredita, por último, con facilidad, que el proyecto no contiene norma alguna que modifique el régimen de jubilaciones y retiros ni tampoco fi-

(14) Podría afirmarse con razón, que el estar en «vuelo» o «embarcado», respecto de aviadores o marinos, constituye un hecho tan normal como el de que los jueces administren justicia o los médicos de Sanidad combatan epidemias.



guran reformas a los cuadros del personal de altos jefes, ni menos hay reglas para un empleo más cuidadoso de los recursos del Consejo Superior de Defensa, destinados a invertirse solamente en material y no en otros gastos de sobresueldos y asignaciones a los afortunados jefes de Misiones Militares en el extranjero, con grave desmedro de nuestras escasas disponibilidades de dólares para el desarrollo industrial.

B) Desde un segundo aspecto y en relación directa con la Economía chilena, el proyecto sobre aumento de sueldos a las Fuerzas Armadas, significa una nueva y gravísima dispersión de nuestros limitados recursos y su destinación a bienes de consumo y no a bienes de producción. El constituye o la política del avestruz, que no quiere ver los problemas aunque se esté comprometiendo el porvenir, o representa el frío cálculo de quien dice: los aumentos son luminaria de hoy; el mal futuro lo resistirán otros.

La obtención de 317 millones,—a los cuales habrá que agregar 232 millones más que representa el aumento de sueldos de Carabineros ya propuestos por el Ejecutivo,—significa un trastorno grave para la Economía del país. Evidentemente constituirá un nuevo factor de inflación monetaria con los trastornos consiguientes a un aumento súbito de poder de consumo en un régimen estacionario de producción de bienes. La elevación consiguiente del nivel de precios y servicios hará ilusorio a corto plazo los beneficios de los aumentos de sueldos, pero, lo que es más grave, disminuirá de inmediato la capacidad adquisitiva de otros grupos sociales, que, con razón, reclamarán posteriormente nuevos reajustes.

#### IV

El examen precedente del problema que representan nuestros gastos de Defensa Nacional, obliga entonces a un planteamiento distinto de aquellos que han venido haciéndose por muchos años en el país. No se trata de despreciar «la gloriosa tradición» que en el pasado forjaron el Ejército y la Armada chilenos. Lo patriótico es abordar el perfeccionamiento de las fuerzas de Defensa Nacional en función de la realidad económica del país y de las nuevas prácticas y convenios internacionales.

No me corresponde entrar a analizar una materia tan amplia, pero, creo que es posible, por lo menos, indicar dos puntos precisos.

A) El primero, en relación con nuestra Economía, es de que debemos evitar por todos los medios los nuevos gastos que representen absorción o destinación de nuestros recursos a bienes de consumo y no a bienes de producción. Proceder de otro modo significa impedir indefinidamente el desarrollo de nuestra Economía,—por mucho que se hable,—en forma inconsistente, del aumento de la producción nacional, sin precisar la forma de obtenerlo.

Lo prudente será que, mediante un mejor aprovechamiento de los recursos que actualmente se destinan a Defensa Nacional, se reajusten las remuneraciones insuficientes, sin que por ello deban aumentarse las de los jefes bien rentados. El nuevo proyecto podrá además regularizar el complicado mecanismo de los sueldos militares, con el fin de igualarlos efectivamente con los de los demás funcionarios del Estado, controlándose además todas las inversiones del ramo.

B) El segundo punto es el de la necesidad de reformar la organización, los cuadros del personal de las Fuerzas Armadas, en forma de que estén en relación con el material y recursos de que disponemos, y además, de acuerdo con las nuevas prácticas y convenios internacionales.

El primer aspecto, o sea, la necesidad de reformar los cuadros, se acredita como evidente al recordar las anomalías que indicamos en el párrafo II de este trabajo. Tal reforma alcanza lógicamente, y por igual, tanto al personal en retiro como a los planteles de Educación Militar, Naval y Aérea, que no pueden seguir forzando una absorción de personal, que no esté de acuerdo con las necesidades.

Los Servicios de Defensa Nacional deberán obligadamente constituir una unidad caracterizada antes por la eficiencia, que por el número de personal; además su existencia necesita de un efectivo respaldo económico. Como bien lo demostró el último conflicto, no se concibe un esfuerzo guerrero sin material humano apto y sin producción eficaz que mantenga las necesidades de material y de consumo.

Por último, nuestro país está en la obligación—incluso de carácter legal—de acondicionar sus Fuerzas Armadas a los nuevos Convenios Internacionales de Chapultepec y San Francisco, de los cuales es signatario. Deberá Chile adaptar su sistema a las nuevas necesidades, dejando de lado su organización actual, con reminiscencias de prusianismo y establecida cuando existían en el continente rivalidades, celos y suspicacias, hoy evidentemente superadas por la realidad internacional.

# PANORAMA INTERNACIONAL

## LA CRISIS MUNDIAL

Cada día que pasa se hace más y más visible el conflicto existente entre las llamadas potencias occidentales, especialmente Inglaterra y Estados Unidos, por una parte, y Rusia, por la otra.

Esta pugna de intereses e ideologías abarca no sólo el plano internacional, sino también afecta a la propia vida interna de la mayoría de los pueblos. Así, vemos que la lucha entre los partidos políticos de cada país tiende a polarizarse en torno a este conflicto, cosa que es particularmente visible en los países de la Europa occidental.

El Laborismo en Gran Bretaña y los partidos social-cristianos en el continente, encabezan las fuerzas que, propugnando un régimen económico-social de izquierda dentro de una concepción democrática de la política, se oponen al comunismo por representar éste una forma de totalitarismo. Estos partidos han tenido a su favor la enorme ventaja de actuar en esta lucha después de haber conseguido eliminar casi totalmente de la vida política y económica de sus países a las fuerzas de derecha, defensoras del capitalismo, lo que les ha permitido realizar una política de avanzada social a la vez que opuesta a la del comunismo, sin el riesgo de apoyarse, aun sin quererlo, en grupos reaccionarios.

Hasta el momento, el triunfo ha correspondido a estas fuerzas, como lo demuestran los resultados de las últimas elecciones en Francia, Italia, Bélgica, Holanda, etc., y ello a pesar de la actuación incoherente e indecisa de los partidos socialistas del continente, particularmente del Partido Socialista francés. El socialismo continental, al revés de lo que ocurre con el británico, se muestra desorientado y, consiguientemente, débil e ineficaz en la acción, lo que naturalmente le ha ido restando poderío. Sin embargo, se nota ya una reacción al respecto que, de producirse, haría aún más completa la derrota del comunismo.

Tenemos así, que en Europa occidental, cuyos países no sufren la presión directa de Rusia, el capitalismo y el comunismo han sufrido una derrota ante las fuerzas que encarnan la defensa de la justicia dentro del régimen democrático y que, por lo mismo, se oponen a toda clase de totalitarismo. El capitalismo, en la medida en que es posible hacer afirmaciones categóricas, parece haber sido casi totalmente liquidado como régimen económico e igual cosa parece haber ocurrido con los grupos que lo representaban en la política, los que han quedado reducidos a una triste minoría. El comunismo, en cambio, sólo ha sufrido una derrota y conserva intacta su fuerza, siendo siempre un factor de indiscutible importancia dentro de los países europeos.

Es curioso comprobar, por otra parte, que a pesar de la lucha y oposición señalada entre los grupos comunistas y social-cristianos, ellos han colaborado y siguen colaborando en la tarea de dar gobierno a sus países. Ello se explica por el hecho de que los gobiernos deben encarar en la actualidad casi exclusivamente problemas de carácter económico, en torno a los cuales sólo existen pequeñas disparidades de criterio entre ellos. La oposición se manifiesta cuando se plantea el problema político: la forma de organización que debe dársele al gobierno y las relaciones entre el indi-

viduo y el Estado. Es ante estos problemas que se produce el conflicto, natural, por lo demás, entre quienes tienen una concepción democrática de la política y quienes la tienen típicamente totalitaria. El caso francés es un ejemplo de ello.

Es por estas razones que el panorama político europeo se presenta en cierta medida claro ante los pueblos, a pesar de que los comunistas han pretendido obscurecerlo con una intensa propaganda tendiente a presentar a sus rivales como defensores del capitalismo. El hombre común puede apreciar las causas por las cuales puede optar: la de los grupos populares democráticos, por una parte, y la del totalitarismo comunista, por la otra. Los otros grupos por ahora son solamente comparsas sin importancia en el drama.

Esto que es nítidamente perceptible en los países europeos, no lo es tanto en América, donde los problemas presentan distintas modalidades que los obscurecen, lo que es, a su vez, causa de que el conflicto internacional a que nos venimos refiriendo, no se presente ante la vista de los pueblos de este continente con la claridad que su gravedad requiere.

En efecto, en América la situación es totalmente distinta y muy propicia para las confusiones. En primer término, tenemos que, contrariamente a lo que ocurre en Europa, el capitalismo no sólo no ha sufrido derrota alguna con esta guerra, sino que conserva e incluso ha aumentado su fuerza en los últimos años. Wall Street recupera a ojos vistas su influencia en la política norteamericana, y no se sabe hasta qué punto llegará a dominar en ésta, a pesar de los esfuerzos para impedirlo de los partidarios de la política iniciada en Estados Unidos por el gran estadista que fué Roosevelt.

En América Latina, por su parte, el capitalismo criollo y los partidos políticos que lo defienden, han conservado y aumentado su poderío como ocurre en Chile, debido principalmente a la ineficacia de los partidos de izquierda que han sido incapaces de llevar a cabo una política constructiva en beneficio del pueblo. Para mayor confusión, tenemos que no sólo los partidos de derecha han conservado su fuerza, sino que, además, el capitalismo tiene gran influencia en muchos de los llamados partidos de «avanzada».

La subsistencia del capitalismo como factor preponderante en América y de su natural consecuencia que es el imperialismo, altera y confunde la política americana, impidiendo la visión nítida de los términos del conflicto planteado en el mundo.

La hora de América es, pues, de una gran confusión.

Hay quienes, atentos sólo al drama europeo, propician la lucha contra el comunismo como único objetivo de una política inmediata, sin observar que, por regla muy general, bajo la máscara del anticomunismo cerrado y sin distinciones, se ocultan y disfrazan los agentes del capitalismo norteamericano y criollo, interesados en desviar nuestra atención del peligro que ellos representan para nuestros pueblos. Por otra parte, quienes son partidarios de una política anti-imperialista y anti-capitalista, que centra sus fuegos en contra de Estados Unidos, son las más de las veces los interesados en que pasen desapercibidos los peligros reales de la política soviética en el mundo, y que

desean, no defenderse del capitalismo, sino que tomemos bando por el imperialismo ruso.

El problema de América reside en saber distinguir en esta hora de confusión y no fijarse objetivos estrechos, cuya adopción significaría amarrarse al carro del capitalismo o del comunismo. Debemos guardarnos de un anticomunismo ciego, al que por desgracia se muestran muy inclinados los cristianos como reacción natural ante la política seguida por Rusia en Europa, y debemos guardarnos igualmente de caer en el error de olvidar el peligro que entraña para la civilización occidental y cristiana, el avance soviético, aceptando la colaboración sin restricciones con sus agentes: los partidos comunistas y los seguidores de éstos.

La línea a seguir es difícil y fácilmente puede ser tergiversada, y en el hecho lo ha sido y será constantemente por los defensores del capitalismo y del comunismo, pues, ambos serán los afectados por el triunfo de un ideal democrático y popular. Los partidos social-cristianos y socialistas de Europa han marcado ya una ruta que ha de abrirse también en América, si queremos que en ésta imperen un día la justicia y la libertad.

### ALEMANIA CENTRO ACTUAL DE LA LUCHA

Aun cuando a través de las informaciones de la prensa no parece ser Alemania el centro de la sorda lucha iniciada entre Rusia y las potencias occidentales, la realidad es que allí está hoy día el punto neurálgico de la pugna de las grandes potencias por conquistar posiciones con vistas a una guerra que por muchos se considera ya inevitable.

Alemania derrotada y dividida, con remotas posibilidades de resurgimiento político y económico, difícilmente podría considerarse como un factor de importancia en el presente. Pero esta conclusión es más aparente que real. Alemania continúa siendo potencialmente el país más fuerte de Europa por su capacidad humana e industrial, lo que le asigna un papel de vital importancia en una eventual guerra entre los aliados de ayer.

Ingleses y rusos así lo han entendido, y siguiendo una política realista, fundada en los hechos y no en las apariencias, se han disputado el control efectivo de Alemania. Esta se encuentra dividida hoy en cuatro zonas, política y económicamente diferenciadas, a pesar del compromiso de los aliados de conservar la unidad alemana (Acuerdo de Potsdam), y ocupadas por ingleses, norteamericanos, rusos y franceses. Pero un análisis de estas zonas lleva con toda claridad a la conclusión de que las zonas ocupadas por franceses y norteamericanos carecen de verdadera importancia. La realidad es que Alemania está dividida entre rusos e ingleses, y ello porque Prusia está en las zonas de ocupación de éstos. Y es un axioma histórico durante el último siglo, que quien domina a Prusia domina a Alemania. En efecto, en Prusia se encuentran la población más fuerte y numerosa, las materias primas y las industrias básicas, los grandes puertos, el centro de los intereses alemanes, (banca, trusts, casta militar, iglesia, etc). Así,

pues, el control de Prusia significa en el hecho el control de Alemania y, en consecuencia, éste lo comparten, disputándose, Rusia e Inglaterra.

El duelo ruso-inglés en Alemania tiene por objeto, más que ser dueño de Alemania para levantarla en contra del contendor, impedir que éste lo haga. Pero tal objetivo corre el serio peligro de verse desbordado por los efectos de la política de las potencias ocupantes del Reich, las cuales parecen haber iniciado en este último tiempo una competencia por conquistar para su causa a sus ex-enemigos. Los rusos manejan con tal objeto el partido comunista alemán, cuyo líder es Wilhelm Peik. Los británicos, por su parte, alientan al Partido Social-Demócrata, dirigido por el Dr. Schumacher. Los rusos han tropezado en su tarea con los obstáculos derivados de la forma en que han desarrollado su política de ocupación en el Este de Alemania, la que ha sido causa de que el Partido Comunista Alemán haya realizado avances menos que modestos en la conquista de prosélitos. De ahí que los rusos, según los últimos informes, hayan «ablandado» un tanto su política para con el pueblo alemán, propiciando medidas que se traduzcan en una mejoría de la horrenda situación de las masas alemanas en esa región, particularmente en lo que se refiere a la alimentación. A este respecto se encuentran en condiciones de superioridad sobre los ingleses, pues, la zona rusa de ocupación comprende la mejor parte de la tierra arable de Alemania, lo que les permitirá proporcionar más cantidad de alimentos que en las otras zonas, de escasa producción agrícola y más densamente pobladas.

Inglaterra, en cambio, controla el centro de la zona industrial alemana y su producción ha alcanzado ya el 40% del volumen de pre-guerra. Políticamente su posición (anti-comunista) parece ser también muy sólida pues en las elecciones efectuadas en Alemania el Partido Comunista ha obtenido una cuota ínfima de electores y han triunfado holgadamente los partidos social-cristianos y socialistas.

Estados Unidos y Francia, por su parte, no han sido capaces hasta el momento de materializar una política realista y eficaz ante los problemas planteados en Alemania: Estados Unidos por seguir una política ingenuamente democrática y sin raíz ante el problema económico y Francia al actuar influenciada por el temor y el resentimiento ante el enemigo vencido.

Sin embargo, el conflicto de fondo que se plantea al mundo es claro y nítido a pesar de los aspectos circunstanciales que lo desfiguran. Estamos asistiendo a la iniciación de un gigantesco duelo entre la concepción democrática occidental y cristiana de la vida y la concepción totalitaria oriental del comunismo ruso, duelo oculto inicialmente, claramente visible hoy día y que mañana puede convertirse en una gigantesca conflagración mundial en la que América tendrá un papel que asumir si ha sabido encontrar su camino dentro de una concepción democrática, popular y libre de imperialismos.

GEORGE BERNANOS.—*Monsieur Ouine*.—(Ed. Zig-Zag, 1946).

En su ensayo sobre «la deshumanización del arte», Ortega y Gasset afirma la tesis harto discutible de que «como producción genérica correcta, como mina explotable, cabe sospechar que la novela ha concluído». Para el filósofo español la novela es género en decadencia, y en torno al fenómeno de la decadencia hace consideraciones sutiles, imprevistas, en el modo tan suyo que hace aparecer como de Pero Grullo verdades en el fondo inciertas. Aceptemos con él que, en estos tiempos, una buena novela y una mala se diferencian mucho más que en el comienzo del género, cuando todo estaba por decirse. Más difícil se hace aceptar que «las obras de máxima altitud son creación de las decadencias, cuando la experiencia, acumulada en progreso, ha refinado al extremo los nervios creadores». Pero sí es evidente que la sabiduría psicológica del hombre de hoy, en general, es muy superior a la del de antaño. Así, por una parte, el autor moderno desdeña siempre el primer plano obvio para irse directamente a bucear lo más hondo que puede en el alma de sus personajes. Y por otra, el lector, que parece haber nacido con la experiencia de las generaciones anteriores, es capaz de seguirlo a esas zonas oscuras, dando también por sabidas una serie de cosas que eran las que constituían las primeras novelas. Es curioso, además, comprobar que muchas de éstas son ahora lectura del público menos exigente y figuran sólo en las colecciones de obras populares.

Pero todo es relativo en este orden de cosas y, por tanto, en esta sutilización y agudización del conocimiento psicológico, y es necesario tener presente que hay no pocos autores y lectores que alcanzan hasta el sexto sentido porque principiaron a contar desde el segundo. Lo cual sería una de las razones que aconsejan no abandonar la lectura de los clásicos, tan sencillos y sin pretensiones...

¿Todo esto a cuento de «Monsieur Ouine»? Pues sí, y de Ortega y Gasset, el que dice también que todavía quedan en el terreno de la novela «los filones secretos, las arriesgadas exploraciones en lo profundo, donde, acaso, yacen los cristales mejores».

Bernanos ha emprendido esta arriesgada exploración, a la vez hacia lo profundo y hacia lo alto, pues rebasada cierta órbita algunas nociones del espacio desaparecen y se cae hacia arriba. Pero la exploración no ha sido afortunada, si bien el sólo hecho de acometer la empresa es ya un título de gloria. Por otra parte, esta tentativa resultaba natural en el hombre cuya trayectoria literaria se inició «bajo el sol de Satán».

Una de las constantes en la obra de Bloy es la referencia al misterio de la comunión de los santos, uno de los más hermosos, terribles y llenos de honda poesía del catolicismo, el más seductor, quizá, para un novelista. Sobre este misterio de la reversibilidad de los méritos, Bloy habló con un fuego, una elocuencia y un poder de iluminación no conocidos antes en la literatura profana. Pero habló sobre él, lo explicó o trató de hacerlo, recurriendo a símbolos, imágenes, como un profeta o un maestro enamorado del tema de su disertación. Bernanos, que tantas afinidades tiene con Bloy, acometió la tarea más difícil de hacer vivir en una

novela ese misterio, sin nombrarlo, colocando a sus personajes en el lugar que cada uno tiene en la red que une a los hombres, a todos los hombres, a los vivos entre sí y con los muertos y con los que aún ni han sido concebidos. Allí están todos en la pequeña aldea de Fenouille, a la sombra de su terrible unión, pagando pecados viejos que germinan como esporas en la tierra que ya se ha tragado a quienes los cometieron o sufriendo por el consuelo que otros han tenido o gozarán en cien años más.

En los funerales de un muchacho asesinado—siempre hay un crimen en los libros de Bernanos—habla el cura de la parroquia y su sermón llena páginas que son de las mejores del libro. «Apenas conseguimos llegar a término todos juntos, amigos míos—les dice a sus feligreses—Dios lo ha permitido. Por eso ha hecho su Iglesia. Y la parroquia es una pequeña Iglesia dentro de la grande. No hay parroquia sin la gran Iglesia. Pero si la última parroquia muriera, por un imposible, no habría más Iglesia, ni grande ni chica, ni más redención, ni más nada. Satán habría visitado a su pueblo... Aun quedan muchas parroquias en el mundo, pero ésta está muerta...».

Fenouille está muerto. En cierta manera, hasta el demoníaco *monsieur Ouine*, flor de esa invisible corrupción, que hace pensar en una especie de Gide con menos talento, se da cuenta de ello. Y como la comunidad está muerta, sucede toda clase de cosas abominables. Desde el vicio ambiguo de la institutriz inglesa hasta la locura del alcalde, que es, pervertido, una parodia dolorosa de Santa Catalina de Siena, la que olía los pecados. Y Ginette y el viejo Vandamme y la inquieta adolescencia de «Steeny» que termina, bajo ese cielo sombrío, en un diálogo de pesadilla o, más bien, de espantosa realidad.

Todo esto es demasiado oscuro. Una novela es, en cierto modo, una colaboración entre el lector y el autor. Aquél trata de integrar al menos ciertos aspectos del libro en la unidad de su propia conciencia. Esto sucede en muchas obras de una concepción nueva no realizada completamente porque la materia es complejísima o la técnica imperfecta. El símbolo, que es la expresión de lo indecible, tiene que ser, en todo caso, interpretado. Novelas como «*Monsieur Ouine*» plantean problemas tan interesantes como el de las posibilidades que se abren al escritor católico para realizar, crear la interacción viviente de lo natural y lo sobrenatural, dar la sensación de lo sobrenatural. La psicología católica, que conoce el mundo de la gracia, lleva una gran ventaja a cualquier positivismo o diabolismo en la captación total de la naturaleza humana y, por tanto, en su representación literaria. Hay una antigua sabiduría que parece haber sido olvidada. Freud no resulta tan gran novedad después de leer a S. Agustín, por ejemplo. En cambio, para muchos resultará una sorpresa la lectura de las «Confesiones» después de la del psicoanalista. Pero, en todo caso, la técnica de captación y expresión parece haber mejorado. «*Monsieur Ouine*», con todos sus defectos, es una tentativa en un terreno difícil, de infinitas posibilidades, y no será por cierto la última obra que se emprenda para lograr esa perfección que, según Ortega y Gasset se alcanza sólo en la hora última de la decadencia.

Alejandro Magnet

# SOBRE LA LITERATURA NORTEAMERICANA CONTEMPORANEA

En un ensayo necesariamente compendioso, pero que constituye un excelente guía informativo, Morton Dauwen Zabel afirmaba no hace mucho que «la situación inmediata en la literatura de los Estados Unidos presenta una paradoja curiosa: la paradoja de una prosperidad sin precedentes en el comercio editorial y, en contraste, de una pausa, un intermedio de comparativa inactividad, entre los verdaderos escritores». Por una parte, se ha cerrado, por natural e inevitable agotamiento, el ciclo que principió con los años de 1900, bajo el signo de una reacción contra el puritanismo flotante en la atmósfera moral de los Estados Unidos. Por la otra, el reajuste que se viene operando en todos los órdenes de la vida norteamericana repercute en la actividad literaria y en el arte en general, muy sensible a tales influencias, y se inicia un proceso de revisión crítica; sin que hasta ahora, de la movilización espiritual determinada por la guerra haya surgido una de esas obras maestras que señalan rumbos y determinan la formación de escuelas. Pero, entre tanto, la personalidad norteamericana se ha robustecido inmensamente frente a Europa; fenómeno mucho más marcado que el producido al final de la guerra anterior, cuando la quiebra de ciertos valores europeos no apareció tan evidente. Esto mismo ha hecho que los escritores norteamericanos intenten crearse —la expresión es de Van Wyck Brooks— «un pasado útil», dando a los esfuerzos de sus predecesores una estructura lógica en el propósito y la significación, de manera que exista una continuidad histórica consciente. Esta continuidad se produce, de todos modos, por un conocimiento real del pasado y por la preciosa cualidad que hace a la literatura expresión, aunque sea inconsciente, del espíritu de su tiempo. Quien ha insistido sobre el punto de esta dependencia o relación con el pasado y de la «necesidad de las instituciones» ha sido T. S. Eliot, cuya obra principal, «La Tierra Desolada» apareció hace ya un cuarto de siglo.

Es necesario tener todo esto en cuenta para especular sobre los rumbos o directivas de la literatura norteamericana en los años cuyo comienzo está en los días presentes. Puede suponerse que la lección y la tragedia de la guerra última impidan la repetición de la «edad del jazz», que terminó bruscamente con el derrumbe de 1929, cuando no había «nada sagrado» para los bohemios de Green-

wich Village, que unían curiosamente la libertad literaria con el amor libre. Fuera del ambiente de irresponsabilidad de esa época está la obra de tres autores en los cuales se produce la combinación de la conciencia artística con la conciencia social: John Dos Passos, Scott Fitzgerald y Ernest Hemingway, de los cuales dos viven todavía y tienen una influencia considerable, si bien su obra es en gran parte anterior a la depresión de 1930. Después de esta fecha, el realismo de la novela, según anota M. D. Zabel, «se hizo económico y político, argumentador y revolucionario... crítico, exhortativo y reconstructivo. Ni el realismo, ni el liberalismo, ni el naturalismo se aceptaron como fines en sí mismos. Tomaron a su cargo la batalla contra la ruina que avanzaba y se armaron para la lucha práctica. Los nuevos realistas estaban decididos a hacer literatura «activa» oponiéndose a la injusticia y reconstruyendo la sociedad». Fueron los marxistas quienes predicaron más ardientemente la acción militante de los escritores, en los Estados Unidos como en el resto del mundo. Pero no pocos de estos escritores descubrieron que el problema del hombre era mucho más complejo que el indicado por un planteamiento económico. Gregory, Farrell, Odets y Schwartz, críticos como E. Wilson y K. Burke, llegaron así a coincidir con los hombres de la etapa anterior: Eliot, Frost, los ya nombrados Hemingway y Dos Passos, Faulkner, Cummings, Katherine Ann Porter y otros fieles a la concepción democrática norteamericana, que no escatiman las críticas a las injusticias sociales, sin caer en la estrecha unilateralidad marxística y en las negaciones que implica.

Por otra parte, la poesía está dominada por la misma necesidad que ya anotábamos, de búsqueda de un hilo conductor para, en último término, imponer una forma de espíritu e inteligencia al caos del mundo moderno, actitud a la vez crítica y creadora.

La literatura anglosajona se ha caracterizado siempre por una preocupación ética, a menudo disfrazada, pero constante. Con los antecedentes bosquejados queda por ver hacia qué punto cardinal se orientarán las letras americanas en una época en que todas las posibilidades parecen abiertas, para destruir y construir sobre ruinas viejas y nuevas.

*Alejandro Magnet P.*

CREEMOS UN DEBER EXPLICAR A NUESTROS LECTORES QUE EL ATRASO CON QUE APARECE ESTE NUMERO Y POSIBLEMENTE APAREZCA EL PRÓXIMO, QUE DEDICAREMOS A **LEON BLOY**, SE DEBE UNICA Y EXCLUSIVAMENTE A LA PARALIZACION DE LAS IMPRENTAS, A RAIZ DE LA HUELGA A QUE FUERON LOS OBREROS GRAFICOS, EN PROCURA DE MEJORES SALARIOS Y CONDICIONES DE TRABAJO

# P O L I T I C A

# Y E S P I R I T U

AÑO 2 - NUMERO 14

AGOSTO DE 1946

## LO MAS MISTERIOSO ES LA ESPERANZA...

Hay palabras y frases que cobran repentina y a veces fugaz actualidad. En un momento todos las repiten, se visten con ellas y parece que cogiéndolas quisieran gozar de su éxito o transformar su espíritu por lo que representan: tal sucede hoy con el social cristianismo.

Pero es necesario tener cuidado con estas popularidades ocasionales y transitorias que nacen y mueren sin dejar huellas, como esos periódicos que cogen la noticia de un crimen sensacional, lo explotan durante unos treinta días y después que el diario ha hecho su negocio editorial, lo van relegando a las páginas interiores y poco después nadie, ni en el diario ni en la calle recuerda siquiera, el nombre de los protagonistas.

Y durante este lapso de tiempo, no todo ha sido una simple mentira: hay quienes se apasionan, que atribuyen el crimen a los más misteriosos móviles o piensan en la intervención de los más extraños personajes. Y las gentes, cuanto más ingenuas, más sufren, se preocupan y emocionan.

Por eso es preciso salvar al social cristianismo de esta popularidad fugaz. Es de vital importancia impedir que se vistan con él como con un disfraz, o lo que es peor, que personas buenas y sinceras piensen que esto del social cristianismo, es una especie de suave sentimiento.

Para muchos de estos novísimos social cristianos, ha nacido un gran amor por el pueblo y están sinceramente convencidos que es necesario hacer algo: escuelas, cooperativas, dispensarios y hasta algunos sacrificios económicos.

Para otros éste es un medio de remozarse. Por muy ciegos que sean han visto algo en los cables: los conservadores victoriosos de Inglaterra, con ese gran Churchill al frente, derrotados; el mariscal Petain y todo su reformismo, hoy en la cárcel; la monarquía italiana proscrita. En cambio leen que un señor Bidault que andaba con los comunistas, es ahora Presidente de Francia y que el partido del desterrado

Dom Sturzo, obtiene triunfos rotundos, y al execrado Maritain lo contemplan como Embajador de Francia. Estos hechos los han obligado a reaccionar y se han dicho que es necesario revestirse con este nuevo ropaje que da perspectivas.

Por eso hoy los que realmente creen en la revolución social cristiana, que la han sostenido cuando era perseguida, que creían y defendían a Maritain, Bidault y Sturzo en contra de los que falsificaban la filosofía, endiosaban al «viejo Mariscal», propagaban las doctrinas de Maurras, aplaudían a Mussolini y eran condecorados por Franco, tienen la misión de defenderse de las falsificaciones y de los oportunismos.

Porque esta doctrina no es un ropaje, ni es un tibio sentimentalismo patronal, ni se hace de discursos huecos o brillantes. Esta es una doctrina que obliga a romper con el viejo mundo liberal-capitalista, que sólo puede nacer de la entraña del pueblo como una llama que se alimenta por su propia fe en su propia redención. No es ni una dádiva, ni una limosna, ni siquiera un gobierno honrado y progresista; es más, mucho más que eso: es una fe y una técnica; un grito de liberación y de justicia, una esperanza viva que alimenta un gran movimiento vital con su poesía, sus renunciamientos y con la juventud de todo lo que amanece. Y también, y por su esencia, ruptura dolorosa, pero necesaria del mundo que va a renovar.

Lo peor sería la estafa, la falsificación en la apariencia, el lenguaje trunco, porque eso sería matar la única posibilidad de lo auténtico y traer la confusión y la mentira. Eso sería verdaderamente trágico.

Para aquellos que hemos llenado la vida con esta tarea, recibimos a los nuevos conversos con la sinceridad y el deseo de una conversión auténtica. Pero queremos los hechos y no las promesas; las leyes y no las frases, el espíritu vivo y no la propaganda.

¿Será auténtico el entusiasmo de esta hora? No queremos dudarlo. Como dijo Péguy, lo más misterioso es la esperanza...

F.

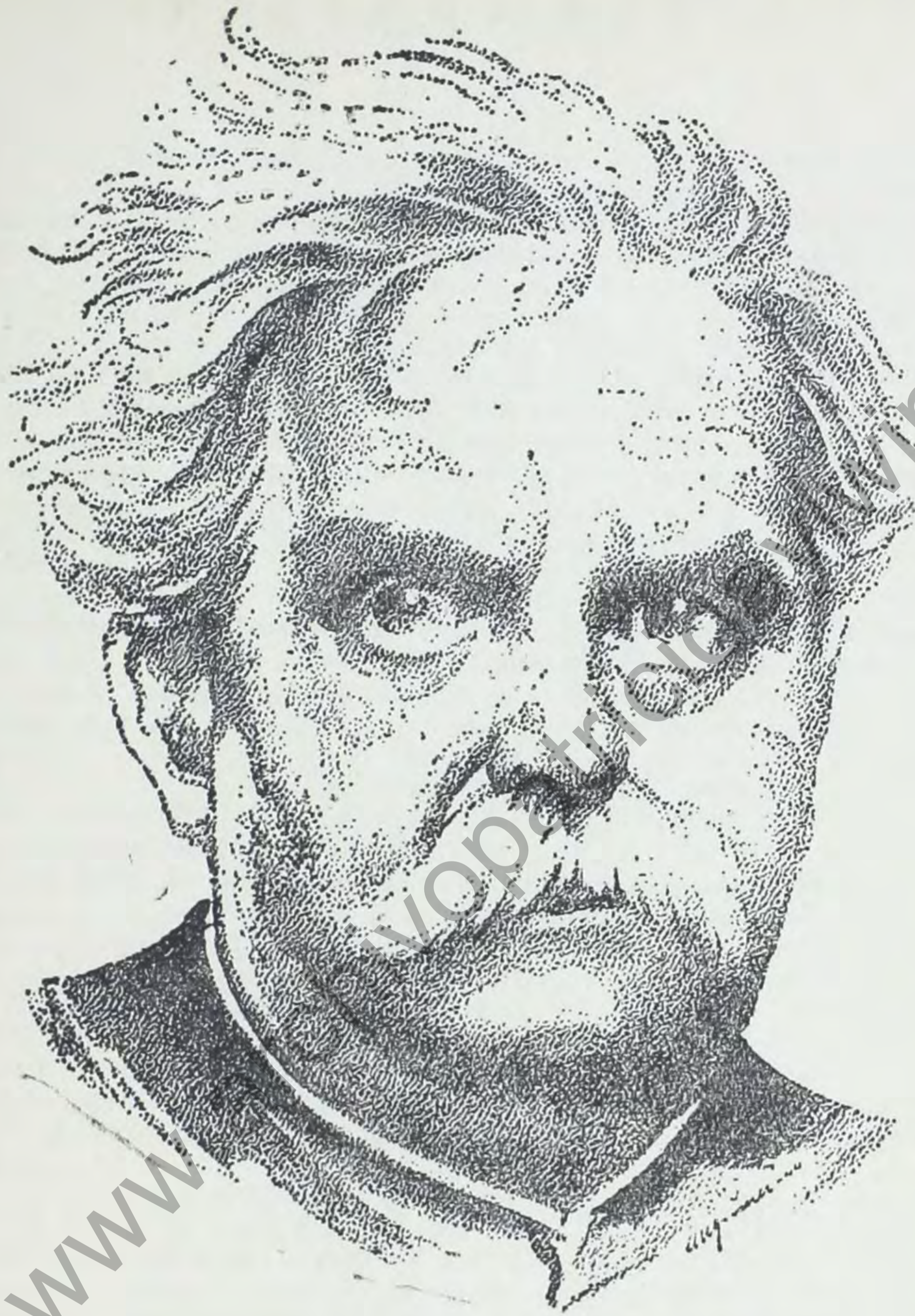
# PRIMER CONTACTO

Yo encontré un hombre marcado con la cruz. Ese hombre a quien me refiero era más bien una cruz viviente, sombría y luminosa a la vez, como si cumpliera el destino de distribuir frescura al mismo tiempo que calor y luz. Me produjo la impresión inmediata del apóstol de los primeros tiempos o del cruzado de la primera cruzada, cuando, en Occidente, no existía aún más que la desinteresada decisión de recuperar el Santo Sepulcro. De primera intención no traté de informarme acerca del destino humano de este hombre. ¿A qué conducía? ¿No representaba a la humanidad dirigiéndose de lo temporal hacia lo eterno? Recorrí, en su compañía, el camino del cual, por las razones que supe más tarde, se apartaban casi todos. Juntos subimos la cuesta que ya no se vuelve a bajar. Y, durante el camino, él me abrió los ojos. . .

Le debo esta confesión. El me abrió literalmente los ojos. Yo estaba ciego, ciego de nacimiento, como tantos de mis hermanos según la carne y según el espíritu. Yo, cristiano, vivía una vida más animal que sobrenatural. Yo concedía importancia a lo que no la tiene; sentía avidez por las bellas formas que pasan, por los ritmos que se desvanecen, por toda la fantasmagoría de la vida, y, prácticamente, negaba la Muerte. Esto significa que yo no concedía más importancia al hecho de la Redención que a cualquier otro acontecimiento histórico primordial. Sin duda, yo tenía fe, pero a título de herencia, como cuando se recibe, ante notario, una joya o un mueble. Me creía cristiano y tenía voluntad de serlo. Pero, ¿qué clase de cristiano es aquel cuyos actos *todos* no tienen por móvil el amor y la gloria de Dios? Este hombre me hizo comprender dicha verdad. No me la demostró, sino que me la hizo sensible. Gracias a él la amé, y aprendí a no confundir su excelsa hermosura con lo que solamente es reflejo o espejismo. Ven, pues, me decía, tú no sabes lo que deberías saber. Cristo no ha cesado nunca de sangrar en el Gólgota, ni de mostrarse a las Santas Mujeres. Ascendió hacia su Padre, que es el nuestro, y, sin embargo, está entre nosotros. Junto a esta realidad, ¿a qué quedan reducidas las contingencias humanas? Junto a este Amor, ¿a qué queda reducido el Amor?

Así el hombre-cruz me enseñó la verdadera razón de vivir. Su voz de oro fué para mí terrible y suave. Nunca la he olvidado.

*Hubert COLLEYE.*



LEON BLOY



# EL GRAN POBRE (1)

Por León BLOY

*Si yo fuera feliz, amigo mío, le escribiría, sin duda, con más facilidad. Quizás encontrase para Ud. palabras útiles que su espíritu generoso tomaría como pan. Pero es menester que abandonemos o, al menos, posterguemos ese sueño. Tengo el espíritu muy abatido y el corazón, profundamente triste. En este momento disfruto de un breve intervalo entre el suplicio de ayer y el de hoy. Lo aprovecho para escribirle no sé qué. Después iré a sufrir. Los horribles cristianos de quienes Ud. me habla y que yo conozco mejor de lo que ellos se conocen—esos cristianos de lodo y tinieblas—hablan gustosos de resignación. Quieren, ante todo, que el pobre se resigne. Y cuanto más gozan tanto más exigen que los sufrientes se resignen. Esta doctrina es harto vieja: Onerant homines oneribus quae portare non possunt et ipsi uno digito non tangunt sarcinas. ¡Ah! Se bien que la resignación es una virtud cristiana, pero ella necesariamente supone una cierta uniformidad de sufrimiento, un equilibrio normal del infortunio. Supone, sobre todo, una proporción o adecuación entre el yunque y el martillo. No está en la naturaleza del hombre resignarse a la descarga del rayo o al paroxismo. Ayer hice, más o menos, cuatro leguas por París para encontrar cuatro francos, que he enviado a mi hijo, y, probablemente, hoy tendré que comenzar de nuevo. Ahora bien, Ud. sabe lo que yo tengo en el alma y en el espíritu; Ud. sabe también lo que ya he hecho y cuál ha sido mi salario. ¿No es una resignación bastante amplia, bastante heroica, la de no blasfemar, no aullar contra Dios, de no precipitarse a la muerte en la embriaguez de un momento de desesperación?*

*La gloria de la caridad—decía Hello de manera admirable— es la de adivinar... Aquel que ama la grandeza y ama al abandonado, (Ud. mismo, mi querido Enrique) cuando pase a la vera del abandonado, reconocerá la grandeza, si la grandeza está ahí». ¿Quiere Ud. saber, ahora, por qué la gloria de la Tercera Persona divina es la de adivinar? Porque la gloria de la Segunda es estar oculta, según lo afirma Salomón: Gloria Dei est celare Verbum (Prov. 25, 2). Hello—a quien conocí mucho—era un maravilloso intuitivo, pero a menudo no advirtió el alcance de sus propias palabras, y lo que yo acabo de decirle es exégesis de la más alta, puede Ud. creerme.*

*Nada hay más ignorado que Dios. ¿Qué crédito pueden esperar los que hablan de las cosas divinas? Las Tres Personas inefables han hecho al hombre a su imagen y semejanza y el hombre les ha pagado esta bondad confeccionándolas a su crapulosa imagen. ¿Cómo hablar a semejante bestia de los secretos divinos? La Escritura, por ejemplo, está henchida del Pobre y hará pronto dos mil años que todos los santos están enseñando que el Pobre es Jesucristo. Pues bien, nadie lo da todavía por entendido. Los*

(1) Esta página, muy característica del estilo de Bloy, es la primera parte de una carta que comenzó a escribir en París, el 12 de Marzo de 1890, a su joven amigo Enrique Carton de Wiart, quien la dió a la publicidad en una conferencia sólo casi medio siglo más tarde. Editada en francés en 1945, es una primicia en castellano. (N. de la D.)

*crístianos están invenciblemente persuadidos de que, en este caso, no se trata sino de una anticuada y ruinosa metáfora para incitar cautelosamente a los justos ricos a arrojar sus monedas de cobre a la canalla. La pobreza les repugna. ¡Si pudieran saber cuánto repugnan ellos a la Pobreza, cómo la hacen vomitar desde el profundo abismo de sus entrañas exploradas solamente por el hambre!*

*¿Dónde, pues, está el sacerdote, el apóstol inspirado que, al no estar en cuclillas como ellos ante los simulacros del mundo, se atreva a mostrarles, por fin, al pobre Jesús, del cual se pretenden adoradores? ¿Dónde el que les muestre al horrible Leproso que se inciensa en los tabernáculos, al Supliciado chorreante de escupos, que las cochinas elegantes, duras como el infierno, acuden a devorar en nuestras iglesias, tal como las hienas, al día siguiente de una ostentación de sus pezones y que devolverían con convulsiones si pudieran verlo, en el espacio de un relámpago, bajo el sudor de sangre, las salpicaduras y deyecciones de un pueblo innoble, en las desfiguraciones y las equimosis de la Procesión terrible y, sobre todo, en la complicada podredumbre del matadero?*

*¡Ah, el pobre les repugna a estas almas encantadoras! Sería necesario, pues, saturarlas, atiborrarlas, de ese fino disgusto, plantarles en el hocico un inmenso embudo y rellenarlas de una vez por todas de cuanto pudiera darles el horror de aquel Dios de los pobres que difaman con sus sucias piedades, para que apareciera finalmente lo que son: verdugos e idólatras.*

*Quonian non cognovi litteraturam, introibo in potentias Domini. El Espíritu Santo no hace literatura y la espantable imbecilidad de los pedantes es suponer metáforas en el Texto Sagrado. Si el Señor ha hablado podemos estar seguros de que es cuestión de una realidad prodigiosa, infinita como su propia esencia. Y cuando se trata de la Ignominia del Cristo anunciada por los profetas, por el Cristo mismo y narrada por sus apóstoles, es necesario comprender que se trata de una ignominia horrorosa. Si nuestros inmundos cristianos y cristianas pudiesen entrever un segundo, entreverlo tal como es, al gran Pobre, al único Pobre, no encontrarían bastantes mazmorras y polizontes que los librarán de este Redentor de abominación.*

(Traducción de Alejandro Magnet.)

**LAS OBRAS DE BLOY.**—Entre el gran público las obras de León Bloy no conocieron el éxito ni en Francia ni en el extranjero. Era uno de los escritores franceses más notables de su época y su influencia sobre ciertas almas era inmensa; sin embargo, sus libros eran y son leídos todavía por una minoría. Sus críticas, a veces feroces, sus estruendosas acusaciones contra el mundo moderno, y la forma violenta en que están escritas, turban y ofenden al lector corriente. Pero para un alma sedienta de justicia y de verdad, son vivificantes como una descarga eléctrica.

En una época de sensual y material, en que el capitalismo había adoptado formas monstruosas, Bloy glorificó a la pobreza. Recordó a los fariseos que el Cristo murió por los pecadores. Sus denuncias contra los burgueses y contra su piedad hipócrita, marcaron a los bien-pensants al rojo vivo. Sus acusaciones contra los católicos que habían aceptado compromisos con las potencias del dinero, son abrumadoras. Su defensa del pueblo judío frente a la ola de antisemitismo que había provocado en Francia el Affaire Dreyfus, es una de las defensas más valientes que fueron jamás pronunciadas.—Helene Iswolsky (En «AU TEMPS DE LA LUMIÈRE»).

# LA VIDA DE LEON BLOY

Por *Pierre TERMIER*.

Los libros de León Bloy están llenos de alusiones a su vida. Es, pues, indispensable a quien quiera leerlos, conocer, al menos en sus grandes líneas, esta vida singular, tan bella en su unidad grandiosa, pero casi constantemente impregnada de dolor. He aquí un breve resumen de ella.

León Bloy nació en Perigueux, el 11 de Julio de 1846, en una familia de pequeños burgueses. Su padre, modesto empleado de la Administración de Puentes y Caminos, era un incrédulo, lo que entonces se llamaba un libre pensador; su madre, de origen español, era, por el contrario, muy piadosa. El niño fué educado en el catolicismo; y aún en medio de las tormentas de su juventud, la oración católica, la liturgia católica, tuvieron siempre para él grandes atractivos. Fué la suya, una infancia un poco extraña: lágrimas a cada instante, sin causa precisa; riñas con sus camaradas de las que regresaba ensangrentado y con el traje desgarrado; ningún gusto por el estudio, por lo que la rabona era más frecuente que su asistencia a clase. El padre, que había fundado grandes esperanzas sobre este niño porque lo veía y lo sentía mucho más inteligente que sus otros hijos, se fastidiaba y desalentaba ante esa perpetua fantasía y esa incapacidad profunda de aceptar una disciplina; la madre se entristecía e inquietaba.

A los 18 años, León declara que quiere ser pintor. Como estaba verdaderamente dotado para el dibujo y la pintura, se le deja ir a París.

Trabaja durante un año, primero con un arquitecto, luego junto al pintor Pils. Pero bruscamente cambia de idea. Lo vemos trabajar algún tiempo con un abogado y finalmente se inicia como escritor. Es presentado a Barbey d'Aurevilly, quien lo acoge muy bien, lo anima y hasta lo toma como secretario.

Estalla la guerra de 1870. León tiene 24 años y se enrola en el batallón de Cathelineau; será francotirador y tomará parte en la ruda campaña del Loire. Narrará más tarde, en su libro *Sueur de Sang*, los horrores de esta guerra, poema sombrío de sufrimientos sin nombre y de heroísmos sobrehumanos.

Llegada la paz, vuelve con Barbey d'Aurevilly y emprende de nuevo sus ensayos literarios. Mas, como es necesario vivir, se emplea entre tanto en el Ferrocarril del Norte, llegando a ser, como él lo dirá más tarde, uno de los más detestables empleados de la compañía. En 1877, escribe su primer libro, *La Chevalière de la Mort*, pequeño poema consagrado a la reina María Antonieta, pero no podrá publicarlo hasta 1891, en Gand.

Escribe artículos en los diarios. Desde 1878 hasta 1882, su vida es agitada por fuertes tempestades. Después de haber dejado por un tiempo el catolicismo, vuelve a encontrarlo; desearía entregarse a Dios, perderse en

Dios, ser exclusivamente un contemplativo. Pero, es disputado por el amor divino y los amores terrenos. Es la suya, la juventud de Caín Marchenoir, tal cual está descrita en *Le Désespéré*, que es una especie de autobiografía. Mediante una irreparable carta a su jefe de oficina, rompe con el Ferrocarril del Norte. Su deseo sería entrar en la Trapa; y efectivamente se encamina allí para hacer un retiro preparatorio. Pero los Trapenses, conocen pronto y aun lo convencen de su carencia absoluta de vocación monástica. Entonces, vuelto a París entra en el *Chat-noir*, célebre café en donde conoce a algunos futuros grandes hombres, entre otros a Georges Clemenceau.

Se le aprecia en los cenáculos de Montmartre, por su violencia de impre-ador, su prodigiosa maestría en la invectiva y su crítica violenta, por ese que llaman su estilo exasperado. Durante toda su vida guardará la huella de Montmatre; llevará hasta la crueldad el odio al burgués y sentirá una suprema voluptuosidad «en asombrar y hacer rabiar a los imbéciles».

En 1882, encuentra por primera vez un editor y publica un libro, *Le Révélateur du Globe*, con un prefacio de Barbey d'Aurevilly. En este libro defiende aunque bien inútilmente, la beatificación de Cristóbal Colón. En 1884, reúne en un volumen, bajo el título de *Propos d'un entrepreneur de démolitions*, sus artículos del *Chat Noir*. Funda luego un diario en 1885, *Le Pal*, con el que espera ajusticiar a un gran número de sus contemporáneos; mas, esta tentativa fracasa; el diario no tarda mucho en desaparecer y solamente sus cuatro primeros números reunidos en un folleto, son publicados. Finalmente en 1886, —cuando Bloy tiene 40 años— aparece *Le Désespéré*, libro probablemente único en las literaturas, excesivo, extremoso, algo anarquista, absolutamente falto de prudencia, de moderación y de discreción, en realidad totalmente ingenuo, en el que ataca a todos los pontífices literarios de la época, escupe su desprecio a la faz de los falsos grandes hombres y «se proclama altamente, brutalmente, despreciador del mundo, despreciador del dinero y del éxito, amante de la única belleza, adorador ardiente de la sola Cruz». El libro es juzgado magnífico, sí, pero insensato. Se habla de él en voz baja, como de un escándalo, y bien pronto no se atreven ni a mencionarlo. Se hace el silencio, la mortal conspiración del silencio, que durará toda su vida. Los libros van a sucederse casi de año en año, pero no tendrán éxito ninguno y no traspondrán los límites de un pequeño grupo de amigos y admiradores; y Bloy, que siempre ha sido pobre y que acaba de casarse en 1890 con una de las hijas del poeta danés Cristián Molbech, conocerá la verdadera miseria. Será en lo sucesivo un mendigo; él mismo se llamará el «mendigo ingrato», nombre que le fué dado por sus enemigos, mas él, recogiendo esta injuria, se adorna y se arroja con ella como con un manto de púrpura y oro.

En 1889 publica *Un breilan d'excommuniés*; en 1890, *Christophe Colomb devant les Taureaux*; en 1892, *le Salut par les Juifs*, libro potente y singular, escrito a la gloria de Israel y a la gloria también del Dios de los católicos y

con el que disgustó a los católicos y a los judíos, a tal punto los unos y los otros son allí cruelmente azotados; en 1893, un volumen de cuentos militares, *Sueur de Sang*, en el que evoca los espantosos recuerdos que le dejó la guerra francoalemana; en 1894, *León Bloy devant les cochons* e *Histoires désobligeants*.

En 1897, aparece su obra maestra *La Femme pauvre* en el que, describiéndose a las veces bajo los rasgos de Marchenoir y de Leopoldo, continúa y completa la autobiografía comenzada en *Le Désespéré*. La forma es maravillosa; en ninguna parte de la obra de Bloy, el estilo es tan resplandeciente, tan rico, tan suntuoso; y en cuanto al fondo es un himno, ora desolado, ora triunfal, un himno a la grandeza del alma humana, sea ella «el despojo de las tinieblas» presa de toda las tempestades y a punto de abismarse en la desesperación, o que, purificada y santificada por el sufrimiento se haya vuelto «el despojo de la luz» llevada en lo sucesivo por aguas perpetuamente plácidas, sobre un océano de amor.

En 1898, Bloy da comienzo a la publicación de su diario. El primer volumen se titula *Le Mendiant Ingrat*. Le seguirán otros seis volúmenes desde 1904 hasta 1916 y sus títulos serán: *Mon Journal* (1904), *Quatre ans de captivité à Cochons-sur-Marne* (1905), *L'Invendable* (1909), *Le Vieux de la Montagne* (1910), *Le Pèlerin de l'Absolu* (1914), *Au seuil de l'Apocalypse* (1916). Un séptimo volumen, *La Porte des humbles*, será publicada después de la muerte del autor, en 1918, gracias a los cuidados de Madame León Bloy.

Tiene otras obras, múltiples y diversas, marcadas todas con el sello del genio: en 1900 *Le Fils de Louis XVI* y *Je m'accuse*, en 1902 *l'Exégèse des Lieux communs*, en 1903 *les Dernières Colonnes de l'Eglise*, en 1905 *Belluaires et Porchers*, en 1906 *l'Épopée byzantine et Gustave Schlumberger*, en 1907 *la Résurrection de Villiers-de l'Isle-Adam*, en 1908 *Celle qui pleure*, en 1909 *le Sang du Pauvre*, en 1912 el Prefacio a la *Vie de Melanie écrite par elle même*, y *l'Âme de Napoléon*, en 1913 *l'Exégèse des Lieux communs* (segunda serie). El obrero parece infatigable, y sin embargo, ¡qué dura es su vida! La miseria está allí, presente o muy próxima; y cuando no es la miseria, es la pobreza. La vida de Bloy es un continuo milagro. El vive y su familia subsiste con lo que Dios le envía o con lo que le llevan los amigos de Dios. Tuvo cuatro hijos, dos varones y dos niñas; los varones perecieron a temprana edad, segados por la extrema indigencia; las niñas sobrevivieron; se llaman Verónica y Magdalena; en todos los volúmenes de su Diario habla a cada instante de ellas; su presencia en el pobre hogar, su amabilidad, su ternura, han suavizado grandemente a lo largo de su áspero peregrinar al escritor terrible y temible que era el más cariñoso de los padres.

Era también el más amante, el más dulce, el más indulgente de los amigos. Sin embargo, muchos que decían comprenderlo y quererlo, se alejaron de él por diversas razones, siendo la principal su perpetua miseria. «Otros», sobre todo los últimos en llegar, le fueron fieles y gracias a ellos los doce años

finales que van desde 1905 a 1917 fueron menos penosos y menos sombríos, con horizonte frecuentemente despejado y hasta con días casi jubilosos, por los que pasaban reflejos y rumores de gloria.

Como todos los pobres, León Bloy fué un errante. Después de su casamiento vivió sucesivamente en Vaugirard, el Grand-Montrouge, Antony; en Kolding (Dinamarca), durante diez y siete meses de los años 1899 y 1900; en Lagny, (Cochons-sur-Marne) de 1900 a 1905, luego en Montmartre desde 1905 hasta 1911. En Montmartre, —el único sitio del mundo, según él decía, en donde un artista pueda vivir—, conoció tres alojamientos: dos en la calle de la Barre, uno en la calle Cortot. Mas, pronto su amada «butte» es convulsionada por los demolidores de las viejas casuchas. En 1911, se instala en Bourg-la-Reine, donde terminará su existencia.

Durante el verano de 1914, mientras escribía un bello poema en prosa sobre Santa Juana de Arco, llegó la guerra. Lo sorprende en Saint-Piat, cerca de Chartres, en donde se encuentra veraneando con su mujer y sus hijas. A fines de Agosto, después de Charleroi, el avance fulminante de los ejércitos enemigos lo llena de angustia. Deja precipitadamente Saint-Piat y se refugia en Rennes, en donde uno de sus más íntimos amigos, movilizado en esta ciudad, lo acoge, lo consuela y lo reconforta. Se queda un mes en Rennes, vuelve luego a Saint-Piat, cuando en el Marne y en toda la extensión del frente, el invasor retrocede. Al terminar el otoño, Bloy y su familia se instalan nuevamente en Bourg-la-Reine, mas no ya en el departamento de la plaza Condorcet, en donde han pasado los tres años anteriores a la guerra, sino en el pequeño pabellón de la calle André-Theuriet que ocupaba Charles Péguy en el momento de la movilización y de donde éste partió para la lucha y la muerte.

Termina el poema sobre Juana de Arco, cuyo título será *Jeanne d'Arc et l'Allemagne* y que se publicará durante el primer invierno de la guerra.

Bloy sufre en su corazón y en su cuerpo. A su alrededor el duelo se multiplica; algunos de los jóvenes que le son más caros, caen en los campos de batalla. Desde 1915, la enfermedad se insinúa en este organismo otrora tan vigoroso, ahora ya gastado. El trabajo se le hace difícil. Termina asimismo el séptimo volumen de su Diario, *Au seuil de l'Apocalypse*, y puede aún escribir un libro, su último libro, *Méditations d'un solitaire*, en 1916. Sus fuerzas declinan rápidamente. Conserva hasta el fin su espléndida inteligencia. Sólo en Octubre de 1917 deja de escribir a sus amigos. Pocos días después recibe los últimos sacramentos en pleno conocimiento. Como alguien le preguntara en qué estado de ánimo acoge a la muerte y si no siente algún temor, contestó: «No, temor ninguno, pero sí una inmensa curiosidad». Finalmente, el 3 de Noviembre de 1917, se extingue dulcemente, rodeado de su mujer, de sus dos hijas y de algunos amigos fieles. Tenía 71 años y cuatro meses. Su sepulcro se encuentra en el cementerio de Bourg-la-Reine, con una bella cruz de granito de Bretaña, dibujada y esculpida por su gran amigo Frederic Brou.

# VOCACION DE LEON BLOY (1)

Por Jacques MARITAIN

Trataré de ver, de caracterizar y explicar, en cierta medida, la vocación de León Bloy.

Aunque era muy afecto a la Edad Media, no podríamos imaginar a Bloy contemporáneo de San Bernardo y de Santo Tomás de Aquino, sino más bien de Tertuliano y de Orígenes; pues parecía un cristiano del siglo II, perdido entre los hombres de la Tercera República. No habiéndole sido posible convencerse de la real existencia de sus contemporáneos, ¿cómo hubiera podido no echar sobre ellos algunas sombras ingratas? Las prerrogativas del cristiano y las del poeta conviven en él como en estado primitivo, fuera del clima de la razón. Quiero decir que las llevaba como desentendidas de la humana razón, con cierto desdén a las precisiones filosóficas y a los consejos de la prudencia. En cambio, las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo hallaron clima favorable en un alma profunda e intuitiva, en un espíritu hambriento de la visión de Dios. Y así vivió su pobre corazón de hombre, oprimido por el genio, sujeto a todo orden sobrehumano de las exigencias divinas y al divino despotismo del arte. En aquel siglo de violencia y de pasión, el misticismo áspero de Bloy fué como una tormenta sobre una tierra impenetrable. Su imaginación, muy ardiente, dió esplendor a la manifestación de aquel deseo imperioso que nunca pudo satisfacer en esta vida; ver los signos sensibles y tangibles de la gloria de Dios. Fué así como el sentimiento genuinamente cristiano de las exigencias absolutas de Dios, recibido en inteligencia mística, pasó a informar la obra del poeta. Pero la intuición del misterio, tan pura en Bloy, se mantenía lejos del mundo de figuras e imágenes que el artista gobierna. De ahí las discordancias entre un saber muy alto y un decir demasiado dependiente del orden material.

En el acto de ejecutar las cosas ordinarias, las almas obedientes a la intención divina dan lugar a una especial acción de Dios, que determina el modo peculiar de cada una. Percibir con exactitud ese modo en la realización de obras extraordinarias, es el principal objetivo poético de Bloy.

Y así se explica la romántica grandiosidad de algunos de sus personajes, como el llamado Caín Marchenoir, sobrenombre del mismo Bloy en su novela *Le Désespéré*. La pretensión de traducir en actos y palabras imaginarios el modo oculto de la acción de Dios en sus almas, constituye una falla venial. Pero esa misma deficiencia es el reverso de una virtud incomparable: la de hacer que el corazón humano se vuelva hacia el propio misterio y lo contemple;

---

(1) Fragmento de la Conferencia pronunciada en los Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires; recogida en libros por la Editorial ADSUM, y de la que prepara una nueva edición una Editorial Chilena.

la de arrancar a los hombres de la vida habitual de los sentidos, y conducirlos, mediante lo sensible, a la admiración del orden inteligible.

Para complemento de esto que acabamos de decir acerca de su misión, señalamos un rasgo característico de la obra de Bloy: no escribía para los justos, para los que no están necesitados de penitencia, sino para los pecadores y los rebeldes. Por eso se complacía en repetir: *No escribo para los católicos; escribo para la canalla.*

Lo cual significaba que escribía para todos nosotros, hipócritas lectores, como nos llama Baudelaire: «lector hipócrita, mi semejante, mi hermano». Bloy era todo lo contrario de esos hombres que esconden tantos crímenes bajo el estuco recompuesto de sus virtudes. Era una catedral calcinada y ennegrecida por fuera, con la blancura adentro, en el tabernáculo.

Tenía conciencia imperiosa de su vocación y de su misión: *Tengo la convicción profunda e inquebrantable, escribía, de haber sido reservado para testigo de Dios, para ser el amigo fiel del Dios, de los pobres y de los oprimidos; y de que, al llegar la hora, nada prevalecerá contra el cumplimiento de esta elección. Tengo el honor incomparable y milagroso de ser necesario a Aquel que de nadie necesita; y he sido adobado con sal de dolor, como para hacer un largo viaje. La literatura no es mi objeto, no vivo para ella: desde hace mucho tiempo, y hasta que llegue mi día, es como un instrumento más de mi suplicio* (LE MENDIANT INGRAT, 16 de Enero de 1895).

*¿Qué pensaríais de la caridad de un hombre que permite que se envenene a sus hermanos, por temor de que, al denunciar el crimen, arruine la estimación pública del envenenador? Yo creo que, en un caso como ese, la caridad consiste en vociferar...*

*Nuestro Señor proclamó bienaventurados a los que padecen hambre y sed de justicia; y el mundo, que tiene ganas de divertirse, pero que detesta la beatitud, no ha querido admitir esa afirmación. Si los que recibieron la investidura de la Palabra, se callan, ¿quién hablará por los mudos, por los oprimidos y los débiles? El escritor que no escribe por la Justicia, es un despojador de los pobres, y su crueldad es tanta como la crueldad del mal rico* (LE DÉSESPÉRÉ).

## TESTIGO DE DIOS.

Ya sabemos que León Bloy entendía ser testigo de Dios. Aquí parece oportuno recordar que siempre se ha notado cierta discordancia entre la Iglesia, considerada en lo que constituye su realidad esencial, y esa otra realidad que podríamos llamar *mundo cristiano*. (Nuestra conducta de malos cristianos es lo único que ven de la Iglesia aquellos que, al juzgarla, suelen echarle en cara defectos de orden temporal). Pero esa discordancia suele hacerse particularmente terrible en ciertas épocas, tales como la nuestra y como aquella en que vivía Bloy. Epocas en las cuales ni siquiera advertimos nues-



tra condición de malos cristianos. Y realmente, lo somos: porque tenemos miedo al Evangelio, y miedo al amor de Dios; porque sólo pensamos en adquirir medios humanos y exteriores que nos dispensen de todo esfuerzo de renovación interior; porque sólo vivimos la letra de nuestra Ley.

Bloy debía cargar con el testimonio de Dios y de su Iglesia, ante un mundo de apariencia cristiana entregado al espíritu burgués y al culto del dinero; por eso hay en sus libros tantas violentas agresiones al Burgués.

En lo que Bloy entiende significar con la palabra *burgués*, coinciden dos líneas etimológicas: el burgués en el sentido que lo decían los románticos, el enemigo del arte y de la poesía, el filisteo; y el burgués del léxico revolucionario del siglo XVIII, el rico, el enemigo del pobre. Bloy transfigura la suma de esas dos acepciones, haciendo del «burgués un símbolo del espíritu de tibieza y del espíritu de riqueza, es decir un nombre más del antiguo enemigo».

Para dar semejante testimonio, era preciso mantenerse en una situación excepcional, absolutamente libre de este mundo. Así tenía derecho a decir contra él las cosas excesivas que merece. Y gracias a esa misma posición excepcional, eludía el riesgo de desviar a los espíritus débiles con el exceso necesario en esa clase de verdades. De ahí su perfecto retraimiento, que explica muchas cosas de su vida; entre otras, su misma pobreza. En la Edad Media un monje mendigo cumplía un designio semejante: San Bernardino de Siena; y hacia fines del siglo XVIII, el mundo fué condenado en silencio por otro pordiosero: San Benito José Labre. En nuestros días, colocado fuera de nuestra sociedad, y aún de la misma vida regular de las órdenes religiosas, un pobre condena a su época. Pero éste no es un pobre silencioso como San Benito, es un pobre que vocifera en un mundo invadido totalmente por la actividad humana, donde el hombre se admira a sí mismo, donde el cuidado de conformarse a este siglo es la preocupación dominante. La violencia de Bloy abrió los ojos de muchos extraviados, de muchos que creían que la religión es el opio del pueblo, y que el cristianismo no está hecho para conseguir el gozo eterno de los pobres, sino para consolidar las posesiones de los ricos.

Respecto de ciertas agrupaciones políticas que se decían partícipes del orden católico, escribía: *¿Cómo podría arreglármelas para soportar el contacto de los mismos católicos, de estos católicos modernos que creen posible unir al cadáver del pasado la carroña de nuestra época, y que sueñan con no sé qué restauración de la vieja Bastilla real, en la cual reservarían la casilla del perro para habitación de Nuestra Señor Jesucristo?* («Meditations d'un solitaire»).

He tratado de ir colocándome con ustedes en la perspectiva necesaria para entender las violencias de Bloy, así como también las injusticias que en su detalle, pudieron ser numerosas. Los que comienzan a leer la obra de Bloy suelen tropezar con los escándalos. En primer lugar la truculencia de su lenguaje, que a mí, confieso me choca muy poco. *Me parece mucho más inocente la grosería en la palabra que la perversión en el pensamiento;* y creo que

aquella truculencia era un recurso defensivo de Bloy contra el espíritu mundano.

El otro escándalo lo constituyen las injusticias cometidas por él contra algunos de sus contemporáneos. Esto es, por cierto, mucho más chocante, y no creo que sea objetivamente defendible, pues la injusticia nunca lo es. Pero, he aquí un punto en el cual quisiera hacerme entender: subjetivamente consideradas, las injusticias de Bloy son explicables. Es necesario prestar atención a lo que hay de excepcional en el caso de León Bloy. Villiers de l'Isle, cuando se encontraba delante de un interlocutor inoportuno e insolente, miraba al personaje con extrema y manifiesta atención, entornaba los párpados, estiraba el cuello hacia adelante y exclamaba en tono de decepción: *¡Por más que hago, Señor, no consigo llegar a verlo!* La impotencia de Bloy para juzgar de los individuos en circunstancias particulares era ingénita. Para comprender el alcance desmesurado de sus violencias, es necesario darse cuenta de que ellas se dirigían a otro objeto que estaba siempre más allá del punto de aplicación inmediato. Sus violencias proceden de una especie de abstracción muy especial, una abstracción artística, no filosófica. Cualquier acontecimiento, cualquier gesto, cualquier individuo era instantáneamente transportado a la intuición poética de aquel terrible vidente, separado de las contingencias, de las condiciones concretas del ambiente humano que lo explica y justifican y transformado en puro símbolo de alguna devorante realidad espiritual. Contribuía en mucho a ese efecto, su extraña reclusión en su propio mundo exterior; pues era de aquellos a quienes importuna el clamor de la desobediencia y viven retirados en su propia alma. Su madre le había encontrado muchas veces, cuando era niño, llorando silenciosamente en un rincón, sin motivo aparente. Una melancolía sin límites, natural y sobrenatural, pesaba sobre él. Ciertos números de percepciones místicas de una acritud terrible, tales como para entregar su alma enteramente a la vida de la Gracia, llenaban su corazón. El olvido de Dios, el odio al pobre, la crueldad de un mundo donde el Evangelio es menospreciado, le mantenían constantemente en presencia de la pasión de Jesús, configurando su propia vida espiritual a la agonía del Monte de los Olivos. He ahí lo que para él tenía existencia verdadera: ese universo espiritual y su dolor; lo demás, era fantasma, espectáculo inútil y de dudosa realidad. Así es como, bajo la constante presión que aquellas percepciones ejercían sobre su espíritu, bastaba que un objeto exterior se insinuara en la sombra de su sufrimiento, con la apariencia de vicio o de tibieza que tanto odiaba, para que él se apoderase inmediatamente de aquel objeto como de un símbolo detestable y lo sometiera a sus indignaciones de justiciero obediente. Podía ocurrir que la víctima escogida para presa de su indignación no mereciera ni el garrote ni el escalpelo; más aún, que fuera una persona de honor; a través de ella, daba alcance al monstruo invisible, al símbolo de iniquidad espiritual que oprimía su corazón y el de muchos de

sus hermanos. Para no pocos, esa manera de obrar tenía serios inconvenientes; pues su amor a Dios no se mostraba al juicio exterior como un amor verdadero, y la Justicia, que fué la pasión de León Bloy, parecía dejar un poco de lado a la virtud moral del mismo nombre.

Seríamos muy poco perspicaces, si no supiéramos distinguir en realidad aquel amor y aquel celo, y si no comprendiéramos que la enormidad de las violencias verbales de Bloy, las hacían menos peligrosas para sus enemigos que para él. *La cólera*, decía él mismo, *no es más que hervor de mi piedad*. Y así era, en efecto. Al entender su propia vida como símbolo de una más alta realidad, y al entregarla, por eso mismo, en espectáculo, consideraba legítimo atribuir a los hombres el papel de signos y figuras; con los cuales su arte deletreaba la misericordia o la indignación de Dios. Todo esto nos ayuda a comprender que la violencia de Bloy, aunque arrastrase consigo alguna injusticia, era su raíz una violencia santa. Así también podemos percibir todo lo que hay de enigmático y de irónico en la actitud y en las formas de Bloy. Si no las entendiéramos como corresponde, quiero decir con las rectificaciones espontáneas del buen sentido cristiano, la misma verdad que expresan vendrían a inducirnos en error. El ha dicho, por ejemplo, *que el verdadero amor debe ser implacable*. Los que de ahí sacaran en consecuencia que hay que ser duro de corazón y tener odio a la piedad, demostrarían ser imbéciles.

En algunos de sus libros cuenta la historia de aquel caballero medioeval que, al oír las argucias de un infiel que discutía con los doctores cristianos, puso un final prematuro a la argumentación, partiendo en dos al infiel. Bloy le agrega a esa historia un comentario destinado a producir resquemores en algunos de sus lectores: dice que esa historia es para consuelo del buen cristiano. No caigamos en el lazo que nos tiende Bloy con ese estilo hiperbólico tan de su agrado; la historia en cuestión, tomada al pie de la letra, sería un consuelo para los malos cristianos, porque expresa el alivio de la naturaleza amarga y salvaje, al sacudir por un momento, y aunque sólo sea de un modo imaginario, el yugo de la caridad que trajo Cristo. Porque un hombre que se llamara a sí mismo *hombre de lo absoluto*, y amara a Dios de tal modo que en ese amor incluyera odio y desprecio hacia los hombres, odio y desprecio, en primer lugar, hacia los hombres que no son cristianos, y en segundo lugar, y con más fuerza, hacia los cristianos que no lo son según su propia norma, se parecería al Peregrino de lo Absoluto, como se parece a Santa Teresa de Avila un enfermo atacado de delirio místico. Para hablar como él de los demás, es preciso vivir como él, sufrir como él, y, ante todo, estar seguro como él de amar a Dios por Dios mismo, depurado de toda pasión humana, y de toda preocupación política, y sobre todo, amar a los hombres, a los pecadores, a los descarriados, como él los amaba. Pero uno solo es el camino para imitar a Bloy; siguiendo cada uno su vocación particular, entrar en la locura del amor.

En su amor a todos los hombres, Bloy tenía una cierta predilección por los pecadores y los descarriados. Tenía presente que uno de los títulos de Nuestro Señor Jesucristo, era el de amigo de pecadores y publicanos. En toda las almas trataba de descubrir alguna huella del paso de Cristo; porque sabía que la Gracia recorre todos los caminos en busca de las almas, y que no se debe quebrar al tallo encorvado. No ignoraba que entre aquellos que no pertenecen visiblemente a la Iglesia, hay almas justas, que participan, sin saberlo, de la vida misma que anima a la Iglesia, y que serán redimidas por la sangre del mismo Sacrificio que da beatitud a los santos. En ese sentido ha de entenderse la fórmula *fuera de la Iglesia no hay salvación*. Nuestro primer deber es no pecar contra la Luz; no reposar tranquilamente en una falsa seguridad que a nadie conviene, pues nadie sabe si ante Dios es digno de amor o de odio. Para eso, no hay más que buscar con gemido, como decía Pascal; y una vez que hemos hallado, dejarnos conducir por el Amor que se ha dado a nosotros, cuidando mucho de no traicionarlo nunca. *Temed que Jesús pase y no vuelva otra vez*. Esas palabras de San Agustín permanecían vivas en el corazón de Bloy.

En el libro intitulado INTRODUCCIÓN A LEÓN BLOY, Termier escribía: *Mi vida se divide en dos partes profundamente distintas: la que preceda y la que sigue a mi encuentro con León Bloy*. Muchos son los que me han hecho esa misma confesión. El encuentro con Bloy, la frecuentación de sus obras, produjo en ellos el mismo cambio que han producido en mí. Me encontraba en Bucarest, adonde había sido llamado para asistir a un congreso. Una tarde, terminaba de escribir algunas cartas, cuando llama a la puerta de mi pieza de hotel un hombre joven todavía, y se presenta; habla corrientemente el francés y conoce nuestra literatura; ha leído todos los libros de Bloy, y para responder a una pregunta que le hago sobre el conjunto de esa obra, me dice estas simples palabras: *Bloy me ha hecho llorar mucho*. Casos como éste he conocido también en Dublín, y en otras ciudades. Y para el que esta tarde os habla, la vida se divide en dos partes: la que precede y la que sigue al encuentro con León Bloy.

**LA PRESENCIA DE LEON BLOY.**—Ni los dos años que pasamos en Alemania, ni la presencia junto a nosotros en Versalles del Padre Clérissac, ni las largas ausencias debidas a enfermedad, y al trabajo que pronto nos dejó pocos ocios, nada eclipsó ni atenuó la eficacia de la presencia invisible de nuestro padrino en nuestra vida. Aquella presencia obró sobre todo en el silencio; esa profunda acción se produce sin confidencias ni exhortaciones, y jamás se ha semejado a la dirección espiritual. Era algo mucho más misterioso y mucho más eficaz.—Raïssa Maritain (En «LAS AVENTURAS DE LA GRACIA»).

# LO QUE DISTINGUE A LEÓN BLOY

Por Stanislas FUMET

Antes de definir la trama de lo que fué su pensamiento, debemos averiguar las condiciones en donde se elaborara. Porque Bloy soñaba tal vez *lo que él quería de Dios*, pero no era de los que piensan libremente lo que *quieren*; por el contrario todo le era enseñado del exterior,— y ¡con cuánta fuerza!, por pruebas que le sobrevinían a cada paso. Así se producían en su alma y en su espíritu, auténticas iluminaciones.

La vida de León Bloy fué la que dió lugar a su pensamiento. El mismo se hubiera contentado con fantaseos y amor— su temperamento le disponía a ello— si una insuperable hambre súbita de escribir no le hubiera obligado a reunir ideas para satisfacer a esta vocación. No parecía propenso a ello por naturaleza: se ve cómo sufre en sus principios para adornar con pensamientos a tantas imágenes, con cuánta dificultad llena de sentido el opulento período que es ya la propiedad de su estilo.

Pero es Dios y las señales de un singular afecto del cielo lo que poco a poco habrá de provocar los grandes temas de la obra de León Bloy. Ello toma forma a través de las angustias, de los apuros, de las vicisitudes, el hambre y las humillaciones del desgraciado. En tales condiciones, cuando se os comunican pensamientos que hasta entonces, no existían para vosotros, cuando en cierto modo os son *revelados* a medida que Dios llega a estar más presente a vosotros ¿cómo dudar de que ellos son el índice de una «misión»?

Es preciso penetrarse bien del origen de los puntos de «vista» de León Bloy para comprender la importancia que él les daba; eran puntos de «vista» bien pagados, eran experiencias muy dolorosas; jamás eran efectos de un juego. León Bloy se sirvió, para expresarlas de metáforas muy cómicas.

Se ha observado, en el supuesto de que las ciencias psicofisiológicas tengan su fundamento en los planetas, que tal vez podían reinar dos influencias contradictorias en el temperamento claroscuro de León Bloy: la de Saturno y la del Sol (1). Es

(1) René Martineau, a propósito de León Bloy, cita un divertido texto de Péladan: «Hay en Saturno

verdad que la melancolía terrestre de Saturno estaba corregida en él por inmensas aspiraciones solarianas a la alegría, incluso al buen humor. Pero la tristeza en él, decía, no era menos imposible de desarraigar.

«¿Cómo podré deciros lo que sufro y cuánto sufro?», escribe en 1878 (tiene entonces 32 años) al P. Roger, trapense de Soligny.

«¿Por qué esta espantosa complicación? ¿Por qué esta guerra de todas las facultades de mi espíritu contra todas las facultades de mi corazón? ¿Por qué no es mi alma sencilla como tantas otras almas que he encontrado en mi vida y que se deslizaban como una balsa tranquila al sol de Dios? ¡Yo llevo en mí las ambiciones ávidas y devoradoras de los *Tantálidos*, de dominio y de dicha que yo no puedo acallar en

*inteligencia y paciencia; este astro encarna el individualismo más exagerado y amenazador. Jamás el Saturniano confía sus sinrazones y la justicia de los acontecimientos molestos. Del ostracismo que le separa hace una dignidad y lo desprecia desde el fondo de su aislamiento. No hace nada para disminuir la fealdad de su aspecto.*

*«Tiene costumbres invariables y realiza el mismo detalle doméstico a las mismas horas, en el transcurso del año. Su lóbraga casa huele a cerrado y a húmedo. Sus cabellos son blancos a los treinta y cinco años. Artista, se complace en ocasionar el escalofrío del espanto...».*

Y René Martineau añade interesantes observaciones: «Péladan escribe que Saturno es el gran enemigo del sol. En León Bloy, muy evidentemente, las dos influencias se contradicen y existió durante una mitad de su vida, una gran aplicación de su voluntad a hacer desaparecer al Saturniano maléfico, cuya presencia en sí mismo confesaba, bajo una forma muy alejada de los estudios fisionómicos.

«Salió triunfante de esta lucha, ya que, cualquiera sea el poder de una influencia desastrosa, el cristiano, tiene siempre su voluntad y sus prácticas para substraerse al maleficio.

«El Sol que había influido en Bloy con más acierto que Saturno, le ayudó con su fuerza soberana. El Sol es el planeta del genio. Exteriormente inquietante opuso este orgullo interior que no solicita el consentimiento de nadie y crea aquella sencilla nobleza que nace de las facultades y no de las funciones.

«El Solariano no se inquieta por el parecer de la opinión y nada modificará el juicio que lleva de sí mismo. Es el grado superior de la personalidad consciente.

Los que no conocieron a Bloy en la época de Le Désespéré no pueden imaginarse cuánto sufrió por esta conciencia de su personalidad... incomprendida entonces por casi todo el mundo. He visto algunos de los sobrevivientes de esta época que habían frecuen-

modo alguno y que me desgarran con rabia!» (2).

León Bloy había nacido el 11 de Julio de 1846, en los alrededores de Perigueux, en el Ayuntamiento de Nuestra Señora de Sanilhac. «Yo soy el segundo de una familia de siete muchachos y he sido, bien lo sabes, escribe a su mujer en 1891, un chico horriblemente desgraciado, más bien a causa de mi excepcional naturaleza que me hacía inepto para la aceptación de las *necesidades* ordinarias, que en razón de la sistemática dureza de mis padres, para quienes imploro de Dios los bendiga en su eternidad». Sufría, explicaba él mismo, no

*tado a Bloy. Todavía se sorprendía en sus labios la sonrisa de suficiencia que le había torturado y que usaban todavía recientemente, tan aferrado se hallaba en ellos el conocimiento de que su reputación era exagerada.*

«El destino del Solariano, según Péladan, consiste en ser desconocido, al menos en la primera mitad de su vida.

«Alma piadosa, practicante, hasta devota, el Solariano respeta la tradición, la herejía y las costumbres, pero no acepta la idea corriente ni los veredictos de la opinión. Soporta el infortunio y los reveses con una rara constancia, ya que espera a la vez en la Providencia y en sí mismo. Cortés y sin indulgencia para la indelicadeza, canta fácilmente las verdades a los groseros. Clarividente, profetiza y se equivoca raras veces. Ve claro, pero no se explica sus infortunios, que son sus desventuras, las cuales como sus fortunas, son extraordinarias».

«Y noto todavía esta observación de que deben retenerse todos los términos: «La fealdad le repugna, una bonita cara le dispone bien y le hace indulgente...»

«Yo recuerdo de un artista, de un talento bastante mediano y de un alma sin nobleza cuyos defectos veía Bloy y a quien colmó, sin embargo, con sus elogios, por la sola razón de ser una cara a la vez dolorosa y con rasgos bien proporcionados.

«Péladan añade a todos estos retratos algunas indicaciones concernientes a la grafología. Lo que se aplica al Solariano parece hecho exclusivamente para León Bloy: La más bella de las escrituras. Nada de rúbricas».

«La influencia de Saturno, sin ser enteramente maléfica, ha contrariado, en Bloy, la buena naturaleza del Solariano, escritor de genio con alma tierna y contemplativa». (Les Amitiés, Marzo 1933).

(2) Huberto Colleye, L'Ame de León Bloy. Casi todas las cifras que haremos, en el trascurso de esta obra, referentes a la historia de León Bloy anterior a la redacción de Le Désespéré, están tomadas de este libro tan interesante. Mme. León Bloy, había puesto a disposición de Huberto Colleye toda la documentación, tan misteriosa hasta entonces, que en ella retenía y de la cual él pudo servirse abundantemente. Con lo que hemos salido beneficiados. Desde la publicación de este libro han aparecido las Lettres à Véronique («Courrier des Isles», II) que no se refieren sino al comienzo de la vinculación de León Bloy con la «Verónica» de Le Désespéré, pero que arrojan una luz tan cruda sobre la verdadera personalidad de Bloy.

ser como José de Egipto «adorado» por sus hermanos (3).

A la misma Juana Molbech, todavía su prometida, había escrito dos años antes:

Me acuerdo que siendo todavía niño, hasta siendo muchacho rehusé a menudo con *indignación*, con *rebeldía* tomar parte en juegos, en placeres cuya sola idea me embriagaba de alegría, porque encontraba más *noble* sufrir y hacerme sufrir a mí mismo renunciando a ellos (4).

Deseaba excesos de dicha al mismo tiempo que amaba instintivamente la «desgracia». Como a Baudelaire, esta palabra *desgracia* le «transportaba de entusiasmo». «Pienso, añadía, que tenía esto de mi madre cuya alma española era a la vez tan ardiente y tan sombría, y el principal atractivo del cristianismo ha residido para mí en la inmensidad de los dolores de Cristo, en el grandioso, el trascendental horror de su Pasión».

Esta madre, a quien se conoce por varias cartas a León Bloy—la madre y el hijo tenían en efecto mucho parecido, hasta en el estilo (María Ana Carreau no era escritora, pero su frase está muy cerca de la de León)—, le había transmitido las más altas cualidades de su alma, con exclusión, quizás, de la virtud de la resignación. Ella se afligió en silencio cuando León adolescente perdió la fe. Cuando la recobró muy tumultuosamente en París al lado de Barbey d'Aureville, aquella madre estuvo lejos de quedar plenamente segura.

Puso en guardia al joven contra su orgullo, dando pruebas de una rara clarividencia.

En cuanto al padre de León Bloy, director de caminos y puentes, sábase que fué un hombre bueno. Integro, a carta cabal, encastillado como tantos otros en la rigidez de un liberalismo *absoluto*, Juan Bloy temía la poesía y detestaba a los curas: «Mi religión, afirmaba, es la de Cristo. Que sea hombre o Dios ¿qué me importa? Su moral es divina, y procuro conformarme a ella. Los hombres se han esforzado por comentarla y con ensayo tras ensayo consiguieron obscurecerla y encontrar en ella la justificación de todos los crímenes». Cita la Inquisición, Borgia, etc., no previendo que uno de los hijos que había engendrado escribiría un día *L'Exégèse des Lieux Communs*. León Bloy con-

(3) *Id.*

(4) 29 de noviembre de 1889, Lettres à sa Fiancée.

fesará en *Le Désespéré* que este padre, a quien amaba ciertamente, y que le quería «a su manera», no le fué de utilidad moralmente. «¡Ah! no teníamos nada que decirnos. No creía en mi porvenir de escritor, y yo creía menos todavía, si hubiera sido posible, en la competencia de su diagnóstico».

En casa, se desencadenó el disgusto a propósito de la pereza del hijo. Este tenía ambiciones de poeta y nada hubiera podido herir más a su padre, hasta «matarle» finalmente. («Cuando usted reciba esta carta, mi querido amigo, yo habré acabado de matar a mi padre») (5), porque Juan Bloy no se hacía ninguna ilusión acerca de la suerte que esta pasión funesta reservaba a su hijo.

León hubo de dejar a Périgueux. A los 18 años, es Junio de 1864, helo en París, ocupando junto a un arquitecto amigo de su padre un empleo medianamente remunerado. Siguió, en la Escuela de Dibujo, cursos de aritmética y geometría, y experimentó las veleidades de artista pintor. Hasta entró en la Escuela de Bellas Artes al finalizar el año. Su padre le reprocha entonces el haber abandonado un oficio interesante «por impaciencia de llegar más pronto a una posición brillante en las artes del dibujo pintoresco», y le enumera sus errores: niño, «tú quisiste ganar el premio de la poesía de diez mil francos y, antes de haber vivido, sin ningún conocimiento literario y filosófico has querido hacer una tragedia...; más tarde algunos aciertos en dibujo te hicieron creer que habías nacido para pintor, y sólo a último momento y tras una lucha de las más tenaces he conseguido que consientas en aprender a escribir y a dibujar con tiralíneas...».

León Bloy en esta época, a cuatrocientos kilómetros de su padre, buscaba a alguien a quien amar y amar ciegamente. «Necesito un amigo a quien yo sepa siempre cerca de mí, cuyo apoyo no me falte en ninguna circunstancia... Estoy hecho de tal manera que, a pesar mío, acabaré por amarle por encima de todo, y esta propensión me espanta». (17 de Octubre de 1864). Al principio, no encontrará a nadie.

Pero su madre ha comprendido quién era este amigo: «Es Dios, le escribe, es el Infinito el que necesitas y hacia el cual te llevan todas tus aspiraciones». Se hace

el sordo. Jamás, al contrario, las tinieblas de su inteligencia y de su voluntad han sido tan espesas. Había perdido la fe temprano, desde la edad de quince años, según decía él. «Varios años trascurrieron así durante los cuales el Orgullo, la Sensualidad, la Pereza, la Envidia, el Desprecio, el Odio más feroz, se acumularon en mí y crecieron hasta el paroxismo. Hubo un momento—y era en vísperas de la Comuna—en que el odio a Jesús y a su Iglesia vino a ser el único pensamiento de mi espíritu y el único sentimiento de mi corazón». (21 de Noviembre de 1875).

Este estado de maldición debía cesar un hermoso día, en que León Bloy encontró a aquél a quien llamó «el Condestable de las Letras», para quien gastó tanto incienso y que hubiera podido llegar a ser su ídolo si Jesucristo, por milagro, no se hubiera ofrecido a tiempo para destronarle. Barbey d'Aurevilly, a quien León Bloy, en 1866, no temió abordar en plena calle y a quien osó seguir hasta su casa a fin de «contemplanle»—«pues bien, contémplame», le dijo Barbey después de haberle introducido en su despacho y haberse arrellenado en un sillón—, Barbey d'Aurevilly no escatimó sus consejos al joven, se interesó verdaderamente por él, fué su familiar, y como artista que era, juzgando que esta materia humana tenía necesidad de otra forma distinta, de la que él le veía, le lanzó con autoridad hacia la luz, el volvió del lado de Dios y, sin tener él mismo que desplazarse mucho para ello, acabó por cambiar a este famélico sentimental en un cristiano de un temple inaudito. Es que León Bloy no se daba a medias. Se había entregado a Barbey como a un oráculo totalmente admirable. Barbey, en esta edad, era más que el amigo soñado: era el maestro ideal, el genio del que uno puede intoxicarse hasta lo último. Barbey no tuvo que decir más que una palabra para que Bloy, en 1869, consintiese en mirar de frente, con una inmensa admiración, la Verdad—aquella Verdad que su madre, casi santa, no había conseguido hacer brillar para él. Y bastaba que un hombre ligero, pero revestido del prestigio y de la gloria literaria, la designase a su atención, para que León Bloy levantase apasionadamente grandes ojos sobre ella. Su verdadera conversión no obstante, ha dicho él (6), tuvo lugar en la iglesia de Santa Ge-

(5) Primera frase de *Le Désespéré*.

(6) Cf. *L. Levaux, León Bloy*.

noveva (el actual Panteón), cuando acababa de asistir, llorando, a una procesión del Santísimo Sacramento.

El gesto inicial del convertido parece haber sido de profunda gratitud respecto a su convertidor. Pero León Bloy agotó aquí todos los procedimientos del arte; fué inútil poner en acción todos los recursos de la oración—y en un sentido, hecho lo mejor, como ya diremos—, no obtuvo nunca del gran católico Julio Barbey d'Aurevilly más que una pobre pequeña comunión rápida en Nuestra Señora de las Victorias, cosa que al autor de las *Célestes* (aquel libro llamado a suceder a los *Diaboliques* y que es esperado todavía) costaría tanto renovar, en la agitación de una vida superficial que le absorbía noche y día. León Bloy lloraba por él, sollozaba; no se cansó, no se resignó. Este hombre a quien tanto se ha acusado de ingratitud fué para Barbey d'Aurevilly, hasta el fin, lo que sólo la caridad inspira a las almas más generosas.

En cambio sufría las sátiras del maestro, el cual se complacía en mortificarle, ridiculizaba su devoción y se gozaba sobre todo en intimidarle. Todo sin malicia, por frivolidad; pero el corazón del joven Bloy no sufría menos por ello.

Lo que quiere decir a fin de cuentas que el cristiano vivía solo. Pero nunca se ponderará bastante la calidad de su conversión. Cuando se piensa en lo que eran las opiniones de esta época y el espíritu de los medios literarios, queda uno maravillado frente a un ejemplo semejante. Desde los primeros días se esfuerza por entregarse enteramente a Jesucristo, con su espíritu y corazón. En una carta a su madre, en la que repite que ha «vuelto a ser cristiano» y que «nada hay tan cierto», y que la «convicción católica se va agrandando» en él «hasta el punto de excluir toda otra preocupación intelectual», lamenta que su «transformación» no sea todavía el incendio que debe venir:

De las tres virtudes que hay que tener para alcanzar su salvación, yo no tengo más que la primera, la fe, yo no poseo ni la fortaleza del deseo ni la certidumbre del amor. Y no obstante estoy tan penetrado de las verdades de la Iglesia que no puedo oír el mal afrentoso que dicen hoy de ella por todas partes sin palidecer de dolor y de cólera.

Y anteriormente:

Yo no puedo entrar en una iglesia sin

derramar lágrimas como un desterrado que viera de lejos su querida patria.

Siguen declaraciones preciosas y definitivas, pues servirán para todos los años futuros:

Mi razón... ha quedado abolida en la fe, se ha fortalecido y se fortalece en ella, ha llegado a ser invulnerable... yo deduzco todo de la fe hasta, al pie de la letra, he cesado completamente de comprender que se pueda tener, no digo una duda, pero ni siquiera la sombra de una duda acerca de todo lo que enseña la Iglesia.

¡La verdad, hela aquí! Si hubo un cristiano llamado a no andar por los caminos trillados, a no temer enfrentar los misterios con ojos asombrados, a sufrir como nadie por la medianía de los católicos ordinarios, a pensar muy alto lo que los corazones más prudentes tienen razones para guardar para sí: a quien todos traicionan, salvo los santos, ese tal ¡tuvo por nombre León Bloy! Y ese León Bloy, que expondrá las miras más originales sobre los destinos del mundo, estará siempre tan fuertemente, tan exclusivamente unido a la ortodoxia más rigurosa, que nunca consentirá que la Iglesia sea tocada en uno sólo de sus cabellos. Tendrá a los herejes por abominables, y ello espontáneamente, por instinto, con un corazón semejante que detesta cuanto puede comprometer al unidad indisoluble de Cristo y de la Iglesia. A sus enemigos que la atacan, tanto desde dentro como desde fuera del catolicismo, hubiera podido responder con la palabra de Juana de Arco: «Dios y la Iglesia constituyen una sola cosa. ¿Por qué creáis dificultades en ello, vosotros!».

Cuando un día, al comprender mal o no comprender del todo lo que quiere sugerir mediante las extraordinarias analogías de *Le Salut par les Juifs*, ciertos espíritus geométricos muy pequeños que creen distinguir «ideas» donde no hay más que presentimientos, «tanteos de ciego en la luz», se vanagloriarán de percibir alguna herejía, habrá que oír los rugidos de León Bloy:

Si *M. Calamus*, o cualquier otro individuo enmascarado, hubiera escrito a propósito de mi libro, que yo soy un falsario, por ejemplo, o que tengo costumbres infames, es probable que usted no hubiera insertado tan peligrosas calumnias, cuya víctima está autorizada por las leyes francesas a exigir una cuenta severa.

¿Habré de creer que, aprovechándose



del ateísmo de estas mismas leyes, usted ha aceptado, *sciens et prudens*, que uno de sus redactores me acusase, sin pruebas, del crimen más enorme que pueda cometer un cristiano?

Hablo del crimen de herejía, infinitamente más grave, a los ojos de la Iglesia, que todas las demás prevaricaciones o injusticias (7).

Es un alma cristiana y un artista que sufren a la par. Y su coloquio va a componer una música profética poco trivial que exasperará a unos y consolará a otros. Que cada cual le juzgue libremente, según el efecto que produzca sobre sus reflejos una lectura a la que nadie está obligado (8). Si León Bloy os aparta de Dios, cerrad sus libros y callaos: es probable que no debéis morar en la misma habitación en la Casa del Padre, sed discretos, sed honrados, retiraos.

Se dirige a un sacerdote para pedirle su asistencia—siempre en los comienzos de su conversión: «A la luz de la Fe, he logrado saber por qué sufro. He aprendido a conocerme, he podido ver mejor los rasguños de mi alma, pero también he ganado con ella el terror y esto es un terrible provecho».

Los seres sensitivos como León Bloy, hasta la patología, ofrecen a la gracia un temperamento demasiado vibrante para permanecer largo tiempo ensordecidos por el choque sobrenatural. Por eso continúa en la misma carta:

Tengo sed de obediencia y aspiró a ser sólo un instrumento. Desde hace cerca de un año me esfuerzo verdaderamente por rezar. Un catolicismo especulativo no puede satisfacerme. Mi alma de fuego necesita una práctica ardiente.

... Dios mío, no querría por tanto vivir así más tiempo, emparedado en este horrible callejón del orgullo.

(7) *Le Mendiant Ingrat*, 30 de Marzo de 1893.

(8) «*Comprendo muy bien*» escribe admirablemente Jacques Maritain, «que para ciertos espíritus que evitaron el vértigo de cualquier abismo, superior o inferior, el caso de León Bloy sea un enigma muy oscuro. Pero... hay almas percederas que buscan la belleza en las tinieblas, y para las cuales estaría exenta de eficacia una apologética más tranquila. La pura teología no actuaría tampoco sobre ellas, pues su razón está demasiado lánguida por el error; se imaginan que la obediencia a la fe es incompatible con las osadías de la inteligencia, o con los juegos y las franquicias del arte y de la belleza; en fin la mediocridad de un gran número de cristianos les asusta. Bloy... inspira a estos hambrientos el presentimiento de la gloria de Dios». (Quelques pages sur León Bloy).

La religión que le convenía no era una religión a lo Balzac o a lo Barbey d'Aureville, sino la que carece de división y de distracciones, atormentadora como el amor, una religión atenzadora que cava abismos en el corazón para hacer sitio a otro dispuesto siempre a «pedir» más.

Su fe se ilustraba en la primavera de 1870. Podía escribir a Mlle. Delobelle: «Veo que todos los verdaderos cristianos pueden y deben vivir con una vida enteramente sobrenatural infinitamente por encima de las preocupaciones carnales y que hay entre ellos como entre los ángeles un lazo misterioso y fuerte que hace que todos participen como en un solo cuerpo en los desfallecimientos, en los dolores y en las alegrías del menor de todos». La obra futura, toda la obra de León Bloy será un espléndido desarrollo de esta noción de la solidaridad universal, por la cual, como se ve, le encontramos ya preocupado.

A duras penas proveía a su existencia, en esta época. En los primeros días de la guerra del 70, era escribiente en casa de un procurador. En 1871 se alistó en el cuerpo franco de Cathelineau. Fué suboficial y se batió contra los prusianos, un poco al modo de un católico que ve a la iglesia amenazada por los protestantes. Francia era la hija primogénita de la Iglesia, y Alemania era ante todo la hija de Lutero.

«Cuando se me habla de patriotismo», decía ya en 1870, «no sé lo que esto quiere decir. Ante todo, para mí, mi patria es la Iglesia romana, y entiendo ser un soldado de Cristo».

Para él la revolución francesa fué una ignominia sin antecedente. Por otra parte, al correr del tiempo y de los sucesos republicanos, cada vez, le consta más ser todo ello un merecido castigo. Hablará de Francia, en *Le Désespéré*, como de la gran vencida. «¡Ah! hemos sido fieramente vencidos, archivencidos de corazón y de espíritu...! Toda nuestra vida intelectual y moral se explica por sólo este hecho de que somos vencidos cobardes y deshonorados. Hemos llegado a ser tributarios de todo lo que tiene cualquier resorte de energía en este mundo en decadencia, espantado de nuestra indecible degradación». Se repite la manera de los profetas hebreos cuando deploran la deshonra de Sión y el peso de las maldiciones del cielo, al mismo tiempo que hacen las más halagadoras promesas:

Somos como una ciudad de oprobio asentada sobre un gran río de estupro, que baja para nosotros de las despreciadas montañas de la antigua historia de las naciones que el género humano ha maldecido.

Terminada la guerra, León Bloy volvió junto a sus padres en Périgueux y allí vivió tres años, aceptando sufrir en silencio y mostrando interés por la casa, donde se encargó de la educación de un hermanito, Julio, «insolente y perezoso». Hacía trabajos de escribanía, pero la familia vivía en la penuria agravada por la enfermedad del padre y de la madre,— ésta enfermó a consecuencia, dice León Bloy, de un acto de renuncia de su salud que hizo para la conversión de aquel de sus hijos que tuviera más necesidad. Se reconoce a León (9). Las miradas y los silencios del padre Bloy reprochaban a su hijo el no haber tenido en cuenta sus consejos y gastado su juventud comprometiendo irremisiblemente su porvenir. El padre detestaba las tendencias espirituales del joven, éste lo sentía y sufría por ello. «A cualquier lado que vuelva mi pensamiento, no encuentro sino espinas y dolores» (10).

En 1873, no pudiendo más, abandonó Périgueux definitivamente; y llegó a París, el día de la Invencción de la Santa Cruz, a las tres de la tarde.

Aquí comienza una nueva fase de su vida, *bajo el signo de la santa Cruz*, período crucial desde todo punto de vista, ya que en él atravesó espantosos combates y deslumbradores destellos, que duraron nueve años.

En París, le pareció factible una situación lucrativa en la acción católica. Pero era un sueño. Encontró, por milagro, un empleo en casa de un notario—empleo que muy pronto Luis Veuillot iba, con sobrada ligereza, a empujarle a renunciar. En este momento se encuentra en un maravilloso estado espiritual, y la hermana de su querido amigo Víctor Lalotte, Madame Lucía Daussin, no era extraña a aquel florecimiento de su alma. León Bloy le escribía, el 7 de Diciembre de 1873:

(9) «Mi madre, en otro tiempo, pagó por mí con su salud y su vida, y a este precio llegué a ser cristiano. Nada había escatimado, la pobre y admirable mujer, respondo de ello, y los últimos años de su vida fueron terribles. Yo no era su primogénito, pero veía en mí al jefe de su descendencia, al primogénito por excelencia, al obispo de la familia, para servirme de un giro español que le gustaba y que expresa toda grandeza». (A madame Henriqueta L'Huillier, carta inédita del 21 de Marzo de 1887).

(10) A Jorge Landry. Lettres de Jeunesse.

Ten bien entendido, ¿no es verdad?, que todas las cosas que voy a decirte son *para ti sola*. Es muy natural que las diga después de cuanto ha ocurrido entre nosotros. ¿No fuiste tú misma el instrumento de mi propia conversión? Desde hace tres meses Dios me hace recorrer la vida espiritual a tranco largo. No me deja tiempo ni para respirar. A juzgar por la marcha, tengo que creer que quiere conducirme muy lejos, y este pensamiento me hace morir de alegría. ¡Pues bien! ¿no fuiste tú la causa de todo esto? Este recuerdo debe consolarte deliciosamente. Todo lo debo a la comunión diaria, y *únicamente* a causa tuya me entregué a esta dichosa y saludable práctica que, antes no me parecía accesible sino a los perfectos.

En este año de 1873 las gracias espirituales llueven sobre él. «Me han sucedido las cosas más extraordinarias e increíbles, y LAS MÁS FELICES, escribe por primera vez a su amigo Jorge Landry. Quince días más tarde le confía de nuevo:

No tienes idea de mi vida, y para darte esta idea se necesitaría precisamente una larguísima carta *medianamente estudiada*, pues me encuentro en presencia de una complejidad de misterio que no me permite fácilmente comprenderme a mí mismo. Hablaremos de ello cara a cara y de corazón a corazón a tu próxima vuelta. Por el momento bástete saber que he entrado de lleno en la vida sobrenatural. Y ello de la manera más súbita y milagrosa. Soy feliz realmente por primera vez en mi vida. En el momento en que tú marchaste había encontrado un empleo. No tardé en perderle y vi avanzar sobre mí el espantoso dolor de antaño. ¿Necesitaré declararte de cuánto horror fuí sobrecogido? *Pero la Santísima Virgen me dió otro empleo* mucho mejor que el primero, y es una admirable historia que tengo necesidad de contarte.

¡Qué descubrimiento! Se ha ahondado un mundo hasta el infinito para Bloy, y todo su corazón ha quedado iluminado: «¡Cuando pienso que detrás de esta muralla de carne existe todo un MUNDO de almas, tan diferente del de los cuerpos, toda una jerarquía inmortal que tiene sus Reyes, sus Aristocracias, sus Magistraturas hereditarias y de derecho divino, sus Soldados, sus Verdugos, su Pueblo y su Canalla! ¡Y que esto se gobierne bajo la mirada de Dios por una *política real* e infalible sin que nadie salga de su sitio y trastorne el

Orden primordial!» ¿No es, ésta, una asombrosa descripción de la vida interior a la luz de José de Maistre? Se comprende que al entrar León Bloy allá con su imaginación (11) se encontrare tan lleno de gozo.

En cambio, también se da el reverso de la medalla de la Santísima Virgen. León Bloy penetra también en el dominio de las privaciones materiales y desde este momento no conocerá ya, durante cuarenta años, más que la miseria o la pobreza. Hay que decir que quien le arrincona es su desdichado talento literario. El día en que el filósofo Blanc de Saint-Bonet, con quien Barbey le puso en relación, le hizo encontrarse con Luis Veuillot, Bloy, modesto pasante de notario, estaba perdido. Efusivamente recibido por este omnipotente, que apreció en seguida su pluma, tuvo la ingenuidad de creer en Veuillot, que le prometía un brillante porvenir en su diario. Veuillot le hizo pasar acertadamente un primer artículo de crítica literaria en *L'Univers*; después, con algún retraso, un segundo, y algunos más, pero escalonándolos entre tan grandes distancias que resultaba una invitación a la muerte lenta para el escritor hambriento que confiado en los dichos del «patrón», había abandonado su muy modesto puesto.

El pobre León Bloy conoció la existencia cruel del hombre de letras que hace demasiado esmerados y solemnes artículos para verlos «pasar» tan a menudo como él quisiera, otorgándoles mucha admiración pero insignificante premura. El, como todos los grandes escritores caídos en el rutinarismo del periodismo, creía en el ostracismo y suponía, equivocadamente al parecer, que se despreciaban sus ideas, siendo así que eran más bien sus ideas las que se evadían del cuadro periodístico.

Por otro lado, en compensación de las alegrías espirituales, se presenta el cortejo de las arideces y decepciones, tras las esperanzas más insentas; horrores del hambre, escasez de vestidos, frío e introducción a esa vida de expedienteo que valió a León Bloy el título, del cual se glorió amargamente de «mendigo ingrato». En 1874 podía escribir sin exagerar, que padecía hambre casi continuamente: «Estoy

(11) «Dios me dió imaginación y memoria y nada más, en realidad de verdad. Tengo la razón muy lenta, poco más o menos como podría tenerla un buey, y la facultad de análisis, tal como los filósofos la entienden, me falta de una manera absoluta». (Lettres à sa Fiancée, 31 de Octubre de 1889).

seguro que, bien hecha la cuenta, no he comido más de cuatro meses en un año». (A Barbey, el 23 de Junio).

A lo que pienso fué por esta época, cuando León Bloy, quien, a despecho de una gran sensibilidad, era un alma en extremo valerosa, hizo lo que se puede llamar las grandes locuras de su vida. Poseemos la confesión muy conmovedora de este acto o de la serie de actos absolutamente temerarios en varios pasajes de su correspondencia. De dicha época depende todo un destino, y quiero insistir en ello, pues, esta consideración, al justificar a León Bloy de tantos reproches como se atrajo, le distingue del gran número de sus detractores que le critican con indignación porque ignoran lo que existía en la base de sus actitudes. León Bloy *se había entregado al sufrimiento*. ¿Obraba con cristiana razón? No importa esta cuestión. El neófito ¿había sido inspirado por el cielo o presumía demasiado de sus fuerzas? A Dios toca responder. Pero Dios le escuchó favorablemente.

«He sufrido mucho más de lo que se podría creer. Es un secreto entre Dios y yo», manifiesta a Blanc de Saint-Bonet. Y a Barbey d'Aurevilly, el amado maestro que, egoísta, no sabía hasta qué punto era su deudor. «Largo tiempo ha (11 de Diciembre de 1873) ofrecí el sacrificio de mi vida, de mi salud, de mi reposo sobre la tierra y ruego a Nuestro Señor se digne aceptarlo en expiación del mal que he hecho y por la salvación de aquellos a quienes amo y viven alejados de él».

Al final de una larga carta a Madame Adèle Montchal, declara, el 18 de Septiembre de 1885:

Hace alrededor de una decena de años, antes de todas mis terribles aventuras, pasaba mis días y noches rezando una *única* oración. Pedía a Dios continuamente que me enviase penas extraordinarias, enormes, y tormentos exquisitos para que así expiase por todos aquellos a quienes amaba, a quienes amaría o a quienes debería amar, fuesen quienes fuesen, e inclusive los asesinos y prostitutas. Confío haber sido perfectamente acogido, estoy muy seguro de ello, pues he soportado hasta el sufrimiento más irritante y más crucificante para una naturaleza tan religiosa como la mía.

A su prometida Juana Molbech, el 5 de Noviembre de 1889:

Hace alrededor de quince años, cuando

todavía eras una niña, pasé meses pidiendo a Dios, en oraciones que se parecían a la tempestad, que me hiciese sufrir todo lo que un hombre puede sufrir, para que mis amigos, mis hermanos y las almas por mí desconocidas que vivían en las tinieblas fuesen socorridas, y te aseguro, amor mío, que he sido escuchado de una manera terrible.

En otra carta a la misma:

Sabe, mi muy amada, que otras veces, hace muchos años, pedí durante largos meses, tener que sufrir mucho para gloria del Señor. Mis oraciones casi continuas fueron tan ardientes, tan apasionadas, que no podría darte una idea exacta de ellas...; es, de todos los acontecimientos de mi vida, el que sólo puede explicarlo. Dios, que nos conoce perfectamente, escucha con bondad nuestras oraciones y nos da no lo que nosotros le pedimos, sino *lo que nos hace falta*. Este pensamiento debe ser el principio de toda cristiana resignación. Le he pedido que me haga sufrir por mis hermanos y por El, en mi cuerpo y en mi alma. Pero yo pensaba en los sufrimientos muy nobles y puros, que, como ahora lo veo, hubieran sido todavía una alegría. No pensaba en aquel sufrimiento infernal que me enviara y que consistía en retirarse en apariencia de mí, en abandonarme indefenso en medio de mis enemigos más crueles (12).

Lo que el cristianismo había ya establecido, aquello de lo cual hablará siempre y siempre acordándose de esta época bendita, es que todo favor que se pide para el prójimo ha de ser pagado por el impetrante, ya satisfaga éste por sí mismo la deuda o ya la regularice de otra manera. «Cuando recibimos una gracia divina», escribe todavía en esta carta, «debemos estar persuadidos de que alguien la pagó por nosotros. Tal es la ley. Dios es infinitamente bueno, pero al mismo tiempo es infinitamente justo y, como tal, aparece como acreedor infinitamente riguroso».

Tal vez se objete: pero toda la deuda que pueden contraer los hombres pecadores ¿no ha sido ya perdonada una vez por todas, sobre el Calvario? El ejemplo de los santos responde que, para que el beneficio de este rescate alcance a tal alma determinada y a quien se nombra, en el caso especial que se considere, es necesario *unirse* a los sufrimientos de Jesucristo.

(12) 15 de febrero de 1890, Lettres à sa Fiancée.

Ahora bien, unirse a los sufrimientos del único Redentor, quiere decir: *hacerse uno* con El, identificarse con El, por consiguiente sufrir con El y por El.

Desde el principio de su vida cristiana, de su vida de comunión, León Bloy oyó esta verdad y se decidió a practicarla. Hízolo sin las garantías de prudencia que un esclarecido director le hubiera aconsejado. No tenía director esclarecido ninguno; sin embargo, amaba bastante al Espíritu Santo para no dar en la trampa de la confusión.

¿Por quién ofrecía a la sazón su vida León Bloy después de la guerra de 1870? ¿Para quién pedía estar lleno de sufrimientos? Para Julio Barbey d'Aureville, sin duda ninguna, y para Jorge Landry, a quien se dirigen las *Lettres de jeunesse*, y más precisamente para su amigo de infancia Víctor Lalotte, el hermano de aquella Lucía Daussin, la misma que le condujo a la comunión diaria, y con relación a la cual leemos en efecto, en una carta a la joven, de fecha 7 de Diciembre de 1873:

¡Ah! yo quisiera comprar su conversión al precio del más largo y doloroso purgatorio. ¡Con qué alegría suscribiría tal negocio...! He ofrecido a nuestro querido Salvador Crucificado, a nuestra dulce madre del Sagrado Corazón, a todos los ángeles y a todos los santos del Cielo el pobre sacrificio de mi dicha, de mi reposo, de mi salud, de mi vida, hasta he hecho el sacrificio más cruel para un vanidoso como yo, el sacrificio de mi pensamiento del que estoy tan orgulloso, pedí a Dios haga de mí un imbécil, un objeto de repugnancia, para que mi amado hermano Víctor llegue a ser en efecto victorioso de sí mismo y fiel servidor de N. S. J. C. He llegado hasta el punto de no poder ya hablar de él, ni siquiera detener sobre él algún tiempo mi pensamiento sin derretirme al punto en lágrimas. En esos momentos es necesario que yo me aleje y me oculte, pues de nada sirve llorar ante los demás. Llevaré mis penas a los pies de nuestra querida Madre que es la Reina del Cielo y consoladora de todos los pobres corazones afligidos. Todos los días hago la peregrinación de N. S. de las Victorias a quien amo con todo mi corazón y que me otorga casi todo cuanto le pido. Me entretengo silenciosamente con esta hermosa Dama que tiene en sus brazos la salvación del mundo; le cuento mis penas amorosas, le expongo familiarmente cuán necesario es que yo sea, por su inter-

cesión, un gran santo, para actuar en el corazón de vuestro hermano.

Son las mismas palabras que emplea en su carta a Barbey: «... el sacrificio de mi vida, de mi salud, de mi reposo sobre la tierra». Con fecha del 24 de Mayo de 1895, en *Le Mendiant Ingrat*, recuerda de nuevo su oración:

Pensé mucho en el asunto de mi lejano pasado: la obstinada oración que hacía todos los días, durante horas enteras, y durante meses, hace más de veinte años, ofreciendo por mis amigos, J. B. d'A., Jorge L. y Víctor L.—los únicos, entonces, y que luego (*los tres*) *me abandonaron*—lo que podía tener de más precioso. Por el amor de sus almas, pedía sufrir desmesuradamente, ser ahogado de dolor, pisoteado por los demonios, entregado a la injusticia, a la ignominia, al ridículo, y desconocido de aquellos mismos por quienes me sacrificaba.

«Oración», concluye, «admirablemente acogida (13)».

En el mismo libro, cita un dato muy particular: 1878. «Sólo Dios sabe lo que yo desencadené en 1878». Fué el año de la primera peregrinación a la Salette, de la amistad contraída con Tardif de Moirdrey, los hermosos días de Ana María:

En esta época se declaró mi destino, mi heteróclito destino, que ha permanecido indescribable para los fantasmas que simulan aparecer a mi alrededor.

Ignoraba, entonces, las hegemonías literarias. Ni aun sabía que existiesen mis contemporáneos, y marchaba, llorando de amor, sobre las alfombras de oro del Paraíso (14).

(13) —*Si quieres escribir sobre mí, decía un día a Leopoldo Levaux, es conveniente que sepas cuál es el secreto de mi vida, y le hizo releer este párrafo de Le Mendiant Ingrat. Referido por este último en su León Bloy.*

(14) *Le Mendiant Ingrat, 4 de Julio de 1895.*

**PRIMER CENTENARIO DE LEON BLOY: 1846-1946.**—León Bloy es un gran poeta, pues no cesa de vibrar y sentir y su don de expresión tiene algo de prodigio. Como Hugo, con quien se le compara, es el poeta universal; pero como él también, entre todas las voces del mundo, presta oído sobre todo a las voces que salen de las profundidades de la humanidad y a las que descienden de los abismos de los cielos. Es el poeta de la Historia, el poeta del Dolor y de las Lágrimas, el poeta de la Miseria, el poeta de la Indignación, el poeta de la Muerte; y, como cristiano de profundidad inmensa, es además el poeta del Dios sufriente, del Dios crucificado expirando entre dos bandidos...

LA MUJER POBRE .....	\$	35.00
EL DESESPERADO .....	>	50.00
CARTAS A SU NOVIA .....	>	45.00
CARTAS A VERONICA .....	>	35.00

**LIBRERIA DEL PACIFICO: Ahumada 57**

# REFLEXIONES SOBRE LEON BLOY Y FEDOR DOSTOIEWSKY

Por *Gustavo LAGOS MATUS*

Bloy y Dostoiewsky son dos mundos de angustia y de congoja. El sufrimiento los ha penetrado profundamente, se ha convertido en una vivencia fundamental de sus almas, se ha hecho el alimento cotidiano de sus vidas.

Dostoiewsky vivirá desesperado, perdido en los más recónditos lugares del «subsuelo» de su espíritu, asaetado y clavado en la cruz de su intuición artística, en acendrada unión con los dolores de su pueblo. Introverso y sufriente, se replegará en sí mismo sumergiéndose en la agitación turbulenta del inconsciente, luchará por desentrañar la raíz última de su tribulación, pugnará por penetrar y comprender su propio ser, se revolverá en su soledad dolorida, y terminará, por momentos, burlándose de sí mismo en un afán de contrapesar los trágicos resultados de su búsqueda incesante. El dolor se hará nervio de su existencia, lo tomará por entero, haciendo crujir su espíritu, lo arrastrará hasta las más hondas abyecciones del vicio, para lanzarlo, de súbito, iluminado, a intuir genialmente las misteriosas grandezas ocultas bajo el barro de la carne. Su humanidad estará siempre desangrándose por las internas contradicciones vitales en el largo peregrinaje hacia la suprema fórmula de la armonía y de la paz interiores. Para su genio, el dolor palpitará con tal intensidad en la vida, que penetrará hasta la inteligencia, infundiéndole la luz y el aliento de la plenitud. «El dolor, qué quieren Uds.—exclamará— ¡el dolor es la causa única del conocimiento!». En Dostoiewsky hay un inmenso afán de manifestar la vida hasta sus últimas posibilidades, y hay una aspiración y un deseo de vivir las múltiples formas y experiencias que pueden serle dadas al hombre, hay un acicate que lo lleva, de continuo, a proyectarse totalmente según los misteriosos impulsos de un interno flujo vital que pugna por surgir. «El deseo es la manifestación de la vida toda, es decir, de toda la vida humana, incluso la razón y todas las comezones posibles. Porque, yo, por ejemplo, quiero vivir de un modo completamente natural para satisfacer por entero mi capacidad de vivir y no mi facultad de raciocinio, la cual representa aproximadamente la vigésima parte de mi capacidad de vivir».

Mas, junto a esta fuerza demoníaca, hay otra que lo arrastra, lo conmueve y que lo exalta. Es una inquietud que lo agita poderosamente, penetrándolo de un íntimo anhelo de trascendencia. Es el problema del hombre y de Dios que surgirá continuamente en su obra. En la «Leyenda del Gran Inquisidor» está maravillosa y profundamente planteado. Dios o la negación

de la libertad del espíritu es el dilema que en último término se presenta al ser humano, porque Dostoiewsky, en su tenebrosa e iluminada visión del mundo, ha comprendido que la libertad no puede realizarse sin Cristo, sin la gracia.

Son éstas dos corrientes vitales las que se mezclan y entrechocan en su creación. No siempre aflora el principio rector que señale la subordinación necesaria, viven fusionadas lacerando la existencia de los seres que las poseen. El escritor siente su sollicitación tremenda, que le llena el espíritu de una sensación inefable, reveladora de la belleza del mundo creado. «La belleza es una lucha entre Dios y el demonio en el corazón del hombre». Sentirá palpitante la dualidad y antagonismo de estos dos impulsos interiores exclamando, como en sordina, «no creáis en la unidad del hombre». Dostoiewsky no pretende construir una nueva filosofía, capta solamente la complejidad de su vivencia. Más tarde, Vladimir Soloviev presentó a su inteligencia la solución del drama, y el gran ruso abrazó la religión salvadora. En su obra continuó, sin embargo, la misma batalla, la tragedia incesante. Porque el tormento de Dostoiewsky está en la impotencia de superar vitalmente la sorda contienda de las dos fuerzas que impregnan su ser. «Toda mi vida me ha atormentado Dios», dirá entristecido. Es el problema de todo hombre quemando como un hierro candente la sensibilidad maravillosa del genio.

Si Dostoiewsky lleva en sí mismo el perpetuo desgarramiento de la carne y el espíritu en incesante choque, si Dostoiewsky vive una tenebrosa desesperación ante una luz que no puede alcanzar, Bloy es un hombre que se ve «obligado a mirar de frente la abominación de este mundo, después de haber estado saturado de los esplendores de Dios» (Cartas a su novia). El espíritu de Dios lo ha penetrado con tal ímpetu, lo ha exaltado con tal arrollador empuje, que no puede resignarse a abandonar la presencia inefable del Eterno y volver a la mísera vida terrena. Tal es la causa de los arranques insospechados de su vida, tal la clave de los paroxismos indescritibles engendrados por la fuerza de su visión. Es que él necesita «para poder respirar», «un ambiente cristiano y substancial» (El Desesperado). El peso de esta revelación inaudita que ha recibido lo lanza a un descomunal combate con un mundo de «mediocres», «que es el peor de los horrores». Su «temperamento absoluto» quiere un Cristianismo pleno, que sea el auténtico reflejo de Cristo en el hombre, ansioso de alcanzar la santidad. «Cuando, propinando un puntapié al Evangelio, alguno dice que se puede ser discípulo de Jesús sin renunciar a todo, me siento al punto idiota y no entiendo ya una palabra». El camino a lo absoluto ha aparecido con tan poderosa atracción que toda su vida se convierte en un titánico esfuerzo de realizar amorosamente la santa voluntad

de Dios. En Dostoiewsky, en cambio, la imagen de Dios se vislumbra desde la tiniebla y el hombre lucha por encontrarla en medio de la agonía del lastre de la carne. El ruso pugna por alcanzar la única verdad oculta bajo la maraña que «el deseo» va tejiendo. Su ser se sumerge en la realidad del siglo y sólo cuando medita y palpa su dolorida condición, alcanza iluminado a conocer aquellas realidades que a Bloy le fueron dadas en toda su evidencia. Mas, para ambos el tormento es el resultado de esta dispar tentativa de superación. El dolor es la atmósfera habitual en que se precipitan sus vidas. De las «Memorias de un ser paradójico», surge el grito desgarrado: «el dolor es la causa única del conocimiento». En El «Desesperado» asistiremos a la meditación de Marchenoir: «los actos terrestres, todos, son dirigidos por el dolor». Dostoiewsky y Bloy reflejan el drama de la naturaleza caída llevado hasta una intensidad espantosa. De ahí su desesperación, su congoja, su atribulada existencia.

En sus obras gigantescas, pletóricas de belleza, palpitan, por igual, la pequeñez y la grandeza de los hijos de Dios junto al insondable abismo del alma humana enfrentada a la Eternidad.

**LA LECTURA DE BLOY.**—La primera lectura de Bloy da en general la visión deslumbradora de la fe que habita en el corazón de aquel hombre, y justamente del valor incomparable de la fe tomada en sí misma. Tal es la perpetua vocación de León Bloy, nacido para esto; para esto y para despertar en el corazón de los hombres el sentido de lo absoluto, la pasión por Dios, el amor a las virtudes evangélicas. Ha vivido en sí mismo, con rara profundidad la sed de verdad y de justicia, la fe, la pobreza y la miseria, el amor de Jesús crucificado, el Pobre por excelencia, y de la Virgen Dolorosa a quien le gustaba llamar Mi Señora de Compasión. Y porque ha vivido realmente esos misterios ha resucitado en algunos el sentido del misterio—obliterado por la multiplicidad de los conocimientos supuestamente claros—, el sentido de las realidades subsistentes y muy precisas que nosotros no aceptamos todavía sino «por enigma» y en el espejo de lo creado, y cuya faz límpida está veiada para nosotros, pero cuyo oscuro conocimiento es necesario a la vida del espíritu, en los comienzos en nosotros de la vida eterna. Su iluminación y su alegría estaban en aquella noche divina bien conocida por los místicos, y León Bloy nos ha hablado como uno de dichos místicos en imágenes e hipérboles.—Raïssa Maritain (En «AVENTURAS DE LA GRACIA»).



LEÓN BLOY.—*Páginas Escogidas*. (Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1946.)

He aquí, incluida en una biblioteca cuyo precio y características la destinan al grán público, una selección de los escritos de un hombre que, al cumplirse los cien años de su nacimiento es todavía un desconocido de ese mismo público. Y ello a pesar de que tal hombre escribió más de una decena de libros admirables, uno sólo de los cuales bastaría para la gloria de cualquier escritor. Bloy —ya se sabe— con todo eso, por eso mismo, más bien, durante su vida entera tuvo que alimentarse directamente de la mano de la Providencia, porque la de los hombres se le cerraba obstinada y amenazadoramente. «Hago libros que vivirán, pero que no me ayudan a vivir», dejó dicho, con una amarga experiencia de la verdad enunciada en la segunda parte de su epigrama y una iluminada certidumbre de la inmortalidad de su obra. En tardía reparación, gentes de todos los puntos del globo han recordado el centenario del nacimiento del miserable perigurdino que, resistente a la lenta, silenciosa y sabia carcoma de los años, va apareciendo como uno de los cinco o seis escritores geniales de la Francia del siglo XIX.

Hasta puede uno preguntarse con inquietud si no estará Bloy poniéndose un poco de moda. Sería terrible, por dos respectos, que este hombre cayera en manos de los dilettanti que convertirían en pose su fiereza, o de las mujeres snobs que entre dos bocanadas de humo dijese entornando los ojos: ¡Es brutal León Bloy! Hay artistas que han sufrido tanto para alcanzar la indivisible grandeza de su alma y su testimonio que merecen un doble respeto. Quien quisiera vengar una horrible injuria recibida del «mendigo ingrato» no tendría más que ponerlo de moda. Y si lo lograra sería para desesperar del siglo XX.

Pero no. Bloy no se pondrá de moda. Es fácil advertir signos tranquilizadores sobre este punto.

Por lo demás, su centenario tenía que cumplirse en este tiempo, en cualquier año de este siglo o del pasado, incluso. Bloy, que siempre se creyó desterrado de su verdadera época, habitante de un tiempo extranjero, no hubiera sido quien fué de no haber nacido cuando nació para el cumplimiento de un designio misterioso, quizás muy preciso, tal vez no cumplido aún.

Entre estas «páginas escogidas» figura una de «La mujer pobre». El sombrío Marchenoir, muerto ya en «El Desesperado» reaparece aquí. Bloy no podía prescindir de él y por su intermedio se define como «un peregrino del Santo Sepulcro».

La definición es exacta, pero este peregrino, para serlo, debió nacer a mil años del tiempo de los peregrinajes, fuera de la Edad Media, de esa enorme catedral cuyo centro era la tumba del Salvador, según la expresión del mismo Bloy. De nacer éste en el interior de la catedral, bajo la transfigurada luz de los vitrales, sólo habría podido cantar alabanzas con el alma henchida de amor. Pero ¿habría hallado perfecta la catedral y a los fieles dignos de orar en ella? Puede, ciertamente, dudarse. Mas, para que clamara como un profeta airado por las plazas de Babilonia, era necesario su nacimiento en una ciudad burguesa y chata, con fábricas, bancos y alcantarillas, en el tiempo en que M. Homais era perfectamente feliz y miraba confiadamente el mundo a través de los frascos de su botica.

Este ambiente era indispensable para provocar la furia invectivadora de Bloy, su temible poder de libelista, esa su facundia que se descarga como un torrente de helada ironía desde las cimas de su dolor o sube a borbotones, como una lava quemante, desde los abismos de su desesperación: para excitar su imaginación, que supo vestir con un ropaje esplendente, reducir a imágenes de un lujo bizantino, los misterios abstractos de la fe. El lirismo metafísico de Bloy es el don de los poetas más altos. Péguy y Claudel tienen una inspiración semejante, pero sus imágenes son de otro orden, de una sencillez campesina casi, menos violentas, más delineada que las que esta especie de pintor impresionista forma a grandes pinceladas de oro, grana y tinieblas sobre la tela de su propia vida, tensa casi siempre hasta el paroxismo.

De vivir en el tiempo de las Cruzadas, del cual se creía desterrado, Bloy quizás hubiera vertido en la acción las fuerzas que desbordaban del vaso de su alma. Le gustaba imaginarse un hombre de acción, de voluntad arrolladora, casi demoníaca, y a menudo se desdoblaba en esa forma en algunos de los personajes de sus obras, en el Leopoldo de «La mujer pobre», por ejemplo. Quizás hubiera sido en el siglo XII uno de esos monjes cuyos gestos y miradas bastaban para arrastrar a las multitudes que no oían ni comprendían sus palabras. Pero nació en el siglo XIX y el romántico que había en él no podía olvidar a Napoleón, a Julián Sorel, quizá, o a Vautrin o a Rastignac.

Este fondo romántico debe tomarse en cuenta para apreciar la técnica de expresión de Bloy, estrechamente unida a su pensamiento. Este se desarrolla con una ilación que no excluye los contrastes, las antítesis (recursos típicamente románticos) e incluso va integrándose por una especie de con-

trapunto que es un anticipo del moderno procedimiento de Huxley. Por otra parte, a pesar de que las imágenes y metáforas de Bloy son casi siempre de una realismo de impresionante fuerza, a menudo de una crudeza rabelesiana, el autor no se mueve a gusto en el mundo de los árboles, mesas y trapos que son el regodeo de otros. Cuando encuentra estos sorprendentes objetos en su camino suele cojear, sentirse un poco extraviado, pero luego emprende el vuelo, sin cuidarse en absoluto del «color local». Entonces, el torrente de palabras de cada uno de sus personajes crea un mundo totalmente distinto, en el cual no se echa de menos al otro. En Bloy se advierte perfectamente cómo el diálogo, cuando lo hay, es sólo un pretexto para que cada uno desarrolle su monólogo. Y cuando el autor tiene algo particularmente interesante que decir, lisa y llanamente monologa por boca de cualquiera de sus creaturas, desarrollando en una página una serie de pensamientos admirables de profundidad y de una originalidad insospechada, que no sale de los límites del dogma. De citar ejemplos sería cuento de nunca acabar, y esta selección ofrece muchos.

Por lo dicho puede suponerse que León Bloy es autor ideal para entrarse por su obra a espigar páginas. Hay muchas que, separadas de las demás, conservan su sentido íntegro, que aún parecen henchirse de un más misterioso sentido, por ese curioso fenómeno de sugestión que hace que las frases aisladas impresionen más. El mismo Bloy, que poseía, contra lo que podría creerse, un notable sentido de autocrítica, se definió bien, dejando hacer a uno de sus personajes (Leopoldo) un análisis del estilo de Marchenoir, en un pasaje que quizás hubiera sido útil incluir en esta selección: «El violento colorido del escritor, su barbarie cautelosa y alambicada; la insistencia giratoria, el rolar testarudo de ciertas imágenes crueles que volvían obstinadamente sobre sí mismas como las convolvuláceas; la inaudita audacia de esa forma rítmica como una horda—tan rápida a pesar de su pesado equipo—el sabio tumulto de ese vocabulario empenachado con llamas y cenizas, como el Vesubio en los últimos días de Pompeya, acuchillado de oro, incrustado, almenado, denticulado de gemas antiguas, a la manera de una urna de mártir; pero, sobre todo, la amplitud prodigiosa que semejante estilo daba frecuentemente a la menos ambiciosa de las tesis, al más ínfimo y habitual postulado, etc.

Esa imitación del crecimiento de las convolvuláceas confiere necesariamente a cada fragmento, según anotábamos, una vida propia, reforzada por la «amplitud que semejante estilo da a la menos ambiciosa de las tesis». Por tales razones, el lector desprevenido de estas «páginas escogidas» puede quizá ser inducido a errores por exageraciones

parciales. Pero mucho más posible es que la impresión final de deslumbramiento que Bloy produce casi siempre a quien lo lee arrastre con ellos como un torrente «con voz de muchas aguas». Puede que para muchos sea una revelación este libro pequeño y excelente.

*Alejandro Magnet.*

RAÏSSA MARITAIN.—*Las Aventuras de la Gracia.*—(Editorial Difusión Chilena. 1945).

Para quien haya amado verdaderamente a Francia y para quien tenga significado cristiano la generación de Péguy, Psichari, Maritain, etc., este libro, más que una lectura amena, resultará casi un libro de meditaciones. Relata Raïssa en esta segunda parte de *LAS GRANDES AMISTADES* las asombrosas aventuras del Espíritu que interesaron y comprometieron al pequeño grupo de amigos que, junto al recién cristiano hogar de los Maritain, llegó a constituir lo más selecto de la intelectualidad francesa de principios del siglo presente.

Uno de los mayores aciertos del libro es, sin duda, la elección del título, que corresponde de manera sorprendente al contenido; es la historia, hecha con sencillez maravillosa, de la acción aventurera del Espíritu Santo en un grupo de almas escogidas; primero, y a través de todo el relato, en los esposos Maritain. Como Jacques va encontrando su vocación y recorriendo su camino de filósofo cristiano, su hallazgo de la filosofía de Santo Tomás de la cual se enamora tan profundamente, que lo hace convertirse en su paídín.

Después nos trae la encantadora historia de Pedro van der Meer de Walcheren, célebre escritor holandés, y su esposa, Cristina, a quienes Dios, apenas convertidos, pide el sacrificio de sus hijos, que ellos aceptan generosos.

Un capítulo dedica a Péguy, sus dificultades, sus resistencias, sus tormentos e indecisiones. No quiere someterse, desconfía de la Iglesia Oficial. Por último, su entrega plena y su muerte heroica en la víspera del Marne.

Más allá la aventura de Ernesto Psichari, la más maravillosa, la más humanamente inexplicable. Solo, en el desierto africano, cumpliendo sus deberes militares, que voluntariamente ha asumido, se encuentra con la realidad de Dios y comprende que sólo en El encontrará la plena libertad en busca de la cual se ha impuesto tantos sacrificios.

Tiene el libro un capítulo que emociona profundamente por su ternura y delicadeza; la historia de la conversión de los padres de Raïssa. El viejo judío, desconcertado y afligido hasta la desesperación por la conversión de sus hijos al catolicismo, no quiere saber nada de la oprobiosa doctrina de la Cruz. Pero la Gracia comienza en silencio su aventura, no insiste, no urge. Nada más que al final, cuando ya queda sólo un poco de tiempo, apremia y golpea con fuerza y sin que nadie haya hecho una insinuación directa, al saberse enfermo de muerte llama al judío a sus hijos y les dice que desea ser bautizado. También la madre es alcanzada por la Gracia; después de algún tiempo entra en la Iglesia de Dios y «durante siete años habrá de vivir en la fe o inocencia de su bautismo, pidiendo sin cesar por sus hijos».

Hay un nombre que aparece a través de todo el relato y que llena el capítulo final, el del «querido

padrino», León Bloy. Con reverencia de verdaderos hijos los Maritain asisten a las últimas etapas de la vida de este hombre extraordinario que resulta en su dureza, fiel y dócil instrumento para la Gracia en sus extrañas aventuras.

Fernando Castillo I.

☆ ☆ ☆

## N O T A S

### HOMENAJE A LEÓN BLOY (1)

«No hay más que una tristeza, y es la de no ser santos».—León Bloy.

Constituye para los cristianos una obligación imperiosa rendir esta tarde un ferviente y merecido homenaje a León Bloy, el que durante toda su vida sólo recibió el desprecio y la injuria de hermanos y extraños en la Fe, con motivo de haberse cumplido en el día de ayer un siglo desde que éste cristiano integral y testigo en todos los momentos de la Verdad del Padre, inició su peregrinación en busca de lo Absoluto a través de un mundo que le era radicalmente hostil y a quien él despreciaba con todas las potencias de su ser, porque lo sabía corrompido y en proceso de descomposición moral por haber renegado de su ascendencia cristiana.

Nada puede ser más oportuno en estos momentos de claudicaciones, de cobardías y de transigencias de los cristianos con el dinero o con los hijos de las tinieblas, de que nos habla la Escritura, que el recordar la recia personalidad moral y espiritual de este «Mendigo Ingrato» que no supo ni quiso ceder ante lo que no fuera la Verdad cristiana total con todas sus consecuencias de dolores y sacrificios que ella implica; de este «Desesperado» que prefirió conquistar el reino de Dios y su Justicia y no aferrarse a la añadidura, como muchos cristianos que dan primacía a la prudencia de la carne, tan duramente censurada por San Pablo, sobre la Providencia Divina.

Yo sé que hay aquí muchos que teniendo vocación política se han dado a la tarea de estructurar una futura sociedad cristiana; ojalá que ellos comprendan, al igual que Bloy, que lo único fundamental para los cristianos es conseguir la santidad necesaria para obtener el Reino de Dios y que lo demás lo dará Este por añadidura, según el consejo y el consuelo dado por el Libro Santo.

Este homenaje es también una protesta contra

(1) Palabras de introducción, pronunciadas por el señor Jaime Ross, en la velada de homenaje a León Bloy organizada por el Departamento de Cultura y Propaganda de la Falange Nacional y celebrada el viernes 12 de julio en la Sala de Exposiciones y Conferencia de la Editorial DEL PACIFICO.

lo que el mismo Bloy llama, al final de sus días, «la famosa conspiración del Silencio, con la que se esfuerzan en asesinarme desde hace treinta años, y a cuyos instigadores he ido enterrando uno tras otro». Este silencio va cubriendo los sepulcros de sus detractores, en cambio, la figura de Bloy se agiganta día a día, a medida que se hace más urgente su testimonio.

No me corresponde a mí hacer la exégesis de este solitario e invencible cristiano, que a veces adquiere los perfiles de un moderno Profeta, y cuya semblanza esboza en pinceladas maestras uno de sus numerosos y grandes hijos espirituales, a quien guió Bloy por los escarpados senderos que llevan a la morada del Padre Eterno: «Sin Bloy—escribe Pieter van Der Meer de Walckeren—quizás hubiera vagado en torno a la Iglesia, sin comprender jamás la necesidad de ese primer acto verdadero que consiste en penetrar en ella. El me ha mostrado el camino que lleva a Dios, primero con sus libros, luego con sus palabras. Su espíritu está siempre animado del fuego divino; su ser es amor, un amor absoluto de Dios. Y Bloy se ha entregado totalmente a El, sin restricción alguna. A pesar de las amenazas y del odio despertados por el carácter absoluto de su cristianismo, desprecia la vergonzosa conspiración del silencio por medio de la cual sus colegas—que parecen pobres niños a su lado—y la mayoría de sus mismos correligionarios, han intentado ahogarlo, y permanece inmoviblemente fiel a Jesús, a María y a la Iglesia. Entona sus cantos de éxtasis, balbucea su deslumbramiento en presencia del formidable misterio de Dios; con los ojos cegados de lágrimas, le adora; deletrea las Sagradas Escrituras; flajela a los cobardes, a los fariseos, a los apáticos. Cuando no le entregamos todo a Jesús, Bloy se erige en campeón de la Gloria, y fulmina con toda su vehemencia. Y ese violento es, al mismo tiempo, un hombre lleno de ternura. Meditando sobre la caridad de Jesús, sobre la Santísima Virgen, cuya dignidad supera toda comprensión, llora de amor. Sus libros y su vida forman una himno de alabanza tal como pocas veces habrá brotado de un alma humana. Es un humilde, un cristiano en el verdadero y sublime sentido de la palabra, un enamorado de Jesús que se sacrifica por su Dueño y al que ni las amenazas ni los mismos sufrimientos—aunque éstos llegaran al martirio—lograrían jamás desconcertar... Tal como se entrega en sus libros, en igual forma se entrega a Dios, a los seres queridos, a sus amigos, es decir, por completo, sin vacilación. La nobleza y la ternura son los rasgos salientes de su ser, es generoso bajo todos los aspectos. Después de los Evangelios, y después de los Santos, ¿dónde encontrar alguien que haya hablado de manera más hermosa y más profunda de los pobres, del pobre en quien ve al Pobre por Excelencia? Ni el temor

ni el cálculo harán vacilar su testimonio. Ahora comprendo por qué razón impresiona tanto a ciertas almas, es que siempre habla de Dios, su alma vibra de Dios».

Hemos querido asociar a este homenaje a Charles Péguy, ese socialista decepcionado del materialismo marxista y un gran cristiano de corazón, por haber sido uno de los pocos de su época que comprendió y admiró al irascible Bloy. Tampoco podía faltar en esta oportunidad la poesía dulce y pura de Paul Claudel, gloria de las Letras católicas francesas y luchador infatigable por la libertad y grandeza de su patria, cuyo resurgimiento espiritual y político hoy comenzamos a percibir. Con razón un gran artista pudo decir antes de su conversión lograda con el apoyo de Bloy: «Producir algo nuevo, aunque sea absurdo u horrible, constituye la absoluta tendencia de los jóvenes. Junto a todo esto, ¡cómo resulta de grande y llena de profunda comprensión la obra de un Bloy, de un Claudel!... Los artistas buscan en el pasado, en el porvenir, en el presente, y sus obras se estremecen de esa nostalgia desconsolada. Pero este sentimiento, en el seno de la Iglesia Católica quienes lo expresaron en toda su plenitud fueron los primitivos, tanto en arquitectura y pintura, como en escultura y literatura. En cambio, los modernos, roídos por las dudas y privados de toda certidumbre, ya no poseemos aquella tranquila fuerza ni aquella poderosa paz interior, gracias a las cuales esos antiguos artistas transformaban en belleza sus pasados ensueños. En nuestra época, sólo encuentro a Bloy y a Claudel».

Los versos que escucharéis son todos plegarias a la Virgen María, a la Dama de la Soledad, a quien Bloy dirigía con preferencia sus oraciones, combatiendo ardorosamente contra los incrédulos que negaban autenticidad a las revelaciones marianas ante los pastores de la Salette y en las cuales la Madre de Jesús llora por las traiciones y desamparo de que la hacen víctima sus hijos.

Bloy es un espíritu eminentemente medioeval, teocéntrico, como lo era aquella Edad Media tan vilipendiada por los ignorantes y por los que creen luchar por el progreso del hombre; es por ello que aunque suene extraño a nuestros oídos, acostum-

brados en gran parte a la rebuscada y complicada música moderna, se ejecutará la pura, simple y sencilla música medioeval, tal como debiera ser la vida de los realmente cristianos.

No podíamos olvidar en manera alguna las largas temporadas pasadas por León Bloy en la Gran Trapa de Soligny, donde junto a la soledad y en compañía de los monjes se refugiaba para recuperar sus fuerzas y poder arremeter con mayor vigor contra los mediocres, los cobardes y los corrompidos. Sólo los coros de los monjes que ejecutaban los himnos litúrgicos deleitaba la fina sensibilidad de Bloy, es ésta la razón por la cual los coros gregorianos alegrarán nuestra velada con su simplicidad profunda y su gran belleza mística; dentro de estos himnos es preciso dar lugar preferente a la «Salve Regina», de la cual expresa al escucharla un poeta acongojado por las ansias de plenitud de su espíritu: «Me estremezco, me arrebujó en mi emoción. Esa magnífica antífona, esa plegaria cantada, sube y baja siguiendo un ritmo grandioso muy sencillo y muy grave. Me impresiona la ausencia de pasión, de sensualidad en esa maravillosa música; ella no despierta en mí la inquietud ni todas las angustias que en mí se albergan; me hace un bien inmenso, me cura. Sus notas giran como un vuelo de pájaros gloriosos. Y, sin embargo, ¡qué gravedad, qué indecible nostalgia vibra en ella! Música que revela una presencia muy fuerte y muy dulce, y lleva en sí un evidente resplandor de la divina».

Señoras y Señores: yo no sé si este acto sería del agrado del inconformista León Bloy, me inclino a creer que no; seguramente él habría preferido que le testimoniáramos nuestra admiración haciendo un retiro espiritual en algún viejo y solitario monasterio o, quizás, iniciando una cruzada contra los hipócritas, los malos ricos, los fariseos y los burgueses o, tal vez, socorriendo a los desamparados que en las noches lloran sus miserias bajo el mudo y sordo cielo del Universo. No lo sé... En todo caso, tengamos siempre presente aquellas quemantes palabras suyas: «*El fondo del hombre es la Fe y la Obediencia, y por consecuencia, él necesita Apóstoles y no conferenciantes, Testigos y no demostradores. No es ya el tiempo de probar que Dios existe. Ha sonado la hora de dar la vida por Jesucristo*».

**EL LENGUAJE VULGAR.**—León Bloy, contemplaba cada lugar común del lenguaje vulgar, como una esfinge sentada sobre el misterio de la creación. Admirable medio de experimentar el éxtasis cada vez que oímos hablar a nuestra mucama o a nuestro diputado. Los lugares comunes de la filosofía y aún de la historia de la filosofía, no encierran menos sabiduría oculta.—Jacques Maritain (En «TROIS REFORMATEURS»).

# POLITICA Y ESPIRITU

AÑO 2 - NUMERO 15

SEPTIEMBRE DE 1946

## DEMOCRACIA EJEMPLAR

La forma como se ha desarrollado el proceso electoral, constituye, sin duda, un legítimo título de orgullo para la democracia chilena que ha demostrado una vez más su madurez y su claro sentido de responsabilidad.

Si se necesitara un ejemplo para probar que el régimen democrático es la gran escuela de educación cívica, bastaría citar el ejemplo de Chile. La libertad enseña al pueblo a distinguir; crea los hábitos de la convivencia ordenada y pacífica; elimina la violencia y hace imposible, que surjan aventureros irresponsables.

En este proceso quedaron en el camino todos los que aspiraron a la presidencia sin otro título que su ambición o su audacia y lo que es más importante se reveló claramente que ha disminuído la importancia del dinero, hecho que hasta ahora ha venido gangrenando nuestro sistema electoral y la generación de nuestros Poderes Públicos.

Tenemos nuevo Presidente y a su alrededor se ha unido todo Chile. Pasarán en breves días, los aplausos y el entusiasmo del triunfo y entonces quedará en pie lo que verdaderamente importa: por tercera vez, dando un admirable ejemplo del sentido y del instinto de la masa popular, es elegido un candidato que fundamentalmente cuenta con la confianza de los trabajadores. Ni la campaña de prensa, ni las críticas en parte justificadas, ni la falla lamentable de muchos hombres y la defección de un partido tan importante como el Socialista, han bastado para desorientar el criterio fundamental del pueblo. Y eso resulta admirable, porque tienen fe, los que han sido burlados tantas veces; tienen serenidad y confianza los que sufren; tienen firmeza, aquellos que han debido resistir la desilusión.

Por eso que el nuevo Presidente afronta una hora grave, que no bastan a disipar la buena voluntad a veces sincera y a veces sospechosamente precipitada de los que se apresuran a cantarle elogios, cuando ayer no más lo consideraban un peligro mortal para la República.

El gran problema es no defraudar una vez más a los pobres, a los que realmente tienen hambre y sed de justicia, y para ello se requieren dos condiciones: la primera una voluntad firme, honrada, sinceramente dirigida a cumplir lo prometido a traducir la buena intención, en un clima de sobriedad, de

moral, de rectitud que crea confianza y permite exigencias; la segunda, rodearse, no sólo de amigos sino de hombres que tengan la capacidad suficiente para traducir la intención, y esto, no en una forma esporádica, y más o menos, dispersa, sino con el sentido de equipo que exige un plan que vaya a lo hondo y no siga, mellando apenas la superficie de los problemas.

Para un Gobierno así habrá buena voluntad. Un Gobierno así podrá exigir disciplina y sacrificio, que son las condiciones de toda construcción que comienza en los cimientos.

Chile en esta hora necesita crear riqueza, traer inmigrantes, aumentar y mejorar sus superficies de cultivo, necesita industrias. Todo eso ha sido dicho en todos los tonos y maneras. Necesita enfrentarse a una sombría perspectiva internacional y también necesita que no se le fijen precios baratos para la venta de sus productos, mientras tienen que pagar caro por los productos que importa: el azúcar, y las maquinarias; el algodón y la carne hay que pagarlos con un enorme recargo. En cambio el salitre y el cobre tienen un precio que prácticamente no varía. Esta tremenda injusticia pesa sobre Chile en forma tal que aplasta sus esfuerzos.

Pero todo esto ha de tener un sentido: nada vale producir y enriquecerse si son pocos los que prosperan. ¿Qué objeto tiene trabajar, para seguir en la miseria o qué valor tiene recibir más dinero si no se encauza a un consumo que mejore las condiciones de vida? Por eso este Gobierno ha de inspirarse en el sentido de la justicia social: producir para que se construyan casas; aumentar los salarios para que en las casas haya comida y vestuario, es decir, salud y dignidad.

Tal es la tarea en los próximos años. Si ella se cumple, la democracia chilena, el porvenir de Chile se habrá salvado. Si se defrauda y queda reducida a la euforia de un triunfo más, sería muy oscuro nuestro porvenir. Tenemos confianza en el nuevo Presidente: lo sabemos entusiasta, decidido y honrado, no sólo con esa honradez económica, que nadie puede discutir siquiera a un Presidente de Chile, sino con esa honradez de espíritu que le manda ser fiel al mensaje predicado, a la esperanza nacida en el corazón del pueblo que lo designó.

F.

# NUESTRA INDEPENDENCIA

Una nación es, antes que nada, conciencia de comunidad histórica; de tarea realizada, presente y futura. Conciencia de un destino colectivo que se afirma por su contenido universal de valores trascendentes y se define por la encarnación de esos valores en la geografía, en el tiempo y en el hondo cauce de la vida de las personas, de las familias, de las clases y de los grandes grupos humanos.

La nación no se afirma por la raza, ni por el poder, ni por la riqueza. No se afirma por las victorias guerreras; no se afirma siquiera por el mayor o menor grado de progreso; se afirma sólo por la conciencia de la comunidad humana que la integra.

En nuestra conciencia común de chilenos reside, primero que en las relaciones internacionales y que en las máquinas o el dinero, la posibilidad real de nuestra independencia. Debemos descubrir nuestro destino en nuestras almas y cimentarlo en nuestras voluntades. Debemos saber qué es nuestra nación, cuál es su mensaje para la historia humana.

La comunidad de las conciencias sólo puede ser encarnada en la historia por el esfuerzo común frente a los hechos y a las cosas; sólo puede tomar carne en el trabajo.

Del trabajo surge la expresión concreta de la nacionalidad; en su organización se reflejan los valores morales que la hacen grande o la condenan a la mediocridad o a dramáticos fracasos.

Es por esto que hoy, cuando tanto se habla de la conquista de la independencia económica por medio del desarrollo de la industria y del aumento de la producción, es esencial que meditemos sobre el estado y las formas del trabajo en Chile.

En la organización del trabajo en Chile no se encarna un sentido realmente nacional de la comunidad.

Nuestro débil régimen capitalista está haciendo crisis, no sólo en un sentido económico o financiero, sino también moral. Hay un choque constante y verdadera exasperación entre los hombres que aportan el esfuerzo personal, a cambio de salarios, y los que aportan la capacidad financiera. A pesar de ciertos síntomas favorables en la evolución de nuestra estructura política, podemos decir, con pesar, pero con certeza, que Chile no es una comunidad en el Trabajo.

En estas condiciones, la independencia industrial de que se habla puede ser sólo una ficción financiera, vulnerable y efímera, a despecho de todos los esfuerzos gubernativos o particulares. Y una ficción que aumente la desintegración moral de la nación, que resulta de las actuales condiciones del trabajo.

Hoy día, ninguna industria o empresa chilena estaría en condiciones de soportar el pago de un salario verdaderamente vital y mucho menos familiar. Y son muy contadas las excepciones en que se pueda creer que el asalariado, empleado u obrero, tenga la posibilidad de formarse una conciencia en el sentido de estar realizando, en su trabajo, una empresa que tenga, con su destino personal, una relación superior a la del salario insuficiente. Nuestra independencia, económica y moral, exige de todos la claridad y el valor para entender que esta crisis no será superada sin una reforma total de nuestra organización para el trabajo.

\* \* \*

En el pasado, hemos sabido morir por nuestro destino y nuestra independencia nacional. Lo hemos hecho con honor.

Es preciso que ahora sepamos, también con honor, conquistar una nueva independencia y un nuevo destino en la comunidad nacional del trabajo.

# SOBRE LA DEMOCRACIA <sup>(1)</sup>

Por Luigi STURZO

La disputa de si es posible que existan «libertad» sin democracia y «democracia» sin libertad, es ya vieja. Esta se ha renovado hoy día, entre los democráticos «tradicionales» del Occidente y los «nuevos» del Oriente.

Para aclarar preliminarmente los términos de la cuestión, es necesario precisar qué se entiende por «*demos*», pueblo. En Grecia—de donde nos viene el término democracia—no eran considerados pueblo ni los esclavos, ni los ilotas, sino, únicamente los ciudadanos. Del mismo modo, en Roma, donde bajo una democracia fué creada la diarquía del Senado y de la Plebe (*Senatus Populusque Romanus*). En el régimen feudal, los siervos de la gleba no eran cives, ni lo eran, tampoco, en las gloriosas repúblicas medievales. Sin embargo, a pesar de todo esto, nadie niega que en Atenas existió una democracia, que en la Roma Republicana ciertos aspectos del régimen fueron democráticos y que la democracia existió en muchas comunas y ciudades libres medievales y en los cantones Suizos.

En los tiempos modernos, la primera y más grande democracia nació en Norteamérica, donde la esclavitud perduró por casi un siglo y donde la discriminación social y política de raza aún no se ha extinguido. En los países Escandinavos la servidumbre de la Gleba duró hasta el siglo XIX. En Gran Bretaña, el sufragio extensivo (todavía no universal) existe desde 1882 y el sufragio femenino desde 1920. En Francia e Italia las mujeres han obtenido el derecho a voto en el año 1945 y aún no lo tienen en Suiza, Bélgica y Holanda.

Estos ejemplos valgan para señalar que en «democracia», «pueblo» es una noción que sin apartarse de su significado básico, varía según el tiempo y el lugar.

## II

El segundo problema que nace del primero, es aquel de si donde hay democracia, debe, necesariamente, haber libertad. La respuesta no puede ser sino afirmativa, porque no se puede dar *Cracia*, es decir, *Poder*, donde la clase dirigente (en este caso el *demos* en acción, ya sea el de Atenas en el siglo V antes de Cristo o en los Estados Unidos en el año 1946) no sea libre de gobernarse a sí mismo. Cualquiera que sea la extensión material del pueblo, como «voluntad política colectiva», en su esfera debe gozar de libertad. Si ésta no existe, no puede haber gobierno del pueblo.

Cicerón dice que la libertad es la participación en el poder, y tiene razón, en el doble y continuado aspecto de los derechos civiles y de las libertades políticas. El déspota tiene, él sólo, derecho y libertad. Otros pueden participar en el uso de su derecho y de su libertad; pero, por concesión unilateral y temporal, que el déspota hará cesar en cualquier momento.

En los regímenes aristocráticos, son las familias privilegiadas las que gozan de derechos y libertades, según grados jerárquicos y tradiciones intangibles. En los regímenes mixtos, entre otras clases y divisiones, son el tercer estado, la ciudad libre, los gremios y la Iglesia, quienes gozan de aquellas libertades caracterizadas por privilegios y franquicias que han adquirido por medio de luchas, revueltas o conspiraciones (La Magna Carta de Inglaterra); pero, en estos casos se trata de clases escogidas y privilegiadas y no del pueblo. La democracia es verdaderamente tal, únicamente, cuando la participación en el poder es un derecho inalienable del pueblo, o de aquella entidad que en un determinado momento histórico puede llamarse el verdadero pueblo, que goza, en consecuencia, de una

(1) Este es el primero, de una serie de artículos escritos especialmente para nuestros Cuadernos.

soberanía que él ejercita directamente o por medio de sus representantes. De aquí que la libertad esté comprendida implícitamente en la noción de democracia. Una democracia en la cual no existe libertad, no es sino una democracia en apariencia.

### III

La libertad tiene dos aspectos, aquel de los derechos civiles (o del hombre) y aquel de los derechos políticos. En el primero se comprenden: la igualdad ante la Ley, el derecho de propiedad, la justicia, el *habeas corpus* y otros que no pueden ser negados a nadie, ya sea en forma potencial (menores, prisioneros, dementes, emigrantes en el período de pre-naturalización) ya sea en forma actual para algún ciudadano, hombre o mujer. La privación de tales derechos es una lesión que afecta no sólo al individuo, sino, también a la comunidad y, en consecuencia, constituye una lesión a las raíces mismas del régimen democrático.

Las libertades políticas han sido una conquista más lenta. Admitiendo que la discriminación política entre ciudadanos con y sin derecho a voto, significa una seria mutilación en el cuerpo colectivo del pueblo, (como por ej. el negar el derecho a voto a las mujeres), la democracia como tal, dado el crecimiento gradual de la conciencia política, no pierde su naturaleza de régimen popular, si aquella parte de la población que forma políticamente «el pueblo» en acción, obra como tutora de aquellos que son considerados políticamente menores.

### IV

Lo que diferencia al viejo régimen parlamentario de los Estados (o clases) y el democrático (o sea el «pueblo» limitado) es que el primero tiende por naturaleza a mantener los derechos limitados a los privilegiados de cada Estado y tiende a fosilizarse, y el segundo tiene a extender la noción de pueblo hasta comprender todos los adultos hombres y mujeres y es, por consiguiente, dinámico por naturaleza.

El proceso de democratización de un país es, de por sí, un movimiento interno, que parte de la conciencia que tiene un pueblo (no importa si en todo o en parte) del derecho inalienable a gobernarse por sí mismo, derecho que se va conquistando por un proceso gradual o revolucionario, contra aquellos que lo niegan, para mantener sus privilegios.

Este proceso siempre está en camino y no llegará nunca a una plenitud política de todos los derechos, ya que los detentadores de ellos tenderán a conservarlos para sí, mientras los que no tienen su uso directo, ni las ventajas inmediatas, necesariamente, lucharán para obtenerlos.

De aquí proviene el hecho histórico que los democráticos de ayer (que conquistaron para el pueblo el régimen democrático y se convirtieron en su exponente) son los antidemocráticos de hoy, que quieren cerrar el camino a las otras clases o categorías de personas (por ej., a las mujeres y a los obreros).

Así se explica la gran dificultad para asegurar una verdadera democracia y los períodos de crisis de democracia en países individualistas y de alta cultura, como Francia (El Terror - Napoleón I - Restauración - Napoleón III - Petain).

### V

El mismo desarrollo gradual de la noción «pueblo» en la estructura política de la democracia, ha experimentado dicha noción en la estructura económica; y del mismo modo que el trabajador ha llegado tarde, únicamente en la democracia evolucionada, a tener voz en política, así también, ha llegado solamente hace poco tiempo a reivindicar una igual participación en la economía. El camino de sus reivindicaciones está ya señalado, y es duro y largo, porque significa una serie de transformaciones sociales que son únicamente posibles en un régimen libre y democrático.



Por un tiempo se creyó que la democracia era inadecuada para satisfacer las exigencias de las clases trabajadoras y se presentaron dos sistemas como opuestos a ella: el Socialismo y el Comunismo, ambos basados en la lucha de clases y la victoria final de la clase trabajadora. En el hecho, la Democracia apareció identificada con la burguesía o el capitalismo, debido a que las clases poseedoras han tenido hasta hoy en su mano el gobierno de los países con regímenes democráticos, y han desarrollado en ellos la economía capitalista con explotación de los trabajadores. A estos dos sistemas se agrega hacia el fin del siglo pasado el de la Democracia Cristiana, que aceptó la democracia de los países libres como punto de partida para el desarrollo de una concepción social sobre la base de una colaboración de clases.

La gran cuestión debatida en el último medio siglo es aquella de la *intervención del Estado*: es decir, de si el Estado poder político, tiene el derecho y la función de intervenir, o no, en la competencia económica del País y en los conflictos entre Capital y Trabajo.

La tesis contraria a la intervención se apoyaba en el mismo principio de libertad política, aplicado a la Economía; la tesis favorable, (la que prevalece) se apoyaba en el principio del bien común.

Hoy día, ya nadie niega al Estado el derecho a intervenir, a condición que no sea lesionada la libertad económica en sus raíces. Los socialistas, en su mayoría, han aceptado el sistema de democracia liberal con carácter social; los demócratas cristianos insisten en el concepto de propiedad generalizada, que es garantía de libertad; mientras los comunistas, teóricamente, y donde es posible, prácticamente, renuncian al concepto de coexistencia de clases y de libertad económica, por el principio de la lucha de clases.

## VI

Dejando afuera del cuadro el problema del Comunismo, que no tiene lugar en democracia, debemos buscar cuál es el dinamismo interno de una democracia política y social, tal cual la hemos caracterizado anteriormente. Encontramos este dinamismo en la formación de los núcleos políticos, de los núcleos económicos y de sus intercambios. Llamemos a estos núcleos *élites*, con grave escándalo de los demagogos que tanto agradan a las masas. Si el término no gusta, que se busque otro, la noción será siempre la misma, porque se basa en un hecho cierto,

El cuerpo electoral elige a sus representantes en el Senado, la Cámara de Diputados, la Presidencia, los Gobernadores de los Estados, los Síndicos de las Comunas, los Jueces, los Consejeros, etc., de acuerdo con las modalidades de cada país. Todos ellos investidos de una función responsable y forman, de hecho, los grupos selectos. Pero, como sería imposible para el propio electorado conocer aquellos que debe elegir para representarlo, son necesarios los partidos políticos, que a su vez, comprenden dirigentes que forman otro grupo escogido. Lo mismo sucede en el plano económico, en el cual sobresalen grupos selectos, elegidos libremente, y que representan los diversos intereses, ya sea de la Empresa o ya sea del Trabajo... Los dirigentes de Confederaciones y Sindicatos son grupos selectos.

La diferencia entre la democracia y las otras formas sociales del pasado, reside en que en los sistemas de clases escogidas y régimen absoluto, la élite política y económica se encuentra estabilizada por castas y clases, ya sea por medio de privilegios reales o transmitida por herencia; mientras que en la democracia, las élites son espontáneas, cambiables y sustituíbles, y se multiplican de acuerdo con el espíritu de iniciativa individual y nuclear.

Un nivelamiento absoluto de la sociedad, en el cual falta el nucleamiento activo y la dirección por oposición y por organismo, está fuera del orden natural. La democracia está precisamente, caracterizada por la espontaneidad de dichos núcleos, la posibilidad de

substitución de los individuos, la mayor preparación del pueblo para tomar las posiciones directivas y de responsabilidad, y la formación de las tradiciones libres del pueblo que se gobierna por sí mismo.

## VII

El pueblo que se gobierna por sí mismo, tiene, sin embargo, las limitaciones insuperables que se derivan de, ya sea la naturaleza del poder o del carácter de la democracia. Las principales son tres:

1.º El cuerpo electoral no gobierna el país; pero, designa a aquellos que lo gobiernan. No controla directamente al gobierno, sino que ejercita un control moral y permanente, a través de la renovación de los cuerpos elegidos y por medio de las manifestaciones de la opinión pública. No precisa los planes de gobierno; pero, señala una línea a través de los programas de los partidos. La soberanía popular expresa un valor moral orientador y directivo, que los cuerpos elegidos traducirán en la política, la economía y las leyes. De esta manera, el mismo pueblo se encuentra limitado en su acción de autogobierno, y, a su vez, limita a sus representantes en el poder.

2.º El otro límite a la voluntad popular se encuentra en las leyes morales. Se discutió en el pasado (y se discute todavía), si este límite existe y si tiene eficacia, ya que en el terreno positivo, no podría existir ningún otro poder orgánico que limitara la voluntad popular, una vez que ella está expresada, sino una auto-revisión. Así ocurrió en los Estados Unidos con la prohibición, que impuesta por voluntad popular no se pudo eliminar sino por medio de ella misma. Está en la naturaleza de la soberanía el que no haya un soberano por encima del soberano. En el régimen absoluto es el mismo monarca quien debe corregir su error, anulando una ley emanada precedentemente de él.

Es verdad, que desde el punto de vista objetivo, una ley inmoral (que infringe la ley natural) ya sea que ésta emane del rey o de la voluntad popular, no tiene valor de ley y no obliga en conciencia a quienes están convencidos de su inmoralidad, como lo hicieron los primeros cristianos al rehusar el incienso a los ídolos. Pero, bajo el punto de vista de la legalidad material, la misma voluntad soberana que la ha querido debe ser quien la derogue. De esto se desprende que aquellos, del pueblo, que tengan conciencia de la inmoralidad de una ley, deben oponerse a que sea introducida (como ocurrió en las elecciones de 1944, acerca de la limitación de la natalidad, en Massachusetts) y empeñarse en anularla (como en el caso de las leyes discriminatorias de razas en varios Estados de los EE. UU.).

El límite ético es inherente a la institución de soberanía, desde el momento que es una institución humana y racional. No se comprende, en consecuencia, por qué ciertos defensores de la soberanía popular en el siglo XIX, la *presentaron como ilimitada* y ciertos filósofos católicos se opusieron a ella *por ser ilimitada*. Su error no estaba en su concepto de la verdadera naturaleza de la soberanía, sino en el hecho que los sustentadores tradicionales del poder absoluto, creían, ciertamente, que la autoridad provenía de Dios, pero aceptaban las limitaciones morales y religiosas a dicho poder, lo que estaba en contradicción en teoría y en la práctica, con el concepto de poder absoluto. Por otra parte, los sustentadores de la soberanía popular basaban su teoría en un naturalismo absoluto, prescindían del concepto de Dios y, en consecuencia, de las limitaciones de la ley moral. El error consistía en una interpretación errónea de un hecho social, como es la democracia que se había producido a expensas del antiguo principio del derecho divino del rey, que no consideraba un límite ético a su poder, en razón de la investidura divina del poder absoluto. Fenecido dicho principio (que no tenía fundamento en la tradición cristiana), no quedaba sino volver a la concepción, implícita o explícita, del pueblo del cual hacer derivar los órganos sociales de la autoridad.

3.º La tercera limitación proviene de la naturaleza misma de la democracia, que implantada tiende a desarrollarse y consolidarse. Pero, como no puede faltar una concepción político-social antidemocrática, ningún régimen puede estar seguro, y es por este motivo, que el pueblo se pone una especie de limitación a sí mismo, de no violar el pacto por el cual se constituyó en democracia. Este pacto es la Constitución o Estatuto, y, para salvaguardar este pacto se crean organismos especiales que tienen el derecho de anular las leyes que pueden violarlo.

Es cierto que el mismo pueblo que hizo la Constitución puede hacerle cambios y agregados; pero, si las reformas propuestas hicieran peligrar el espíritu de la Constitución y lesionar el principio democrático, entonces, el pueblo debe desecharlas. El pueblo tiene un límite que no puede sobrepasar, so pena que la democracia deje de existir. Tal como el suicidio es contra la naturaleza, así también el pueblo que acuerda privarse de sus derechos, comete un suicidio político, deja de ser «pueblo».

Este hecho ha acontecido en todas las democracias, y ha dado lugar a guerras civiles o de secesión (Suiza, Estados Unidos de N. A.); o a dictaduras militares (Francia, Napoleón I y III, Inglaterra-Cromwell) o a dictaduras totalitarias (Italia-Mussolini, Alemania-Hitler) y muchos otros.

## VIII

Han habido pueblos que han superado la crisis, otros no. Esta es la historia. El principio que se desprende de todo esto es que la democracia se limita a sí misma, por medio de la voluntad popular.

La pregunta, que naturalmente se hacen, tanto el hombre de la calle como el estudioso, es aquella de cómo aplicar en un régimen de democracia libre las limitaciones arriba descritas: la orgánica, la ética y la política. Los juristas, los filósofos y los estadistas han dado varias soluciones y las teorías han oscilado desde la teocrática-moralista, de un límite ajeno al Estado a aquella dialéctica inmanentista del Estado limitación de sí mismo.

En la práctica, la democracia moderna llegó a la separación de la Iglesia y el Estado, y llegó a la tesis del Estado, limitación de sí mismo, primero, y después al Estado ilimitado, que degeneró en Estado Panteísta (totalitarismo) negando la propia voluntad libre popular.

El problema de la limitación a dicha voluntad permanecerá insoluto, si no se crean en el pueblo las condiciones ético-psicológicas, por las cuales éste mismo se imponga el límite que no puede sobrepasar. Se trata de convicción, de sentido del deber, de la conciencia que se tiene de la responsabilidad que impone el vivir en una democracia. Así como el monarca absoluto de los regímenes pasados, debía tener conciencia de sus deberes y de los límites naturales y éticos de su soberanía, así también, el pueblo soberano (llamémosle así con la amplificación retórica de esa época) debe tener conciencia de su responsabilidad y del límite de su poder; si no la tiene, se pierde a sí mismo y a la democracia que lo proclamó soberano.

Se trata de hacer al pueblo consciente de su función perenne y fundamental en democracia, ya sea como electorado; ya sea como origen de los dirigentes de la política, de la economía, de la cultura y de la técnica; ya sea por el espíritu de reforma, que debe animar siempre a las corrientes idealistas o místicas; ya sea por el carácter de estabilidad que se debe dar a las instituciones políticas; ya sea por la formación de las tradiciones locales, que hayan recibido en legado, las nuevas generaciones de las precedentes, en una continuidad espiritual de la democracia de hoy con la de ayer, a pesar de los cambios y desarrollos necesarios.

*(Termina en la pág. 75)*

# DEL PARTIDO CATÓLICO AL PARTIDO SOCIAL CRISTIANO

Por Marcel LALOIRE

*Este artículo publicado en la célebre y prestigiosa revista VIE INTELLECTUELLE, uno de los más altos órganos del pensamiento católico francés, es del mayor valor como experiencia y al mismo tiempo plantea muy graves problemas para la posición social cristiana y los peligros que entraña su desviación.*

*La forma en que en este artículo se aborda la doctrina y acción de los social-cristiano belgas le da una singular importancia en este momento de Chile.*

Las elecciones generales del 17 de Febrero de 1946 han puesto como «Vedette» al Partido Social Cristiano. Este ha obtenido 1.006.293 votos, o sea el 42,6% de los votos emitidos, en tanto que los partidos de izquierda obtenían, respectivamente, el partido socialista 746.728 votos (31,5%), el partido comunista 300.099 votos (12,7%) y el partido liberal 211.143 votos (8,9%). La nueva Cámara cuenta con 92 representantes del P. S. C., 69 representantes socialistas, 23 comunistas, 17 liberales y 1 representante de la Unión Democrática Belga.

El éxito del P. S. C. es particularmente impresionante en las provincias flamencas, pero, aún en las provincias walonas, el partido ha obtenido más votos que los que el antiguo partido católico había obtenido en las últimas elecciones generales de 1939. Solamente hicieron excepción los distritos industriales de Hainaut: el partido comunista marcó allí un progreso muy sensible, en tanto que el partido social cristiano no logró alcanzar las cifras electorales del antiguo partido católico en 1939.

## EL PARTIDO SOCIAL CRISTIANO HA SUCEDIDO AL PARTIDO CATÓLICO

Es más que un cambio de rótulo, es, en realidad, un partido nuevo que se ha creado, nuevo en su programa, en su organización, en sus métodos de trabajo y en sus dirigentes. Tenemos una demostración muy sugestiva de ello en la composición del grupo social cristiano en la Cámara: sobre un total de 92 representantes, el grupo cuenta con 65 nuevos diputados, en su mayor parte jóvenes salidos de los movimientos de juventud.

¿Por qué estos cambios, este nombre nuevo, esta ruptura con el pasado

Las generaciones jóvenes, formadas por la Acción Católica, sobrellevaban mal la existencia de un partido que, en tanto se proclamaba no confesional, pretendía imponer a los creyentes, y en tanto creyentes, posiciones políticas determinadas en materias a menudo extrañas a la religión. Hay, en su actitud, menos una censura a los antiguos

que un deseo sincero y profundo de no confundir más dos dominios, dos órdenes de actividades que deben permanecer distintos.

## ORIGEN DEL PARTIDO CATÓLICO

Puede ser oportuno, en esta ocasión, recordar en qué circunstancias había nacido el antiguo partido católico belga. Para encontrar los orígenes, es necesario remontarse bastante en la historia de nuestras provincias.

Bajo los Habsburgos de España y, mucho más netamente, bajo el reino de los Habsburgos de Austria, se pudo discernir en «los Países Bajos católicos», un doble movimiento de pensamiento: en tanto que la masa de nuestra población permanecía inquebrantablemente fiel a la fe de sus antepasados y a sus príncipes, y se separaba así de los Países Bajos del Norte ligados al calvinismo, un pequeño grupo de intelectuales perteneciente a la alta burguesía: magistrados, funcionarios, financieros y comerciantes, se dejaba seducir por las ideas de independencia, de emancipación filosófica esparcidas por la Reforma y después por los Enciclopedistas.

Bajo el emperador José II de Austria, «el emperador sacristán», se creó un verdadero «partido laico» adherido a las ideas filosóficas nuevas y opuesto a las concepciones tradicionales de la nobleza y del clero. Esta oposición fué tal que hizo frustrarse lamentablemente el primer ensayo de Bélgica independiente: en 1789, nuestras provincias se habían sublevado contra el emperador y habían proclamado los «Estados Belgas Unidos». Pero los insurgentes no lograron ponerse de acuerdo sobre la forma a darse al nuevo Estado: los «estadistas», conservadores, ligados a los viejos privilegios de que disfrutaban nuestras ciudades, a las antiguas cartas, chocaban con los «vonckistes», del nombre de su jefe, VONCK, que partían de ideas nuevas, discípulos de los enciclopedistas, volterrianos y ya anticlericales. El Clero, los miembros de los Estados y de los Consejos, la aristocracia y los profesores de universidad formaban los principales apoyos del partido conservador dirigido por el

abogado de Bruselas VAN DER NOOT. Era, al contrario, entre los abogados, los banqueros, los comerciantes, los oficiales y los publicistas, en esta nueva burguesía que iba luego, cuando sonara la hora de la revolución industrial, a apoderarse de las principales palancas del comando, que se reclutaban los admiradores de las ideas nuevas, los «progresistas», grandemente abiertos a la influencia francesa.

El imperio austríaco se aprovechó de estas profundas divergencias de puntos de vista entre los «revolucionarios» para volver a tomar en sus manos nuestras provincias, hasta el momento en que fué expulsado, y esta vez definitivamente, por los «sans-culottes».

Bajo la ocupación francesa, los progresistas aceptaron fácilmente las nuevas autoridades y la burguesía liberal no tuvo mala voluntad para «colaborar» con los prefectos de Napoleón. Vió sin desagrado las medidas vejatorias tomadas contra los obispos y la incorporación forzada de los seminaristas.

El tratado de Viena reunió los Países Bajos del Sur con los Países Bajos del Norte, bajo la autoridad del rey Guillermo I. Esta «amalgama» debía revelarse muy feliz desde el punto de vista material para no alegrar a los hombres de negocios, comerciantes, banqueros y financistas que formaban la clientela del partido liberal. Así, no fué de este lado que partieron las primeras protestas contra la torpe política del soberano.

Guillermo I se enajenó, en primer lugar, a los católicos cuando tocó la libertad de enseñanza con el fin de debilitar la religión católica y la autoridad de los obispos. La reacción de los católicos belgas fué pronta y vigorosa, pero no logró hacer renunciar al rey a sus proyectos. Pero, cuando Guillermo I acometió a la prensa, que quería amordazar, vió levantarse contra él la oposición de los liberales: éstos quisieron, desde entonces, aproximarse a los católicos y sellaron con ellos, en 1829, «la Unión de las oposiciones», que permitió el éxito de la revolución de 1830. Guillermo I debía ser, bien a pesar suyo, el principal factor del unionismo. Es necesario agregar que la difusión de las ideas de Lamennais en los medios católicos había facilitado la reconciliación entre católicos y liberales, unos y otros favorables a la más amplia libertad de pensamiento.

En el Congreso Nacional, instituído por el gobierno provisorio para dotar a Bélgica de una constitución, los diputados eran, en su mayoría, «católicos liberales» en el sentido que se daba a esta expresión en Francia en esa época. Pero en el curso de los debates sobre la independencia del poder civil, las relaciones entre el poder central y los ciudadanos, la libertad de enseñanza, se

escucharon opiniones que hacían presagiar una nueva orientación del partido liberal.

Pero cuando la situación de Bélgica se hubo afirmado, en cuanto fué establecida la organización interna del Estado, los belgas tuvieron más ocios para consagrarse a los problemas de política interior: católicos y liberales, unidos hasta entonces para defender una Patria siempre discutida en el exterior, quisieron, entonces, dedicarse a hacer prevalecer sus concepciones particulares, sobre todo respecto de la enseñanza.

La tregua de los partidos, la unión de las oposiciones, o mejor dicho, «el unionismo» serían rotos no por los católicos, sino por los liberales. Esto ocurrió, en 1846, en el palacio de la ciudad de Bruselas, en un congreso que causó una viva emoción en el país: se definió allí la carta del partido liberal y se reivindicó la independencia del poder civil y la laicización de la enseñanza pública.

Sin embargo los católicos titubearon mucho antes de organizarse. Fué realmente la política anticlerical de los primeros gobiernos liberales la que forzó a los católicos belgas a agruparse en el terreno político. El primer Congreso liberal data de 1846; la primera asamblea de los católicos en Malinas, la primera de esta larga e impresionante serie de *Congresos de Malinas*, donde desfilaron tantos ilustres oradores de Francia, de Alemania, de Suiza, de Italia, no se reunió sino en 1863. El episcopado exhorta a los católicos a reunirse, a entenderse para defenderse.

Son creadas las primeras asociaciones políticas. En un reflejo de defensa, en la inquietud de hacer respetar el espíritu de nuestra Constitución, de conservar las libertades que los primeros constituyentes habían otorgado a los Belgas: libertad de conciencia, libertad de cultos, libertad de prensa, libertad de enseñanza y libertad de asociación. Estas asociaciones se intitulaban «constitucionales y conservadoras», la palabra «católico» no aparecía en ellas; constitucionales y conservadoras, para afirmar bien esta intención de la derecha de permanecer fiel al pacto constitucional. No fué sino bastante más tarde, cuando surgieron disensiones entre «conservadores» y «demócratas», que se adoptaron los términos «partido católico» con el objeto y la esperanza de unir a todos los católicos.

Este partido entendía, entre tanto, no ser un partido confesional. Interrogado por un periodista francés, M. Charles Woeste, quien fué durante largo tiempo el líder indiscutido e imperioso de la derecha, se expresaba en estos términos:

*Nosotros nos llamamos partido católico, desde luego en razón de nuestra consagración a los intereses religiosos, y en seguida porque el nombre de católico constituye entre nosotros un lazo de unión.*

*En otra época, nos llamábamos conservadores;*

después ha surgido la escuela democrática. Para impedir que estos diversos nombres calificativos cavaran un fozo entre nosotros, reivindicamos la calidad de católicos y nos refugiamos en ella con todas las dificultades que implica.

No somos sin embargo un partido confesional. Un partido confesional es un partido cerrado que reivindica privilegios para una confesión determinada. Según esto, abrimos nuestras filas a todos los hombres de buena voluntad. Por otra parte, para la Iglesia y el clero, nos contentamos con nuestras libertades constitucionales, lo que no nos impide realizar alianzas en las cuestiones mixtas: enseñanza, caridad y renta del culto. Pero no vamos más allá (1).

Desgraciadamente, las intenciones, por más excelentes que sean, no pueden impedir siempre confusiones lamentables. ¿Partido no confesional? pero las asambleas del partido católico se abren y terminan con oraciones. ¿Partido abierto a todos los hombres de buena voluntad, creyentes e incrédulos? pero los puntos fundamentales del partido comienzan por dirigir un homenaje respetuoso «de fidelidad y adhesión» al Soberano Pontífice. ¿Partido no confesional? pero cuando se suscitaban discusiones entre los miembros o fracciones del partido sobre cuestiones de pura oportunidad política, se invocaban imperiosas razones de conciencia y, a veces, textos del Evangelio o de las Encíclicas para imponer una disciplina superficial y efímera. Sin duda, esta disciplina era necesaria ante adversarios que, voluntaria y conscientemente, llevaban el debate sobre el terreno religioso y amenazaban abiertamente a la Iglesia.

Si la Jerarquía, en diversas circunstancias, se ha pronunciado, clara y, a veces, públicamente, por la unión de los católicos en el terreno político y contra toda tentativa de disociación, es por esta inquietud de defender posiciones esenciales que ella sabía amenazadas. La autoridad religiosa ha condenado el rexismo, movimiento puramente político, como había condenado anteriormente otras disidencias, cada vez que éstas amenazaban debilitar las posiciones de los católicos, y únicamente en la medida en que estas disidencias podían constituir un peligro grave para los intereses puramente espirituales.

... Así, durante más de medio siglo la política belga ha estado dividida entre estos dos partidos que corresponden, como hemos dicho, a movimientos de pensamiento muy antiguos en nuestras provincias.

La aparición del partido socialista y el advenimiento político de las masas obreras han transtornado totalmente el panorama político de Bélgica: ha nacido un tercer partido, esencialmente revolucionario, decidido a modificar la estructura econó-

(1) Charles Woeste, «Oeuvres de Combat», Bruselas, 1921, p. 77.

mica y social del país y a servirse del sufragio universal para hacer triunfar sus reivindicaciones sociales. Hasta entonces dos partidos se alternaban en el poder de acuerdo con las variaciones del electorado, ahora un tercer partido llegaba a romper este equilibrio relativo.

Los electores rurales permanecen, en su conjunto, fieles al partido católico, pero los obreros, que fueron progresivamente admitidos al derecho electoral, se adhirieron en masa al «partido obrero belga» fundado en 1885.

Entre estas dos masas, estos dos bloques, el partido liberal no fué ya sino un partido complementario, constantemente tironeado y dividido entre sus prejuicios anticlericales y sus intereses conservadores. Iba a inclinarse ora a la izquierda, ora a la derecha, en una posición central que no carecía de ventajas, pues lo convertía en árbitro de la situación.

El hecho obrero, o «la cuestión obrera», como se la llamaba habitualmente, debía dividir a los liberales y a los católicos: el partido liberal que se reclutaba sobre todo en la burguesía de las ciudades, en los medios financieros, debía ver con aprehensión elevarse esta «tercera fuerza» que amenazaba atropellar sus privilegios y prebendas. La fracción radical del partido liberal, la más emprendedora y activa, logró, sin embargo, en numerosas circunstancias, concluir pactos anticlericales con los socialistas, únicamente para debilitar o molestar a los católicos.

Los dirigentes del partido católico, quizás demasiado absorbidos por las luchas que debían sostener con los anticlericales en el terreno de la enseñanza y de las obras de asistencia, no se apercibieron o no comprendieron sino demasiado tarde la evolución social que se realizaba. Demasiado imbuídos ellos mismos del liberalismo económico para reconocer la insuficiencia de las empresas de caridad y para aceptar la necesidad de la intervención del Estado en las relaciones entre el capital y el trabajo, se dejaron preceder por los socialistas. No tenemos tiempo ni espacio para recordar aquí cómo fueron de penosos los comienzos de la democracia cristiana, a pesar de *Rerum Novarum*: los fundadores de la «Liga democrática» encontraron tantas dificultades de parte de los dirigentes conservadores como de los socialistas. Felizmente, tenían fe, un coraje a toda prueba, y una perseverancia que terminarían por triunfar sobre todos los obstáculos acumulados en su camino.

Dos grupos se habían formado en el seno del partido católico: los conservadores y los demócratas cristianos, éstos cada vez más numerosos, cada vez más fuertes, cada vez mejor organizados.

En vísperas de la guerra, el partido católico tenía una organización federativa: el Bloque católico, subdividido en dos secciones, uno de expre-

sión francesa, el otro de expresión flamenca, agrupados en cuatro federaciones: la federación de asociaciones y círculos católicos, de carácter conservador; la liga de trabajadores cristianos, expresión política de la democracia cristiana; la federación cristiana de clases medias y las organizaciones agrícolas. El Bloque católico no admitía afiliaciones individuales, se era miembro del partido adhiriendo a una de las cuatro grandes organizaciones. El sector parlamentario de derecha aceptaba difícilmente plegarse a las directivas del partido; y llegó a conducir su política en contra de los deseos del bloque católico, lo que creaba una situación que muchos terminaron por juzgar intolerable.

La guerra precipitó los acontecimientos, y las reformas de estructura contra las cuales se levantaban los principales dirigentes conservadores fueron admitidas sin dificultad.

### EL PARTIDO SOCIAL CRISTIANO

El partido social cristiano es un partido nuevo, no confesional y unitario. El no reniega de ninguna de las conquistas del antiguo partido católico, pero desea aportar soluciones originales a los problemas nuevos que plantea la post-guerra.

«Partido social»: tiende a reconstruir la sociedad entera, restableciendo y protegiendo los cuadros naturales en los cuales debe desarrollarse la persona humana: la familia, la profesión, la ciudad.

«Partido cristiano», reivindica los valores humanos que son la base de nuestra civilización occidental.

*Históricamente, es el cristianismo el que los ha aportado. Pero, hoy día, son el patrimonio común tanto de creyentes como incrédulos. Afirmamos todos que el valor supremo sobre esta tierra es el hombre; que todos los hombres son por naturaleza iguales entre sí, que ni el Estado, ni los individuos demasiado poderosos tienen derecho a sojuzgar a uno solo, que el ideal por realizar es aquel en que cada uno puede desarrollar completamente su libre personalidad.*

Partido unitario, admite afiliaciones individuales y abandona la antigua organización federativa del partido católico.

Partido no confesional, hace figurar en sus listas de candidatos a personalidades liberales y, especialmente, en Bruselas, a un antiguo senador liberal.

Partido nuevo y partido joven, ha reunido el apoyo entusiasta de una masa de jóvenes, que, hasta aquí, se habían apartado de la política. Se ha hecho notar muchos, en el curso de la breve campaña electoral, cuán numerosos eran los jóvenes en las asambleas de propaganda del P. S. C. Se ha constituido, hace algunos meses, un movimiento muy activo, emprendedor y atrevido, el

movimiento de «la Relève», que no está afiliado al P. S. C., pero apoya su acción y ha logrado hacer elegir varios de sus representantes en las listas del P. S. C. en Bruselas, Lieja, Vierviers, en Luxemburgo. Desde el punto de vista social y económico, «la Relève» defiende posiciones audaces y muy avanzadas que le han valido numerosas simpatías en los medios populares.

Al decidir bruscamente la disolución de las Cámaras, el gobierno creyó sorprender al partido social cristiano en pleno trabajo de organización; pero debió reconocer que se había equivocado. En pocos días, el nuevo partido había puesto en marcha sus equipos de propaganda que se diseminaron por el país entero y en todas partes organizaron concentraciones de propaganda. Aun cuando la prensa de los partidos de izquierda es más numerosa y tiene, en total, un tiraje más fuerte que la del partido social cristiano, éste último—según lo comprobamos,—alcanzó más del 42% de los votos. Sus adversarios quisieron disminuir este éxito, diciendo que tan alto porcentaje se había logrado gracias a los votos que el partido consiguiera de los antiguos electores del partido rexista y del partido nacionalista flamenco. Estos partidos, hoy al margen de la ley, habían obtenido en conjunto, cerca de 300.000 votos en 1939. Pero en las elecciones del 17 de febrero de 1946, se advirtió a más de 320.000 electores, considerados como sospechosos o no ciudadanos, que les estaba prohibido participar en la elección, bajo pena de fuertes sanciones. No es de ellos, por cierto, que el partido social cristiano ha obtenido sus nuevos votos.

En realidad, muchos liberales, asustados por el choque de su partido con la extrema izquierda, no solamente en la cuestión de la monarquía, sino también en el conjunto de la política económica, prefirieron, esta vez, posponer sus prejuicios anticlericales a sus afanes conservadores y a sus intereses materiales; los liberales votaron por el P. S. C. en un «reflejo de defensa» como lo confesó un diario liberal.

Pero este contacto no deja de presentar sus peligros para el P. S. C.; nos encontramos en una hora difícil, en la que será necesario, quiérase o no encarar las «reformas de estructura» económica, social y política. El P. S. C. tiene un programa valiente: preconiza en el terreno de la empresa la constitución de delegaciones del personal y de comités de empresa, la participación del personal en las utilidades de la empresa, la reforma de la sociedad anónima con el objeto de evitar abusos ya intolerables; en el terreno de la profesión, propone la generalización de las comisiones paritales y la constitución de consejos profesionales económicos, sobre los cuales funcionaría un consejo económico nacional, representación y emanación de todos los intereses económicos. Pide la gestión

paritaria y profesional de los seguros sociales bajo el control del Estado, el mejoramiento del estatuto de los trabajadores asalariados, el desarrollo del aprendizaje, la orientación y enseñanza profesionales, una política de salud pública, una política económica coordinada por medio de organismos apropiados. Repudia al marxismo e igualmente al liberalismo económico. Defiende la iniciativa privada pero reconoce el importante papel que corresponde al Estado a fin de promover la economía nacional. Defiende la propiedad privada, pero proclama que ella tiene deberes y una función social que cumplir. Participa de la inquietud de los trabajadores por escapar a la obsesión de la cesantía y preconiza una política de empleo para todos, en especial por medio de inversiones apropiadas.

El elector liberal que el 17 de Febrero, votó por la derecha no ha leído, evidentemente, este programa. Abandonó su partido, porque lo encontraba incapaz de resistir las exigencias de los socialistas y a la intervención del Estado en la economía, por miedo a las nacionalizaciones,—ejemplo francés—, por miedo al comunismo,—la acción de la U. R. S. S. en Europa Central y en la Conferencia de N. U., en una palabra, repetimos, por un reflejo de defensa.

Será, el partido social cristiano y sus representantes, lo suficientemente enérgico, fuerte y perspicaces, para no dejarse «tramitar» por los viejos «macucos» de la política conservadora y por su prensa, que a lo largo de toda la jornada les ha repetido que «el enemigo está en la izquierda». El ruidoso fracaso que la Unión Democrática Belga ha sufrido, podría ilusionarlo sobre el poder del movimiento que, en Bélgica como en el mundo entero, empuja las masas hacia soluciones radicales. Que no se equivoque con éste: Bélgica, el 17 de Febrero, votó y se inclinó a la izquierda no solamente porque los partidos de gobierno, en conjunto obtuvieron el 57,4% de los votos, sino porque en el seno mismo del partido social cristiano, en la composición de sus listas, en la formulación de su programa, los elementos conservadores, ayer en mayoría, han sido casi todos desplazados en provecho de personalidades más avanzadas y más audaces: ha habido una pequeña revolución o una serie de revoluciones pequeñas, internas, que han escapado a la observación de los electores. Pero los «conservadores» buscarán evidentemente su desquite, tratando de hacer volver el partido hacia el «centro derecha», esperando posteriormente, empujarlo en forma decidida a la derecha.

Es, quizás, desde este punto de vista que se debe deplorar el fracaso de la Unión Democrática. Esta ha querido realizar una gran alianza de fuerzas democráticas «centro izquierda» sobre un programa de reformas políticas y sociales, después

de haber resuelto y eliminado los problemas que hacían imposible semejante alianza, especialmente la vieja e irritante «cuestión escolar».

«Desconfesionalizando» la política belga, la U. D. B. esperaba lograr un mejor funcionamiento de nuestro régimen parlamentario, constituyendo dos grupos: el uno progresista y el otro conservador, que se alternaran en el poder,—según el modelo británico,—y reemplazaran los impotentes gobiernos de coalición. La Unión democrática parecía haberse iniciado bien: seducida, sin duda por el éxito del M. R. P. en Francia,—el más próximo a su espíritu,—ha cometido el error de convertirse en partido, lanzándose demasiado pronto en la disputa electoral. Formó con el ala izquierda del Partido Católico y el ala derecha del Partido Liberal, un partido en lugar de un Movimiento. En forma desconsiderada comprometió, en esta batalla electoral, ideas excelentes. Notemos, por otra parte, que la idea de un reagrupamiento de partidos no es nueva; algunos años antes de la guerra, Henri de Man, Paul-Henri Spaak y R. de Becker, habían lanzado la consigna del «socialismo nacional», llamado a unir las fuerzas jóvenes y renovadoras. Pero, en esa época, los actuales promotores de la U. D. B. censuraron vivamente a los católicos que aportaran su apoyo a esta primera tentativa, corriendo el riesgo,—decían ellos,—de debilitar la necesaria unión de los católicos en el terreno político.

«La Rèleve» ha reprochado a la U. D. B. de haber contrariado el esfuerzo de recuperación operado en el seno del partido social cristiano:

*Desde el momento que los sectores de izquierda del P. S. C. se han dividido, no le queda en la práctica otra solución que la unión sagrada de todas las reliquias del antiguo partido católico comprendido en el elemento conservador. Ante el empuje comunista que se anunciaba, una mayor fragmentación de fuerzas, hubiera sido políticamente imperdonable.*

*Los hombres de la «Relève»,—apoyados, hay que decirlo claramente, por los principales dirigentes del P. S. C.—han luchado con toda alma y generosidad para crear un partido unitario alrededor de un programa resueltamente social.*

*La existencia de la U. D. B. les ha debilitado considerablemente, porque un número importante de dirigentes del partido ha debido ceder cada vez más ante la amenaza de una disidencia a la derecha.*

Por su lado la *Revue Nouvelle*, donde se han vuelto a encontrar varios militantes del P. S. C. y de la «Relève», ha puesto sobre aviso al nuevo partido contra el mismo peligro:

*Esperamos que este programa tendrá en cuenta sobre todo las realidades sociales. Entre ellas, se debe dar el primer lugar a esta comprobación elemental que tantos belgas parecen ignorar aunque esté inscrita en los hechos: que estamos comprometidos en una*



revolución social de una amplitud hasta hoy desconocida y que debemos participar en ella o ser barridos por ella. Si debemos participar no es por un ingenuo maquiavelismo que nos asegure contra los riesgos que ella entraña, sino porque esta inmensa aspiración hacia una sociedad nueva responde a las exigencias de la justicia y la caridad. No se saldrá de esa revolución ni por palabras bondadosas ni por piadosos paternalismos, solamente las realizaciones responden a los imperativos sociales (y morales) de nuestro tiempo: la abolición del régimen proletario para las masas, el reemplazo de la civilización burguesa en descomposición por un modo de vida nuevo inspirado por las elites nuevas o regeneradas, el reino del trabajo en sustitución al del dinero cuyas manifestaciones se ostentan en torno nuestro. Mas que a los otros partidos, le corresponde al partido social cristiano tomar una posición clara sobre esas

cuestiones temibles, si él quiere evitar que se le tache de simple careta de la reacción (2).

Se quede en la oposición o participe en el gobierno, el partido social cristiano, debe tomar posiciones claras frente a las reformas que presentarán los otros partidos. Sin embargo, no debe bastar que determine su actitud frente a los proyectos de nacionalización o de organización de la economía, se espera de él, que tome la iniciativa, que se adelante a los otros partidos, que responda a la esperanza del país, formulando de una manera precisa y concreta las «ideas fuerzas» contenidas en su programa. Esta será, sin duda, su gran prueba, la hora donde debe elegir: entre una imposible unidad con los hombres que se aferran ante todo por conservar sus privilegios, y una acción dinámica, popular y profunda que supone una previa ruptura y una liberación.

(2) *La Revue Nouvelle.*



(De la pág. 69)

La libertad y la democracia son bienes espirituales (antes que regímenes políticos). El pueblo debe conocerlos, amarlos y difundirlos porque las bases de la vida social son la verdad y el amor. Es evidente que la verdad y el amor son el alma de la vida social en cualquier régimen político, de manera, que sin ellos la sociedad decae y se transforma en un caos de falsedad y odio. Hemos visto muchas pruebas de ello. Debemos, en consecuencia, desear ardientemente que nuestras democracias de esta post-guerra encuentren en la verdad y el amor los valores perennes que deben ser llevados a cabo y extendidos por todas partes y entre todos los individuos; en un Estado en su política interior y en sus relaciones entre Estados. Estos valores, deben ser defendidos siempre, por doquier y con convicción. Es por esto que estimamos necesario que el pueblo tenga conciencia de lo que es democracia y de los deberes y responsabilidades que ella impone.

# LA FAENA DE NUESTRA AMÉRICA <sup>(1)</sup>

Por Gabriela MISTRAL  
Premio Nobel.

Este lugar me remece viejas memorias con su aire vegetal, su blanco brusco y el rostro noble y surcado de mi ilustre amigo el doctor Rowe. Hace veinticuatro años me recibió la Unión Panamericana y después, hace ocho, volvió a abrirme estas puertas ágiles.

Bajo estos tres puentes de años ha pasado el agua de los tiempos, misteriosa por cambiante.

La casa comenzó siendo medio forastera para nosotros los del Sur: siempre los puntos cardinales fueron opuestos; quince años más tarde, ella pasó a parecernos cosa amiga; a los cuarenta ardían aquí las brasas de una subida concordia y ahora Norte y Sur ya colindan, ya se tocan

Siendo trashumantes los miembros políticos de esta casa, la acción del jefe estable dobla su importancia. Al doctor Rowe lo asisten tres genios de su raza: el servicio, la larga bondad, y la sencillez. Son genios escasos entre las naciones, porque estas grandes señoras colectivas suelen ser tan tías y frías como las damas de los retratos antiguos.

Dios guarde al doctor Rowe por haber domado aquí varios demonios: el del recelo, el de los nacionalismos empedernidos y el de la veleidad antojadiza. Un hombre francés decía: «Lo primero es durar». La obra entera va madurando entre las manos.

Otro brazo generoso ha velado aquí la obra maestra: don Pedro de Alba. Es un mexicano y, como tal, tallado en la forma de su territorio, y su escorzo de cuerno de la abundancia se vierte constantemente desde esta casa hacia los pueblos nuestros.

El primer logro del taumaturgo laico, doctor Rowe, ha sido lograr aquí un convivio caluroso; el segundo, mantener viva la institución como una criatura, venciendo la inercia, oscura ley del Universo y contraparte de las divinas fuerzas creadoras.

(1) *Discurso pronunciado en la sesión extraordinaria del Consejo Directivo de la Unión Panamericana celebrada en su honor.*

Desde la decisión de la Academia Sueca viene ocurriendo en torno mío que las gentes me dan cosas que nunca merecí y ni siquiera soñé. Si no tuviese delante de mí el friso tremendo del mundo, parecido al delirio castigador de nuestro padre Dante, yo nada entendería al ver rodar mi nombre de pobre mujer en el cable y las revistas. Pero veo y palpo a cada momento el friso infernal de la postguerra que nos mira y habla a todos a la vez con su desafío colérico.

Y lo que entiendo y me sosiega en mi cinematográfica actualidad es que está llamando a todos los reacios, los vacantes y los solitarios hacia una milicia americana de orden espiritual, hacia un «arcangelismo combatiente», como diría Pearl Buck. Entiendo que andan tijereteando la noche de la postguerra unas linternas sordas y buscadoras por todos los recovecos del Continente y que buscan con una ansiedad creciente.

Pero hay que entenderse: yo, al igual de vosotros, voy buscando a «los obreros para la viña» que dice el Evangelio; yo también peno llevando la linterna verdosa de ojos buscadores. Vivo el mismo desvelo vuestro e idéntica ansiedad; traigo, de vuelta de Europa, la visión acumulada de los riesgos americanos. Yo no soy ningún sostén válido y menos el hallazgo que todos rastrean; soy una buscadora más entre los que vigilan en las tinieblas, celando tres bienes amenazados. En todo caso, nuestras personas no importan; lo que importa es que no nos derriben del cielo nuestros númenes divinos: la Libertad, la Paz y la Democracia.

Señor Martins: (2) Os afirmo mi fe en vuestra institución y me fío a ella en cuanto a entidad válida para la hora de la tormenta o del simple peligro. Soy una que no sabe más que los otros y que puede menos que casi todos los otros. Ser mujer es todavía una pequeña parálisis, e ir cortando ahora el aire mozo de la América con unos cabellos más que grises es

(2) *Embajador del Brasil y Presidente del Consejo Directivo de la Unión Panamericana.*

casi una declaración de relevo, no de mi alma que Dios hizo y Dios cuida, pero sí de un relevo corporal, que va haciendo la tierra, mi madre.

Es faena vuestra—y nunca la tuvisteis mayor— el conservar liberado el Continente del delirio universal, de la miseria física y de la depresión fatalista y aceptadora de todo, que es su consecuencia.

Y realizando esto, es igualmente necesario que vosotros, comisionados de nuestro espíritu, no resbaléis por las piedras lajas de cierto tipo casi zoológico de nacionalismo que querría ubicarnos y clavarnos la carne y el espíritu en un solo meridiano, como si fuésemos el mero llama o la alpaca aymará. (Tengo contadas por ahí a esas mis lindas bestias; pero sé que el hombre americano sobrepasa eso: la puna, y el valle, y las costas de los pingüinos...

El hombre, la mujer y hasta el niño de las tres Américas, han sido enseñados y saturados hasta su esencia por ciertas frases que son verticales como el rayo y que no aceptan soslayo posible. Son ellas: «Venga a nos tu reino», «El pan nuestro de cada día», y «Líbranos de todo mal», frases cuya enjundia es la universalidad y la justicia social.

El Padre Nuestro comienza y remata en un plural rotundo e ineludible, parecido al golpe del martillo y a la punzada de las letanías. Las plegarias que vinieron después son en su mayoría individuales y tal vez sean por ello unas contra-oraciones, un malicioso viraje pagano hacia nosotros mismos.

Hemos caído desde que comenzamos a olvidar estos «nos» con una conciencia sonámbula o vaciada, y desde que el orar se volvió un mal rezar y la esencia se abajó a desabrimiento.

No soy una patriota ni una panamericanista que se endroga con las grandezas del Continente. Me lo conozco casi entero, desde Canadá hasta Tierra del Fuego; he comido en las mejores y las peores mesas; tengo esparcida en la propia carne una especie de limo continental. Y me atrevo a decir, sin miedo de parecer un fenómeno, que la miseria de Centro América me importa tanto como la del indio fueguino y que la desnudez del negro de cualquier canto del Trópico me quema como a los tropicales mismos.

La paz del Continente primero estuvo basada en los arcabuces españoles y por-

tugueses y en ellos se afirmó también el orden. En la paz republicana entraría un ingrediente más: el derecho civil y el internacional; pero la paz que es nuestro deber inmediato, tiene que añadir cierta materia nueva: la justicia económica y en una proporción que no sea de gramos. La vieja paz no consideró este elemento; la América del Sur ha vivido unos tiempos remolones y miopes que no adivinaron esta obligación por venir. Sin embargo, teníamos cerca, encima de nuestras cabezas, el rectángulo de los Estados Unidos, pueblo que nació cenital en el capítulo de las justicias sociales.

Es un hecho que se ve en cualquier patrulla de trabajadores el que, cuando algunos de los obreros se fatiga porque su metal o su cantera son más duros, echa una ojeada convidadora hacia los otros que están frescos o que terminaron lonja. Los Estados Unidos tienen hacia nosotros el deber de esos mineros o canteadores.

En la América del Sur, el trabajo de unificar cuerpos y almas contrastadas, dándoles el mismo estilo de vida y reconciliando las sangres como la lana y el algodón en los telares, constituyen faenas mucho más demoradas que la calbalgata bolivariana por los Andes y más complejas que una exploración de la red líquida del Amazonas. El norteamericano tiene que darnos la colaboración y el entendimiento generoso.

Es industria natural y sobrenatural el hacer hombres a base de mestizaje y elaborar ciudadanías europeas en unos territorios más trágicos que idílicos y sobre la milenaria costumbre indígena que fué arrasada. Añádase a esto unas ariscas herencias europeas, como el suelto individualismo ibero y los residuos feudales que vinieron en el hombre renacentista y tendrán ustedes, norteamericanos, la explicación somera de nuestra lentitud y de nuestro avance cortado por paradas bruscas. (Estas suelen ser rectificaciones parciales o tomas de fuerza para marchas forzadas). Mi país es uno de aquellos que han quemado etapas, liquidando así unos plazos vencidos. Uruguay está hecho; la Argentina prosperó antes que todos; cada uno de los demás lucha y alcanza porciones de su bien, y México las ha pagado con harta sangre. Lo que pedimos es no sólo ser ayudados con el dólar y la maquinaria, sino ser entendidos, sobre todo comprendidos.

Nosotros debemos unificar a nuestras patrias en lo interior por medio de una educación que se trasmute en conciencia nacional y de un reparto del bienestar que se nos vuelva equilibrio absoluto; y debemos unificar esos países nuestros dentro de un ritmo acordado un poco pitagórico, gracias al cual aquellas veinte esferas se muevan sin choque, con libertad y, además, con belleza. Nos trabaja una ambición confusa todavía, pero que viene rodando por el torrente de nuestra sangre desde los arquetipos platónicos hasta el rostro calenturiento y padecido de Bolívar, cuyo delirio queremos volver realidad. Pero tenemos que comenzar con el Bien para acabar con la Belleza. Los bienes bizcos, como el totalitarismo, aunque salgan de cunas clásico-cristianas, acaban en Gorgonas o en esperpentos.

La hermosa palabra «prójimo» es usada por nuestro pueblo como un homónimo de «semejante» y con la misma medalla doble se usa allá la palabra «cristiano», que quiere decir «creyente», pero además «hombre».

Veamos por qué el vecino sea en este continente un semejante, y procuremos

hacer que el apelativo de «cristiano» corresponda al de justiciero porque «semejantes» no son todavía las millonadas de nuestros indios; ni aun ese mestizaje de campesinos que todavía no sabe cultivar el sobrehaz de la América del Sur hasta el punto de que produzca cuanto necesitamos; ni tiene tampoco una conciencia madura esa clase media nuestra, ayuna de todo populismo, que no se une al pueblo para comunicarle el calor de su cultura y soltar la presa de sus creaciones a fin de que la creación le entregue dignidad y dicha, honra y gozo.

Hombres nuestros: encomenderos de nuestra suerte: queremos defender la libertad con el mismo módulo que los Estados Unidos; queremos asegurar una paz casada con la justicia social tanto como Estados Unidos y queremos hacer una democracia asistida de los imponderables del Mediterráneo, adobada con las especies de Grecia y de Roma, que también son las abuelas del hombre europeo-americano, porque si nuestra civilización futura no tuviese el sabor de nuestra sangre ¿cómo ella podría parecernos industria propia, hazaña nuestra?



# IBEROAMÉRICA ANTE EL IMPERIALISMO

Por Patricio AYLWIN AZOCAR

*“Jalonando el camino seguido por la humanidad blanquean las osamentas de los pueblos débiles... Países de cinco, diez o veinte millones de habitantes no tienen en la hora actual sitio alguno en la historia, como no sea para padecerla. Quedan entregados al arbitrio de las grandes naciones o grupos de naciones que dictan el estatuto político y económico del planeta. Actúan simplemente de comparsas. Tal es el poco honroso papel que actualmente desempeña cada uno de los países hispanoamericanos”.*

(Alejandro Magnet, «ORÍGENES Y ANTECEDENTES DEL PANAMERICANISMO»).

El ya viejo problema de las relaciones interamericanas y de la hegemonía de Estados Unidos sobre los demás pueblos del continente es, quizá, el más trascendental de cuantos en este instante podemos plantearnos. Abordarlo es encarar la incógnita del destino de los pueblos ibéricos de América; confrontar su vocación de naciones libres con su actual circunstancia de naciones dependientes a fin de descubrir lo que estos pueblos han de ser y, en consecuencia, lo que sus hijos tenemos que hacer.

Y es ya tiempo de que lo afrontemos en verdad. Los países iberoamericanos han llegado en su adolescencia hasta ese punto en que no se puede seguir viviendo plácidamente a merced de los hechos, sino que es preciso decidir. Deben al fin desentrañar de sí mismos y de su mundo su propio quehacer y disponerse a acometerlo sin vacilaciones. La reciente guerra los hizo saltar, por vez primera y en modestísimo rol, al escenario del drama mundial, y ahora necesitan resolver sobre la actuación que en él les corresponderá desempeñar: si se proponen llegar a ser actores o han de contentarse con el triste papel de las comparsas.

La cuestión es ardua de por sí y muchas otras, extrañas a ella misma, concurren a complicarla más aún. Si queremos realmente resolverla debemos pensarla en forma seria, con calma y con veracidad. Para mal nuestro, se presta bastante a declamaciones estériles con las cuales es fácil contentarse. Su simple enunciación despierta cantidad de prejuicios, pasiones e intereses; muchas “fo-bias” y “filias” impiden la serenidad que

es menester para ver claro en el problema y penetrarlo en su profundidad. Y sin esto no es posible solución alguna. El camino trillado de las reacciones impulsivas, de los lirismos pasionales, de las actitudes prejuiciadas o interesadas, no conduce a nada positivo; sólo sirve para adormecer las conciencias o sembrar odios malsanos, y en uno y otro caso, hacerle el juego a terceros. Necesario es, pues, para tratar bien el asunto y, por lo mucho que en él nos va, despejar nuestro espíritu de toda influencia perturbadora, renunciar a la tentación de las soluciones fáciles y poner toda nuestra capacidad en la tarea de comprenderlo plenamente.

Esta es, en realidad, una tarea de investigación científica, pues la política — no hay que olvidarlo — es ciencia además de arte.

Para comprender con exactitud el fenómeno de la hegemonía, animada o no de espíritu imperialista, que los Estados Unidos ejercen en el Nuevo Mundo, es necesario estudiar este fenómeno en su medio ambiente: el sistema internacional americano. La definición, el examen de la formación de éste, nos explicarán el origen de aquél y la naturaleza, modalidades y razón de ser de las relaciones entre las dos Américas (no tres); relaciones que, desde hace más de medio siglo, se vienen desarrollando en el marco de la llamada política panamericana.

Esta investigación científica es previa. En seguida, sobre la base de los hechos observados y de acuerdo con las leyes de ellos deducidas, se deben señalar las soluciones posibles a dicho problema, ele-

gir entre éstas la mejor, valorar los factores que la favorecen y los que han de ser obstáculos a la obtención de ella. ¿Y cuál es, pues, la solución que se busca? El establecimiento de un sistema de relaciones americanas e interamericanas que mantenga la paz en un pie de igualdad internacional, asegure la independencia de todas y cada una de las naciones ibero-americanas y, de tal manera, el libre desarrollo de sus posibilidades espirituales y económicas bajo el signo de una unidad ibero-americana que quizá esté llamada a tener una influencia como tal en el desarrollo de la historia del mundo.

Cada uno de estos aspectos entraña múltiples cuestiones que deben ser resueltas. Plantear las principales —no resolverlas— es lo que nos proponemos por el momento.

## I

La historia nos muestra que siempre las naciones poderosas han ejercido predominio sobre las demás. En nuestro tiempo, en que los avances de la técnica moderna hacen cada vez más cierta la interdependencia entre los pueblos y más pequeño el mundo, este fenómeno de la dominación de los fuertes sobre los débiles se universaliza; ninguna nación puede aislarse y escapar a él.

Nos toca hoy vivir bajo la hegemonía de tres países, Estados Unidos, Inglaterra y Rusia, que han asumido el gobierno del mundo. Quiérase o no, estos tres Estados hacen sentir su influencia rectora sobre todo el orbe, el que se encuentra dividido en zonas o campos según sea aquel de ellos cuya dominación prevalece. Y su predominio va desde la forma primaria y brutal de la imposición por la fuerza de las armas hasta la refinada forma de la conquista ideológica o espiritual, pasando por la no menos grave de la penetración económica. Es lo que llamamos imperialismo.

Ante este hecho, cuya existencia no cabe discutir, nosotros los chilenos nos encontramos en la ingrata posición de todos los hijos de naciones débiles. Y en igual situación se hallan los demás pueblos de la América Ibero. Por razón de geografía

estamos dentro de la esfera de influencia de los Estados Unidos de Norteamérica y éstos ejercen su poder sobre nosotros, principalmente, a través de la acción económica de sus capitalistas.

América presenta a la faz del mundo un desequilibrio extraordinario. En el Norte una sola nación, inmensa y poderosísima; de abundante y homogénea población sajona, emprendedora y esforzada; de gigantesca producción industrializada al máximo; dueña de enormes capitales; acreedora de casi todos los pueblos de la tierra; con un alto standard de vida para sus habitantes; supercivilizada, en suma. Y en el Sur el agregado de veinte naciones latinas, pequeñas y débiles, sin unidad política ni económica; de escasa población algo abúlica; productora sólo de materias primas y con métodos rudimentarios; faltas de capitales aún para explotar sus propias riquezas, que están en manos ajenas; deudoras de países extranjeros, principalmente de Estados Unidos, y con un bajo standard de vida para la mayoría de sus habitantes, que —como alguien ha dicho— tratan de consumir como civilizados mientras producen como primitivos.

No es extraño, pues, dado el hecho de este desequilibrio, que Estados Unidos mande en el Continente. Su imperio o supremacía resulta, así, del mismo orden que los fenómenos físicos; la fuerza tiene, desgraciadamente, un poder expansivo natural que tiende a ejercerse en detrimento de los débiles. Y contra esto, el único remedio para los débiles es superar su propia flaqueza y fortalecerse a sí mismos lo suficiente como para tratar con el poderoso en plano de igualdad real.

Pero no basta con establecer el hecho de ese desequilibrio. Preciso es, además, determinar en qué medida la dominación que sufrimos es sólo consecuencia natural e inevitable de la descomposición del poder de las dos Américas, y en qué medida, además, es resultado del abuso de su fuerza por la nación del Norte o de la complacencia culpable de las naciones del Sur. Porque, desgraciadamente, ambas cosas existen.

Abusan de su fuerza los norteamericanos cuando, por ejemplo, pretenden forzar

la política interna o externa de los Estados de la América Iberoamericana, cuando ponen obstáculos a sus nuevas industrias y cuando pagan salarios exigüos, muy por debajo de los que ganan sus compatriotas, a los obreros que en nuestras tierras trabajan para ellos.

Y hay complacencia culpable de los iberoamericanos cuando por complejo de inferioridad, por servilismo ante el poderoso, por torpeza o por venalidad, hacen el juego al imperialismo yanqui, admiten sin protesta sus abusos y aún se adelantan a otorgarle concesiones especiales, como vergonzosamente suele suceder.

Sin contar con que una desgraciada y compleja evolución histórica actúa en Iberoamérica en el sentido de impedir la constitución de gobiernos regulares que formen la conciencia política de los pueblos y puedan desarrollar una obra continuada, tanto en la organización interior de cada país como en el plano internacional. Los inestables y constitucionalmente débiles gobiernos de nuestros Estados ofrecen la mejor brecha a toda potencia que desee desarrollar una política imperialista en la América Iberoamericana.

Ya en este terreno el fenómeno sobrepasa los límites de lo meramente físico y entraña un problema moral de responsabilidad. No se trata sólo del efecto espontáneo de la desigualdad de fuerzas, que en justicia no permite formular cargos a nadie —como no se nos ocurre culpar al amigo rebotante de vitalidad que nos hace doler la mano al estrechárnosla en su saludo—; se trata ya de un nuevo aspecto, que por ser en parte voluntario es censurable y exige otra clase de medidas.

Dejando para más adelante el estudio de su génesis histórica, el fenómeno, pues, podría caracterizarse así: en su raíz inmediata, el hecho físico del desequilibrio entre los poderosos Estados Unidos de Norte América y los débiles Estados desunidos de América Iberoamericana; luego, derivado del anterior, el hecho con significado moral del abuso de su fuerza por los primeros y de torpe la complacencia de los últimos. Es evidente que desaparecido el primer hecho, alcanzado el equilibrio por el robustecimiento de América Latina, to-

do el problema quedaría resuelto. Pero el segundo hecho es el mayor obstáculo para que esa solución opere.

## II

Ante esta realidad, dos caminos podemos escoger. O aceptamos llanamente la situación de hecho, conformándonos con ella, a riesgo de perder el señorío sobre nosotros mismos; o, si queremos salvar nuestra individualidad, si anhelamos seguir *siendo*, nos disponemos a encontrar el medio de fortalecernos hasta sacudir toda posible dominación.

Supuesto que escojamos esto último, como parece evidente que debemos hacerlo, ¿dónde y cómo hemos de hallar los necesarios medios para fortalecernos?

Si miramos a cada una de nuestras naciones, veremos que sus solas potencias individuales, por muchas que ellas sean, no bastan, aunque se desarrollen plenamente, para colocarlas en un pie de poderío equivalente al de Estados Unidos.

¿Hemos de confiar nuestra liberación a la ayuda que nos preste, directa o indirectamente, alguna otra de las grandes potencias de la tierra? Innegable parece que el incremento de nuestras relaciones económicas con Inglaterra, Rusia y otros pueblos, mellaría en algo la hegemonía del capitalismo yanqui en América Latina, sobre todo poniéndolo cauto en el abuso. Pero también nosotros hemos de ser cautos. Preciso es que consideremos la realidad geográfica, que nos pone necesariamente en la esfera de influencia norteamericana. Preciso es, además, que consideremos el peligro muy real de echarnos en brazos de otro imperialismo, igual o peor que el que sufrimos.

Pero nuestra propia circunstancia y la vieja idea de unidad iberoamericana, que desde la genial concepción de Bolívar suele golpearlos en los corazones con caracteres de entusiasmo romántico, nos muestra la vía de otra solución. Tal vez podamos encontrar el verdadero remedio para nuestros males, la superación de nuestras deficiencias, en la complementación de todas nuestras debilidades en un grupo compacto que acaso resulte sano y poderoso.

¿Será posible esta solución, que el sentimiento y la lógica aconsejan? ¿Vale la pena poner el hombro a la tarea de alcanzarla?

La comunidad de nuestro origen, de nuestra sangre y de nuestro espíritu latino, o más propiamente ibérico; la comunidad de nuestra flaqueza, a pesar de la cual nos mantenemos, apoyados en la sola fuerza de los principios, en la potencia fecunda de los valores espirituales; la comunidad de nuestra circunstancia económica —naciones escasas de población, fecundas en riquezas aún inexploradas, carentes de capitales, productoras de materias primas y compradoras de artículos elaborados con esas mismas materias en el extranjero, principalmente en Estados Unidos—; la comunidad de nuestras creencias, de nuestros ideales, de nuestras instituciones políticas y jurídicas, de nuestro modo de ser, ¿no nos señalan un destino común a todas las naciones ibéricas del Nuevo Mundo?

Y si tal destino común existe ¿hemos de afrontarlo dispersos, cada cual por su lado, y no unidos en un solo haz en el que todas nuestras potencias, armonizadas e integradas unas con otras, puedan adquirir pleno desarrollo? ¿En qué medida es viable hacer de Iberoamérica una sola unidad que robustezca nuestra fisonomía histórica y nos haga emerger por encima de la condición de naciones dependientes? ¿Es posible forjar una América integrada, no por un semillero de naciones débiles y desparramadas en el Sur, bajo la hegemonía de una gran nación en el Norte, sino por dos unidades poderosas que se complementen recíprocamente en el trato amistoso, en la colaboración económica y, sobre todo, en la misión histórica de depositarios y realizadores de los más altos valores de nuestra civilización cristiana occidental?

Y admitida la posibilidad de esta idea ¿cómo realizarla?, ¿qué es lo que tenemos que hacer?, ¿con qué factores debemos necesariamente contar?

Estas preguntas nos exigen volver la vista hacia nosotros mismos y mirar igualmente hacia Estados Unidos, que es el

otro sujeto de esta relación, el otro actor de este drama.

Mirando hacia nosotros mismos, cabe preguntarnos, primero que nada, por los motivos de nuestra propia debilidad, con la mira de corregirlos. Y acaso encontremos la respuesta en la escasez y mala distribución de nuestra población, en lo reducido y rudimentario de nuestra producción —hechos que se influyen recíprocamente— y en el debilitamiento de ciertas virtudes morales de fuerza creadora, tales como la confianza en nosotros mismos, la fe en nuestros destinos, el espíritu de iniciativa y la constancia en el esfuerzo.

Y tendremos entonces que preguntarnos hasta qué punto será posible superar el círculo vicioso que ataja el incremento de nuestra producción por la escasez de población que le sirva de mercado, y que detiene el aumento de nuestra población por la insuficiencia de producción que la mantenga, mediante la complementación de las economías de todos nuestros países, la coordinación de sus actividades productoras y comerciales para que no se hagan fuego, la apertura de nuestras fronteras, la asignación a cada Estado de rubros legítimos de desarrollo económico, u otras medidas semejantes. Cuestión que a su vez forzará a contemplar el sacrificio de muchos intereses más o menos legítimos en bien del interés superior de nuestro común porvenir.

Y deberemos igualmente plantearnos el problema de nuestra cultura, de vitalizar los valores humanos y espirituales que nos son propios, de formar la conciencia de nuestro común destino y fortalecer los rasgos positivos de nuestra personalidad histórica. Lo que nos llevará a contemplar medidas como la unificación de nuestros sistemas educacionales y la formulación en una sola norma de derecho igual para todos los Estados de Iberoamérica de ciertos principios constitucionales y legales que son comunes a nuestros regímenes jurídicos.

Mirando luego hacia Estados Unidos, deberemos decidir nuestra política respecto a ellos e inquirir cuál será la actitud que adopten con relación a nuestros esfuerzos de superación iberoamericana.



En el primer aspecto hemos de preguntarnos si orientaremos nuestra cruzada liberadora como una lucha contra Estados Unidos, para rompernos la cabeza en la roca durísima de su enorme poder, si hay algo que aconseje o justifique semejante posición; o si, por el contrario, deberemos buscar el robustecimiento de nuestros países iberoamericanos pensando sólo en éstos y con la mira de lograr una mejor cooperación con Estados Unidos, de establecer un trato verdaderamente amistoso entre las dos Américas, trato que supone un pie efectivo de igualdad entre los sujetos que lo realizan. Lo que a su vez nos dará el criterio para decidir nuestra conducta frente a la política de créditos y de inversiones norteamericanas en nuestros países y determinar hasta qué punto hemos de aceptarla y servirnos de ella.

En el segundo aspecto, preciso es que tratemos de averiguar la actitud que Estados Unidos pueda adoptar frente a nuestro esfuerzo, con la que tendremos que contar. Esto nos exige un serio intento para comprender a la nación norteamericana, como asimismo para obtener que Estados Unidos nos conozca, nos comprenda y sepa a qué atenerse respecto a nuestras intenciones. Preciso será que apreciemos en su verdadero valor la diferencia que existe entre el pueblo norteamericano, por una parte, y sus altos círculos capitalistas, por otra, de la cual nos habla de manera clara la política de Buena Vecindad instaurada por el Presidente Roosevelt en el plano internacional, conjuntamente con la del New Deal en la política interna, en contraposición a la vieja diplomacia del dólar o del garrote y del predominio del liberalismo capitalista en la conducción de los negocios internos del país. Y hemos de preguntarnos cómo reaccionarán ante nuestra política los capi-

talistas de Wall Street, de qué manera podremos defendernos de su reacción hostil; si será posible buscar en esta defensa un aliado en el espíritu democrático del pueblo norteamericano y hasta qué punto ha de perseverar el gobierno de Washington en una sincera política de Buen Vecino, interrogantes todas de importancia enorme para nuestra conducta.

He aquí, en breve síntesis, algunas de las cuestiones principales que debemos plantearnos, meditar y resolver si queremos encarar el problema fundamental de América Iberoamericana. Ninguna política de verdadero alcance podrá emprenderse seriamente sin un previo estudio, honrado, sereno y profundo de estas cuestiones. Y la hora nos urge para que acometamos su examen.

En la lucha más o menos declarada que hoy se inicia por la dominación del mundo entre las grandes potencias, cada una de éstas tratará de servirse de nosotros. Ya estamos viendo los primeros síntomas. Y entre nosotros son muchos los que, consciente o inconscientemente, se disponen a servir a esas potencias, acaso sin pensar que sacrifican a Iberoamérica. Indispensable es, por esto, esclarecer luego las conciencias y decidir los trazos de una política que se oriente en función, no de intereses ajenos, sino de nuestro propio destino. Un imperativo de autenticidad y veracidad así lo exige.

Todo parece indicar que los años próximos serán de grave crisis, de hondo drama: Y este drama dará a América Iberoamericana la ocasión para empezar a ser. Pero para que aproveche esa ocasión no ha de estar a todo trance con Estados Unidos contra Rusia, como algunos lo quieren, ni con Rusia contra Estados Unidos, según otros lo desean, sino sólo consigo misma, con la Verdad y con la Justicia.

# LA INFLACIÓN: REFLEJO DE NUESTRA DEBILIDAD ECONÓMICA

Por *Francisco A. PINTO S. C.*

## I

### VISION GENERAL

Los problemas económicos de la actualidad son tan hondos y complejos, que sus soluciones, para que alcancen éxito, deben ir acompañadas de una transformación profunda del orden social.

La mayoría de los principios económicos tradicionales han perdido su significado, adquiriendo un sentido humano. El salario dejó hace tiempo de tener la estrecha significación de un acto contractual, para pasar a ser factor determinante de una política de producción; ésta a su vez ha de estar estrictamente conjugada con una política de consumo; la moneda, en su nueva correlación internacional, dejó de representar el mero símbolo de cada economía, para ser un factor primordial que permita fortalecer la Economía general de las naciones; a su vez se ha establecido el hecho de que las debilidades de un país no pueden ser fuentes de ventajas sino de trastornos para la economía de otras naciones. Vemos por consiguiente que hay transformaciones profundas y evidentes, sobre las cuales no es necesario insistir.

El grave problema de la inflación incontrolada, con sus causas conocidas y sus remedios teóricos, necesita también un acondicionamiento social que haga factible la aplicación de las soluciones aconsejadas por la técnica. Desde luego la inflación entendiéndose por tal el desequilibrio entre los medios monetarios y la disponibilidad de bienes y servicios, viene a constituir, en el país que la sufra un denominador común a todos los problemas económicos y sociales. En presencia del fenómeno se produce la incertidumbre del mercado, los trastornos en la velocidad del circulante, la elevación de los niveles de precios, las lógicas peticiones de aumento en las rentas fijas como salarios y sueldos y en general, los diversos elementos que se han denominado el «círculo infernal de la inflación» y en el cual muchos asignan carácter de causa a hechos que son simple efecto del problema.

Debido a esta complejidad, el fenómeno inflacionista es invocado como elemento decisivo en la resolución de los asuntos o materias más divergentes y contradictorios. La inflación se esgrime tanto para solicitar reajuste de las rentas fijas, que han quedado debido a ella bajo el nivel de los precios, como para rechazar tales ajustes, sosteniendo que no es posible poner más dinero en manos de los consumidores, pues no ha aumentado el número de bienes y no obstante que, en forma evidente la elevación de precios es lo que ha determinado los aumentos de salarios. En igual forma, la inflación se invoca tanto para aumentar como para disminuir los gastos públicos y el régimen tributario; tanto para restringir como para expandir el crédito y las emisiones monetarias; tanto para elevar o rebajar las tarifas aduaneras, como para ampliar o reducir los servicios sociales.

Todas las Repúblicas americanas, durante los

años 1940 a 1944, sufrieron del fenómeno de la expansión monetaria. Las principales causas inflacionistas fueron más o menos comunes: disparidad entre la importación y exportación, con una diferencia a favor de la segunda de 3.500 millones de dólares; dichos excedentes produjeron reservas de divisas, utilizadas para respaldar abundantes emisiones de moneda, mientras existía, en cambio, una reducción notable de artículos y servicios en el mercado; importaciones restringidas, y a muy alto costo; déficits presupuestarios cubiertos con fondos suministrados por los Bancos Centrales y expansión exagerada del crédito comercial y especulativo, aprovechando el aumento de las reservas monetarias.

## II

### LA ACCION REALIZADA

Dos son los caminos más caracterizados para actuar sobre la inflación monetaria. Ellos son: o la absorción del excedente de los medios de pago con respecto a la disponibilidad de bienes de consumo, o el incremento de la producción hasta equilibrar el volumen de los medios de pago. Estos puntos tienen un valor más o menos absoluto en las Economías que han llegado a una avanzada etapa de desarrollo, pero no tienen el mismo en Economías, como la chilena, que se hallan en estados primarios de evolución, que la hacen incapaz,—tanto en su aspecto técnico-productivo, como simplemente monetario—, de ajustarse a las exigencias de estas fórmulas de acción anti-inflacionista.

En nuestro país no se ha seguido ni racional ni activamente ninguno de estos dos caminos que la técnica y la experiencia han señalado para combatir los males del problema inflacionista. Por ejemplo, los proyectos de estabilización general, planteados como medios transitorios o de emergencia, entretanto se habían de formalizar medidas de fondo como las recién indicadas, han sido duramente criticadas por productores y asalariados.

Entre estos esfuerzos conviene recordar por lo menos los más importantes. El proyecto de estabilización de precios, sueldos y salarios, que defendió el Ministro de Hacienda Sr. del Pedregal, adoleció desde luego del error de haber tratado de imponer ese proyecto por sola iniciativa del Estado, sin preparar debidamente su comprensión por aquellos grupos sociales a quienes debía necesariamente afectar. Por otra parte contemplaba el discutible, pero en todo caso parcial, principio de estabilizar sueldos y salarios en el nivel en que éstos se hallaban en una época determinada, sin analizar si eran justos o injustos, en circunstancia que los precios tenían distinto tratamiento. Otro elemento que contribuyó al rechazo de las ideas esenciales de tal proyecto fué el de las autorizaciones para emisión, cuyo empleo representaba peligros en el mercado monetario, en relación con

las reservas de dólares y que tenía un interés de «doble fondo», entre el aspecto económico y el simplemente presupuestario derivado de las diferencias de cambio en esta moneda.

El control de los artículos declarados de primera necesidad por el Comisariato de Subsistencias y Precios tampoco ha servido para detener el proceso inflacionista. Múltiples causas concurren para hacer estéril la acción de este organismo, siendo la principal de ellas la de que interviene en esta última etapa de la producción y además, que la fijación de precios es selectiva, se limita a determinados productos, dejando en libertad a otros que influyen notablemente en los primeros y entre los cuales tienen enorme importancia los artículos importados, cuyos precios en su mayor parte han significado la más desembozada especulación.

Los productores, por su parte, sostienen que la única forma de combatir la inflación es la producción de mayores bienes de consumo, exigiendo para ello libertad de iniciativa y de precios; esto, por supuesto, no les impide combatir toda petición de alza de sueldos y salarios cuando la misma libertad de precios pone los artículos fuera del alcance de los consumidores. A su vez, con justa razón, los asalariados combaten toda estabilización de sueldos y salarios que se haga a base de sueldos injustos, o sea, aquellos que no le garantizan un standard de vida compatible con su dignidad de hombres, o sea, más concretamente, salarios que no les permiten adquirir los artículos más indispensables para sus necesidades.

Los productores pueden tener razón, en abstracto, al sostener que la solución del problema inflacionista es la producción de mayores bienes, pero en la realidad, la vaga aspiración de un simple aumento cuantitativo de la producción, resulta inoperante si no va acompañada de un necesario conjunto de factores humanos, sociales y técnicos, en suma si no se plantea en un aspecto cualitativo y total.

Desde luego, quienes sostienen esta fórmula vaga del «aumento de la producción», se han cuidado muy bien de esclarecer qué rubros o clases de producción serían las aumentadas, para poder acreditar en primer lugar, si hay en ello beneficios económicos nacionales y no solamente conveniencias particulares de los empresarios. Tampoco ha habido por parte de los productores mayor precisión sobre la forma o medios por los cuales se obtendría este mágico aumento de la producción, o sea, desde luego, si los actuales elementos de producción, la maquinaria de la industria, la disponibilidad de mano de obra humana, permitan un rápido crecimiento, como el que se ofrece, del volumen de la producción nacional. Desde luego, una observación desapasionada de nuestra realidad económica nos demuestra que el país se halla en estado de «ocupación plena» por lo menos, en lo que respecta a sus obreros aptos para un trabajo industrial u otro semi-calificado.

De esta manera el planteamiento de que no se pueden efectuar reajustes en la situación social de los trabajadores hasta que se aumente la producción, no sería en último término sino una forma de evitar aumentos de salarios a base de una condición, que se sabe por el momento irrealizable, y en circunstancias que la misma limitación actual de la producción permite márgenes amplísimos de ganancia.

Insistiendo en las dificultades que presenta el planteamiento abstracto de simple «aumento de la producción», cabe advertir, desde un punto de

vista simplemente humano,—para no agregar el de cristiano,—que no podría aumentarse cualquier clase de producción, sin tener en cuenta que la población de Chile sufre de un déficit enorme de alimentación. Este hecho indiscutido obligaría a garantizarle a aquella masa trabajadora, a la cual se le va a pedir sacrificios, que el aumento de producción se orientará, en su debida proporción, a la obtención de artículos alimenticios. Para comprobar esta necesidad, basta estudiar el consumo diario, recomendado por la ciencia (Conferencia de Hot Springs) en algunos productos, y el consumo efectivo por habitante que aparece en Chile (datos en kilogramos por habitante y por año):

	Dieta media s/Hot Springs	Dieta media chilena s/estadística
Leche .....	225	34
Frutas y hortalizas .....	120	57
Carnes .....	40	41
Cereales .....	100	175
Azúcar .....	15	30

Todo aumento de producción, por muy eficiente que sea la forma en que se la fomente, tiene un ritmo lento, y, por lo tanto, es solución a largo plazo. En cambio no sería justo, que la parte más débil de la sociedad, la masa trabajadora con rentas fijas que constituye la mayoría de la población, tuviera que hacer el sacrificio de resistir el alza del nivel de precios, del costo de vida en general, hasta que llegue el momento en que se produzca el equilibrio entre los bienes en el mercado y la moneda circulante. Esta pasividad y sacrificio es más difícil de exigir cuando los demás grupos sociales, que constituyen minoría, pero que tienen rentas movibles o acondicionables a las alzas del mercado, no participan en tal compás de espera y por el contrario, se benefician apreciablemente con la elevación de los valores y bienes del mercado.

En Chile el ritmo ascendente de la producción, demuestra que el equilibrio necesario, demorará largo tiempo.

La producción nacional, desde 1937 a 1944, aumentó en un 26%; en el mismo período el índice de costo de la vida subió en un 128%; y el poder adquisitivo de la moneda, tomando como referencia un promedio geométrico entre los índices de precios al por mayor y menor (con base 1930=100) bajó de 52,6 a 24,2.

Esto demuestra que, en primer lugar, pese a haber un aumento de la producción, la capacidad de compra de los asalariados y por ende su condición social, disminuyó, porque sus remuneraciones alzadas nominalmente perdieron poder adquisitivo. En segundo lugar, como el aumento de producción obtenido fué puramente cuantitativo, es decir, no se introdujeron reformas en los métodos de explotación, dicho aumento no se tradujo en un descenso de los precios, sino, por el contrario, significó una violenta alza de éstos.

Lógicamente estas cifras también son la resultante, y en grado muy decisivo, de la errónea política financiera, monetaria y crediticia empleada durante los últimos años, la que en vez de reducir la presión inflacionista, la agudizó multiplicando los trastornos consiguientes.

La falta de una acción que contemplase con verdadera amplitud todos los verdaderos elementos del problema inflacionista chileno y las caracte-

rísticas particulares de nuestra Economía, ha hecho que el país continúe en mayor o menor grado sufriendo sus graves efectos, no obstante que hayan cambiado los equipos gobernantes.

### III

#### CAUSAS PRIMARIAS DE LA INFLACION

Hechas las observaciones anteriores, debemos consignar algunos puntos concretos respecto a las medidas que sería posible adoptar para combatir los males que crea nuestro problema inflacionista.

Deberíamos analizar desde luego con detención las ideas más caracterizadas que se han divulgado al respecto en el país. Tales serían, en primer lugar, la que cree ver la raíz del problema en el aspecto monetario; que busca por sobre todas las cosas el control de las emisiones de moneda y posibilidades para el libre desarrollo industrial y agrícola, y cuyo más decidido defensor es el señor Rodríguez de la Sotta. Tendríamos después la de las emisiones controladas de fomento de la producción, propiciadas por el ex-Ministro del Pedregal y que obliga a nuestro juicio en carácter previo o simultáneo a contar entre otras cosas con elementos de producción suficientes para la ampliación de la actividad económica. Vendría a continuación la que hace depender el nivel de nuestra Economía en primer lugar del mantenimiento del comercio exterior, expuesta muy objetivamente por don Fernando Illanes; este punto de vista no considerado suficientemente hasta hace pocos años representa un elemento decisivo, pero la realidad, es que se han agregado a él otros varios factores de orden interno, monetarios, especulativos, etc. Una derivación del planteamiento recién indicado la tendríamos después en la idea sostenida por el senador Videla y otros. Estos, haciendo depender también principalmente nuestra economía del comercio exterior, creen ver una solución en la desvalorización monetaria interna, con el fin de favorecer la colocación de ciertos productos nuestros en los mercados extranjeros. Pero esencialmente olvidan los que sostienen este punto de vista de que la desvalorización interna produce el encarecimiento inmediato de las importaciones, y por lo tanto, pasa a ser obstáculo para la industrialización del país por el alza del costo de la maquinaria y materias primas esenciales. Además hay que recordar el alto porcentaje que en nuestras exportaciones tienen las compañías extranjeras, a quienes no afecta y por el contrario favorece la desvalorización con respecto a la cantidad de divisas extranjeras que deben retornar al país.

Excedería a la naturaleza de este trabajo el hacer en primer lugar un análisis detallado de cada una de estas ideas, e igual dificultad significaría exponer metódicamente un planteamiento completo de lo que, a nuestro juicio, es la causa profunda del fenómeno inflacionista chileno.

Ante dicha dificultad concreta, nos limitaremos a señalar varios puntos esenciales que aclaran la materia y significan una esperanza de abordar un problema de por sí complejo, como es el de la inflación.

Se trata de señalar la verdadera forma en que debemos combatir el fenómeno inflacionista. Esta no es otra que la de abordar aquellas debilidades congénitas de nuestra Economía, que nos han hecho imposible mejorar realmente nuestro nivel medio de vida. Sea en Gobiernos de Izquierda o de Derecha, sea en tiempos de auge o de depresión, la

realidad es que nuestra economía ha sufrido permanentemente el fenómeno inflacionista, que se ha diferenciado sólo entre épocas más agudas y menos agudas, pero siempre ha significado un elemento de empobrecimiento efectivo para nuestro país y especialmente para las clases trabajadoras.

Pues bien, estas debilidades permanentes de nuestra Economía son las que impiden un fortalecimiento que beneficie realmente al país. Ellas hacen entonces que el mayor o menor volumen de circulante, el mayor o menor volumen de créditos de fomento, el mayor o menor volumen de comercio exterior, puntos de los cuales, según vimos, distinguidas autoridades hacen depender nuestro fenómeno inflacionista no influyan en definitiva sino en forma parcial.

Precisemos entonces nuestro pensamiento:

1.—La verdadera raíz del mal está en primer lugar en nuestro tipo de Economía, que está esencialmente caracterizado por los siguientes elementos:

a) Una dependencia casi absoluta del Comercio de exportación. El valor de esta última representa un porcentaje exageradamente alto (40%) del monto total de la producción nacional; b) El grueso de la exportación se hace en forma de materias primas, que se enajenan en bruto, sin valorización en el país y respecto de ellas surge además el problema de que el 80% de las mismas está constituido por sólo dos productos—salitre y cobre—, lo cual hace que en la práctica nuestra estabilidad económica depende materialmente de estos dos rubros; c) Estas actividades decisivas para nuestra Economía pertenecen casi en su totalidad a firmas extranjeras, lo cual hace que las utilidades obtenidas no beneficien al país y como el Estado Chileno no tiene intervención en los mercados en que se coloca la indicada producción minera, las fluctuaciones de precio de ésta afectan directamente al país, limitando nuestras necesidades de importación de maquinarias y materias primas y comprometiendo en general las posibilidades de mejoramiento de nuestra Economía y por ende el bienestar de sus habitantes.

2.—Una segunda debilidad congénita de nuestra Economía radica en una producción agropecuaria que, a pesar de que debiera ser base de la alimentación nacional y fuente de materias primas para la industria, se caracteriza: a) por su escaso volumen y falta de organización, ya que, aun en rubros esenciales, no es capaz de cubrir las necesidades alimenticias del país; b) por su baja productividad y altos costos, determinados en gran parte por falta de mecanización, abonos y otros elementos indispensables.

Si bien parte de los defectos anotados pueden atribuirse a dificultades orográficas naturales, al alto costo del regadío a que obliga un régimen anormal de lluvias y otras, la realidad es que tales males derivan especialmente de un régimen agrario caracterizado por la mala distribución de la tierra, en su mayor parte indivisa y mal explotada, y de una población agrícola de bajo rendimiento económico, debido en especial a las pésimas condiciones de vivienda y alimentación que obtienen de parte de los empresarios agrícolas.

3.—El tercer elemento determinante de nuestra precaria Economía es el desarrollo industrial incipiente, que no ha podido abordar aún, en la amplitud que es necesaria, la transformación y manufactura de nuestras mejores materias primas, como ser el cobre, el salitre y otros productos mineros,

la madera, el pescado, las lanas, la fruta, las fibras textiles y otras que, por sus condiciones naturales, son las que verdaderamente representan «rubros legítimos» de la producción chilena.

4.—Un cuarto elemento que debe señalarse como definidor importante de nuestra Economía es el relacionado con la disponibilidad humana y el poder de consumo, elementos sin los cuales no puede hacerse realidad ningún plan serio que busque fortalecer nuestra economía.

En un medio trabajador como el chileno, que —como lo advertimos antes— se halla virtualmente en estado de «ocupación plena», aunque tal actividad sea aparente o «disfrazada» si se la analiza en relación con el limitado rendimiento económico que se obtiene—no puede pensarse en que el simple control de las emisiones monetarias o la seguridad en la colocación de nuestra producción minera exportable, sean remedio suficiente para mejorar nuestra economía y evitarnos los males que crea el problema inflacionista.

Por otra parte, el factor «poder de consumo» es también esencial. No puede tonificarse una Economía, ni elevarse el nivel medio de vida de un país, si grupos enteros permanecen prácticamente al margen del proceso económico. Tal es el caso de toda la población agraria chilena, que representa más de un millón de hombres y que, por sus bajas remuneraciones monetarias, no tiene en la realidad capacidad de consumo.

5.—Un último elemento que debe señalarse en este breve análisis de nuestra Economía en relación con el problema inflacionista, es el de la acción del Estado y especialmente el de la inversión que éste hace de los recursos públicos. No obstante que sobre esta materia mucho se ha hablado, hay un punto concreto que debe mencionarse especialmente, por la trascendencia directa que tiene respecto al problema de que venimos tratando. Este es el del alto porcentaje que representan los gastos públicos en relación con la Renta Nacional y el mal aprovechamiento que se da a estos recursos.

El hecho de que los gastos públicos representen un porcentaje elevado no es, a nuestro juicio, peligroso en sí mismo,—puesto que con tales recursos el Estado podría abordar la solución de problemas esenciales, como los anotados en los párrafos anteriores. El aspecto delicado reside en que el Estado chileno, con una evidente falta de visión, en vez de aprovechar la mayor parte de esos recursos en forma reproductiva, en bienes de «producción», en bienes de los llamados de «capital», que mejoren positivamente la Economía, gasta la casi totalidad de tales dineros, y en una cifra siempre

creciente, en bienes «de consumo», en sueldos, viáticos y otras remuneraciones, que no sólo significan mal aprovechamiento, sino comprometen positivamente nuestro futuro económico, puesto que, desde luego, según investigaciones técnicas, cualquier aumento en el poder de consumo obliga a un doble aumento en la disponibilidad de bienes de producción.

Un ejemplo elocuente de lo anterior lo tenemos, entre otros, en los gastos de Defensa Nacional, que absorben más de un 30% de las disponibilidades totales del Estado, sin mayor beneficio ni rendimiento eficaz, porque no se ha tenido la valentía de abordar a fondo el problema, determinando los gastos que realmente necesitamos hacer y ajustándolos con lo que realmente estamos en condiciones de pagar (1).

En los cinco puntos precedentes creemos que es donde realmente está la raíz y causa de nuestro problema inflacionista. Por consiguiente son ellos las que necesitan ser abordadas en un verdadero plan destinado a combatir los males que crea tal fenómeno. Las ideas corrientemente divulgadas como medios necesarios para combatir su inflación y a las cuales nos referimos antes, son evidentemente importantes y deberían desde luego considerarse en una solución de esta especie, pero, a mi juicio, si se deseara llegar a una solución duradera sería indispensable abordar el fondo mismo del problema, o sea, aquellos elementos que hemos denominado debilidades o defectos congénitos de nuestra Economía.

De otro modo nos sorprenderíamos al comprobar, como ya antes lo advertimos, que al igual que en épocas en que no hubo trastornos monetarios y en que estuvo normalizado y próspero nuestro comercio exterior, no por eso pudo fortalecerse realmente nuestra Economía y seguimos sufriendo, aunque en diversos grados, los mismos males actuales de bajo nivel medio de vida, desvalorización de los ahorros e inversiones, dificultades para nuestra industrialización, etc.

Tales rasgos obligan, como hemos dicho, a buscar más a fondo la raíz del mal y a mancomunar los esfuerzos para que esas debilidades o fallas esenciales de nuestra Economía desaparezcan. En un próximo artículo y dada en el presente la visión general que nos interesa del problema, estudiaremos algunas de las medidas principales y concretas que debiéramos adoptar.

(1) Sobre esta materia me remito al trabajo «Nuestra Economía y los Gastos de Defensa Nacional», publicado en POLITICA Y ESPIRITU, Julio 1946.

# LOS LIBROS

JAIME EYZAGUIRRE. — *O'Higgins*. — (Ed. Zig-Zag. Santiago, 1946.)

Lytton Strachey tenía diez años cohibidos por el traje que se imponía a los niños de 1890, cuando Oscar Wilde, desde lo alto de su fama, decía por boca de uno de los interlocutores de su inimitable diálogo sobre «el crítico como artista»:

«Antiguamente canonizábamos a nuestros héroes. El sistema moderno consiste en vulgarizarlos. Unas ediciones baratas de grandes libros pueden ser deliciosas, pero unas ediciones baratas de grandes hombres resultan completamente odiosas... Estamos invadidos por un montón de gentes que, en cuanto un poeta o un pintor fallece, llegan a casa con el contratista de pompas fúnebres y se olvidan de que su único deber es permanecer en silencio».

Años más tarde, Strachey, recordando quizá a Wilde, haría la misma irónica asociación entre el autor de biografías y el empresario de pompas fúnebres. El *cant*, las convenciones puritanas habían creado este parecido y Strachey debía justificar ante el respetuoso público inglés sus intromisiones en la que se consideraba la inviolable vida íntima de los «victorianos eminentes».

Salvo excepciones, parecía que los biógrafos ingleses habían olvidado que los hombres públicos también tenían vida privada, pequeñeces, debilidades, que no habían sido, en suma, estatuas anticipadas.

La reina Victoria se quejaba de que Gladstone le hablara como si ella fuese un meeting político y, en cambio, adoraba la sutil galantería de Disraeli, que no olvidaba que el monarca de la Gran Bretaña era una mujer. Los historiadores, en cierto modo, proceden a lo Gladstone o a lo Disraeli. Strachey ha hecho como éste, y sus continuadores han solido exagerar la nota, contando la vida de sus personajes no ya desde el salón, sino desde la cocina. Pero ésta es ya otra historia. Lo principal es que Strachey añadió al documento la imaginación, la reconstitución artística de la vida de un hombre y, a través de él, de su época. Recordemos que «la historia es la novela que fué y la novela, la historia que pudo ser». Estamos aquí en un terreno intermedio, una zona peligrosa. El autor debe moverse con un cuidado exquisito entre el testimonio de los múltiples y contradictorios documentos, de cuyo olor es tan fácil impregnarse, y las sugerencias de su imaginación re-creadora de la vida. Huyendo del temible perfume del documento y para dar gusto al gran público, los autores se han inclinado demasiado hacia la «historia que *pudo ser*». Lo cual, razonablemente, ha traído el desprestigio del género de la biografía novelada.

Al morir O'Higgins en el destierro, con el empresario de pompas fúnebres no llegó el consabido historiador; a no ser que consideremos tal al canónigo Albano. Don Benjamín Vicuña Mackenna, con su libro aparecido medio siglo más tarde, es ya otra cosa. Son conocidos los defectos y las virtudes de su pluma infatigable, que trazó un retrato coloreado y apasionado, pero inexacto e incompleto del héroe de la Independencia de Chile.

Al iniciar su obra, Jaime Eyzaguirre parece haber tenido presente las palabras de Strachey en el prólogo de sus «Victorianos eminentes»: «No debe

preocuparse (el biógrafo) de adular sino de dejar al desnudo los hechos del caso, tal como los comprende él solo. Este ha sido mi propósito, dejar al desnudo los hechos de ciertos casos, sin intenciones ulteriores, desapasionada e imparcialmente. Y termino citando las palabras de un maestro: «Je n'impose rien; je ne propose rien; j'expose». Pero, en tanto que Strachey no respetó siempre sus propósitos, el autor de esta nueva vida de O'Higgins ha escrito cada una de sus páginas con una implacable y sistemática objetividad.

Hay episodios de la existencia de O'Higgins que han hecho correr en éste nuestro país de historiadores y aficionados a la historia cien veces más tinta que sangre costó a sus protagonistas: la batalla de Rancagua, la muerte de los Carreras, el asesinato de Manuel Rodríguez, etc. El estilo del biógrafo no se desvía un punto de su línea impersonal ni toma partido por algunos de los dos furiosos bandos en que se han dividido nuestros historiadores cuando relata los momentos en que desde la torre de la Merced, en Rancagua, O'Higgins ve huir a la división de Carrera. La sombría trama que terminó con la muerte de Manuel Rodríguez en Tilttil está desenredada con la mano hábil y la palabra escueta del instructor de un sumario. Todo el libro es lo mismo, y todo se cuenta con tal acopio de fuentes, tal cuidado del detalle necesario y tanta discreción para ocultar el documento sin que una vez la fantasía noveladora se desate, que, poco a poco, una sensación de plena confianza va ganando al lector, que termina convencido de que las cosas sucedieron así y no pudieron ser de otra manera. Y surge de este modo una imagen de O'Higgins ya definitiva. El autor no nos lo dice, pero ahora sabemos que O'Higgins era en realidad hombre de patriotismo heroico, de tan grande valor en el campo de batalla como de manejable personalidad en el terreno de la política. Primero bajo la influencia de Mackenna, por último bajo la nefasta de Rodríguez Aldea, uno de los primeros «macucos» republicanos, y siempre sin caer en cuenta el general O'Higgins tuvo un mentor de sus actos políticos. Sabemos que era naturalmente recto, pero capaz de odios apasionados. Hay una intensidad y grandeza shakespereanas en la tragedia de la familia Carrera: los hijos, muertos violentamente; las mujeres, hermosas y desdichadas; el padre, un viejo noble y digno, obligado por la torpe presión del Gobierno a pagar las costas del fusilamiento de sus hijos. Estos hechos mezquinos empañan la gloria de O'Higgins quizá más que las grandes faltas que, injustamente, a lo que parece, se le imputan. Hay una especie de solución de continuidad en la vida del héroe, y es el nacimiento de su odio por los Carreras, por José Miguel, por el hermoso, rico y aristocrático don José Miguel, especialmente. Vemos a O'Higgins adoptando primero una actitud conciliadora y, de pronto, animado de una inquina mortal. ¿Por qué ese cambio súbito? Las razones y motivos de este brusco desencadenamiento, no las del odio mismo, se nos escapan.

Puesto a elegir entre una especie de interpretación del primer padre de la Patria chilena y un retrato objetivo, una verdadera fotografía del mismo, Eyzaguirre ha escogido esta segunda. En último término, la fotografía es también un arte y supone un determinado enfoque. Una biografía novelada se podría haber escrito con el mismo criterio, para apreciar en la misma forma los mismos hechos. Habría resultado una obra, sin duda más amena (a pesar de que ésta lo es hartos) y con la ventaja de

entregar a los chilenos un retrato de O'Higgins con sus luces y sombras bien marcadas por la mano del artista, pero obra semejante no sabría ganar la confianza que despierta este libro serio, hecho con una probidad y cuidado admirables, con un profundo amor a la verdad histórica y que, por lo mismo, despierta una especie de cariño austero hacia ese hombre de vida dura, melancólica... Como al final de la gran novela de Eça de Queiroz, a este hombre se le encuentra un inesperado parecido con algo más grande y duradero: con Chile.

Alejandro Maguel

☆☆☆

## DOCUMENTOS

### EL PROBLEMA DEL COMUNISMO Y LA CONCIENCIA SOCIAL-CRISTIANA

*Con gran placer recogemos en nuestras páginas el texto íntegro del discurso pronunciado recientemente en una sesión del Senado del Uruguay por el doctor Dardo Regules, al discutirse el proyecto de ley de amnistía de delitos de imprenta, que favorecería, en primer término, al propagandista comunista Redney Arismendi.*

*La magnífica y documentada pieza oratoria merece ser leída con atención y meditada serenamente. Más que ninguna otra ocasión, es preciso que las ideas madres penetren en nuestra conciencia a fin de fijar posiciones justas, sensatas y cristianas, particularmente en aquellos problemas que, como este de hoy, ofrecen matices tan diversos y oscuros.*

★

«Sr. Presidente: como he firmado el proyecto de ley que autoriza la amnistía, y como he votado las diversas amnistías que se han propuesto al Parlamento, tanto en una como en otra Cámara, necesito dar el fundamento de mi voto, en resguardo de la convicción con la cual determino mi conducta frente a este proyecto.

Voy a tratar de ser lo más breve posible, pero desde luego, solicito a los señores senadores que me perdonen si en algún momento de mi exposición consideran que estoy fuera de la cuestión.

Entiendo que lo que estamos votando no es un proyecto de amnistía común, de los que suelen votar los Parlamentos, frente a delitos que no tienen temibilidad social.

Este proyecto de ley, por la extensión del clamor de la calle, por la conciencia social que se ha querido provocar alrededor de él, por la propaganda con que se ha rodeado al periodista que ha recibido la sanción penal, por todas esas circunstancias representa, en realidad, un episodio de una gran batalla social que está expresado por la presencia del comunismo en la organización social contemporánea.

Creo que este problema vale la pena discutirlo desde los órganos públicos y desde el Parlamento, si vamos a discutirlo con todo rigor intelectual, y con la responsabilidad de hombres de gobierno, porque nos permitirá definir a los partidos, no sólo desde el punto de vista de la formalidad legal de este proyecto, sino desde el punto

de vista del enorme problema social que el comunismo representa para estas sociedades.

### LA AMNISTIA DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL DERECHO

Desde luego, quiero decir que voto la amnistía porque corresponde decir claras normas de derecho. El problema que propone la amnistía, en este caso, es el siguiente: tenemos dos o tres sentencias dictadas bajo el imperio de una ley determinada, y tenemos, además, a estudio la reforma de esa ley, que en estos momentos está a la consideración del Senado, pero que ha logrado ya en la Cámara de Representantes una formulación determinada; reforma que aunque no tenga ya la fuerza de una ley, de todas maneras indica una directiva de acuerdo con la cual se van a juzgar estos delitos en el porvenir.

Entre las dos leyes, señor Presidente, hay una diferencia esencial. Si bien es cierto que en las dos leyes el delito se define por la misma figura penal —en el artículo 18 de la nueva ley y en el artículo 16 de la ley vigente—, lo cierto es que la nueva ley trae un artículo 2.º que establece que el periodista estará protegido ante la justicia penal por la presunción de que está defendiendo el interés público. De esta manera, el periodista que está enjuiciado, de acuerdo con la nueva ley, tendrá a su favor una excepción, cuya inexistencia corresponderá probar al demandante, y en esas condiciones, nosotros al dictar la ley de amnistía, lo que vamos a hacer en este caso, es aplicar, por analogía, lo reconozco, la doctrina de la ley más benévola, que rige para todos los procesados que están en juicio en todos los países.

Cuando durante el procesamiento, un Parlamento dicta una ley más benévola, aunque el delito se haya cometido bajo la vigencia de una ley anterior más grave, el procesado beneficia de la ley nueva, en razón de que la conciencia social considera que ese delito no merece la sanción anterior. Si no es de estricta aplicación al caso la tesis, porque estamos frente a un penado y no frente a un procesado, porque estamos frente a un proyecto de ley y no frente a una ley, lo cierto es que como corriente penal, me satisface lo suficiente como para declarar que, de acuerdo a estas normas de derecho, se debe aplicar, en este caso de amnistía, el principio de la ley benévola. Este es el problema de derecho que nos plantea esta ley, y que yo resuelvo de esta manera.

### FRENTE A UN PROBLEMA IDEOLOGICO

Pero, llegado a este punto, se me dice inmediatamente, y me gusta tomar las cosas en su realidad, sin vestir las de ningún ropaje convencionalmente legal, se dice, se me dice y se me ha dicho: «Pero usted absuelve a un comunista; usted con esto contribuye a prestigiar una prédica comunista; con esto, usted, en definitiva, ayuda a la difusión de la conciencia comunista». Tomo y desafío el argumento, para decir, entonces, cómo entiendo yo que se ayuda al comunismo, cómo entiendo yo que se debe evaluar el comunismo, y cómo creo que la democracia debe enfrentar el problema del comunismo.

Desde luego, voy a expresar dos conceptos solamente:

Primero, señores senadores, considero que ser anticomunista o antirruso, es una posición absolutamente simple, y que no tiene decoro intelectual.

Tanto Rusia como el comunismo son dos fenómenos de una expresión enorme en la sociedad contemporánea. El comunismo es la revolución más grande que se ha producido en el siglo XX; revolución que está creciendo e invadiendo el mundo, y que si no en la totalidad de su técnica o de su filosofía —por lo menos en algunos de sus principios más fervorosos—, casi podemos decir del comunismo, ya ahora, que como la escarpela de los revolucionarios franceses, probablemente va a dar la vuelta al mundo.

Rusia, por su parte, es un país que ha tomado de golpe presencia en la historia, con una disciplina interna que sorprende y que después de la guerra es uno de los factores del equilibrio mundial. Colocarse frente a estas dos grandes realidades es un «anti» simple y miedoso, es no comprender la realidad contemporánea.

Lo primero que tenemos que sacarnos de adentro son los «slogans» del miedo, y en la realidad están operando, dos «slogans» del miedo, que se caracterizan por esas dos fórmulas que podemos sintetizar así: por un lado, el peligro comunista, y por el otro, el peligro del peligro comunista.

Yo, por mi parte, enfoco este problema con otro criterio. Desde luego, no siento ningún odio capitalista al comunismo, y tampoco, siento ningún odio totalitario contra el comunismo, porque es preciso que separemos bien las trincheras desde las cuales libramos el combate.

Soy católico. Soy cristiano. Resisto la descristianización que una filosofía social materialista quiere hacer triunfar sobre el mundo. Pero pretendo imponer la cristianización del mundo en ejercicios de las libertades que las democracias aseguran, y afirmando que la verdad de Jesús no ha de circular por el mundo, por la cooperación de los funcionarios, sino por la vocación de los santos!...

Y este fenómeno inmenso del comunismo quiero denunciarlo en sus tácticas, resistirlo en sus confusiones, combatirlo en sus errores; pero comprender en lo que pueda tener de esencial y vital, esa muchedumbre revolucionada, para incorporar lo esencial y vital, bajo la vigencia de una democracia de ojos abiertos, al acervo de la civilización, en ese mundo mejor, que a pesar de las catástrofes, nos está prometiendo el porvenir.

Este es el sitio de donde vengo; ahora quiero decir el sitio a donde voy.

En el comunismo, señor Presidente, hay dos aspectos fundamentales a tener en cuenta, y que debemos separarlos para enjuiciarlos, cada uno en sus realidades. Primero el Comunismo como agente de una revolución social, y, segundo, el Comunismo como agente de los intereses vitales de la política rusa.

#### EL COMUNISMO COMO AGENTE DE REVOLUCION SOCIAL

El Comunismo como agente de una revolución social, ofrece, a su vez, a mi juicio, dos aspectos distintos. Lo podemos estudiar como problema ideológico y como problema de táctica. ¿Qué propone el Comunismo a la conciencia democrática de los diversos partidos: la tregua política, o la tregua táctica o las dos treguas, conjuntamente...?

#### LA TREGUA IDEOLOGICA ES INACEPTABLE

Declaro que la tregua ideológica resulta inaceptable para mi espíritu. Con el Comunismo

tenemos que estar en lucha ideológica permanente desde todas las tribunas que la democracia asegura para la libertad de los contendientes. Rechazo la filosofía fundamentalmente materialista, en nombre de una filosofía espiritualista y transcendente. Rechazo el materialismo histórico como explicación exclusiva del progreso humano, porque creo que el hombre es el protagonista de la historia y, dentro del hombre, es la inteligencia la que va gobernando al mundo. Rechazo la lucha de clases como inexorable, porque creo que hay clases de orden natural que pueden atenuarse por fórmulas de conciliación. Pero comprendo, además, que en el seno de esas muchedumbres revolucionadas hay ansias de justicia social que provienen del propio Evangelio y que tenemos que tener en cuenta para toda renovación profunda de valores. No puedo hacer tregua ideológica con el comunismo.

Pero si la tregua ideológica no es problema porque la democracia nos da la solución inmediata dejando que cada hombre levante su tribuna y defina su filosofía, en realidad, lo que debemos estudiar y lo que yo considero el problema central del Comunismo en la vida contemporánea, es establecer y decidir si hay medios de convivencia democrática con este partido —dada la orientación de sus factores.

#### DOS TACTICAS INCOMPATIBILIDADES CON LA DEMOCRACIA

El Comunismo tiene dos tesis tácticas importantes. Porque ¿cuál es el problema que estudiamos nosotros en este momento? ¿Cómo logramos la convivencia democrática con los demás partidos de orden democrático? El Comunismo tiene dos tesis tácticas, que de mantenerse, son dos tesis tácticas incompatibles con la democracia. La primera tesis táctica, es el uso de la violencia para apoderarse del Estado, en nombre de una minoría que ejerce, a través de las masas, la huelga general revolucionaria para apoderarse del poder. En cambio la democracia, después de dos mil años de trabajo, afirma que la evolución pacífica de las mayorías es la única arma y título para imponerse y conquistar el poder.

La segunda tesis, esa minoría inicia la dictadura del proletariado, hasta llegar a una sociedad sin clases, que es un plazo totalmente indefinido, porque la falta de clases sólo va a mantenerse por la dictadura misma.

En cambio, la Democracia afirma que ninguna mayoría que conquiste el poder puede ejercerlo sacrificando los derechos individuales de la persona humana, que son anteriores al Estado y que ningún Estado está en condiciones de sustituir o discutir.

Mientras el Comunismo sostenga estas dos tesis fundamentales, la violencia ejercida por una minoría para apoderarse del gobierno de un Estado y el dominio permanente de esa minoría en nombre de la dictadura del proletariado, debemos declarar rotundamente que este movimiento es incompatible con la democracia contemporánea.

#### NUEVA TACTICA COMUNISTA

Reconozco, sin embargo, señor Presidente, y señores senadores, que el Comunismo, en estos momentos, ha renunciado a las dos tesis; y se ha incorporado al movimiento democrático y está actuando dentro de las Democracias.



El problema que se nos plantea ahora está definido con esta pregunta: ¿Qué se propone el Comunismo con esta nueva táctica? ¿Esta renuncia es por ahora, o es para siempre...? Ahí está todo el problema de la conciencia democrática contemporánea en todos los países, en el nuestro, como en Francia, como en los Estados Unidos. ¿Esta renuncia es para siempre? ¿Hemos logrado la convivencia democrática? ¿Seguiremos el diálogo y la batalla ideológica, solamente para resolver la oposición de ideas, dentro de la Democracia?

En este aspecto, señor Presidente, que es en definitiva, un problema de confianza, lo que podemos decir— que es hasta donde hemos llegado en mi Partido— es que hay elementos de juicio, a favor que nos impulsan a confiar y que hay elementos de juicio en contra que nos obligan a desconfiar. Ese es el estado de espíritu en el cual estamos.

### TRES ELEMENTOS QUE OBLIGAN A CONFIAR

Hay elementos que nos obligan a confiar. ¿Cuáles son? Primero, la propaganda de todos los conductores del Comunismo en estos momentos. No se puede negar que los conductores del Comunismo, en estos momentos, han renunciado a las tácticas de la violencia y a la dictadura del proletariado, para propiciar la incorporación tranquila de esas fuerzas a la coparticipación del Estado y a las funciones de gobierno, dentro del juego de los partidos democráticos en todas partes del mundo.

Segundo, es factor a confiar, los resultados de la guerra. Después que los pueblos comunistas se han mezclado con los demás pueblos en una lucha titánica contra el hitlerismo y contra el totalitarismo y se ha mezclado la sangre de los pueblos democráticos de la tierra con la de ellos, se ha producido una fuente de fraternidad y de comprensión indudable. Esas fuerzas, son, precisamente, las que en Teherán, en Yalta y en San Francisco y en el Consejo de Seguridad están trabajando por las fórmulas de evolución pacífica— no de dictadura violenta—, trabajando en bien de la humanidad en el sentido de desarmar las tácticas dominadoras para ir a tácticas de evolución y de evolución democrática.

El tercer elemento a favor es la actitud política del Comunismo en determinados países, como en Francia, Italia, por ejemplo, donde no han utilizado el triunfo para ejercer ninguna perturbación en el orden democrático, pues están ejerciendo, indudablemente, con un gran sentido de moderación las mayorías que tienen en sus manos y están creando gobiernos de coalición para reconstruir el orden, exactamente como puede hacerlo cualquier partido democrático.

Estas razones y otras que no enumero porque están en el espíritu de cada uno de los señores senadores, son los factores que obligan a confiar. Pero hay elementos en contra, desgraciadamente, y el análisis riguroso y valiente de estos elementos corresponde la dilucidación de estos problemas en las tribunas públicas, es la forma cómo debemos enfrentar los problemas reales y vitales de la conciencia individual y social contemporánea.

### ELEMENTOS QUE HACEN DESCONFIAR

¿Cuáles son los elementos a computarse en contra? Primero, tenemos que reconocer que todavía actúan sobre la desconfianza contemporánea los acuerdos de Rusia y de Hitler del 39, cuando las

dos fuerzas se pusieron de acuerdo y se repartieron Polonia a estilo imperialista, en un reparto que todavía no ha podido corregirse por una fórmula de derecho, y además, cuando presentaron al mundo la tragedia enorme de que pudiera triunfar Hitler y que quedaran dominados sobre la tierra Stalin e Hitler, en una situación completamente distinta a la actual, con un sistema de contrapesos creado por las democracias occidentales.

### RUSIA NO ES UNA DEMOCRACIA

Hay un segundo elemento de desconfianza, señor Presidente y señores senadores, y es el siguiente: hemos llegado a la convicción de que el país rector del Comunismo en el mundo, que es Rusia, no es una democracia. Y cuando yo digo esto, señor Presidente, con todo rigor intelectual, sin ningún sectarismo en el espíritu y con el deseo de afirmar lo que siento, no lo digo invocando ningún folleto ni ninguna información secundaria, porque todo eso puede quedar deformado por la influencia de la simpatía o de la antipatía al conjuro de ese enorme hecho actual que es la aparición de Rusia en la vida social contemporánea.

No me parece que podamos hacer procesos de esta naturaleza con informes de esa especie. Rusia está cerrada a la investigación occidental. La verdad es que es difícil hacer juicios sobre los acontecimientos que ocurren allí dentro, porque sólo se cuenta con la exaltación ditirámica o la denigración sin condiciones.

Todo eso se ha producido porque Rusia no es un país libre como todos los demás países.

Hace pocos días, un caballero americano circulaba conmigo por la Rambla Sur y viendo el esqueleto del Graff Spee hundido, me decía. «Yo seguí, como toda la población de los Estados Unidos, pero, desde mi casa, de un 5.º piso, en Filadelfia, narrado por un speaker de Montevideo, toda la tragedia del Graff Spee, desde que salió del puerto, hasta que fué hundido, ¿por qué? Porque la libertad de información circulando por todo el mundo, nos permite a todos sentir al minuto, la palpitación más profunda, de todas las sociedades libres de la tierra».

Desgraciadamente, no ocurre igual con Rusia; pero cuando afirmo que en Rusia, a pesar de todas las fuentes de informaciones, no tiene todavía una democracia, yo lo hago en nombre de documentos que son irrecusables para todo espíritu, que es el documento público, la Constitución rusa del 36, que está vigente, y que es un documento que no puede ser rechazado.

Esa Constitución, es una Constitución de etapa, y así lo declaró Stalin al hacer el informe a la Constituyente del año 36, pero es la Constitución vigente, y si es de etapa, y será motivo de una reforma, tendríamos mucho gusto en ver, cuando la reforma llegue, que un nuevo país se incorpora a la Democracia. Pero, con el mismo rigor se debe decir, ahora, que ese país no está incorporado a la Democracia.

Veamos, si no, el artículo correspondiente de la Constitución rusa, que quiero leerlo con el permiso de la Mesa.

Primero, la Constitución establece el sistema de instituciones, absolutamente iguales al nuestro o al de los Estados Unidos. No hay diferencias. Capítulo de libertades, un conjunto de instituciones o contrapesos institucionales debidamente arreglados; una cámara representativa, etc.

Pero hay un artículo, el 141, que dice así: «En las elecciones, los candidatos se presentan por

circunscripciones electorales. El derecho de presentar candidatos, está asegurado a las organizaciones sociales, y a las asociaciones de los trabajadores; a las organizaciones del Partido Comunista, a los sindicatos, a las cooperativas, a las organizaciones de la juventud y a las sociedades culturales».

Estamos fuera de la democracia. Dentro del partido único.

Nadie más que estos organismos, pueden proponer candidatos. Pero, con este otro artículo, el 126, sobre libertad de asociación, que permite ver cómo se pueden hacer estas organizaciones culturales y sociales, que parecen libres.

## FALTA DE LA LIBERTAD DE ASOCIACION

El artículo 126 dice textualmente lo siguiente: «De acuerdo con el interés de los trabajadores, y a fin de desarrollar la iniciativa de organización y la actividad política de las masas populares, queda asegurado a los ciudadanos de la U. R. S. S. el derecho de agruparse en organizaciones sociales: Sindicatos, asociaciones cooperativas, Organizaciones de Juventud, Organizaciones Deportivas y de Defensa, Sociedades Culturales, Técnicas y Científicas; los ciudadanos más activos y más conscientes del seno de la clase obrera y de las otras capas de trabajadores se agrupan en el Partido Comunista de la U. R. S. S., que constituye el destacamento de vanguardia de los trabajadores, en su lucha por el afianzamiento y desarrollo del régimen comunista, y que representa (destaca la frase...) y que representa el núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores, tanto sociales como del Estado».

Esta es la libertad de asociación que hay en Rusia.

El Partido Comunista es el que dirige, por tanto, todas las organizaciones del artículo 141, y estas organizaciones son las únicas que tienen derecho a presentar candidatos para ser elegidos para diputados.

Esta es la tesis del Partido Único, asegurada definitivamente en el Gobierno de Rusia, de tal manera que no hay más candidato que el que pueda proponer este Partido.

Este es un documento auténtico, que proviene de la Constitución rusa, y que nos permite declarar en el Parlamento de una democracia organizada, que en Rusia, todavía, la Democracia no existe.

Ahora bien, señor Presidente, nuestra gran fe en el acuerdo y en la convivencia política del mundo, está en los pueblos, en la acción de los pueblos y en la intervención de los pueblos. Y el país rector de este movimiento comunista, es un país donde la representación está suprimida para todos los movimientos divergentes, y donde, por tanto, sólo un grupo dueño del poder, compuesto de hombres de un sentido político asombroso, un grupo, probablemente, el de más capacidad política, de los que asumen los gobiernos contemporáneos, pero sólo un grupo dirigente es el que dialoga con el resto del mundo, con su propio ideario, con su propia técnica, con su propia filosofía, impidiendo que una recíproca confianza de pueblo a pueblo se establezca de uno a otro extremo del mundo entero.

Concluyo, las instituciones rusas, son factor que debemos poner en el capítulo de la desconfianza.

## LA POLITICA DE UNIDAD

Pero, por fin, está el tercer capítulo, compuesto por las directivas de la táctica comunista. Las directivas de las tácticas, están manejadas de esta manera. El criterio de la directiva de la táctica, en los países sudamericanos, es esta doble conducta: tregua política, pero no tregua sindical.

Tregua política que se ha querido lograr por medio de la política de unidad. Pero no tregua sindical, es decir, que mientras realizamos en el terreno político esa tregua de la lucha entre los partidos, bajo el rubro de la democracia —entre tanto, el Partido Comunista va apoderándose de la vida sindical, creando el dominio en los diversos sindicatos, y no en todos, sino en aquellos sindicatos que forman el centro vital de la estabilidad del Estado. Y entonces, tenemos el derecho de preguntarnos, si esta tregua política que se nos pide no es una etapa de apaciguamiento confiado de la sociedad, para que, un día, desde los sitios conquistados por la organización sindical, desde los sindicatos, que son vitales para la estabilidad social, se pueda lanzar el asalto al poder por la violencia, con sentido de dominación.

La política de la unidad, es preciso reconocerlo, se está haciendo en lenguaje absolutamente clara, franca y sincera, desde los mensajeros comunistas. La política de unidad, es la tercera etapa de las grandes políticas del comunismo. La primera fué la táctica de choque, expresada, cuando el comunismo lanzaba su lema: —vamos al Parlamento para destruir al Parlamento. La segunda, pueden ser los frentes populares. Y la tercera es ésta, la política de unidad, la política de unidad que está fundada en principios teóricos y políticos que bien vale la pena recordar en el Parlamento.

Para los conductores del comunismo, en estos países, la situación es la siguiente:

Estos son países coloniales y, por lo tanto, están soportando el imperialismo económico de países más fuertes que ellos.

En estos países, los elementos capitalistas, y los partidos burgueses, están sometidos al imperialismo de la fuerza capitalista extranjera, y por lo tanto, son elementos de protesta contra las dictaduras económicas extranjeras. Entonces— aunque capitalistas ellos y burgueses los partidos que defienden el sistema tienen dentro elementos de resistencia y reacción contra el imperialismo universal de los capitales yanquis o ingleses.

Entonces, la política de unidad es el entendimiento con esos partidos burgueses; pero no para reconstruir una sociedad nivelada por la justicia social realizada, sino que esos partidos van a servir de puente, simplemente de puente, para que, apaciguando las preocupaciones de la sociedad, logren mantener el dominio comunista hasta la hora de apoderarse y dominar los centros de la sociedad para la nueva organización social que esperan imponer en el porvenir.

La política de unidad, proclamada claramente por todos los conductores de la política comunista en América, define, claramente estos objetivos. Vamos a buscar a los partidos burgueses, a los partidos burgueses capitalistas. ¿Por qué? Porque ellos son víctimas de la explotación de los imperialismos universales, y tienen un elemento de resentimiento y vamos a aprovechar ese resentimiento, a favor de la política de unidad. Pero, entonces, ¿qué venimos a ser los llamados partidos burgueses? Somos simplemente el puente por el cual han de pasar las organiza-

ciones comunistas para realizar la revolución mundial.

En síntesis: tenemos elementos de confianza, y elementos de de confianza: Creo, señor Presidente, que en este problema, la situación tal como la siento en mi espíritu, es no desconfiar de más... ni confiar de más. Creo que se debe actuar, simplemente, con los ojos abiertos. Lo único que no entiendo, es una política de ojos vendados.

### RUSIA Y EL COMUNISMO

El otro elemento de juicio, señor Presidente, es el otro aspecto del partido comunista: los partidos comunistas, como agentes de los intereses vitales de la política rusa. Ya por el año 1940, en un artículo muy interesante del doctor Carlos Quijano, señalaba como preponderante, este aspecto de la táctica comunista en estos países.

Sabemos que después de la guerra, están disputando sobre el mundo, cuatro imperialismos económicos evidentes: el capitalismo norteamericano, el capitalismo inglés, el capitalismo industrial alemán vencido, pero que trata de mantener un elemento de supervivencia a través del franquismo e hispanismo político, para asegurarse un punto de apoyo en la recuperación del porvenir, y el capitalismo de Estado ruso.

Estos son los cuatro imperialismos económicos que están disputándose el mundo.

Ya sé que, además de esta batalla, hay otras guerras superpuestas e intercaladas en el seno de esta lucha, porque en estos momentos, el mundo lucha por otros principios que hay que afianzar: por el principio de la libertad religiosa; por el principio de la democracia; por la realización de una filosofía del hombre que restablezca la categoría del hombre, no como valor económico, sino como valor humano, en la plenitud de sus facultades y de sus posibilidades. Todas estas guerras están ahí acumuladas; pero, en realidad, tenemos, además, la guerra económica, y tenemos, también, la espinosa lucha por las zonas de influencia, dentro de la cual Rusia, volviendo a su vieja técnica histórica, trata de salir al Atlántico, tropezando en el camino con las zonas de influencia de Inglaterra; y trata, también de salir al Pacífico tropezando, aquí, con Inglaterra y Estados Unidos, en todas estas luchas que se están desarrollando en las conferencias internacionales. Pero anotamos la presencia en nuestro país, y en estos países, de partidos que responden, directamente, al interés político de intereses vitales e históricos de Rusia, en este enorme juego de fuerzas, que penosamente mantienen su equilibrio.

### LA DEFENSA CONTINENTAL

¿Qué problema se nos presenta a nosotros? ¿Es realmente un problema fugaz, trivial, que debemos subestimar? No; nos plantea un problema vital, porque esta conducta quiebra la unidad americana y compromete la defensa continental.

En realidad, la política internacional de nuestro país, gira alrededor de la afirmación de la unidad continental; no como una unidad continental que se encierra dentro de la geografía, sino como unidad continental con jerarquía para vincularnos después a las órdenes internacionales. Y ésta ha sido la política claramente expresada por intermedio de nuestra Cancillería, por el Senado, y en distintas conferencias, incluso en la de San Francisco. Queremos pactos regionales subordinados al interés general de los pactos universales. Esta ha sido la política del país y a la

que tenemos que servir. Pero puede comprometerse o interrumpirse esta política si dentro de cada país, hay partidos que por su solidaridad con los intereses vitales de Rusia, incluyen el interés vital de Rusia, puesto en juego dentro de cada país, y lo antepone a la defensa continental constituyéndose en una fuerza que no podemos subestimar, porque tendrá la gravedad de las posiciones que esos partidos tengan en la organización de los sindicatos y de la estabilidad obrera y social, de cada uno de los países en que logren actuar.

Nuestro país no quiere ser colonia de Estados Unidos, pero tampoco quiere ser colonia rusa. Nuestro país quiere las manos libres para actuar según sus propios intereses, en la fraternidad natural que la geografía y la democracia nos ha dado en América, y la solidaridad natural que tenemos con Inglaterra, con Francia, con Italia, y con España, cuando se reincorpore a la democracia, y con Rusia, desde luego, que es una potencia mundial.

Pero, nuestro país como pueblo libre, de fraternidades espontáneamente logradas y libremente pactadas, dentro de una América en la que todos somos libres de elegir el camino, en uso de esa libertad, quiere o puede querer ir a la defensa del continente, porque en un momento dado la defensa del continente es la defensa de la democracia. Pero, en este plano, nos encontramos con fuerzas que representando intereses de otro orden, interrumpen la unidad americana y comprometen la misma defensa continental. Creo que este aspecto es de enorme y vital interés para discutirlo en las plazas públicas, para plantearlo en el Parlamento, para examinarlo serenamente, porque son problemas de gobierno que deben ser estudiados hasta encontrar fórmulas de entendimiento, y aún disipar errores, si acaso los tenemos.

Son estas dos grandes modalidades: una revolución social prometida a este país y a América, fuera de su destino, y un problema de defensa continental que no puede ser comprometido a ningún precio, son estas dos modalidades, las que a mi juicio, plantea la presencia comunista, a la conciencia del hombre de la calle, a la responsabilidad del hombre de gobierno, y a la reflexión del hombre intelectual.

Este es el cuadro.

### RECHAZO DE CONFUSIONES RESPECTO A LAS LIBERTADES

Creo, señor Presidente, que frente a este cuadro, no corresponden ni agravios inútiles ni abrazos prematuros. Corresponde reconocer al Partido Comunista todas las libertades, pero no facilitarle ninguna de sus confusiones. Creo que deben encontrarse con toda nuestra vocación republicana, pero no con nuestra debilidad republicana.

Hace un tiempo yo escribí estas palabras que, con el permiso de los señores senadores, me voy a permitir leer en estos momentos.

Decía: «Desentendiéndome del problema doctrinario, — yo no quiero favorecer la confusión entre Rusia y el comunismo, a expensas de nuestra actual realidad social americana,— dentro de la cual el comunismo,— a mi juicio y con respeto de toda opinión contraria, perturbaría lo que es y lo que debe ser nuestro tono vital; apresurar por evolución la justicia social, que ya es un programa de todos; vencer al nacimiento del capi-

talismo industrial por una rígida y valiente participación del trabajo en los beneficios del capital, terreno en el cual hay mucho que andar; liberación del trabajo, de las fuerzas del imperialismo capitalista internacional, donde también hay mucho que hacer; y poner en valor las grandes riquezas inexploradas, para servicio de la comunidad entera, controlada toda la experiencia por una auténtica filosofía evangélica y religiosa, y por un concepto de bien común social».

«En cambio, traer a estos países una filosofía atea para el enfoque de la vida, en discordia con toda nuestra raíz histórica, traer una técnica de violencia para dar a las minorías proletarias la necesaria dictadura renovadora, traer una concepción social de nivelación económica por la socialización sin discriminar de todos los medios de producción, creando un estado burocrático incommensurable, es, en países nuevos, abatir los brazos que necesitamos para el trabajo, enrojecer la vida con sangre de inútiles combates y traer a tierras de paz el odio de clases que no se odian todavía, sobre todo cuando la evolución nos va dando resultados satisfactorios y nos basta con apresurar el ritmo del progreso. La justicia social valiente y revolucionaria la tenemos que hacer bajo signo cristiano y democrático».

La democracia, señor Presidente, está sufriendo una enorme prueba en el mundo. Hay grandes fuerzas humanas que tratan de incorporarse a la historia, con ansias y violencias que son casi incontenibles. Estamos viendo si con este instrumento de la democracia conseguimos hacer la revolución pacíficamente, de tal modo que quepan dentro de este cauce del derecho, todas nuestras discrepancias y oposiciones.

### LAS TRES NORMAS CONCRETAS

Considero que la política tiene que desarrollarse alrededor de tres términos que los he apuntado para documentarlos:

1.º Democracia cien por ciento, y además de ojos abiertos.

2.º Apresurar, por obra de todos, con tono cristiano y con tono democrático de la justicia social hasta todos sus límites, el proceso de industrialización científica y la reforma agraria con clara valentía y con una clara legislación sindical para que la revolución se encauce dentro de nuestra civilización, y no nos desborden las técnicas de dominación.

3.º Rechazo de la política de unidad. En la calle, cada uno con su verdad íntegra y total, con su tribuna propia, diciendo su verdad, conquistando conciencia por conciencia, sin ninguna confusión.

En los Parlamentos y Gobiernos, pueden haber acuerdos sobre leyes y sobre política; en la calle la política de unidad, es una política confusionista: en la calle, cada partido debe levantar

su propia tribuna: debe defender su propio ideal, que se sepa íntegramente qué es lo que dice, y qué es lo que quiere, sin confusiones de ninguna especie.

Yo tengo una gran fe, señor Presidente, en la lucha por la democracia y la libertad. Yo no temo absolutamente nada, si la democracia cumple con su deber, y si la democracia sabe adónde va. Tengo una gran fe en las fuerzas de la libertad; no creo que su ejercicio pueda traernos ningún problema en el porvenir, si dentro de la libertad que se ejercita hay una democracia que sabe lo que quiere y que sabe defenderse, porque la democracia no es debilidad, sino rigor de derecho, y especialmente de todo, respeto en el derecho.

Yo recuerdo, señor Presidente, que, para indicar mi decisión por la defensa de la libertad, que por otra parte, no es sino el estado de espíritu de todos los miembros de este Senado sin excepción, cuando fui por primera vez a la Cámara en 1931, mi primer discurso fué para defender la libertad de un comunista, y el último discurso que pronuncié cuando el quebrantamiento de las Instituciones, fué para defender la libertad de todos, pero principalmente la libertad batllista; pero entre una y otra defensa, tuve el derecho de defender mi propia libertad, a mandar a mi hijo a la escuela católica, precisamente en un diálogo con el señor senador Zavala Muniz, diálogo que por la jerarquía de mi contradictor ocasional, ha quedado como un doble orgullo de mi espíritu. He servido siempre así la libertad. No le tengo miedo ninguno; pero siempre que haya una democracia que tenga los ojos abiertos y una política que sepa dónde va. Lo peor, es la política que no sabe dónde va. Lo peor es la coquetería con nuevas formas de convivencia sin saber lo que hay en la convivencia misma.

Por eso voto esta Ley; es justa. ¿Favorece a un comunista? No me preocupa. La voto con la totalidad de mis ideales perfectamente desplegados para defenderlos en todas las tribunas del país.

Bauzá decía una vez en el Senado, estas palabras que repito: «La libertad y la justicia son como el sol: o salen para todos o no salen para ninguno». En este caso: ese sol tiene que salir para quien sea: no me importa. Si se beneficia un comunista, que se beneficie. Sabrá ese partido que la democracia hace justicia a todos sin preguntar a quién. Esa es la fuerza de la democracia.

Al votar con estas condiciones y definiciones, y siguiendo esta política, yo creo que estoy sirviendo, realmente, los ideales de mi partido y la estabilidad social del país, que son, por otra parte, los objetivos más directos con que actuamos en la vida.

Agradezco a los señores senadores la amabilidad y la cortesía con que me han escuchado, y dejo así fundado mi voto».

# P O L I T I C A

# Y E S P I R I T U

AÑO 2 - NUMERO 16

OCTUBRE DE 1946

## UNA NUEVA ETAPA

*Chile inicia una nueva etapa en su ya larga trayectoria republicana. Ha llegado al poder un nuevo Presidente que, estamos ciertos, sabrá hacer honor a la tradición de dignidad que han dejado los hombres que han ocupado tan alto cargo.*

*Llega en una hora difícil: las aspiraciones de un pueblo inteligente que sabe medir y sentir la honda desproporción que existe entre su miseria presente y sus necesidades racionales, plantea con caracteres de exigencia, una mejor distribución de los bienes económicos. Por otra parte, la inflación monetaria y la dependencia de mercados internacionales que no nos abastecen, sino empobreciéndonos; la escasez de maquinarias para la producción, que no está a tono con el crecimiento del consumo, han provocado una grave alza en los precios, llevando a la desesperación a muchos hogares y haciendo sentir a todos que estamos en un proceso de inestabilidad financiera y monetaria que desmoraliza a la inmensa masa, que ve a la especulación rendir, sin esfuerzo, inmensamente más que al trabajo creador y duro.*

*Por encima de esto, se encuentra con que los más graves problemas tienen su origen y tal vez su solución más afuera que adentro. El mundo se reparte en zonas de influencia entre grandes poderes que será necesario desafiar, si es preciso, para conservar una independencia digna y verdadera; mercados mundiales donde se fijan precios altos para los exportadores de manufacturas y precios bajos para las materias primas, de donde resulta que por una parte nos obligan a vender barato y entregar esas pocas divisas por productos que nos venden caros.*

*En todos estos problemas hay una cuestión técnica, más adentro una orientación que lleve soluciones hasta la estructura de los mecanismos que forman nuestro engranaje, y que ya no funciona, porque es inútil negar la evidencia de que no se trata de problemas superficiales, sino de problemas que están en la esencia de una edad que muere y de cuyas propias fibras están naciendo, entre quebrantos y abismos, los músculos, los nervios y los huesos de una nueva sociedad. Pero una sociedad que no nace sólo en la economía, ni en lo social, sino también en el*

*alma del hombre, en su espíritu y en su apelación a las fuerzas morales, pues otro caso sería morir en una total anarquía o en la dictadura totalitaria que reemplaza con disciplinas externas la carencia de las virtudes cristianas.*

*Y es urgente abordar el Gobierno con estas imágenes del mundo y del hombre, porque de otra manera será imposible caminar y, lo que es más grave, será inútil seguir esperando. Grande es la responsabilidad de este Gobierno, que llega en un momento en que en cierta forma se ha agotado en muchos la esperanza. Y eso es lo peor que le puede ocurrir a un pueblo.*

*Chile, maduro políticamente, gracias al ejercicio de la libertad, intuye la gravedad de la tarea y por eso en el fondo de todos está el deseo de ayudar para que el nuevo Gobierno tenga éxito.*

*Es, tal vez, el primer gobierno sud-americano, que tiene una importante participación de Ministros Comunistas. No los tememos. Creemos que, de acuerdo con los resultados electorales, debían asumir su cuota de responsabilidad y demostrar al país cuál es su verdadera actitud. Si son capaces, si colocan el interés de Chile por encima del interés de partido, si respetan los derechos esenciales que garantizan la Constitución y las leyes, será un progreso su incorporación al mecanismo democrático. Si, por el contrario, así no cumplieran, sabemos que la opinión pública sabrá juzgarlos, pues ése es el beneficio de la libertad.*

*Jornada de trabajo, de sacrificio y de esfuerzo, ha de ser ésta. Debemos aumentar nuestra producción, mejorar el rendimiento de nuestro trabajo, incorporar a las masas campesinas a un standard racional de vida que abrirá a su vez perspectivas mayores para nuestra producción al aumentar nuestro consumo interno, pues un mayor mercado consumidor es condición de progreso. Pero este esfuerzo hay que hacerlo dentro de la libertad, para alcanzar la justicia e ir a través de estas etapas hacia una mejor organización social, donde el trabajo tenga una verdadera participación en los beneficios y una auténtica responsabilidad directiva.*

F.

# EL IMPERIO DE ESPAÑA

*Para los ibero-americanos España quiere decir más un estilo de ser, en el espíritu y en la historia, que una nación con sus límites territoriales, con sus instituciones y su presente.*

*Es un estilo de ser: el heroísmo misional y la dependencia generosa del espíritu, elevada a la categoría del heroísmo. No podemos concebir; no podemos pronunciar España, si no es para decir misión universal del espíritu; si no es para decir espíritu en plena libertad y entrega.*

*Nos deslumbra el ingenio español, su decir pleno de vida y color; pero sabemos ciertamente que es la vestidura de paz de una voluntad militante y poderosa, tan sobria como la decisión permanente y absoluta de jugar bienes y vida en todo lo que contenga justicia, dignidad y verdad.*

*El espíritu de España vaga hoy por el mundo, con la angustia clavada en la península, y descubre en ella cada día mayor muchedumbre de miradas de esperanza.*

*Espíritu errante en un mundo errante, se destaca en el éxodo de las confusiones, de la sangre, del hambre y la desesperanza de este siglo, con su nítida bandera que no conoce transacciones, ni oportunidades, ni silencios de interés*

*España es nombre de esperanza humana en la historia. Volverá a encontrarse consigo misma, en la misión de dignidad y libertad, por encima de toda dictadura*

*Los hombres del exilio, los jefes de los pueblos cuya leal convivencia, cuya altiva independencia, cuya limpia libertad han creado el alma de la empresa española, volverán a encontrarse en la tierra de su dolor, para redimirla del silencio, y de la mentira de las propagandas.*

*Entonces sabrán que su caminar por esta América tuvo profundidades de gesta, que fué misión imperial, no de cartón, ni de palabras, ni de insignias; que fué magisterio de integridad y de heroísmo.*

*Más allá de las diplomacias cobardes y de las componendas de las potencias, IberoAmérica tiene en el alma una respuesta guardada para estos desterrados de hoy y para el pueblo que allá espera.*

*En la democracia y en la libertad, los españoles volverán a encontrar sin esfuerzo, en el corazón de la hermandad ibérica, lo que el fascismo no pudo, a despecho de todos los intentos: el imperio cultural de España.*

# F. D. ROOSEVELT, LOS ESTADOS UNIDOS Y LA U. R. S. S.

Por Philippe SOUPAULT

Al alba del 13 de Abril de 1945, la radio de Moscú anunció la muerte de Franklin D. Roosevelt. Los ciudadanos de la U. R. S. S., obreros y empleados, se apresuraban, camino de sus fábricas y oficinas, cuando se enteraron de la trágica noticia, que los emocionó profundamente. Esa misma tarde los moscovitas hacían cola ante los cines para ver la película de la Conferencia de Yalta, en la cual el Presidente de los Estados Unidos aparecía al lado de Stalin y conversaba amigablemente con él. En el «metro», comentando la muerte del Presidente norteamericano, la gente murmuraba... ¡Qué tragedia, qué tragedia! oyeron repetir insistentemente los corresponsales yanquis que se mezclaban con la muchedumbre para observar la reacción del pueblo ruso.

Pesando cada una de sus palabras, Stalin telegrafió esta declaración: «En nombre del gobierno soviético y en el mío propio, expreso mis más sinceras condolencias al gobierno de los Estados Unidos, con motivo de la muerte prematura del Presidente Roosevelt.

«El pueblo americano y las Naciones Unidas han perdido en la persona de Franklin Roosevelt un gran político de envergadura mundial y un pionero de la organización de la paz y de la seguridad de post-guerra. El gobierno soviético expresa su sincera simpatía al pueblo americano por esta gran pérdida, junto con su convicción de que la política de amistad entre las grandes potencias que soportan el peso más fuerte de la guerra contra el enemigo común, continuará en lo porvenir».

Y todas las banderas rojas que flotan en lo alto del Kremlin, sobre la puerta de los edificios públicos de toda la Unión Soviética y en las plazas de todas las ciudades rusas, fueron lentamente arriadas en señal de duelo. Semejante homenaje rendido a un hombre de Estado extranjero no tenía precedentes en la historia de los Soviets.

Estas manifestaciones espontáneas o deliberadas expresaban fielmente una amistad sincera y una confianza en Roosevelt que señalaban una era nueva en las relaciones entre los Estados Unidos y los Soviets, relaciones que se habían caracterizado por sus numerosas vicisitudes. Desde 1917, cuando la revolución bolchevique, los Estados Unidos, gobernados por los republicanos después de la muerte de Wilson, no habían establecido ningún contacto oficial con la U. R. S. S. Durante el período entre las dos guerras—escribe M. Sumner Welles (1), uno de los observadores

más oportunos y mejor informados de la política exterior norteamericana—los ciudadanos de los Estados Unidos no tuvieron siquiera el desco de un acuerdo con el pueblo ruso. La opinión pública americana estaba dominada por un odio casi unánime hacia el comunismo bajo todas sus formas—particularmente por el odio a la doctrina de la revolución mundial—y por un violento y bien justificado horror a los excesos sanguinarios del gobierno soviético, sobre todo durante los primeros años que siguieron a la revolución bolchevique de 1917. Y, además, el pueblo americano recibió muy mal la acción del gobierno de los Soviets, que se habían esforzado inútilmente por negar la religión en un comienzo, y luego por destruirla.

«Por su parte, los dirigentes soviéticos y el pueblo ruso en general se habían dado cuenta perfectamente de que los Estados Unidos y los otros países llamados capitalistas les oponían una muralla de hostilidad política...»

## LOS PRIMEROS PASOS DE ROOSEVELT

Aun antes de tomar el poder, cuando delineaba los planes de su futuro gobierno, a F. D. Roosevelt le había chocado la actitud negativa, la ceguera de la administración republicana con respecto a la Rusia Soviética. Poco tiempo después de su elección, cuando la crisis económica que trastornaba a los Estados Unidos y provocaba el pánico de los ciudadanos norteamericanos no había sido todavía superada, y aunque numerosos problemas seguían sin solución, el nuevo Presidente, jefe del Partido Demócrata, resolvió terminar «las relaciones anormales entre los 125 millones de ciudadanos de los Estados Unidos y los 160 millones de ciudadanos rusos». Sin preocuparse de las maniobras diplomáticas o de los temores de la administración y sabiendo que la opinión pública le dispensaba una ciega confianza, Roosevelt escribió en el mes de Octubre de 1933 una carta al Presidente Kalinin, proponiéndole «entablar conversaciones previas, iniciar francas y amistosas conversaciones con el fin de estudiar las dificultades serias, por cierto, pero no insolubles» que hasta entonces habían impedido el contacto de los dos gobiernos.

Algunos días más tarde, el 17 de Octubre, el Presidente Kalinin se apresuró a responder a Roosevelt anunciándole la designación de un enviado extraordinario de los Soviets, Máximo Litvinov, el que llegó a Washington a comienzos de Noviem-

(1) «The Time of Decision».

bre de 1933. Las conversaciones preparatorias fueron llevadas a cabo rápidamente. Se cambiaron y publicaron cartas que precisaban, principalmente, que los Soviets se comprometían a no intervenir en los asuntos de política interior de los Estados Unidos. Así, el 19 de Noviembre, Roosevelt pudo anunciar que el gobierno norteamericano «reconocía» al de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Y, el 8 de Enero de 1934, el Presidente de los Estados Unidos recibía calurosamente en Washington al primer embajador soviético ante los Estados Unidos.

Al tomar esta iniciativa y llevar personal y rápidamente las conversaciones previas, Roosevelt había querido, no solamente superar los prejuicios de una gran parte de la opinión pública norteamericana, profundamente hostil a la Rusia comunista, sino probar que estaba decidido a colaborar con todos los hombres de Estado que desearan, como él, el refuerzo de la paz en el mundo. Roosevelt creía que los dirigentes soviéticos estaban llanos a colaborar con él y les concedía crédito. Al anunciar su decisión, había subrayado intencionadamente en la declaración que hizo en Savannah, el 14 de Noviembre de 1933, el carácter histórico y pacífico de las relaciones ruso-americanas. Citando a Jefferson, recordó que, al ser Rusia y Estados Unidos *in character and in practice essentially pacific, a common interest in the rights of peaceable nations gives us a common cause in their maintenance* (2).

En efecto, tal como lo indica Walter Lippmann en su reciente libro sobre «La política exterior de los Estados Unidos» (3) las relaciones de este país con Rusia «observadas a través del tiempo, demuestran de patente manera que la doctrina de política interna no influyen más que muy débilmente sobre el desarrollo de la política exterior, y que, en cambio, el interés nacional se hace escuchar imperiosamente... En ninguna época, los norteamericanos han tenido el menor gusto por «los gobiernos que los rusos han permitido que los dirigiesen» (4) y los zares les han devuelto el cumplimiento: para ellos, la democracia americana no fué más que desborde revolucionario... Para los Soviets, América ha sido hasta ahora un Estado capitalista, imperialista y, por lo tanto, hostil a su orden social. Colocados sobre partes opuestas del globo, los Estados Unidos y Rusia no han dejado nunca de contradecirse en el plano de la ideología política. Siempre ambos han temido que de

contactos demasiado estrechos resultase la subversión de sus instituciones. Sin embargo, nunca uno ha querido el desmembramiento del otro y ha hecho lo posible por prevenirlo. Cada uno ha deseado siempre que el otro fuese poderoso. Entre ellos nunca ha habido un choque que los haya transformado en enemigos. Se han considerado mutuamente amigos virtuales colocados a la retaguardia de enemigos virtuales».

Roosevelt parecía decidido a seguir la política tradicional de los Estados Unidos con respecto a Rusia, y, al instruir y guiar la opinión pública de su país, como tan admirablemente sabía hacerlo, entendía colaborar con los dirigentes soviéticos para el mantenimiento de la paz. El Presidente envió a uno de sus amigos que—según esperaba—habría de informarlo como ya había informado a Wilson, es decir observando con simpatía el régimen soviético y los hechos y actitudes de los jefes del gobierno de la U. R. S. S. Pero su elección constituyó un error y provocó entre las dos naciones un malentendido que sólo fué disipado tres años más tarde.

La reiniciación de las relaciones con Rusia—escribió un testigo ocular e imparcial, el periodista Edmund Stevens (5) que vivió en Moscú durante el período señalado por el New Deal y la visita de Litvinov a Washington—parecía abrir una nueva era de comprensión soviético-norteamericana. Pocos embajadores se han hecho cargo de sus puestos bajo mejores auspicios que W. C. Bullitt, primer embajador de la Unión ante la U. R. S. S. Su elección por el Presidente Roosevelt fué considerada, en los dos países, como muy acertada. ¿Acaso no había declarado Bullitt, enviado a Rusia por Wilson en 1919, que el régimen bolchevique duraría, a pesar de todo, porque contaba con la aplastante mayoría del pueblo ruso? ¿Y no se había casado el mismo Bullitt, en un período de su historia matrimonial, con la viuda del mejor amigo norteamericano de Lenin, John Reed? (6).

Bullitt, decidido a derribar de un envión lo que encontrara ante sí, emprendió, literalmente, el asalto a Moscú...

La luna de miel de las relaciones soviético-norteamericanas fué de corta duración. Las interioridades de este oscuro capítulo de la diplomacia no han sido jamás reveladas. Pero existe derecho para pensar que los resultados políticos y comerciales del reconocimiento del gobierno soviético no correspondieron a las esperanzas norteamericanas. Por otra parte, Moscú no dió curso a las conversaciones iniciadas en Washington con Litvinov sobre las antiguas deudas de los zares. Finalmente, había decepción en América al ver que Rusia no

(5) Autor de «El enigma ruso no existe».

(6) Que escribió el notable relato de «Diez días que estremecieron al mundo», sobre la revolución de Octubre.

(2) Cita de una carta de Jefferson a su amigo ruso M. Dashkoff.

(3) La traducción castellana, que tiene este título, apareció en 1944. (N. del T.).

(4) Esta cita es textualmente de Dewitt Clinton Poole autor de un trabajo sobre «Rusia y los Estados Unidos» publicado en Septiembre de 1941, en el cual está basado el capítulo de su libro que Lippmann dedica a la vital cuestión de las relaciones ruso-americanas. (N. del T.).



había adoptado una actitud enérgica frente al Japón...

En 1935, después de un receso de siete años, un Congreso del Komintern abrió sus sesiones en Moscú. Entre los delegados se encontraban representantes del partido comunista norteamericano. Su secretario, Earl Browder, presentó un informe sobre la actividad de su partido. Parecía que era aquella una violación flagrante del acuerdo firmado por Litvinov en Washington, una de cuyas cláusulas comprometía a los dos países a no dar asilo a las organizaciones que tuviesen por fin la subversión del gobierno legal de la otra parte. En realidad, esta cláusula fué siempre letra muerta y numerosas organizaciones antisoviéticas de rusos blancos continuaron sus actividades en los Estados Unidos después del acuerdo.

El informe de Browder ante el Komintern fué la gota que hizo desbordar el vaso de las decepciones de Bullitt, que dirigió una protesta al Ministerio de Relaciones Exteriores de la U. R. S. S. Ella fué rechazada por el clásico pretexto de que no había ningún lazo entre el gobierno soviético y el Komintern. Considerado durante un tiempo como «un camarada de viaje», Bullitt se convirtió en uno de los enemigos más encarnizados de los Soviets...

Después de este fracaso diplomático, Roosevelt tuvo que hacer frente a una recrudescencia del anticomunismo en los Estados Unidos. Al mismo tiempo tenía que luchar con los encarnizados adversarios de su política social y económica. La campaña contra el New Deal se hacía más y más violenta. Roosevelt estimó, con razón, que en vísperas de las elecciones para la presidencia, no era oportuno irritar a la opinión pública norteamericana negociando más activamente con los Soviets. Las relaciones entre los dos países, durante este período, fueron solamente correctas.

#### EL SEGUNDO PERÍODO DE ROOSEVELT Y LA AMENAZA DE HITLER

Sin embargo, Roosevelt no había perdido las esperanzas de colaborar en forma más estrecha con los dirigentes soviéticos. En 1936, midiendo las proyecciones de la amenaza nazi a la paz mundial, modificó la política exterior de los Estados Unidos. Ante todo quiso entonces ser informado muy fielmente sobre las intenciones y designios del gobierno soviético, así como sobre la situación general de Rusia, para, en seguida, tentar la reaproximación que había comprometido Bullitt con su actitud.

A fines de 1936, después de su triunfal reelección a la presidencia, Roosevelt encargó a uno de sus más íntimos y antiguos amigos, Joseph E. Davies, en cuya imparcialidad y realismo típicamente

norteamericanos tenía gran confianza, que le enviara un informe lo más completo posible sobre Rusia, país ante el cual acababa de ser nombrado embajador. Este informe debía versar sobre la potencia real de los Soviets, tanto en el aspecto político como en el industrial y militar, así como sobre su actitud con respecto a la Alemania hitlerista y la paz en Europa. El Presidente, en una conversación con su embajador, creyó necesario precisar que el problema de las deudas públicas y privadas, las deudas «zaristas» constituía la única cuestión de verdadera importancia que quedaba en suspenso un año antes de la expiración del acuerdo comercial con los Soviets y agregó que la negativa de este gobierno a considerar esa cuestión tornaba a veces delicadas las relaciones entre los dos países. Semejante situación de conversaciones sin compromisos parecía lamentable al Presidente, porque ella frenaba e incluso impedía una cooperación que él hubiese deseado muy estrecha, sobre todo después del conflicto ruso-japonés y de la agravación de las amenazas de guerra en Europa.

Sin ningún prejuicio, con una clarividente simpatía, Joseph E. Davies, a quien su actitud leal y franca le valió el respeto y la confianza de los jefes soviéticos, informó diligentemente a su amigo Roosevelt. Le hizo participar de sus impresiones y logró destruir ciertos prejuicios, Roosevelt se mantenía en guardia, siempre cuidadoso de no hacer algo chocante para la opinión pública, que seguía desconfiando del régimen soviético y mostrándose hoscamente hostil al comunismo, que veía como un espantajo, aun sin conocer sus principales aspectos. Así, pues, no siguió más que de lejos los consejos de su embajador y se contentó con llevar a cabo gestiones corteses pero sin trascendencia.

Desde 1937, el Presidente había tomado, a pesar de las reiteradas proclamaciones de neutralidad del gobierno norteamericano, una actitud francamente hostil frente a los dictadores fascista y nazi. Ya no escondía a nadie que consideraba a la Alemania hitlerista en particular y a los regímenes totalitarios en general como los enemigos mortales de la democracia. Además, bastante mal informado de la política de las naciones democráticas de Europa con respecto a Rusia, y de las segundas intenciones de sus dirigentes de entonces, en cuanto se enteró de la firma del tratado de no agresión germano-soviético, el 24 de Agosto de 1939, vió en ese acuerdo la adopción, por parte de Rusia, de una posición contraria a las democracias. De tal manera, sin disponer de mayor información, estimó que los Soviets aceptaban ser considerados, en adelante, como una potencia totalitaria. Roosevelt tenía una concepción muy particularmente americana de la democracia y le resultaba difícil no comparar—dando, naturalmen-

te, la preferencia al régimen americano—los métodos de gobierno de las potencias europeas. No podía evitar, como todos sus compatriotas, que tienen la religión de la constitución de los Estados Unidos, la desconfianza hacia la política de un gobierno comunista cuyo fin supremo—según se afirmaba—era la revolución mundial.

Es de notar, sin embargo, que, al producirse la entrada de las tropas rusas en la Polonia invadida por los nazis, conservó toda su sangre fría y, no obstante la presión de la opinión pública y la protesta de numerosos norteamericanos de origen polaco, a pesar de la vehemente indignación de la prensa anticomunista, rehusó intervenir como lo había hecho en el momento de la agresión de Hitler contra Polonia.

Roosevelt postergaba su juicio. Sólo cuando la crisis ruso-finlandesa estalló, tentó una gestión ante el Presidente Kalinin, recordándole, ante todo, la amistad de los norteamericanos por Finlandia y su iniciativa personal para restablecer los contactos amistosos entre los Estados Unidos y los Soviets, para pedirle que el gobierno de la U. R. S. S. no exigiera de Finlandia condiciones inaceptables.

Esta gestión de Roosevelt, aprobada por la enorme mayoría de la opinión norteamericana, que siempre había tenido una particular simpatía por Finlandia (7) tuvo para los norteamericanos la significación de una encuesta. Por otra parte, ella comportaba consecuencias por lo menos enojosas para un país que ostentaba ruidosamente su neutralidad.

En efecto, cuando la guerra estalló entre Finlandia y Rusia, el Presidente tuvo que adoptar claramente una posición. A pesar de la renovada seguridad de la neutralidad, hizo publicar una declaración condenatoria del empleo de la fuerza para la solución de los conflictos internacionales y manifestó la completa simpatía del pueblo y el gobierno norteamericanos hacia uno de los beligerantes: el pueblo y el gobierno finlandeses. El mismo día, 1.º de Diciembre de 1939, encargó a sus embajadores en Finlandia y en Rusia que insistieran ante los beligerantes para que la población civil quedara a salvo de bombardeos. Aquello no le pareció suficiente aún. El 6 de Diciembre, con ocasión del aniversario de la independencia finlandesa, dirigió un mensaje oficial de simpatía de los Estados Unidos por el pueblo finlandés y expresó el deseo de que ese pueblo «continuase asegurando el desarrollo de sus libres instituciones políticas y sociales que —según afirmaba—le habían ganado la admiración del pueblo americano». Y creía su deber ofrecer a Finlandia algo más que simpatía. El 16 de Enero de 1940, pidió al Congreso de los Estados Unidos que aumentara los créditos otorgados

(7) El único país que ha pagado regularmente sus deudas de guerra.

a Finlandia con el fin de que se procurase productos agrícolas y manufacturados que no fuesen armas.

Más sintomática todavía fué la declaración que hizo publicar el Presidente al otro día del de la firma del tratado de paz entre Rusia y Finlandia, el 13 de Marzo de 1940. Sin cansarse de confirmar la simpatía del pueblo norteamericano y condenando una vez más el empleo de la fuerza, juzgaba sin indulgencia la extrategia soviética y terminaba con esta nota: «*The ending of this war does not yet clarify the inherent right of small nations to the maintenance of their integrity against attack by superior force*». (El fin de esta guerra aún no esclarece el derecho inherente a las pequeñas naciones para el mantenimiento de su integridad contra el ataque de una fuerza superior).

Sin embargo, las relaciones con los Soviets no se rompieron. Ellas quedaron «correctas» pero frías. Durante la primavera de 1940, la posición del Presidente no evolucionó más que muy lentamente. Parece que hacia esta época fué mejor informado, si bien siempre de manera incompleta, sobre la situación exacta de los Soviets y su actitud con respecto a los nazis. Aunque los enemigos de la Rusia soviética y del comunismo hubiesen reiniciado sus violentos ataques contra Moscú en la prensa norteamericana, Roosevelt resistió con energía a la corriente anti-soviética que arrastraba a la mayoría de la opinión pública. La misma prensa que calumniaba a los Soviets combatía la política interior e internacional del Presidente. Se reprochaba a Roosevelt no tomar una posición oficial contra los Soviets y se le acusaba de contradecirse al condenar a Hitler y no atacar a Stalin.

Las campañas de prensa, perfectamente orquestadas, y sostenidas más o menos directamente por los servicios de propaganda hitlerista, renacieron, esforzándose por revivir los odios en el plano religioso y en el social. Era fácil provocar la indignación de un gran número de norteamericanos, para quienes las cuestiones religiosas tienen una gran importancia porque ellas afectan no solamente sus costumbres, sino sus tradiciones políticas e intelectuales, pretendiendo que los Soviets habían suprimido la libertad de conciencia y perseguían a las iglesias (8). Estas campañas rindieron su fruto. El anticomunismo, el antisovietismo se extendieron. La propaganda, cuyo tema era que el enemigo N.º 1 debía ser el comunismo y no el nazismo, alcanzó a todas las capas de la población: la administración, los servicios del ejército y la marina, las organizaciones patronales que luchaban contra los sindicatos afiliados al Comité Industrial de Organización (C. I. O.) cuyo creciente poder espantaba a los banqueros, los banqueros y los indus-

(8) Lo que, por lo demás, en la enorme mayoría de los casos, era perfectamente verdadero.—N. de la D.

triales y aún la Federación Americana del Trabajo (A. F. L.) manifestaron a propósito de cualquiera cosa su hostilidad a todo lo que tocase de cerca o de lejos al comunismo y no temieron ejercer una especie de persecución contra quienes se esforzaban por juzgar sin prejuicios la política de la U. R. S. S.

#### AL PRODUCIRSE LA GUERRA GERMANO-RUSA

Cuando Hitler atacó a Rusia, algunos sectores de la opinión, cegados por el odio al comunismo, insistieron en que los Estados Unidos observasen la más estricta neutralidad y declararon sin rubor que la lucha de los nazis contra los comunistas debilitaría a los dos contrincantes, lo que presentaba, desde el punto de vista de los antisoviéticos recalcitrantes, una ventaja para la democracia norteamericana, neutral y aislada. Roosevelt no se dejó conmover ni impresionar por semejante argumentación. Cuarenta y ocho horas después de la agresión hitlerista, el Departamento de Estado, de acuerdo con las instrucciones del Presidente y bajo la firma del Sub-Secretario de Estado, Sumner Welles, publicó una declaración que precisaba la posición del gobierno norteamericano: «Si una nueva prueba de las intenciones reales y de los proyectos para la dominación del mundo por los actuales jefes de Alemania pudiese aún ser pedida, queda ella proporcionada por el traidor ataque de Hitler contra la Rusia soviética... Los ejércitos de Hitler son hoy el peligro capital que amenaza a las Américas».

Al día siguiente, 24 de Junio, en completo acuerdo con el gobierno inglés, los Estados Unidos prometían a Rusia toda la ayuda posible. Y el 2 de Agosto de 1941, un mes después del envío de tropas norteamericanas a Islandia, en la ruta de los convoyes a Inglaterra y Rusia, un cambio de notas entre el Secretario de Estado americano y el embajador de los Soviets, confirmaba que los Estados Unidos aportarían toda la ayuda económica posible a los Soviets, que luchaban contra un agresor «que amenaza la seguridad y la independencia no sólo de la Unión Soviética, sino de todas las demás naciones». Tal ayuda, por lo tanto, era prestada «en el interés de la defensa nacional de los Estados Unidos».

Después de conferenciar con Churchill en el Atlántico, Roosevelt quiso dar a tales seguridades diplomáticas un alcance más grande y una mayor resonancia. El Presidente y el Primer Ministro británico, después de haber redactado la Carta del Atlántico, publicaron una carta dirigida a Stalin para planear los medios más rápidos y eficaces de ayuda a la «espléndida defensa» que oponía a los invasores el ejército soviético.

Esta carta, que sugería una reunión en Moscú

de los representantes de las tres naciones en guerra contra Hitler, echaba las bases de una colaboración efectiva.

Roosevelt había escogido. Su decisión correspondía a una vuelta a la política histórica de los Estados Unidos con respecto a Rusia. Pero ella constituía también un desafío a la masa de los irreconciliables enemigos de los comunistas, que, aun después de la invasión del suelo ruso, no cesaba en sus ataques. Para ellos el enemigo N.º 1 no era Hitler sino siempre Stalin. Un número todavía más considerable de ciudadanos norteamericanos, espantados de ver a su gobierno tomar una posición tan clara, tan poco neutral, vacilaban en aprobar al Presidente, que prometía cada vez más enérgicamente sostener a los Soviets contra Hitler.

Comprendiendo que la corriente anticomunista no perdía su fuerza ni su violencia y que ella podría frenar la política de colaboración más y más estrecha con Rusia, Roosevelt ensayó apaciguar, al menos, una parte de la opinión, una de las más sinceras y convencidas, la que se indignaba porque se les había informado que era un «slogan» aquello de que «la libertad de conciencia estaba suprimida en Rusia y el Gobierno perseguía a las iglesias». El Presidente, en una conferencia de prensa, recordó (y autorizó—lo que era excepcional—que se reprodujesen sus declaraciones en un estilo directo) que el artículo 124 de la Constitución rusa asegura la libertad de conciencia, tanto como la libertad de propaganda antirreligiosa, para todos los ciudadanos.

Mas la oposición no cedía. Roosevelt quería, sin embargo, afirmar cada vez más su posición. En el mes de Octubre dirigió a Stalin una carta que la propaganda nazi conoció y de la cual difundió un texto hábilmente deformado. De inmediato el Presidente hizo pública esa misiva, en la que afirmaba que tenía confianza en la victoria final de las armas soviéticas sobre Hitler y reiteraba su firme voluntad de ayudar a Rusia por todos los medios materiales posibles. Algunos días más tarde, el 13 de Octubre, la Casa Blanca hacía saber que, tal como había sido previsto en la Conferencia de Moscú, cuando el avance de la Wehrmacht parecía irresistible, grandes cantidades de municiones, tanques, aviones y camiones estaban siendo embarcados sin cesar en puertos norteamericanos, camino a Rusia; y que el gobierno seguiría haciendo cuanto estuviera en su mano para el envío de material que ayudase a la defensa que el ejército ruso continuaba sosteniendo con tanto valor y heroísmo.

Al mismo tiempo que apresuraba los envíos de material a Rusia, el Presidente se esforzaba por ilustrar a la opinión pública norteamericana, siempre vacilante y, en parte, francamente hostil. En el discurso pronunciado el 27 de Octubre de 1941,

con ocasión del Día de la Marina, repitió—Roosevelt no se cansaba nunca de repetir—que el objeto de su política era la defensa nacional total y que la primera finalidad por alcanzar para asegurar esta defensa era detener a Hitler. Y agregaba: «Todos aquellos que admiran el valor y la capacidad de sufrimiento no pueden sino quedar impresionados por la encarnizada resistencia del pueblo ruso. Los rusos se baten por su tierra y sus hogares. Rusia necesita ayuda de toda suerte—aviones, tanques, cañones, material médico—para proseguir su defensa contra los invasores. De los Estados Unidos y la Gran Bretaña está recibiendo grandes cantidades de lo que ha menester...

En días pasados, un senador pedía al Secretario de Estado de los Estados Unidos que le justificara nuestra ayuda a Rusia. Este le replicó: «Si alguien quiere realmente derrotar a Hitler no se cuidará mucho de saber quién le ayudará a derrotarlo».

Y Roosevelt, a pesar de las desconfianzas de unos y los ataques de otros, dió la orden de facilitar y aumentar los aprovisionamientos a los ejércitos rusos.

El 7 de Noviembre, con ocasión del aniversario de la revolución de Octubre, dirigió al Presidente Kalinin sus felicitaciones y le participó «la admiración del pueblo de los Estados Unidos por la valiente y tenaz resistencia del ejército y el pueblo de la Unión Soviética» (9). Este mensaje confirmaba oficialmente una colaboración más y más estrecha. Algunos días antes, por un cambio de cartas de especial cordialidad, Roosevelt y Stalin habían establecido un acuerdo que permitía a Rusia obtener un préstamo de mil millones de dólares, según las cláusulas de la Ley de Préstamos y Arrendamientos, para la compra de material a los Estados Unidos. En la carta a Stalin, una frase muy breve indicaba las intenciones de Roosevelt. «Espero—escribía éste casi al terminar su carta—que, sin vacilar, Ud. se comunicará directamente conmigo, si así lo deseara (10). Stalin contestó: «Estoy calurosamente de acuerdo con su proposición de establecer un contacto personal directo entre nosotros cuando las circunstancias lo reclamen» (11).

Y desde entonces, Roosevelt no dejará de buscar el establecimiento de ese contacto personal con Stalin.

#### LA CONFERENCIA DE «LOS TRES GRANDES»

Para ello no sólo deberá vencer la resistencia de la opinión norteamericana, sino una cierta des-

(9) «The admiration of the people of the United States for the valiant and determined resistance of the army and the people of the Soviet Union».

(10) «I hope that you will communicate with me directly without hesitation if you should so wish».

(11) «I am heartily in accord with your proposal that we establish direct personal contact whenever circumstances warrant».

confianza de parte de los rusos. Cuando se dirija al Africa del Norte, en Enero de 1943, le pedirá a Stalin que conferencie con Churchill y con él. El desencadenamiento de la ofensiva rusa impidió al jefe supremo del Ejército Rojo abandonar Moscú. De inmediato los adversarios de la política del Presidente pretendieron que esta negativa era humillante para el honor de los Estados Unidos. El Presidente, personalmente, no se deja desalentar. Quiere encontrarse con Stalin porque sabe que podrá, no solamente encontrar un plano de acuerdo con el jefe del gobierno soviético, sino probar también, tanto al pueblo norteamericano como al ruso, que la cooperación entre los Estados Unidos y los Soviets es en adelante un resultado ya obtenido y que esta colaboración no es solamente impuesta por las circunstancias.

Durante todo el año 1943, que fué el de la preparación metódica de la liberación de Europa, cuando los ejércitos anglo-franco-norteamericanos sostenían combates durísimos en Italia y la opinión pública en los Estados Unidos y más enérgicamente todavía en Rusia, reclamaba con insistencia un «segundo frente», Roosevelt, paciente, obstinadamente, pedirá de nuevo a Churchill y a Stalin que se reúnan para establecer los planes de una acción conjugada de los ejércitos aliados y para estudiar los más urgentes problemas de la post-guerra. Todas las objeciones que una y otra parte le opondan, él las rechazará. Debe ver a Stalin, hablarle, escucharlo, conocerlo. A fines de Noviembre de 1943, logra, por fin, su objetivo. Stalin acepta dirigirse a Teherán para encontrarse allí con Roosevelt y Churchill. Roosevelt está decidido a que este encuentro, tan largo tiempo esperado, señale la iniciación de una verdadera alianza cuyo fin será, no sólo vencer lo más rápidamente posible al enemigo común, sino preparar la paz, que «es necesario ganar como la guerra». Soluciones a menudo delicadas fueron adoptadas en Teherán: un plan de ofensiva general y coordinada fué establecido. Y Roosevelt habló de la paz futura. Gracias a su obtinación, a su habilidad, a su determinación de colaborar lealmente, obtuvo que aquellos a quienes desde entonces se llama «los Tres Grandes», formase un verdadero equipo. Roosevelt supo disipar la desconfianza. La declaración que se publicó después de la Conferencia de Teherán refleja claramente el nuevo estado de espíritu que él logró crear, según el mismo Churchill lo confiesa: «Hemos venido a Teherán esperando y queriendo. Abandonamos esta ciudad convertidos en amigos, en el hecho, el espíritu y la intención». Vuelto a Washington, Roosevelt se dedica a consolidar tal alianza entre los Estados Unidos y Rusia. La mayoría de los norteamericanos aprobarán en adelante su política con Rusia. Sin embargo, un gran número, que admite que la alianza

soviética es necesaria para vencer a Hitler, sigue preguntándose cuáles son las intenciones de los Soviets para después de la guerra y se inquieta al ignorar los verdaderos designios de Stalin. Finalmente, los adversarios irreductibles insisten sin cesar sobre lo de las relaciones ruso-japonesas. «Los Soviets—repiten—no han denunciado su pacto de no agresión con el Japón, que está en guerra con los Estados Unidos. ¡Notable aliado—refunfuñan—aque! que no consiente en romper sus relaciones con el enemigo de su aliado! Si los Soviets pusieran bases a disposición de la marina y la aviación norteamericanas, las operaciones en el Pacífico se facilitarían grandemente y numerosas vidas de nuestros soldados se ahorrarían».

Roosevelt conocía todo el valor de las objeciones a su política de alianza absolutamente leal con Rusia. Y conoce también cuál es la verdadera situación de los ejércitos soviéticos. Hitler no se encuentra aún completamente aplastado. Es necesario que los aliados prosigan en sus esfuerzos para derribarlo. La guerra contra los nazis puede prolongarse todavía. La victoria está, indudablemente, cerca pero aun no ha sido ganada.

Roosevelt, confiado en los jefes que ha puesto al frente del ejército y de la marina, consagra casi toda su actividad a la preparación de la paz. E igualmente en este terreno quiere colaborar estrecha y lealmente con Stalin. En Marzo de 1944, contra la opinión de sus médicos y de sus amigos, inquietos por su cansancio, se dirige a Yalta, aceptando la invitación de Stalin, de quien es huésped. En Crimea, el Presidente de los Estados Unidos es recibido con sincera y calurosa cordialidad, como un aliado en quien se tiene entera confianza. Allí Roosevelt consigue que en los meses siguientes se reúna una Conferencia en San Francisco, para fundar los primeros cimientos de la paz. Los «Tres Grandes» se ponen de acuerdo para reglar la ocupación de Alemania después de su «rendición incondicional».

Al volver de Yalta, aunque manifiestamente estaba muy cansado, Roosevelt se mostró particularmente optimista porque sabía que, en adelante, podría contar con la colaboración de Rusia a la organización del mundo de post-guerra, que esa nación se había convertido en un aliado leal y decidido a seguir una política amistosa para con los Estados Unidos. Stalin probó pronto que era un aliado leal al denunciar, el 5 de Abril de 1944, el pacto de no agresión con el Japón y al adoptar una actitud tan hostil frente a este país que dejaba prever para una época cercana la declaración de guerra.

#### LA OBRA DE ROOSEVELT

Gracias a la perseverancia de Roosevelt, los «amigos virtuales» que Rusia y Estados Unidos

habían sido hasta la revolución de Octubre de 1917, llegaron a convertirse en aliados y verdaderos amigos por primera vez en su historia y después de malentendidos y dificultades graves. Y ello a pesar de la oposición violenta de una parte importante e influyente de la opinión pública americana, a pesar de los prejuicios tenaces de la mayoría de los ciudadanos estadounidenses, a pesar de la desconfianza de los ciudadanos soviéticos con respecto al país que, de más patente manera, simboliza el esplendor del régimen capitalista. Tal amistad de los dos países es una de las más grandes realizaciones de F. D. Roosevelt en la época en que, según la profecía de Alexis de Tocquéville, «cada uno de ellos parece llamado por un secreto designio de la Providencia a tener en sus manos los destinos de la mitad del mundo».

La muerte no le permitió a Roosevelt consolidar las bases y multiplicar los efectos de esta amistad. El consideraba, sin embargo, que, tal como la común lucha contra Hitler había servido para aproximar a los dos países, su común voluntad de construir la paz reforzaría los lazos que debieran unirlos. La oposición a las elevadas ambiciones de Roosevelt se mantiene en guardia en los Estados Unidos; la inquina contra el comunismo es violenta todavía en ciertos americanos y la desconfianza de los rusos no ha desaparecido por completo. Resulta fácil prever, pues, que la amistad de los rusos y los norteamericanos será menos ferviente que si Roosevelt hubiera podido acabar su obra. Pero ésta no perecerá, aunque sin duda, sufrirá eclipses. El camino está trazado; el Presidente supo convencer a gran número de sus conciudadanos. El Presidente Truman aprovecha todas las ocasiones que se le ofrecen para declarar que continúa la política de su ilustre predecesor. Y el nuevo embajador de los Estados Unidos en Moscú, que fué con Eisenhower uno de los grandes artesanos de la victoria militar, el general Bedell Smith, que, como jefe de estado mayor del ejército norteamericano, colaboró útil y amistosamente con los jefes del ejército rojo, ha manifestado hace poco su firme intención de proseguir la política de Roosevelt para con Rusia. Hablando recientemente en Nueva York, en un banquete en el cual se celebraba, a la vez, el aniversario de Jorge Washington y el del ejército rojo, el general Smith afirmó con toda la autoridad de un gran jefe de ejército y de un vencedor, su convicción de que Roosevelt había tenido razón al trabajar con tanto encarnizamiento en aproximar a Rusia y los Estados Unidos. «Todos estamos convencidos—declaró—de que nada es más importante para el mundo, como para las dos naciones, que una sólida base de comprensión entre los Estados Unidos y Rusia. No es necesario interpretar los pequeños roces como señales».

(*Sigue en la pág. 128*)

# LA ORGANIZACIÓN DE LO ECONÓMICO <sup>(1)</sup>

por Eduardo FREI MONTALVA

Plantearse el problema de la organización de la economía no es sólo tratar un asunto técnico más o menos circunscrito. Aceptar una u otra de las fórmulas que se proponen es aceptar, en cierto modo, una filosofía del hombre, porque nunca como ahora apareció tan ligado el destino personal y social a un tipo de economía.

Desenvolver cualquiera de las distintas soluciones implica todo un mecanismo del Estado, limitación o ejercicio de derechos y transformación de condiciones hasta ahora no experimentadas.

Necesariamente, cambios de esta naturaleza provocan luchas tan hondas y universales que, para alcanzarlos, se movilizan todas las pasiones y recursos, de tal manera que la pugna por llegar a un nuevo orden social sobre el fundamento de un nuevo régimen económico es hoy, el objetivo más duramente disputado en todos los pueblos. Como instrumento más adecuado para cualquier realización se mira hacia el Estado, el cual, aumentando su poder, llega a considerar al hombre como un medio para imponer una u otra política, y tiende a absorberlo, despojándolo de toda individualidad.

Las etapas del camino seguido son claramente diseñables: el capitalismo tuvo su apogeo en el siglo pasado, cuando la expansión económica que permitía el maquinismo le daba un margen indefinido de desarrollo; el Estado, que en esa etapa le dejaba amplia libertad en lo interno, era su protector en lo internacional, porque la expansión en nuevos mercados significaba el aumento progresivo del poder y las riquezas nacionales. De ahí que este capitalismo condujera progresivamente a los imperialismos y a la guerra, porque su dialéctica interna le exigía el trabajo esclavo de la colonia para alimentar con materia prima el trabajo esclavo de la máquina y así pagar un mejor standard

de vida a ciertas categorías y clases de los pueblos imperiales. La disputa por los mercados debía constituir el eje de la política exterior, porque a ello se ligaba la supervivencia del régimen económico.

Esta forma de producción y distribución ha sufrido una serie de transformaciones en el orden social y técnico; pero el régimen mismo se ha mantenido en lo que constituye su substancia.

El Estado ha ampliado progresivamente su esfera de acción en el campo económico, extendiendo e intensificando su control y aumentando considerablemente su participación en los beneficios obtenidos. Este desarrollo ha consistido, en parte, en la vigilancia ejercida sobre las instituciones particulares: Supervigilancia de Bancos y Sociedades Anónimas; control en los cambios internacionales y, lo que es más importante, la creación de una enorme economía semifiscal de empresas en que el Estado tiene participación directa.

Por otra parte, en el campo propiamente social esta intervención no ha sido menos intensa. La regulación de los contratos de trabajo y los contratos colectivos en que la ley da al trabajo derechos que limitan la libertad contractual en desmedro de los patrones; el reconocimiento jurídico de las organizaciones sindicales, los seguros de tipo social y otras formas legislativas han amparado al trabajo en sus relaciones con el capital y han significado en la práctica un considerable mejoramiento en sus condiciones.

Sin embargo, como lo establecíamos, esto no ha tocado a la esencia misma del régimen: de hecho, el lucro continúa dominando la economía y la separación de los factores de producción continúa siendo el rasgo característico del sistema. En una palabra, el trabajo sigue siendo un factor subordinado que se vende como una mercadería; pero que no participa en el mecanismo de la producción sino en un aspecto enteramente pasivo que lo excluye de toda función directiva, de toda responsabilidad, de verdadera participación en el beneficio y de todo conocimiento del engranaje que mueve el mecanismo; o

(1) Capítulo de una nueva edición del libro de Eduardo Frei M., «LA POLÍTICA Y EL ESPIRITU», que la Editorial Del Pacífico S. A. lanzará en breve. En la nueva edición de este libro que tuvo tan amplia acogida, hay algunas importantes ampliaciones en capítulos fundamentales. Y se podrá apreciar cómo la filosofía de lo social expuesta hace ya años, ha sido confirmada por los acontecimientos.

sea, lo condena a una triple inferioridad: económica, técnica y psicológica.

Como bien observa Harold J. Laski: «hay una contradicción profunda entre los aspectos político y económico de la democracia capitalista; porque mientras el uno se funda en el poder de unos pocos, el otro descansa en el poder de los más». «¿Cómo puede dejar de ver el trabajador el contraste entre las bases constitucionales de la vida política —el cuidado con que son consultados los intereses afectados, el deseo de reducir al minimum su oposición, los reajustes hechos para obtener su benevolencia— con la base autocrática de la vida económica?».

De hecho nos encontramos con que intervienen en la economía tres fuerzas: los dueños del capital —la dirección técnica— y el trabajo.

Desde todo punto de vista, el trabajo es el factor fundamental de la producción económica y, en cambio, de hecho, ocupa una posición enteramente subordinada; porque son los otros dos elementos los que dirigen, excluyéndolo del proceso de la economía.

Este contraste se ha hecho aún más evidente por un doble proceso; por una parte, hay una evidente concentración capitalista y por la otra, una mayor conciencia de los trabajadores de su poder político y social.

Tal concentración necesariamente se ha producido porque al terminarse el proceso de expansión indefinida en nuevos mercados, pues éstos ya están cubiertos, y aumentar, por otra parte, las cargas sociales y tributarias, el margen de posibilidades exigió una perfección técnica y una acumulación de poder en escasas manos. Este proceso de concentración capitalista que está en la dialéctica interna del sistema lo describió Marx como una de las bases fundamentales de su interpretación; pero en ello no hizo sino reconocer las líneas de evolución inflexibles del sistema que el Papa Pío XI, en su encíclica *Quadragesimo Anno* en el célebre capítulo «A la libre concurrencia sucedió la Dictadura económica», describe con precisión insuperable.

Dentro de las actuales condiciones, son sólo las grandes empresas las que pueden sobrevivir y así de hecho ha ocurrido. La investigación científica; la maquinaria, cuyo costo se justifica con una producción en gran escala; la lucha por los mercados; el

pago de personal especializado y la posibilidad de hacerse oír en los gobiernos, sólo son posibles para empresas que dispongan de cuantiosos capitales, produzcan en una escala muy alta en que el volumen de las ventas permita una ganancia que es mínima en la unidad. Es cierto, por otra parte, que hay muchas empresas pequeñas; pero ellas carecen de influencia y, en último término, son controladas directa o indirectamente por las más grandes.

De ahí que esta dirección autocrática de la vida económica sea uno de los rasgos distintivos de la economía contemporánea. Por otra parte, los trabajadores se han organizado sindicalmente y puede afirmarse que el obrero libre no existe como factor social de alguna importancia.

La organización ha dado a los trabajadores conciencia de sus fuerzas, les ha revelado no sólo su número, sino su poder real y no se les escapa que, en un momento dado, pueden paralizar la vida de la nación con sólo negarse a desempeñar sus respectivas faenas. La organización les ha permitido asimismo conquistar, peldaño tras peldaño, mejoras efectivas en su standard de vida y ha llegado un momento en que la directiva sindical que representa al trabajo organizado es un poder extralegal; pero no por eso menos real y efectivo que el poder legal que representan los accionistas y la dirección técnica.

Pero esto no ha sido lo más importante: el sindicato ha dado al trabajo lo que podríamos llamar el instrumento de alcanzar la igualdad técnica y psicológica.

La organización ha podido pagar al dirigente especializado que ya no sólo es el modesto obrero, aislado, que contrata un empleo con un empresario que tiene sobre él la ventaja de conocer a fondo el proceso de su industria; posee la experiencia y el poder; sino que iguala por otros factores el conocimiento—el poder y la experiencia del representante del capital.

Una parte del público se imagina a los directores del trabajo como simples demagogos irresponsables que viven de las cuotas sindicales de los que trabajan. Esto puede ocurrir en una etapa del desarrollo de la vida sindical; pero, de hecho, tienden a ser, universalmente, directores perfectamente responsables y cuyo pago por parte de los trabajadores, como delegados que los representen y alcancen especialización en su cometido, se justifica tanto

como el pago que hacen los accionistas a los directores técnicos para que los representen en el manejo de su negocio.

En Chile este proceso se ha observado con toda claridad y hay dirigentes de organizaciones sindicales que han alcanzado un alto grado de perfección en su cometido y que, por su posibilidad de asistir a Congresos Internacionales y viajar, y por su experiencia práctica en la industria, llegan a plantear los problemas del trabajo con conocimiento de la realidad financiera, técnica y comercial de la empresa. Tal sucede, en parte, en los Ferrocarriles del Estado, para citar un ejemplo chileno, ya que en otras naciones ésta es una situación más o menos generalizada.

De ahí que el conflicto no se plantee como antes en el simple plano de la lucha de clases, sino que esta etapa ha sido superada por otra realidad de mucho mayor importancia.

El parlamentario señor Bernardo Leighton, en un escrito político sintetizaba estos hechos cuando decía: «Llevando más a fondo este análisis de las recientes transformaciones sociales, cabe además comprobar que, en la medida en que el concepto de proletario se ha extendido y elevado, la calidad de capitalista propiamente tal ha ido reduciéndose a un escaso número de individuos que son, no obstante, los directores legales del régimen económico vigente.

«Esta circunstancia es uno de los elementos más notables que está contribuyendo a la crisis final del régimen capitalista, carcomido en su interior por sus previstas contradicciones orgánicas.

«Mientras las relaciones entre el capital y el trabajo adquirirían las características anotadas, en el campo político un número creciente de trabajadores tomaba parte en la vida pública, haciendo pesar en ella sus opiniones, sus intereses y su dignidad.

«De este modo el conglomerado proletario ha obtenido fuerza económica y también fuerza política, pero en condiciones limitadas a una influencia de hecho, sin que todavía los organismos del Estado Moderno se encuentren consecuentemente estructurados».

«... Como una consecuencia del mayor respeto a la dignidad del proletario y de la mayor confianza que los trabajadores tienen en su propio y decisivo poder y en su preparación profesional, de los con-

flictos del trabajo ha desaparecido casi en absoluto el odio social.

«Consiguientemente, ha quedado desestimada la tesis de la «lucha de clases» y, en contraposición a ella, la tesis de la armonía de clases».

La contienda no es ahora entre dos clases, toda vez que la clase trabajadora, antes sometida o equiparada a la clase capitalista, en la actualidad, la tiene, de hecho, reducida.

«... La lucha en estas condiciones, se transforma más bien en un avance legítimo y pacífico del proletariado hacia el objetivo alto y alcanzable de colocar al servicio del trabajo los instrumentos del capital, algunos de cuyos directores se sienten coadyudantes en este extraordinario suceso».

Esta síntesis que supera el anterior proceso, es fácil de comprobar. Las soluciones de tipo patronalista han resultado en la práctica absolutamente inoperantes y de una candidez lamentable. Es frecuente oír las quejas desilusionadas de los «reformistas» que expresan su pesar ante la ingratitud de los trabajadores que no valorizan las ventajas que se les han acordado.

Más extraño les resulta aún que sea en los centros en que los obreros ganan los mejores salarios y alcanzan un standard de vida más elevado, donde el sentimiento de un cambio se manifieste más ardentemente. Así en nuestro país, es en los grandes centros mineros del Norte o en los sindicatos de industria mejor pagados, en donde la organización obrera alcanza su mayor desarrollo y donde hay un espíritu más combativo en contra del régimen capitalista de producción.

Las ideas anteriormente expuestas explican muy claramente el problema: un mejor salario, un más elevado standard de vida, una más perfecta organización, significan que el trabajador tiene una condición superior y que su cultura, la conciencia de su fuerza y poder aumentan, por lo cual todas las energías no resultan sino incentivos para su deseo de cambio hacia otro orden social que lo refleje con mayor justicia.

Querer resolver el problema como lo piensan los «reformistas» con una serie de mejoras parciales, no conduce sino a este resultado: sentir más claramente la inferioridad jurídica y psicológica del factor trabajo, sentimiento que se transforma en el motor de la acción futura.



El principio hedonístico opera aquí ampliamente: las necesidades son infinitas y cada nueva necesidad satisfecha, es una nueva necesidad que se crea. Y esto no viene sino a probar que por último en el reino sólo de las ventajas materiales no está la solución.

Hay partidos que esgrimen como argumento el haber sido autores de leyes sociales. Es lo mismo. En una palabra, es imposible que a base de «concesiones» para conservar la estructura de un mundo ya inoperante, se quiera detener el camino hacia un nuevo plano de organización económica y social cuyo signo característico ha de ser una democracia económica, en que el trabajo tenga poder social, económico, psicológico y jurídico, proporcionado a su importancia y que así como en la vida política el Gobierno es el reflejo de la voluntad general, en la vida económica se termine con la dictadura de los menos.

La producción tiende así a alcanzar su finalidad social; y su organización interna una estabilidad segura, porque no habrá dos clases en guerra o en una armonía que no es más que una tregua, sino una comunidad de trabajo al servicio del cual están los instrumentos de la producción. En una palabra, la dirección de las empresas será el resultado de considerar tres factores: capital—técnica y trabajo, y, seguramente, el primero tendrá una posición subordinada a estos dos últimos porque son los otros los que ponen el elemento personal, humano, en su actividad a la cual coadyuva el capital—ya sea traducido en finanzas o máquinas.

En el fondo, el mundo asiste a lo que podríamos llamar una redistribución del poder económico.

Como muy bien dice Laski en «La Democracia en crisis», el acceso de una nueva clase al poder político es, tarde o temprano, sinónimo de una revolución social. «Es preciso subrayar que aquí están el centro del malestar de la democracia representativa y la raíz de la crisis que afronta». «Dentro de las entrañas de la vieja sociedad está pugnando por nacer una nueva que encuentra que las formas de aquélla se resisten a sus esfuerzos; a mi parecer es absolutamente natural que si esas formas resultan demasiado inflexibles para permitir el parto fácil del nuevo orden, éste intente romperlas».

Es con esta visión que podemos abor-

dar la comprensión de la estructura de lo social y económico y desligarnos, definitivamente, de la limitada posición reformista o patronatista, que en muchos llega, en su externa forma sólo a una especie de beneficencia.

No hay duda alguna que la sociedad marcha progresivamente hacia este nuevo orden que ya ningún entorpecimiento podrá detener. Lo que conviene saber, y esa es la terrible interrogante que se cierne sobre toda sociedad organizada, es si habrá la suficiente conciencia del cambio para que las viejas formas no resulten «demasiado inflexibles», porque en la medida que la oposición sea más dura, el ataque será más violento y los trastornos más hondos. Es siempre lamentable que estas transformaciones se hayan debido más a la violencia que a la razón, y que las viejas formas hayan debido caer bajo los duros golpes de lo que viene, con violencias irreparablemente inútiles y dolorosas.

Se plantea entonces la manera de conducir la vida social y económica hacia estos fines, de acuerdo con el desarrollo de las economías locales, la evolución de la mentalidad y la organización obrera y los mil factores que forman una determinada realidad nacional, en relación cada vez más estrecha con la organización económico-social del mundo.

A la luz de los hechos resulta indiscutible que es el Estado el llamado a dirigir esta evolución. Desde luego, se anota su progresiva intervención en el campo económico.

El Estado ha sido instrumento de las fuerzas que lo han conquistado y así en el siglo pasado lo fué de la burguesía capitalista y liberal; pero, desde que el voto cuantitativo trasladó el poder político a las masas, el trabajo acrecentó su influencia en forma tal, que hoy a través de él está operando en el campo de la economía

Esta intervención estatal es muy amplia y se desarrolla progresivamente, de tal manera que, por lo menos, podemos reconocer que la mayor parte de las naciones han salido del régimen liberal para llegar al plano de un socialismo de Estado fuertemente intervencionista.

Lo paradójal de tal situación es que, a pesar de este intervencionismo de Estado y esta dirección de la economía que ha hecho desaparecer al liberalismo indivi-

dualista, el fondo del problema permanece igual, o sea, no cambia la antinomia de una democracia política frente a una dictadura de la economía. Precizando más: esta transformación del Estado no ha cambiado la estructura del régimen capitalista y aún ha hecho posible un capitalismo de Estado y un super-capitalismo privado, manteniendo todas las premisas y condiciones de ese régimen llevado a su extremo.

Este capitalismo de Estado se manifiesta fundamentalmente en Rusia; pero también en nuestros países. Para el elemento trabajo ha cambiado el patrón; pero no ha cambiado el sistema. En una palabra, en este tipo de organización lo que se ha desarrollado es una burocracia que muchas veces frente a los obreros tiene menor sentido social que los propios empresarios particulares, porque, al sentirse representante del Estado y realizando obras de interés general, cree que puede aplicar normas abusivas para con los trabajadores.

En muchos servicios del Estado, en corporaciones semi estatales o autónomas, de hecho sus directores, muchas veces creyendo cumplir un deber para con el Estado, adoptan una actitud absolutamente anti-social, de tal manera que para el trabajo carece de significado el cambio.

Por otra parte, el Estado intervencionista, que degenera, con facilidad, en burocracia inoperante, carece de órganos de conducción e información completa. Dividido en tres poderes, el Parlamento político se transforma en legislador económico, cuando no está, por su constitución misma, adecuado para esta finalidad. De ahí nace, en parte, su desprestigio por ser inadaptado al objeto y, por otra, una abundancia de leyes contradictorias y procedimientos que por su lentitud y falta de contenido técnico resultan absolutamente anacrónicos con la vida real de la economía.

Es indispensable entonces ir a dos reformas substanciales: la primera se refiere al régimen del trabajo, y la segunda, a los poderes del Estado.

No habrá paz social mientras no se reconozca jurídicamente el valor efectivo del trabajo y no se le dé participación, la que se acentuará progresivamente en una evolución educadora, en la dirección misma del progreso de la producción y de la distribución.

Esta es la única forma de responsabilizar al trabajo y redimirlo de la triple inferioridad ya anotada.

Este ensayo quiso realizarse, en cierto modo, a través de las corporaciones. La experiencia fué un fracaso y un descrédito, porque se realizó suprimiendo la libertad y eliminando la democracia política, o sea, haciéndola imposible desde el comienzo mismo. Por otra parte, estas corporaciones nacieron verticalmente desde arriba, o sea, fueron instrumentos del Estado, emanados de él, con finalidad política.

La intervención progresiva del trabajo debe venir de abajo hacia arriba, constituyendo una representación cuya nota esencial ha de ser la autenticidad, porque es la única manera de que tenga valor, y más que todo, prestigio responsable ante el elemento que expresa, y sirva así la finalidad que se persigue.

En algunos países, como Suecia, las cooperativas han constituido una forma experimental de resultados extraordinarios.

Industriales norteamericanos han planteado la necesidad de dar en los Consejos Directivos representación al trabajo.

La verdad es que el principio está entrando en el campo de la experimentación práctica, donde puede adoptar las más distintas formas, de acuerdo con las realidades en que opera.

De hecho, hoy, en las grandes industrias existe el Consejo Directivo, en el cual tienen representación los accionistas —o sea el capital— y la gerencia o sea la técnica—. Eso es lo que jurídicamente se acepta. Pero fuera de la sala, tras de la puerta, en una situación de existencia está el Directorio del Sindicato, o de la organización gremial que representa al trabajo. Este es un fenómeno universal. Tal situación, de hecho, no es menos cierta por no estar reconocida jurídicamente, y es también un fenómeno universal, el que muchos piensan que debe tener un reconocimiento en la vida institucional y jurídica, pues semejante situación prolongada mantiene a esta fuerza social sin un cauce que le dé responsabilidad junto a la autoridad que hoy por los hechos mantiene.

Por otra parte, este fenómeno debe traducirse en la organización misma del Estado. El Poder económico debe tener un órgano de expresión, técnico y permanente.

Hay quienes se resisten a pensar este cambio. De hecho, se atemorizan ante su perspectiva o carecen de imaginación para suponerlo en la práctica.

Sería conveniente raciocinar de una manera inversa: ¿cree alguien posible mantener el cuadro actual de una manera definitiva?

¿Constituye la actual organización un sistema estable y aceptado voluntariamente?

¿La dirección de la economía ha sido eficazmente ejercida por los parlamentos o por los organismos simplemente burocráticos?

Estas interrogantes están demasiado presentes para rehuir su respuesta.

Es imposible que el elemento trabajo, que conoce su fuerza política y social y sabe que es un poder en cada empresa, ignore sus posibilidades. Negárselas es

agudizar una lucha que fatalmente llevará a los trastornos violentos que siempre acarrea una revolución que no encontró su cauce.

Por otra parte, será imposible no sólo obtener paz, sino alcanzar progreso si acaso esa dirección del trabajo organizado no adquiere una función directiva en la empresa misma, porque sólo participando en la responsabilidad podrá explicar a sus mandatarios las limitaciones y posibilidades de la economía y exigir los esfuerzos que toda empresa de enriquecimiento colectivo y privado hacen necesarios.

Asimismo, el Estado debe dar una expresión a la economía, porque es una función de carácter técnico; pero estos organismos serán vivos en la medida que reflejen este proceso y que el capital y el trabajo y la técnica tengan allí una expresión verdadera y no fabricada con objetivos políticos.

EDUARDO FREI MONTALVA

# LA POLITICA Y EL ESPIRITU

PROLOGO DE GABRIELA MISTRAL

En pocos días más estará a la venta una nueva edición, con importantes ampliaciones en capítulos fundamentales, de este interesante libro, cuya primera edición, totalmente agotada, tuvo la más amplia acogida. En esta obra se podrá apreciar, una filosofía de lo social, que expuesta hace ya años, ha sido confirmada por los acontecimientos.

---

**EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.**

---

# LA UNIVERSIDAD PUERTAS ADENTRO

Por Raúl OLIVA MURILLO

1.—El hombre de cierta cultura—aún diríamos todo hombre—necesita conocer, aunque sea de manera asaz elemental, el contorno que lo rodea. Debe aprisionar en cierta forma los procesos históricos que han traído al mundo a su devenir de hoy.

A la persona, por otra parte, le corresponde desenvolver su peregrinaje en una nación determinada; de ahí su ineludible imperativo de aprehender ese suceso social propio en su contenido vital mínimo. El ser humano está en medio del tiempo, sometido a todas las vicisitudes de su acontecer. No se puede vivir fuera de su tiempo y de su actualidad.

Estas obligaciones son mucho más valederas para el universitario—tomamos el vocablo en su sentido amplio—por su misión innegada de levadura del cuerpo social. Ni el estudiante, ni el profesional, ni el intelectual tienen derecho a forjarse «su realidad», aislada y despreciativa del presente.

Siempre las obras de los hombres serán imperfectas, ninguna ley eterna las rige. Especialmente en ciertas épocas, las quebraduras del edificio social aparecen con absoluta nitidez. Moneda desgastada que pide ser reemplazada por una nueva. No cabe, sobre todo en semejantes circunstancias, alejarse de lo actual para encerrarse en su propia existencia, sino empujar—según sus dones—a la nueva moneda. Hoy más que nunca no es posible vivir, en su yo, distante por completo de su alrededor.

Resulta, sin embargo, que quienes egresan de las escuelas superiores de cultura, esto es, los profesionales—que deberían servir de martillo para los clavos—vegetan en sus oficios, ausentes y desinteresados de cualquier problema que salga del límite estrecho y bárbaro de su especialidad. Grave mal que hay que cargar a la cuenta de los institutos universitarios.

Ahora, que se habla de reforma universitaria—nacida, dicho sea de paso, al calor del impulso entusiasta de los alumnos, nuevo ejemplo, por tanto, del anquilosamiento de la generación anterior—es indispensable adentrarse hasta la raíz de la cuestión universitaria.

En el fondo, lo que se trata es de rechazar a la Universidad de hoy encerrada en sí misma y progenitora del profesional tres veces profesional, para sustituirla por una Universidad proyectada en la realidad social, respecto de la cual ningún problema humano le sea extraño. Nueva Universidad, en fin, que cumpla su verdadera misión de empresa y fuente de cultura nacional.

2.—Para investigar el problema universitario en toda su hondura, es previo—a manera de introducción—averiguar la situación en que se hallan los intelectuales y científicos.

Corrientemente, se asevera que los intelectuales no cuentan, que no tienen influencia. Fracaso de los intelectuales es expresión a flor de labios.

La vida entera, las grandes transformaciones y procesos políticos, sociales, económicos y morales se desarrollan al margen de los intelectuales. Ellos se han dejado dominar por los hombres de acción. Los intelectuales y científicos no han sabido ni digamos ya profetizar o guiar, sino ni siquiera prevenir o adivinar los sucesos futuros. Verdaderos topos, se han quedado únicamente con sus retortas y alambiques, o junto a conceptos desvitalizados y esencias sin contenido, o con un arte disecador de lo humano.

La explicación no es dificultosa. Los intelectuales llegaron a ser técnicos de la idea, manipulando abstracciones y teorías puras, le hicieron asco a la realidad y ésta, en venganza, les negó el secreto de su contenido vital.

Curioso tipo el del ideólogo moderno, especie de sub-hombre en que los valores humanos desaparecen para dar primacía a un racionalismo puro y corruptor.

No procuremos describir la índole anémica y enfermiza de nuestro tipo intelectual, ello salta a la vista. Irrebatible es la derrota de los intelectuales en América hispana. Eran los llamados naturalmente a orientar, proponer soluciones, dirigir—ideológicamente al menos—a sus respectivas naciones; no obstante, han sido supeditados por la bota militar o por los hombres de acción. En nuestro país, a Dios gracias, no hay militarismo, pero al semillero de donde surgen, en su gran mayoría, quienes dirigen al país es el latifundio o la logia masónica, la asamblea política o la organización sindical.

¿Para qué referirnos a este intelectual chileno, extranjerizante, descuajado por completo de la realidad nacional, atento y alerta, en cambio, al grito de la moda, sea de Francia, Estados Unidos, España o Rusia? Se hace innecesario preocuparse de este snob colocado con gesto desdeñoso por encima del país, del pueblo y del presente.

Aparte del gabinete del ideólogo y del científico, todo el campo cultural, social y político se encuentra en poder del hombre de acción, autodidacta de sí mismo. Este gobierno de los autodidactas ha sido y es uno de los mayores peligros para la humanidad. Autodidactismo equivale a irreflexión e incongruencia, violencia como norma y «prima ratio», acción directa y hecho consumado. Hitler y Mussolini fueron autodidactas por excelencia.

No se crea que se ha sido injusto con el intelectual y el científico. Más bien, acontece lo contrario, la historia les ha hecho plena justicia. Con razón ha manifestado Vasconcelos: «Para ellos no existe el concepto anticuado del alma, pero en cambio reconocen la esfera de la objetividad, una objetividad que no afecta al sentido, no son capaces de heroísmo pero incursionan en la esfera de los valores abstractos. Y hablan mucho de vivencias, pero a la hora de vivir le entra la angustia y van y recaen en la nada. He aquí el proceso del intelectual. Y con razón, ahora sí que con razón inmanente y justiciera, el momento histórico actual los barre de un soplo, sin concederles el honor de una noble derrota».

3.—Junto a este hecho importante del fracaso de los intelectuales, topamos con otro que no lo es menos y que dice relación con la postura de la Universidad frente a su ambiente circundante.

Encuéntrase la Universidad en medio de la sociedad, más ella se puede hallar en dos predicamentos diversos; el uno, dando y recibiendo influjos vitales; el otro, con las espaldas vueltas al presente y a la actualidad.

La Universidad posee de por sí la tarea de servir de animadora de la cultura nacional. Debe, por eso, sumergirse curiosamente en la realidad. Necesita de un contacto estrecho con las urgencias de la vida; reaccionar ante la existencia histórica que le es propia—en tiempo y lugar—; abrirse ante las angustias del tiempo; sólo así puede ejercer su labor esencial de influencia y presión sobre el organismo de la sociedad. Ahora, sin embargo, los institutos universitarios eluden y no aceptan esa obligación inexcusable de guía cultural por el motivo preciso de ubicarse egoístamente al margen de la vida social.

La Universidad de este tiempo vive puertas adentro, ajena a la realidad que la rodea. Encastillada con sus ciencias, subsiste en el más total y absoluto individualismo. Algo de lo más trágico de la hora presente, en particular en Chile, es esta Universidad encerrada dentro de sí misma.

Es la sola ciencia por la ciencia, la formación profesional por la formación profesional, el «leit-motiv» de esta Universidad cientista y decadente. La Universidad, en tales condiciones, se reduce a almacén de oficios, pase de lista, interrogación, examen y cartón profesional, y el graduado a fichero de determinadas disciplinas. La Universidad enclaustrada no forma sino que deforma al hombre. Está en lo cierto Emilio Mira y López—el psicólogo-español—al afirmar: «Es preciso dejar de considerar a la Universidad como un edificio fábrica de títulos destinados para habilitar para más o menos honrados negocios profesionales y concebirla, en cambio, con el substratum de la personalidad cultural».

La derrota de los intelectuales, a que aludíamos hace un instante, es lógica consecuencia de esta Universidad estática y parálitica, encerrada en sí misma, fuera de la vida social, vale decir, fuera de la vida. Universidad que esconde la cabeza para no ver la realidad, Universidad puertas adentro es igual que fracaso de la Universidad.

Mas, la actual escuela universitaria no es solamente responsable de este mal, tiene también muchos otros cargos en su contra; más adelante los señalaremos. Es menester de consiguiente, detenernos algunos segundos en esta Universidad puerta adentro y analizarla brevemente en su evolución en la historia.

A las distintas épocas corresponden diferentes tipos de Universidad. A pesar de ello ¿cómo entender tamaña aberración de Universidad, ente ensimismado en su propio ser, cómo explicarse esta Universidad que mira con desdén a la vida y no se atreve a mirar más allá de las puertas universitarias? La respuesta no debe sorprendernos. En esta Universidad cientista—ciencia por la ciencia—se ha entrometido cierto demonio que ha sido causa inmediata de grandes trastornos que azotan a la humanidad en todo orden de cosas: el liberalismo. La Universidad puertas adentro tiene como principio unitario—si se le puede

llamar tal—la adoración cientista del siglo XIX y su hechura obedece a la inspiración directa del individualismo.

El liberalismo individualista generó la Universidad liberal: ninguna filosofía, ni ninguna concepción general la cimentaba, al revés, principios e ideologías dispares venían, al mismo tiempo, a informar desde afuera a esta Universidad, en sistema de libre concurrencia, y, a la postre, ninguna idea la animaba sino el caos, quedando sólo el particularismo estrecho y limitado de cada disciplina científica; produjo también la Universidad individualista, cerrada hacia adentro, egoísta, de espaldas al cuerpo social.

Achacamos, pues, a la Universidad cientista dos grandes defectos: en primer lugar, el divorcio de la ciencia con el espíritu—aunque importaría mucho tratar este punto, no nos explayamos sobre él por no ser tema de este estudio—, y, en segundo término, la ruptura antedicha de la ciencia con la vida social.

Consecuentemente, no tiene nada de anormal que esta Universidad puertas adentro—resultado nato del liberalismo individualista—carezca de influencia efectiva en la marcha de los países. No es extraño tampoco que ella—encastillada en su interior—no sea venero de cultura patria, ni produzca elites universitarias que sirvan de fermento de la masa. Sorprendente habría sido que esta Universidad momificada tuviera trascendencia social. Ha sucedido lo que tenía que ocurrir: si en algún buen momento hizo propósito de salir del claustro universitario—estrecho y oscuro—la asustó, como es natural, la luz del sol.

Ha permanecido la Universidad con sus especulaciones y sus conocimientos librescos y mientras sus sabios debatían sobre ellos, los hombres de acción—autodidactas de sí mismos—impusieron sus nociones ciegas, instintivas y salvajes.

4.—No parecerían completas estas reflexiones acerca de la Universidad cientista—puertas adentro como la denominamos—si no nos preocupáramos de los productos de esta Universidad, tal como ella los crea: sus profesionales. Y para no andar en el aire, nos referiremos concretamente a nuestro país.

En términos generales, el espécimen que egresa de nuestras aulas universitarias, es el profesional que no es nada más que profesional: Individuo dueño de un título universitario que habilita para ganarse la vida. Ejercerá su oficio con o sin vocación, lúcida o mediocrementemente, según sea el caso; en definitiva, es el profesional que es solamente eso. Preparado si se quiere, pero, de ningún modo, puede presentarse como modelo en su especie.

Esta persona vive una existencia cuasi vegetal. Es puramente profesional, despreocupado de todo lo que no dice relación con su actividad especializada, ajeno, en una palabra, a cuanto es humano. Graduado que sale provisto de las aulas, además de su cartón, con un desordenado bagaje de conocimientos científicos y que nada le interesa que no sea su propio existir.

Capacitado semejante sujeto para desarrollar más o menos honradas actividades, es indiferente e inmovible dentro de su hermético egoísmo. Se queda este profesional con su bisturí, su regla de cálculo o su código y permanece ausente de los problemas nacionales y de la vida del país.

¿No nos interrogamos, a veces, sin hallar respuesta, cómo es que tal médico eminente o abogado de genio jurídico superior, apenas sale de su especialidad—si escapa de ella—es lo mismo que tropezarse con la estupidez personificada y lo que es peor, se trata de una estupidez dogmática?

La Universidad—hoy por hoy—no forma al hombre, da únicamente profesionales, usando de otras expresiones, humanas enciclopedias especializadas con aptitudes para ganarse la vida. En esta hora la Universidad enseña a ser ingeniero, arquitecto, químico, odontólogo, abogado, médico y aquí circunscribe y termina su aspiración.

Por excepción, la Universidad produce otro personaje, tan importante como el anterior, surgido como reacción al profesional burgués, hablamos del fanático de su idea. Son los que abandonan sus estudios, o más tarde su profesión, o simplemente la ejercen a regañadientes, para dedicarse a una especie de fanatismo religioso, político o social. No dudamos que estos últimos productos de las Universidades sean en algunas épocas necesarios, pero nos preguntamos: ¿No será preferible que siendo buenos profesionales, sean, al mismo tiempo, defensores tenaces de sus ideas y activos proselitistas de ellas? Y lo anterior no sólo en razón del bien general, sino también en interés de la propia idea que tratan de propagar.

porque si el sujeto es inepto en su oficio, evidentemente, la radiación apostólica será limitadísima, y, en todo caso, menor a la situación inversa.

Nos hallamos ya frente a la clave que explica el por qué de estos profesionales burgueses y de estos fanáticos de sus ideas. La Universidad por encerrarse en un asfixiante saber profesional, no ha cumplido con su tarea esencial de formar hombres completos, esto es, profesionales que, además de su oficio, cultiven los valores eternos de la inteligencia y del corazón, personas que vivan en la realidad nacional, presentes a las grandes transformaciones de la hora actual.

Para la sociedad es indispensable la existencia de buenos médicos, jueces, pedagogos, ingenieros, etc., pero la Universidad no puede olvidar que está formando hombres y no tiene derecho a evitar su función de transmisora de la cultura que efectúa, en gran parte, a través de los profesionales, agentes suyos en el mundo externo.

El pecado de la Universidad, es no haber sabido formar al hombre. El profesional —«longa manus» de la Universidad— es la muestra más patente y manifiesta de su desprestigio.

5.—Si notorio es el fracaso de la Universidad en cuanto produce tales tipos humanos, más alarmante es aún su situación considerada como empresa de cultura nacional. Influencia en la marcha del organismo social, labor de solución a los grandes problemas del país, función de guía cultural, son sencillamente nulas. Los institutos universitarios no han respondido al imperativo, derivado de su misma naturaleza, de servir de inspiradores de las ideas.

Muy cierto es que la Universidad no es madre de conceptos, ni vertiente cultural, ni orientadora de la masa. Continúa la Universidad por su estrecha senda profesional, mientras otros grupos sociales son los que dan respuesta a las inquietudes de la época. Grave problema en Chile—y en América—, porque la Universidad es el único elemento capaz de dar cultura superior y de encauzar a los pueblos por sus verdaderos moldes en armonía con los nuevos tiempos.

Importante será la tarea parcial de formar profesionales, mas la Universidad—desde ningún punto de vista—puede renunciar a su derecho inalienable de dirección ideológica de la vida social. Esta en cuanto tal es ciega, instintiva y caótica y necesita del cerebro de la Universidad para manifestarse y desenvolverse, para corregir sus yerros y planear su avance futuro. El gremio universitario mirando de otro ángulo, posee también una obligación de retribución respecto a la comunidad, ésta le permitió y lo ayudó a alcanzar su saber, si el proceso histórico hace crisis se agrava su deber de reciprocidad.

Es de recordar una narración de los indígenas del Congo—contada por André Gide—: Para atravesar un ancho río se había amontonado en una barcaza una gran cantidad de personas. Demasiado pesada la barca varó. Hubo que proceder al desembarco de algunos pasajeros. No se sabía a quienes elegir. Se hizo primero volver a tierra a un rico comerciante, a un abogado sin escrúpulos, a un financista dudoso, a la encargada de una casa de tolerancia. La barcaza continuaba presa en el barro. Se hizo bajar, entonces, al director de un garito, a un traficante de esclavos y hasta a algunas personas honestas. La embarcación seguía sin moverse. Pero se aligeraba y he aquí que cuando se hizo desembarcar a un escuálido misionero, la barcaza volvió a ponerse a flote. Los indígenas gritaron indignados refiriéndose a este pobre misionero. ¡Es el culpable! ¡Justicia con él! ¡Es el Padre de la Pesadez! En este «maelstrom» en que se debate desde hace largas décadas el país. ¿cuál será el principal culpable de su mala andanza? Hay contestaciones dispares: El burgués culpa al proletario y sus huelgas, el proletario al burgués y su capitalismo prepotente; el político al que no es político porque se desinteresa de la cosa pública, el apolítico al político por su proceder que llama sucio y corrompido; el de izquierdas al de derecha, el de derechas al de izquierdas. En este mutuo recriminarse—en que cada uno a su turno hace de misionero de la barcaza—estimamos que la opinión pública ha olvidado a quien tiene más culpabilidad: la Universidad, esta Universidad fuera de la vida que no ha cumplido su importante misión de fuente de progreso y de cultura nacional.

A esta Universidad puertas adentro, hay que acusarla de la derrota de los intelectuales y de la existencia del mero profesional. Es ella la culpable, además, del fracaso de la Universidad como empresa de progreso y de cultura y responsable, por último—en buena parte—de la tragedia fundamental de Chile.

En el enfoque que se hace actualmente de la cuestión universitaria, hay que plantear, desde luego, la destrucción de la Universidad puertas adentro y encerrada dentro de sí misma, la cual debe ceder el paso a una nueva Universidad dinámica y vital. La Escuela Universitaria colocada en medio del cuerpo social no puede permanecer extraña a los problemas que la rodean, ella debe aceptar conscientemente su misión trascendental, de animadora de la cultura y no puede mantenerse ficticiamente por encima y fuera del devenir histórico y social de su pueblo.

6.—Antes de indicar las directivas a que debe atenerse la reforma universitaria en su intento de dar a la Universidad su verdadero rol de orientadora social, cabe hacer mención a algunos supuestos preliminares e indispensables.

El primero, es de perogrullo—olvidado por eso con frecuencia—formulable en la siguiente proposición: la enmienda cuestionada se dirige a transformar a las Universidades que existen en Chile. Es decir, a esta Universidad enclavada en la tierra y en el medio social chileno. No se trata de reformar ni la Universidad de París o la de Londres, ni la de Washington o la de Madrid, ni siquiera la de Buenos Aires o de Lima, sino concretamente los institutos universitarios que existen en nuestro suelo: en Santiago, Valparaíso y Concepción. Las experiencias universitarias extranjeras solamente pueden aprovecharse a título informativo; la reforma misma utilizará esos datos en cuanto sean aplicables a Chile, pero ella no puede apartarse ni por un instante de la idiosincrasia nacional y de las características y peculiaridades vernáculas.

El segundo supuesto, es que los planes de reestructuración integral de la Universidad deben realizarse considerando a esta última en función del estudiante—y no del profesor—y aún más, en función de este estudiante chileno que mañana ejercerá su profesión en nuestra patria y que deberá de por sí desempeñar un rol rector en materia ideológica y cultural.

Fuera de estos dos supuestos previos, reparemos que la Universidad es una especie de condominio entre profesores y alumnos—corporación de maestros y estudiantes se le llamaba en la Edad Media—luego, éstos últimos tienen tanto derecho como los profesores a participar en el debate y resolución de los problemas universitarios.

La función educacional—como es sabido—tiene un doble objetivo, uno, en relación con la persona humana y, otro, en relación con la sociedad. De ahí que, a nuestro juicio, una reforma eficaz de la Universidad debe tender a lo siguiente: 1.º Formación de la conciencia social del universitario; 2.º Universidad que sirva de laboratorio solucionador de los grandes problemas nacionales, y 3.º Obras universitarias de difusión cultural y de acción social.

7.—Primero, formación de la conciencia social del universitario, que es tanto como hablar de formación de la conciencia social del profesional de mañana. No mencionamos, por ejemplo, la formación de una conciencia democrática, ni la formación de una conciencia nacional, libre de extranjerismo y patrioterismo chauvinista, porque esto no es materia de estas observaciones, sino a la formación de una comprensión social, que es igual o más importante que lo anterior.

La Universidad debe dar a sus estudiantes una profunda educación social, vale decir, una visión completa y concreta de la realidad social y económica de nuestro país, en que se indiquen sus grandes defectos y se señalen sus nuevos rumbos.

El asunto es grave, la conciencia social o la adquiere el profesional en la Universidad o no la adquiere nunca. En efecto, él por lo común trabajará en un ambiente contrario al pueblo. El profesional, en forma directa o indirecta, periódica o accidentalmente, prestará sus servicios al capital—al capitalismo—, convivirá entre personas que no comprenden y menos sienten el problema del proletario chileno. Esto vale tanto para el ingeniero o arquitecto que construye una obra o un edificio, para el agrónomo que administra un fundo, como para el abogado que sirve de informante o defensor de empresas particulares, etc. El profesional—lo decimos de manera categórica—no puede evadirse de esta influencia y de este clima contrario al pueblo si no tiene una comprensión social firmemente asentada en principios y experiencias adquiridas durante su vida universitaria.

De otro modo, sucederá fatalmente que, cualquiera que sea su extracción social, terminará este profesional por definirse, llamémoslo así, señorialmente. En cualquier conflicto entre capital y trabajo, sin atender a justicia o injusticia, a buenas o malas razones,



estará a ciegas con el capital. Y, aún más, si es hombre de leyes servirá de cerebro a las posturas del capital al igual que aquellos legistas de la Edad Media que buscaban y daban textos legales según fuera el capricho del monarca.

Causará sorpresa, verbigracia, que hoy día en la Universidad ni en la Facultad de Derecho exista la Sociología de Chile como ramo de contenido y vigor propio; el problema social se le trata someramente en general—respecto a todo el mundo—y considerado desde los puntos de vista restringidos de la Economía Política y del Derecho del Trabajo.

La comprensión social que debe dar la Universidad al estudiante, la actitud que ella debe inculcar en favor de los desamparados y del pueblo deriva antes que nada de un problema de bien común. Por pueblo entendemos a todo aquel que no ha resuelto su problema de bien común, los que no tienen el mínimo personal indispensable para vivir como personas humanas, nos referimos, pues, especialmente, al proletario de la ciudad—al obrero industrial—y al proletario del campo—al obrero agrícola—. Los principios más elementales de sociología nos dicen que el objeto de la comunidad nacional es el conseguimiento del bien común. Y este último no es otra cosa que todos, absolutamente todos, los integrantes de la sociedad civil, puedan llevar una vida digna, esto es, aquella en que se encuentra lo necesario en alegrías sanas, en recursos físicos y materiales indispensables para subsistir, antecedentes éstos ineludibles para el pensamiento, la cultura, el arte, la moral y la religión.

Mientras en Chile se deje al margen del bien común a gran parte de los habitantes del país, es éste el problema previo que hay que resolver. Hasta tanto el estado no solucione este defecto de bien común no está cumpliendo su objetivo esencial. De aquí la responsabilidad de la juventud y el claro deber de la Universidad de formar una clara conciencia social a fin de resolver y aminorar este afligente problema de bienestar colectivo.

8.—La segunda reforma para terminar con la Universidad puertas adentro, es que ella sirva de laboratorio solucionador de los grandes problemas nacionales. La Universidad como centro fundamental de cultura del país está llamada a estudiar y buscar soluciones adecuadas a las grandes cuestiones patrias, de preferencia aquellas que dicen relación con el señalado defecto de bien común. Su labor no debe entenderse solamente en un sentido teórico, sino extenderse también a grandes campañas de opinión y a la colaboración y cooperación estrecha ofrecida espontáneamente a los Poderes Públicos que tienen a su cargo la función de legislar.

Se trata de convertir a la Universidad en vitales centros de investigación, abrir las puertas de sus facultades y seminarios a fin de que laboren efectivamente en favor del progreso social del país. De más está decir que este trabajo de investigación universitaria debe llevarse a cabo con la serenidad y la objetividad propias de la ciencia.

Tal vez nunca como ahora es más importante para nuestro país esta tarea universitaria de estudio: «Hay un hecho—dice Ortega y Gasset al comenzar su libro «La rebelión de las masas»—que, para bien o para mal, es el más importante de la vida europea de la vida presente—mejor diríamos del mundo—. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social».

Por lo pronto, es notorio el avance en la economía y en la política del proletariado. Se ha hablado de la posibilidad de que en la Organización de las Naciones Unidas—para asegurar la paz sobre bases firmes—tengan representación las organizaciones sindicales mundiales. En el fondo, se estructura en el mundo un nuevo orden social y jurídico asentado sobre el trabajo y no como hasta ahora sobre el capital, y con ello se deshacen gran número de formas temporales caducas. En Chile, este nuevo orden es algo que se avecina con fuerza irresistible. Al régimen capitalista sucede un régimen del trabajo.

Este nuevo orden social de preferencia del trabajo sobre el capital, al menos en su primera etapa de equivalencia, de ambos factores, se encuentra en nuestro país en gestación muchas veces en la realidad de facto, pero no en la realidad jurídica. Necesita esta nueva ordenación de la Universidad para que ésta le dé los moldes jurídicos adecuados para su funcionamiento.

No es nuestra intención ocuparnos de este punto que dejamos insinuado y que dice relación, además, con puntos de vista particulares—que requieren un extenso desarrollo—acerca de la capacidad de resonancia de Chile respecto de América y del mundo.

9.—El tercer objetivo de la nueva Universidad debe dirigirse a la creación de obras universitarias de difusión cultural y de acción social.

La importancia de esta actividad de la Universidad merece ser destacada; ella, además de importar una acción de progreso nacional, significa también formación de la conciencia social del universitario. Pensamos en una Universidad volcada hacia afuera, en la cual caben desde las Encuestas Sociales, pasando por las Campañas de Alfabetización para Adultos, hasta llegar a los Cursos de Divulgación. Una gama variada de obras universitarias pueden indicarse al efecto por vía de ejemplo: Universidad radiada a cargo de los estudiantes, Escuelas para obreros, Cine educativo, Teatro y Música para el pueblo, etc.

Son de extraordinario interés las actividades universitarias aludidas en lo que dicen relación estrecha con la educación popular. La deficiencia de bien común señalada con anterioridad debe ser resuelta en toda su hondura, no es suficiente, en consecuencia, únicamente dar mayores remuneraciones y participaciones en las utilidades, sino dejar realmente al hombre del pueblo libre de temores materiales. Y eso sólo se produce cuando el proletario aprenda cabalmente a aprovechar las mejores condiciones temporales que recibe. Queda mucho por hacer en el terreno de la educación popular elemental, en especial la destinada a enseñar una inversión congruente y honesta de la remuneración.

Deriva de lo anterior la gran misión educativa proletaria que le incumbe, por derecho propio, a la Universidad y sus estudiantes. Son los institutos universitarios los llamados, en primer término, a abrir la brecha inicial que signifique un vigoroso esfuerzo de toda la nación dirigido a educar a nuestro pueblo.

10.—Las líneas precedentes no tenían más objeto que llamar la atención acerca de que en las indagaciones, controversias y debates de hoy acerca de la cuestión universitaria, es menester no descuidar que se está analizando el instrumento máximo de cultura nacional. Considerando ese aspecto, basta un ligero estudio del problema de la Universidad para llegar a la conclusión inevitable de que apremia acabar para siempre con esta Universidad narcisista que se embelesa en su propio yo.

Nunca la Universidad puertas adentro—así concebida en la hora presente—podrá desarrollar de modo eficaz su misión ideológica y cultural; ella tiene que dar forzosamente el paso a una nueva Universidad proyectada en la realidad social. Por eso, la reforma universitaria discutida debe ser ante todo una santa cruzada destinada a terminar con la Universidad puertas adentro para lanzarla así en el ámbito del país, más allá, mucho más allá, de los marcos estrechos de las aulas universitarias.

Sólo de esta manera cabe afirmar que la Universidad está cumpliendo verdadera función educativa. Entonces, podremos aplicar a nuestra Universidad—en su máxima extensión—el dicho de Carlos V: «La Universidad es el tesoro de donde proveo a mis reinos de gobierno y de justicia».



# EL COMUNISMO Y LA DEMOCRACIA CHILENA

Por *Javier LAGARRIGUE A.*

La existencia del Partido Comunista ha venido a ser el problema central de la política chilena. Su onstante aumento de poder, su organización, y la distribución estratégica de sus fuerzas sindicales, lo han constituido en el núcleo fuerte de la izquierda.

Toda la discusión, en la dramática alternativa nacional que es la elección del Presidente de la República por el Congreso, ha girado en torno a la participación de los comunistas en el Gobierno del señor González Videla y a la sindicalización campesina, que, según se supone, ha de entregar a la población obrera de los campos al control sindical del Partido Comunista.

Nuestra continuidad democrática, nuestra paz interna, todo, según algunos sectores políticos, puede ser sacrificado, a cambio de cerrar el paso al Partido Comunista, aunque sea sólo temporal y precariamente.

Para la conciencia católica del país, este problema reviste especial gravedad. El candidato que fué apoyado por la gran mayoría de los católicos de Chile, señor Cruz Coke, estima que no puede reconocer formalmente el triunfo de su rival, por cuanto éste llevará a los comunistas al gobierno.

Esto plantea algunas interrogaciones de gran urgencia y que es indispensable resolver con claridad.

\* \* \*

Si se niega, en tesis, que los comunistas puedan participar en el gobierno, se les somete a un estatuto de excepción, según el cual, aunque puedan actuar como partido, presentarse a las elecciones, etc., no pueden aspirar a tener ministros de Estado en los gobiernos que apoyan.

Nadie podrá negar la contradicción de tal tesis. No se puede negar a un partido la posibilidad de formar parte del ministerio, mientras no se le niegue su capacidad para actuar como partido político, dentro del sistema democrático chileno.

Negar a un partido político existente y que cuenta con cuatro o cinco decenas de miles de votos en nuestro restringido cuerpo electoral, su derecho a seguir existiendo, después de más de diez años de vida organizada y pública, obliga, lógicamente, a disolverlo y a dictar medidas que impidan su reorganización bajo otras apariencias. Esto lleva, fatalmente, a definir la ideología comunista como una ideología proscrita dentro de la vida política chilena, y a prohibir que en nombre de ella se organicen instrumentos de acción política, lo cual establece la necesidad de prohibir su propaganda. Las leyes que en tal sentido se dicten, deben contemplar, necesariamente, sanciones para el caso de contravención, y sanciones capaces de producir efecto suficiente respecto de un delito que será cometido, con toda probabilidad, por cuarenta o cincuenta mil electores, sin contar con los que no son ciudadanos y adhieren a las mismas ideas.

En una palabra, el principio en virtud del cual los comunistas no deben participar en el ministerio del señor González Videla, es el mismo que exigiría una persecución total al comunismo bolchevique, o al marxismo maximalista.

Debemos preguntarnos si es esto, realmente, lo que se pretende.

Porque sólo en vista de un plan político de tal envergadura, parecería siquiera lógico someter a la nación entera a un estado de alarma extrema.

Decimos «lógico», porque suponemos que quienes así piensan y actúan, adhieren de

tal modo a la mentalidad anti-comunista, que no vacilan en abandonar la democracia que enorgullece a nuestra Patria, a trueque de extirpar, por la fuerza y la sangre si es necesario, al comunismo.

\* \* \*

El anti-comunismo violento tiene tres puntos de apoyo, cuya realidad interesa analizar serenamente.

El primero es la acción de Rusia sobre el mundo, y, en especial, sobre los países de la Europa Central. La violencia política, la persecución religiosa y la imposición internacional, son las tres grandes acusaciones. Para los católicos, la persecución religiosa es particularmente grave, por cuanto ella se ejerce directa y casi exclusivamente contra la Religión Católica. Para cualquiera mentalidad democrática y muy especialmente para la que inspira a los movimientos de izquierda, estas tres acusaciones se refieren a hechos absolutamente condenables y si la prensa o el Partido Comunista pretenden justificarlos, lo hacen a sabiendas de que hieren, en esta tierra, y ofenden gravemente, no sólo los sentimientos sino las convicciones profundas de millones de conciudadanos y provocan con ello una reacción odiosa y peligrosa para el mantenimiento del régimen de tolerancia democrática.

Y lo hacen a sabiendas de que debilitan el crédito de sus posiciones y postulados democráticos dentro de la política nuestra.

El segundo es el carácter internacional del movimiento comunista, y la sumisión del Partido Comunista Chileno a las consignas extranjeras.

Corrientemente, se tiene esto calificado como demostración de anti-patriotismo. Pero es necesario pensar que, en el mundo de hoy, no hay nada que no se proyecte en el plano de lo internacional. No hay ningún problema de nuestro país que pueda solucionarse sin elementos internacionales. Mucho más la organización del trabajo en Chile y en el mundo, que es el tema de la gran crisis actual de la civilización contemporánea. Un movimiento que, como el comunista sostiene una visión integral sobre el hombre y su misión en el mundo, no puede sino ser internacional.

Lo que sería condenable es otra cosa completamente distinta: que el Partido Comunista Chileno, sin consideración al triunfo del comunismo en Chile, en lo cual, para él, debe consistir el bien común de la nación, sacrifique intereses claros e inmediatos de la comunidad chilena, para ejecutar maniobras políticas o sindicales que tienen objetivos ajenos al país. Esto no es sólo condenable en el comunismo, sino también en los anti-comunistas, los cuales, por serlo fuera de toda medida y de todo criterio sensato, quisieron impedir a Chile tener relaciones con una de las tres grandes potencias del mundo, y han expresado por la prensa y por todos los medios, durante el desarrollo de la guerra, una simpatía por el fascismo que no podía sino perjudicar gravemente los intereses del país. Hoy verían, muchos de estos anti-comunistas desafortunados, sin mucha repugnancia, una intervención política del Gobierno de los EE. UU., contra el comunismo en Chile, lo que sería inaceptable y ultrajante para la nación.

El tercero es la subordinación, en la acción sindical, de la conveniencia del bien común y aun de las necesidades legítimas de los propios obreros, a las necesidades estratégicas de la lucha de clases y a los que los activistas del comunismo llaman «gimnasia revolucionaria».

Ni aun el más refinado y sutil espíritu de tolerancia cordial podría ignorar el alto porcentaje de verdad que contiene esta acusación y las gravísimas consecuencias que de ella se derivan. Podemos referirnos, sin temor a desmentidos, a la huelga que en Tarapacá se ha

sostenido, y en cuyo curso los obreros no comunistas, participantes en ella, no han podido obtener ayuda alguna de las cajas de resistencia. Esto es absolutamente inaceptable e inmoral, no sólo por la cruel injusticia que entraña, sino porque es un atentado y una traición a la unidad de las clases trabajadoras. En la zona del carbón, hemos podido oír la queja de un ingeniero acerca del sistema implantado por la acción sindical comunista, y según el cual se prohíbe al obrero sacar más de una determinada cantidad de carbón al día; prohibición sancionada con la entrega del sobresalario al sindicato y aún con la violencia. Esto presenta una irritante contradicción con el interés de los trabajadores y del país. Sin embargo, pudimos comprobar que la estupidez patronal era tal, que nunca se había asegurado a los obreros o a los sindicatos, que la mayor producción de carbón no sería seguida de una rebaja de los salarios por tonelaje extraído.

Hemos querido referirnos sólo a aquellas acusaciones que tienen, a nuestro juicio, una base seria.

\* \* \*

La faz del comunismo, así vista, no es ciertamente, hermosa para quien no participe, sin reservas, de sus ideas, ni representa tampoco el ideal de una acción democrática.

Pero no todo es negativo en la acción del Partido Comunista. Existen también, debemos reconocerlo lealmente, algunos puntos de carácter positivo.

El primero de ellos es la organización sindical de los trabajadores. No ha sido, en verdad, una tarea completamente desinteresada; se ha hecho por y para el Partido. Pero, frente a la alarma de casi todos los sectores anti-comunistas respecto de la sindicalización campesina, y de su oposición, que muchas veces asume el tono de las amenazas, tenemos la obligación de preguntarnos si la sindicalización industrial habría tenido alguna realidad y sobre todo eficacia, sin la acción de los organizadores e inspiradores comunistas. No olvidemos que ellos se consideran a sí mismos como la vanguardia organizada de los obreros. Estas realidades hay que mirarlas con los ojos abiertos, con lealtad y valentía.

Por otra parte, si la organización de los sindicatos no ha sido desinteresada, tampoco ha tenido un precio bajo para los comunistas. Es necesario no olvidar la sangre derramada, ni las persecuciones crueles sufridas durante el período de dictaduras militares. Los comunistas han luchado hasta la muerte por la sindicalización en Chile.

El Partido Comunista Chileno, además, no ha actuado, políticamente, en forma revolucionaria. Establece claramente que postula una revolución económica y social; pero al mismo tiempo ha respetado la constitucionalidad y se ha sometido a sus condiciones en términos generales. Crece en fuerzas y en representación parlamentaria; pero no las utiliza en la acción violenta y aceptando la responsabilidad de formar parte de un gobierno cuyo control no poseerá, acepta un tipo de convivencia democrática concreto, que impone lealtades y solidaridades importantes. En Chile, la acción anti-religiosa del Partido Comunista es esporádica y limitada, a menos que incluyamos en este calificativo la formación materialista y atea que se imparte a las juventudes de sus filas.

Todo esto, puede ser calificado de simple táctica y con razón; pero es necesario comprender que esa simple táctica consiste en participar del régimen legal democrático y de la convivencia que impone a las tendencias doctrinarias más divergentes e irreconciliables. Mientras esa táctica se mantenga, se niega la posibilidad de la revolución violenta.

\* \* \*

Ninguna tendencia política que se inspire en una concepción integral del hombre y del mundo, puede considerar el actual régimen democrático sino como un sistema que tie-

ne por objeto decidir, en esta etapa histórica de la humanidad, las formas substanciales de la convivencia humana en el mundo que viene.

Así, en la concepción cristiana del orden temporal la democracia es un instrumento para construir en la libertad un tipo de sociedad civil que diferirá substancialmente del actual y en el que las libertades fundamentales y la dignidad de las personas tendrán una expresión concreta que hoy no tienen sino en forma parcial e incipiente.

En la concepción marxista y materialista en general, el eje del orden humano radicará en la consideración de la especie, más que en las personas; y en el progreso científico e industrial, más que en las libertades individuales.

Sólo los liberales de tipo romántico creen que el orden actual es perfecto e inmutable; más aún, sólo ellos creen realmente que es un orden de civilización. La inmensa muchedumbre de los pueblos no lo cree así.

Nuevos tipos de democracia surgirán necesariamente; en ellas tendrá más importancia la definición de los fines humanos y sociales, es decir la moral de la acción pública, que la reglamentación del juego político. Los tipos actuales de democracia, que se basan en la convivencia pacífica, no son sino un proceso que pretende buscar en la libertad esas definiciones esenciales.

Negar a los que adhieren al credo comunista su derecho a participar en el proceso tratando de definirlo en favor de sus ideas, puede ser una solución para muchos; pero una solución que suprime la libertad, que niega la democracia, y que consiste en la guerra ideológica violenta.

Se les debe exigir, ciertamente, «juego limpio», y tener conciencia clara de que sus métodos de acción no responden totalmente a esta exigencia; pero una democracia como la nuestra no puede renegar de sí misma y destruirse en la violencia, porque las tácticas sindicales del Partido Comunista no son leales, porque sostiene una ideología irreconciliable con la doctrina cristiana, o porque subordina su acción a los intereses de una revolución mundial en marcha.

Si los católicos tenemos realmente la decisión de cambiar el sistema económico actual, injusto e insuficiente, contra toda la oposición del poder del dinero; —si creemos que el trabajo es el supremo valor de la organización temporal del hombre, y estamos dispuestos a dar a esta creencia una expresión jurídica y económica eficiente, no tenemos necesidad de perder nuestras energías y arruinar a Chile en la lucha anti-comunista.

Reconozcamos con valor que tenemos un rival poderoso en la conciencia de los trabajadores, y que su poder consiste, primero que nada, en nuestra ausencia de las luchas populares, y en la monstruosa contradicción presentada por muchos de nosotros, que cifran su acción política en la defensa del poder del dinero.

Sepamos distinguir, en la realidad concreta de los movimientos obreros, la enorme y permanente base de justicia que presentan y que no se desvirtúa ni por el ronco vocerío, ni por la violencia de los agitadores, porque las cifras de toda nuestra estadística económico-social claman también con violencia. Y sepamos gritarlo también y luchar por la justicia en el sitio y en el momento que ello es necesario, sin esperar eternamente oportunidades de preparación, de organización, de buena disposición de las partes, etc. etc.

El anti-comunismo es una disposición de espíritu que se basa en el temor y en el odio, y que conduce a la negación de la libertad y a la destrucción de la democracia. La tolerancia en sí puede ser inoperante y aún estúpida; pero es el único modo de salvar la libertad y la democracia, si estamos dispuestos a contrariar todos los intereses económicos en la lucha por la construcción de un orden de justicia.

# LOS LIBROS

LUIGI STURZO.—*Italia y el mundo del futuro*. (Editorial Corinto. Buenos Aires).

Numerosos son los trabajos de toda índole debidos a la pluma de Dom Sturzo, periodista, escritor y poeta ha publicado varias obras, entre ellas un *Ensayo de Sociología* (1935), *Política y Moral* (1938), *Les guerres modernes et la pensée catholique* (Montreal, 1942), *The true life, Sociology of the supernatural* (Washington, 1943), un estudio sobre *la Iglesia y el Estado* (1939), un poema dramático *El ciclo de la creación* (1932) y ahora último *Italia y el mundo del futuro*.

Un libro en que se percibe el soplo poderoso de un grande amor por Italia, que inspirando una mente profunda como la de Dom Sturzo, se revela en ásperas y victoriosas polémicas con los detractores de la península. En el primer capítulo traza el autor, como antecedente preciso para su tarea, un bosquejo de la irrefutable verdad de que Italia jamás desmintió su vocación dos veces milenaria como elemento y factor de universalidad. Y que si bien, en los últimos tiempos estuvo atenuada, primero por el nacionalismo de los que hicieron su unidad y después por el fascismo, esa vocación vivía latente en su pueblo.

Numerosas cuestiones de la más palpitante actualidad, que se nos presentan con premisas claras y conclusiones más claras y concretas, se examinan en este libro. Frente al problema que apasionó a los padres del Resurgimiento y apasionó también de nuevo a los italianos: Italia ¿debe ser una monarquía o una república? Dom Sturzo se inclina decididamente por la República, censurando la errónea tendencia de los países anglo-sajones que se empeñaban en considerar a Italia como un país que debía ser necesariamente regido por la monarquía. Sólo el tiempo dirá qué influencia ejerció la opinión de Dom Sturzo en el reciente veredicto del pueblo italiano.

El capítulo Iglesia y Estado presenta graves dificultades para un sacerdote que, al mismo tiempo, todavía puede ser considerado el jefe del mayor partido político italiano. Mas Dom Sturzo resuelve con suma habilidad toda dificultad, ofreciéndonos aspectos nuevos de la delicada cuestión. Así respecto a su punto más espinoso, el tratado de Letrán, concluye que no fue otra cosa que una «*pacificación histórica entre Italia y el Vaticano, ni política ni religiosa*». «*Con el tratado de Letrán la Iglesia obtuvo por medio del gobierno fascista la sistematización jurídica tanto de la posición del Papa en Roma como de los derechos de la Iglesia en el reino italiano. Eso no significaba una aprobación de la teoría o de la práctica fascista, ni tampoco una alianza con el fascismo, como afirmaron clericales incautos o anticlericales malévolos*». Lo que, dicho con otras palabras, significa que la pacificación entre el Vaticano e Italia se habría producido alrededor de 1930 con o sin fascismo.

La educación o reeducación a que debe someterse el pueblo italiano, a fin de librarse del virus fascista, da ocasión para que Dom Sturzo adelante opiniones sumamente interesantes. En primer lugar, que Italia deberá libertarse por completo del fascismo, lo que no será difícil para un país que logró el RISORGIMENTO. El fascismo quedará en la his-

toria de Italia como un período de crisis que habrá purificado la democracia italiana y la habrá encarrilado por su justo camino. La libertad que la juventud italiana había olvidado y despreciado, durante su embriaguez fascista, comenzó a renacer desde mucho antes de la caída de Mussolini. Con ella afloraron no sólo los efectos de los males pasados sino también la intranquilidad del pueblo, las dificultades para mantener el orden y para conseguir cierto bienestar, la necesidad de reprimir movimientos perturbadores, el deber de una autodisciplina, bastante difícil después de veinte años de opresión. Pero todas estas dificultades no importan: a pesar de todo, ese va a ser un trance saludable, va a ser una reeducación por el camino de los hechos, va a ser una gran experiencia que creará las bases de una nueva vida. Se necesitarán orientaciones nuevas y generosas, a fin de que la crisis espiritual del pueblo italiano, especialmente de la juventud, se resuelva en una actividad superior y no haya motivos, ni de abatimientos, ni de ceguera.

Un punto importantísimo en la reeducación de los países, que sufrieron la tiranía totalitaria, es para Dom Sturzo, el que se refiere a la reforma del carácter. Después de veinte años en los cuales el empleo de la mentira, la hipocresía, y la adulación se había convertido en un hábito para todos, sea como medio de defensa en los contrarios al régimen, como recurso para hacer fortuna, como convención social, los efectos de la corrupción persistirán por largo tiempo y el sólo se eliminará a costa de perseverantes esfuerzos.

Italia tiene que afrontar un largo período de reconstrucción económico-social. La estructura política fascista se ha derrumbado y el llamado sistema corporativo ya había fracasado antes de la guerra y durante la guerra había sido reemplazado en gran parte. En medio de la libertad el seudocorporativismo fascista no se sostiene en pie ni un solo minuto. Se ha vuelto a los sindicatos libres y libremente constituidos. En la práctica las orientaciones obreras que encauzan la fuerza del trabajo son socialistas-comunistas por una parte y demócratas-cristianas por la otra; entre ellas no ha faltado un entendimiento desde los primeros días.

No se puede volver a lo antiguo; nadie está dispuesto a vivir de nuevo el pasado; toda generación tiene que vivir su propia experiencia aunque se equivoque. Para arribar al orden hay que pasar necesariamente por el desorden. Los fanáticos del orden conviene que lo sepan. Lo importante es establecer adónde se quiere llegar y tratar de buscar los medios más adecuados y rápidos, para evitar demoras injustificadas, desilusiones deprimentes y desconfianzas insidiosas.

Las grandes transformaciones, las auténticas revoluciones, no son las que se hacen en un día o en una noche, sino las que llevan el sello de la evolución progresiva y de largo alcance y que llegan a la raíz del mal a estirparlo, sin llevarse a la vez esos residuos de bien que todavía existen y que contribuyen a la recuperación de la vida económico-social de un país.

Dom Sturzo analiza en su libro las cosas del pasado que deben quedar y que constituyen lo que él llama «*residuos bien*», y aquellas otras que hay necesariamente que destruir o cambiar radicalmente en su estructura para lograr elevar el nivel de vida del italiano. Y muestra su confianza, de que a pesar de que Italia es pobre de recursos y ha sido aún más empobrecida y dilapidada por el

fascismo, será reconstruida también esta vez por el trabajo, por el ahorro y el sacrificio de sus hijos, como fué reconstruida la primera vez después del Resurgimiento.

La construcción del mundo del futuro de todas las naciones, que apoya Dom Sturzo en su libro, arranca en su esencia, de muchos años atrás. Los largos años de meditación en el destierro, primero en Londres, luego en Estados Unidos, el estudio directo de sus democracias, la gran guerra, el desarrollo de la revolución rusa, la caída de Hitler y Mussolini, no han hecho más que afianzar su pensamiento.

En *Italia y el mundo del futuro*, nada ha cambiado. Las bases del nuevo orden mundial que expone en este libro confirma los conceptos que expresara en *Italia y el Fascismo*: «No existen hoy más que dos alternativas: o una Liga de Naciones con poderes jurídicos y políticos, con propia policía internacional, con la correspondiente contribución de armamentos de cada estado, o el predominio imperialístico de las grandes potencias que asuman la responsabilidad del orden mundial y la protección solidaria o por esferas de los otros estados...» Ni qué decir que Dom Sturzo está por la Liga de Naciones, con todos los poderes necesarios para crear un nuevo orden en el mundo. En 1945, sigue soñando con un nuevo mundo basado sobre el imperio de factores éticos cristianos e insiste sobre la necesidad de afrontar la pacificación de los pueblos y no su castigo.

En el terreno práctico Dom Sturzo, auspicia una gran confederación europea que incluya a Rusia e Inglaterra, sin perjuicio para ésta de seguir siendo la cabeza del Commonwealth británico. Francia, en esta Confederación, debe ser una nación fuerte, pues, «nadie puede imaginar o querer una Francia política y económicamente subordinada a los Tres Grandes, ni una Europa en la que Francia sea una nación débil, dividida y aislada».

¿Qué papel jugará Rusia en el nuevo orden mundial? Tampoco en esta palpitante o inquietante cuestión Dom Sturzo ha cambiado su vieja posición espiritual, que ha sido de franca cooperación con la U. R. S. S., pues, «una Europa unificada es, hoy en que ella atraviesa por la crisis más grande que ha conocido desde la caída del imperio Romano, una necesidad histórica». Y aunque comprueba que la U. R. S. S., ha empezado a ensanchar los límites estrechos de la economía comunista introduciendo en ella el interés privado; ha atenuado la campaña antirreligiosa permitiendo que una iglesia ortodoxa, benévola al régimen pueda existir, tolerada y hasta favorecida. Que esta evolución y reorganización interior tiene por objetivos inmediatos expandirse en el exterior y asegurarse más que una zona de influencia, cree «que no debemos desconfiar de su política; que es preciso comprenderla y ayudarla» en su inevitable evolución. Agregando: «que los caminos que deseamos nosotros los occidentales tanto en la política interna de Rusia como en el campo económico no pueden obtenerse en un día, ni por la voluntad de un hombre sólo. Se requiere la maduración que podrá ser facilitada, pero nada más que facilitada, por la experiencia de la guerra y las dificultades de la paz».

Dice Dom Sturzo en su libro, que Benedetto Croce, en un famoso artículo aparecido en *CRÍTICA* en 1942, hablaba del cristianismo como del hecho espiritual más grande de la historia. Y él, que ha sido siempre crítico de la Iglesia católica (sin abandonar su idealismo filosófico), afirmaba que

había llegado el momento de ser buenos cristianos tanto dentro como fuera de la Iglesia. Y que el ejemplo de Croce, quien hasta ahora ha permanecido fuera de la Iglesia, sirve para tomar las directrices de Jefferson y de Mazzini (también ellos no católicos), en el sentido de ligar los valores morales a los religiosos para reconstituir la educación integral de los pueblos de historia cristiana.

Y que la libertad y la democracia deben ser hoy reconsideradas a la luz del cristianismo hasta por los que no tienen fe religiosa, pues ni siquiera éstos pueden dejar de ver la inconsistencia de la sociedad moderna fundada sobre un cientifismo materialista, o un positivismo pragmático o un panteísmo estatal, nacional o racial proclamado totalitario.

M. Fernández Díaz.

★  
N O T A S

1.

#### LA FALANGE NACIONAL VISITA A LA UNION CIVICA DEL URUGUAY

*En la reciente gira que efectuaron por Argentina y Uruguay visitando los grupos demócratas cristianos, Bernardo Leighton y Manuel Fco. Sánchez,—diputado y dirigente de la Falange Nacional respectivamente,—este último pronunció las palabras que siguen, en la Asamblea con la que la UNION CIVICA iniciaba su campaña electoral, y que se efectuó el día 25 de Septiembre en el Teatro Cervantes de Montevideo.*

Señoras, señores:

La cordialidad tradicional de vosotros ha hecho posible nuestra presencia en la proclamación de vuestros candidatos.

Es grato para nuestro ser de americanos y de chilenos participar en este acto. Para nosotros dirigentes de un partido cristiano y social, demócrata y proletario, vuestra actitud militante en política ha sido ejemplo, estímulo y anuncio de altos destinos.

Ciudadanos de un país libre en esta tierra, también de libertad, sentimos calor de patria propia y común a la vez, que la patria americana no puede ser otra cosa que hogar, aire, tierra y sol, para que la esperanza de la humanidad nuestra de hoy se ensanche, hasta provocar generosa el alumbramiento de un orden de justicia en que la dignidad del hombre alcance su esplendor.

Nuestra Falange Nacional de Chile que, por detestable contradicción, lleva en el nombre la marca de un partido extranjero—que repudiamos declaradamente en los conceptos y en los hechos—ha entrado en la vida pública con el mismo sentido de misión y realización que anima a los cívicos del Uruguay.

Es esta identidad de inspiración y de métodos lo que, por encima del espacio y del tiempo, siempre nos ha unido y nos une cada vez más.

Es esta feliz, yo agregaría providencial coincidencia, lo que nos ha llevado, junto a las instancias de la doctrina, a la convicción práctica de que en el plano americano nuestras organizaciones políticas deben marchar en concordancia.



El acuerdo sobre las tesis filosóficas que vivifican nuestros planteamientos políticos y las determinaciones concretas y precisas sobre las metas por alcanzar, deben constituir la más firme trabazón entre todos los países nuestros, que dé contenido a la actitud del hombre americano, alma de sistema continental y vigor a la gran comunidad internacional de las naciones.

Nuestra unidad de propósitos, dentro de la magnífica variedad de nuestras patrias, deberá imponer a la comunidad de nuestras naciones una orientación capaz de servir para que cada hombre, y muy particularmente el trabajador, pueda obtener cuanto su dignidad de persona exige.

La democracia carecería de sentido si no amparara con eficacia el derecho a la libre y digna existencia del hombre común.

No hay vida libre ni hay libertad si un pequeño grupo de privilegiados, a quienes el régimen capitalista actual les concede todas las ventajas, con negación del fin mismo de la economía, puede imponer su voluntad despótica por sobre las instituciones de la democracia.

El sufrimiento y el dolor que engendra el trabajo deben fecundar el orden social, superando los moldes de la sociedad y el Estado actuales. La ciudad terrestre será así la ciudad del trabajo, símbolo de una auténtica democracia.

Democracia genuina en que la explotación del trabajador ceda lugar a la justicia en todas sus acepciones; en que el egoísmo se transforme en hermandad; en que la avaricia como motor económico sea sustituida por el ideal de servicio; y en que la sujeción del débil al fuerte sea abolida por el imperio jurídico de la igualdad en la libertad.

El orden a que aspiramos responderá entonces, a la necesidad de liberación que el pueblo experimenta y que por trágica paradoja encuentra su expresión en el marxismo, incapaz de satisfacerla en lo profundo y definitivo.

Las instituciones del Estado bajo la impresión de estas intenciones políticas habrán de transformarse. La actual organización deberá ser reemplazada por un orden verdadero en que el hombre de pueblo ejerza la responsabilidad a que su destino le llama; al sistema capitalista habrá de sustituirse por un orden económico, animado por los principios morales, que regulan toda actividad humana, en que se garantice al trabajo organizado la más importante participación en la dirección misma de la economía y su paulatino ascenso a la propiedad del capital y así se llegue a suprimir la secuela de absurdas e inhumanas diferencias de clases sociales y económicas.

El sentido de nuestra misión de cristianos militantes proyectará nuestra actividad, unificado el sentir de los pueblos de América dentro de democracias vitales.

La fecundidad de nuestra acción basada en la inspiradora virtud del trabajo, logrará dar a los pueblos hermanos de América el más genuino concepto de unidad y misión colectiva en el mundo internacional. Así junto a la internacional capitalista de la banca, los negocios y el capital, los cristianos habremos de alzar la verdadera internacional de la liberación del hombre de trabajo. Así, de esta patria de transición, que amamos porque Dios nos la creó con los mejores dones, haremos todos, y con todos los hombres de buena voluntad, un estadio digno para realizar en él la jornada a la Ciudad Eterna.

Señoras y señores: aquí en estos momentos son

depositarios de todos nuestros anhelos los hombres que Unión Cívica destaca como candidatos a las elecciones próximas.

Paladines del más grande ideal humano, adelantados en el descubrimiento de las rutas definitivas de liberación, la suerte de los trabajadores de esta tierra se confía a vuestra entereza de varones esforzados y la esperanza, que alienta la fe en un destino común, por nuestro intermedio, os saluda.

Unión Cívica, adelante.

## 2.

### SOCIAL-CRISTIANISMO Y SU APLICACION A LA REALIDAD POLITICA NACIONAL

*Una declaración sobre su doctrina y práctica hace la Falange Nacional (1)*

«Los movimientos que orientan la opinión pública tienen la obligación de analizar ante el país los hechos de la política y la proyección que de ellos prevén hacia adelante.

Esto es aún más necesario al término de una campaña electoral. Por esto la Falange Nacional cree de su deber, fijar y precisar algunos puntos.

1.º La Falange Nacional, que nació para defender y propagar la doctrina social-cristiana, no pretende invocar un exclusivismo que nada justifica. La idea social cristiana tiene valor universal y nuestro interés reside en que sea servida generosamente, pero en forma seria y responsable por el más amplio número;

2.º El movimiento social-cristiano afirma que el capitalismo, después de haber entregado todo lo que podía como régimen económico, se encuentra hoy día en crisis profunda, estructural y definitiva; afirma también que es necesario crear una nueva organización que entregue el papel rector del proceso económico al trabajo organizado y coloque al capital y la economía al servicio del hombre. En el orden social, los cristianos defienden la existencia y los derechos de la asociaciones naturales, como la familia, el sindicato y la nación;

3.º La Falange Nacional, durante sus once años de existencia ha procurado actuar en conformidad a su planteamiento doctrinario, que en forma tan breve hemos esbozado. En efecto, hemos defendido y acelerado, la existencia y desarrollo de la organización sindical chilena; procurado la reforma de nuestra legislación del trabajo; afirmado el derecho de los obreros a la huelga, en defensa de sus legítimos intereses, con desprecio de imputárseles estar manejados por el comunismo; votamos la reforma de la Ley de Accidentes del Trabajo y semana corrida y otras de interés para el pueblo; presentamos un proyecto de ley con la firma del diputado Manuel Garretón para dar acciones e intervención al trabajo en el manejo de las empresas; y, finalmente, para no alargar en forma innecesaria esta enumeración, podemos decir que manteniéndonos en estrecho contacto con las auténticas organizaciones del trabajo, en especial con los sindicatos y Confederación de Trabajadores de Chile, hemos procurado servir todas sus legítimas aspiraciones;

4.º En este mismo orden de actitudes prácticas defendimos y mantuvimos relación permanente con los movimientos social-cristianos europeos,

(1) Partido Popular Cristiano.

cuando éstos, derrotados y perseguidos, eran execrados. Así, cuando el régimen de Vichy quería, con cartas falsas, jugar al cristianismo social y perseguir al grupo demócrata cristiano, que con socialistas y comunistas luchaba por la liberación de Francia, nuestras publicaciones siempre estuvieron con éstos. En ese mismo período, hemos proclamado sin desfallecimientos, la importancia del movimiento demócrata cristiano de Italia y honramos las columnas de nuestras revistas con la pluma de Dom Sturzo en ese entonces perseguido por el fascismo. Recibimos también a los vascos, social-cristianos prácticos, perseguidos por su valiente defensa de la democracia.

«También hemos sido solidarios con el pensamiento social-cristiano. Desde Péguy, Bloy y Max Scheler hasta los intelectuales católicos franceses, italianos, belgas u holandeses que en un período crítico defendieron la dignidad de la persona humana y cuyo más alto valor está hoy simbolizado en la persona de Jacques Maritain, han tenido siempre en nuestras filas sus más ardientes admiradores y defensores;

«5.º Terminada la campaña electoral, la Falange reitera a la opinión pública, su propósito de apoyar e impulsar las profundas transformaciones políticas, sociales y económicas que el país reclama, ciñendo como siempre, su acción, a una clara y definida orientación social cristiana.

«Consecuente con este propósito, trabajará por elaborar planteamientos concretos, capaces de engendrar actitudes definidas, que traduzcan un auténtico social cristianismo. Deseamos ardientemente hacer un esfuerzo sincero por el predominio de los postulados que once años hemos vivido lealmente y abrigamos la esperanza de que los hechos definan con claridad las ideas, hagan viable un eficaz concertamiento de la acción y aseguren una versión seria y responsable del social cristianismo en la política chilena».



## DOCUMENTOS

### EL MOMENTO POLITICO CHILENO Y LA FALANGE NACIONAL (1)

*Por estimarlo de gran interés, insertamos a continuación el texto íntegro del discurso pronunciado por el Presidente de la Falange Nacional, don Pedro J. Rodríguez González, el 12 de Octubre de 1946, con ocasión del undécimo aniversario de este movimiento político:*

«Muchas veces he dado gracias a Dios, desde lo más profundo de mi alma, por haberme incorporado a una generación ante la cual se presenta el gigantesco espectáculo de una etapa histórica que termina y otra que nace. Abatido a golpes de convulsiones ideológicas, sociales y económicas, teñidas de sangre por una guerra cruel, un mundo muere bajo el peso de propios errores, insostenibles por más tiempo. Pero hay otro mundo que nace, que da balbuciente sus primeros pasos y bebe con ansias sus principios orientadores en las más encontradas filosofías, sin haber hallado aún la ruta de su destino. ¡Y de este mundo en gestación depende si legaremos a nuestros hijos una sociedad

(1) Partido Popular Cristiano.

justa, fecunda, pacífica y humana! Quien supere la más mínima sensibilidad, se sobrecoge ante este momento histórico que está definiendo para nuestra generación, y muchas de las que vienen, las normas que han de regir la convivencia de los hombres en sociedad.

Pero el hombre está llamado a jugar el doble papel de espectador y de actor, porque no es un individuo aislado. Forma parte de un conjunto, de una familia, de una Nación, de una Humanidad, y su suerte está íntimamente ligada al grupo más extenso y al más reducido. El hombre es, además, el nexo entre la historia pasada y la del porvenir, porque su vida es la historia del presente. Esta inevitable solidaridad de todos los seres humanos, que los tiempos modernos han destacado con más evidencia, se traduce para el hombre en el imperativo de actuar, de cumplir su destino en la sociedad y de rendir su tributo personal ¡Ninguna generación como ésta puede sentir sus deberes con más exigencia!

Entre todos los hombres, los cristianos tienen en este instante una responsabilidad suprema. Poseedores de la verdad, portadores de una doctrina que supera a los acontecimientos, y mensajeros de una filosofía que a través de los tiempos ha dado la vuelta al mundo predicando la justicia y la dignidad humanas, no pueden ser espectadores fríos y displicentes, cuando la Humanidad pide y reclama lo que sólo el cristiano puede dar. Hechos y circunstancias que personalmente no hemos gobernado, pero en cuya gestación ha quedado gravemente comprometida la doctrina social cristiana, hacen que el mundo esté hoy en los umbrales de transformaciones llamadas a tener las dimensiones de una revolución profunda y duradera. Esta verdadera revolución se realizará, inevitablemente con los cristianos o sin ellos. Todo cuanto tienda a la mera conservación de un pasado que ya hizo época, sólo tiene un resultado práctico: la transformación se hará sin nuestra intervención, contra nuestras ideas y contra nuestro acervo doctrinario. He aquí nuestra gran responsabilidad. Si conociendo la verdad no somos capaces de insuflar con ella la solución del presente y del futuro, sobre nuestra generación caerá el anatema de haber sido falsos cristianos y de haber permitido el entronizamiento del error.

La Falange Nacional existe para dar a los cristianos de Chile un instrumento de acción política a través del cual puedan cumplir las graves responsabilidades que la hora presente les impone, y para hacer un llamado generoso a todos aquellos que, sin tener Fe, tienen con nosotros unidad de miras en lo temporal y aceptan aunar sus esfuerzos para una acción política orientada en nuestros principios.

Cumplimos once años de duro batallar y ¡qué íntima satisfacción sentimos! A ninguno de nosotros se escapa la certeza de nuestra pequeñez material. Somos muchísimos menos que lo que deseáramos ser, en número e influencia en los destinos del país. No tenemos recursos económicos; carecemos de medios de expresión adecuados para explicar a la opinión pública nuestras actitudes, ora silenciadas, ora mal interpretadas; hemos vivido en un ambiente cargado de prejuicios e incomprendiones, y muchas veces hemos sido víctimas de malévolas consignas. Y sin embargo, repito ¡qué íntima satisfacción sentimos al mirar retrospectivamente nuestra corta vida política!

Es que en primer término hemos logrado sub-

sistir y vencer todas nuestras debilidades congénitas. Al mismo tiempo que afianzábamos, lenta pero sólidamente nuestro derecho a seguir viviendo, otras organizaciones políticas que en un momento parecían contar con lo necesario para un triunfo fácil, cayeron abatidas porque eran cuerpos sin alma. Hemos subsistido, porque hemos sido capaces de vencer con nuestro espíritu las limitaciones de la materia, y esto que nos ha dado derecho a vivir, nos da también derecho a triunfar.

Hemos comprobado tener razón de ser en la política chilena, aportando una tesis específicamente distinta a las que aún hoy día tienen valor operante. La doctrina social-cristiana, en cuyos principios inspiramos nuestra posición política, social y económica, fué llevada por nosotros a la realidad chilena, señalándola como un cauce distinto del individualismo y del marxismo, capaz de orientar nuestra política y de engendrar soluciones constructivas y justas, con un claro sentido cristiano de la vida. Nuestra breve experiencia comprueba que nuestras ideas encuentran señalado eco en un poderoso sector de la opinión pública, y están llamadas a tener influencia decisiva en los destinos del país.

No pretendemos tomar posiciones odiosas, pero esto, no es óbice para que hoy afirmemos con la frente muy alta, que, por haber sido siempre fieles a nuestra ideología y por haber conformado nuestros actos a nuestra doctrina, sin desviaciones y sin temor a los prejuicios, a las interpretaciones equivocadas y a las reacciones injustas de los intereses heridos, tenemos el primer título de la política chilena para seguir enarbolando, ahora y más tarde, la bandera social-cristiana que nosotros clavamos en nuestra tierra.

Con firmeza hemos sostenido la libertad de los católicos para agruparse en tiendas políticas distintas. La vida específicamente religiosa, es una por esencia. Con todo, existen divergencias de criterio y de orientación, que justifican, en la apreciación de la política concreta o temporal, que los partidos tomen posiciones políticas diversas y aun contradictorias. Estas ideas ya definitivamente incorporadas a nuestro medio ambiente, han traído el saludable efecto de apartar la controversia religiosa de la política candente, han preservado el respeto y consideración a que es acreedora la Iglesia y, lo que también interesa destacar, ha permitido elaborar un planteamiento político popular, de inspiración cristiana, capaz de disputar al marxismo la confianza de la masa trabajadora y proletaria. No es exagerado afirmar que nuestra presencia y nuestra acción ha contribuido poderosamente a la superación de esta importante etapa.

#### POLÍTICA NACIONAL

Cuando nacimos a la vida política, los partidos estaban férreamente agrupados en Derechas e Izquierdas. Fuimos los primeros en denunciar al país esta división artificial y sin base racional, señalándola como inoperante y causa directa de una lucha estéril que agotaba nuestras mejores reservas. «Nos hemos propuesto, dice el punto segundo de nuestra Declaración de Principios, romper las divisiones artificiales que destruyen la Patria». Al servicio de esta idea hemos actuado con amplitud y generosidad. Siempre hemos estudiado las soluciones ajenas, vinieren de donde vinieren, con el honrado propósito de apoyarlas decidida-

mente, si en nuestro concepto eran justas. En lo concreto, hemos colaborado con todos los que de buena fe han procurado resolver algún problema, por distantes que fueran nuestras posiciones ideológicas.

Consecuentes con este propósito, hemos insistido en la necesidad de una política nacional, que rebalse el estrecho partidismo y una a todos los ciudadanos aptos y capaces que de buena fe quieran entregarse a la noble tarea de hacer un gobierno sano al servicio del interés público, sin exclusivismos odiosos, ni recelos estériles. Pero, en la expresión de esta política nacional, no podemos quedarnos aquí. A fuerza de mucho repetir y de ser prohibida por los bandos más opuestos, la idea de una política nacional toma, en el hecho, contornos tan amplios y a veces tan encontrados, que es hora ya de definir lo que entendemos por una política de este tipo.

Creemos firmemente que una política nacional sólo puede realizarse con el trabajo asalariado sin cuya intervención directa y responsable no tiene eficacia creadora ni queda asentada sobre bases sólidas y justas. Característica inconfundible de estos tiempos, comprobada en el mundo entero y también entre nosotros, es el despertar de las clases trabajadoras que, tomando conciencia de sus derechos y deberes cívicos, se han proyectado en política, donde actúan con madurez creciente. Ninguna consideración de justicia, ni de mera conveniencia, puede ser bastante para negar la intervención que el pueblo, fundada y categóricamente, reclama.

Por otra parte, signo también de los actuales tiempos es la importancia casi el predominio, en todo caso la urgencia—de los problemas económico-sociales. Y así como no puede concebirse una política que carezca de voluntad decidida para abocarse y resolver esos problemas, así también resulta imposible concebir que su estudio y resolución puedan abordarse por una política que no sea integrada por las clases trabajadoras, que en definitiva son las más directamente interesadas en estos problemas.

Pero es necesario avanzar algo más.

Una política nacional no se caracteriza solamente por su generosidad para servir el bien común, ni por el apoyo de las clases populares. Para ser eficaz también necesita unidad de miras. Por esto no podemos concebir una política nacional, si entre todos los que la sirven, aun venidos desde distintas tiendas no existe, como denominador común, el claro convencimiento de una transformación profunda y seria de nuestro sistema político, social y económico. Tenemos conciencia y sabemos positivamente que el trabajo asalariado reclama un lugar mejor en la distribución de la riqueza, pide mayores responsabilidades en el manejo de la economía y aspira a tener más adecuados medios de expresión en la organización política del país. También tenemos conciencia, lo sabemos positivamente, que estas aspiraciones son justas, y para satisfacerlas, es necesario abordar de inmediato, urgentes transformaciones. Una política nacional, por generosa que sea su inspiración, no puede estar en boca de quienes, aferrados a un pasado que nos entregó ya todo lo que vitalmente podía darnos, se niegan a seguir la senda del progreso y la justicia.

Esta ocasión, en que la Falange Nacional celebra alborozada su undécimo aniversario, es sin disputa oportuna para hacer un recuento prolijo de nuestro

capital político y doctrinario y dar una mirada escrutadora en ese breve pero fecundo pasado de nuestra vida, en cuya prolongación hacia el futuro ciframos las mejores esperanzas de nuestro ulterior desenvolvimiento. Con todo, el tiempo siempre escaso y limitado, me induce a invitaros al análisis de los hechos actuales de la política chilena, y de la forma como estamos enfocándolos.

#### LA CANDIDATURA DEL DOCTOR CRUZ COKE Y LA FALANGE NACIONAL

Acontecimiento de importancia, e inesperado, fué el planteamiento político y doctrinario de la candidatura del doctor Eduardo Cruz Coke, levantado por el Partido Conservador. A término de larga y difícil gestación, fué presentada al país con definidos contornos. Una campaña sistemática, jalonada con repetidas declaraciones, dejó en claro su propósito de realizar una política social-cristiana y no capitalista, de tipo nacional y no derechista. Confirmaban este planteamiento, hechos concretos como el estridente rompimiento de la tradicional alianza liberal-conservadora y las gestiones con el Partido Socialista, durante cuya secuela llegó a expresarse que existían factores comunes entre dos Partidos, Conservador y Socialista, ubicados hasta entonces de manera permanente en la más irreductible contradicción política y doctrinaria.

En otros términos, esta candidatura no obstante salida de las filas conservadoras, se definía a sí misma vistiéndose del ropaje doctrinario y político que la Falange Nacional había sustentado invariablemente durante su existencia. Por eso—y sólo por eso—la Falange Nacional la hizo suya. Sólo por eso, fuimos capaces de librar esa campaña, con el brillo, la decisión y el entusiasmo con que se defiende lo propio. Y no pecamos de reticentes. Cuando proclamamos al doctor Cruz Coke, dijimos bien claro que lo hacíamos porque él y su Partido habían aceptado realizar una política social-cristiana y no capitalista, nacional y no derechista, o, en otras palabras, porque habían aceptado hacer política falangista. Y aún resuenan nuestros discursos en que reiteradamente lo repetimos.

La coincidencia del Partido Conservador con los postulados falangistas, definida a través de las ideas básicas ya expuestas, fué mantenida sin variación hasta el día de los escrutinios, pero entonces quedó de hecho terminada, porque el Partido Conservador siguió una línea política distinta.

Hemos creído, y seguido creyendo, haber resguardado el creciente desenvolvimiento de la idea social-cristiana, haber sido fieles a una auténtica política nacional y preservado el régimen democrático.

#### RECONOCIMIENTO DEL TRIUNFO DE DON GABRIEL GONZÁLEZ

Sin desconocer las facultades del Congreso, la Falange, consciente de expresar el sentir político de un importante sector, creyó de su derecho y de su deber juzgar los resultados electorales, tan pronto fueron conocidos. Al día siguiente de verificados los comicios, la Falange reconoció su derrota, con decisión y generosidad, y declaró que esperaba del Congreso la ratificación del triunfo obtenido en las urnas por el señor González Videla.

Antes de analizar el problema en sí, conviene despejarlo de elementos extraños que, sin pertenecer a él, oscurecen sus términos. Es curioso, sin embargo,

la insistencia con que muchos de ellos han sido mantenidos en permanente consideración.

Empecemos por decir que ningún compromiso, ni decisión anterior a los comicios, puede limitar la libertad de formarse un nuevo juicio sobre el asunto. La cuestión presidencial era ya conocida, pero el resultado electoral la ubicó sobre bases totalmente distintas, que hicieron necesario rever el punto en todos sus aspectos, con la misma detención del que desea formarse criterio sobre un nuevo problema que antes no había ocupado su atención.

Tampoco existe problema constitucional. Es innegable el derecho de los parlamentarios para decidir libre y soberanamente entre los candidatos que obtuvieren las dos más altas mayorías relativas, como libres son también para hacer el bien y el mal.

Por otra parte, circunscrita la elección a candidatos cuyas personas por igual dan la seguridad de un gobierno digno, que garantizan lo de más sustancia en nuestra organización, el respeto a la Iglesia y a la conciencia cristiana, el régimen jurídico democrático, y los derechos y conquistas del proletariado, la decisión puede y debe ser tomada en la certeza de no comprometer ninguno de aquellos criterios que tienen la fuerza y el vigor de lo definitorio o que, por su alcurnia, tocan el campo doctrinario.

El asunto está así, ubicado en el terreno exclusivamente político, dentro del cual corresponde ser pesado con frialdad y patriotismo.

Un hecho inobjetable es que el señor González Videla, en una elección limpia y sin reclamo, fué favorecido con una notable ventaja sobre su más inmediato contendor, y este hecho es título moral y político suficiente para el ejercicio de la Primera Magistratura. Hay que reconocer que el país desea dirigir sus destinos conforme a la orientación triunfante. Un partido como el nuestro que pretende ser respetado, no puede menos que respetar y reconocer este triunfo.

Sumar los votos obtenidos por los otros dos candidatos para concluir que es minoría el señor González Videla, es olvidar que los tres candidatos se definieron en términos claramente divergentes por su orientación y su doctrina. Otro muy diverso habría sido el resultado electoral si el doctor Cruz Coke y el señor Alessandri hubieran significado una división de la Derecha, meramente división ocasional y transitoria. En ese caso sí que habría sido justo y legítimo sumar los votos de candidatos de distintas fracciones de la Derecha. Pero la elección no fué así. Por mi parte, quiero declarar que en ese evento la Falange no habría apoyado al doctor Cruz Coke y, como estoy cierto que nos acompañan muchos elementos independientes que lo favorecieron en la elección, creemos que sumar los votos del señor Cruz Coke y del señor Alessandri es mofarse del electorado nacional.

La democracia debe ser lealmente vivida y para esto es necesario buscar los medios que integren en un solo hecho, el veredicto popular y las formas constitucionales. Disociar estos elementos, es disociar la democracia. Los partidos van a las elecciones para triunfar, pero el país, a conocer la voluntad ciudadana. Proclamada ésta, la lucha partidista debe terminar con el reconocimiento claro y explícito y el sometimiento sin reservas. La pretensión de colocar frente a frente como elementos contradictorios, el veredicto popular y las formas constitucionales, crea artificialmente un grave

conflicto institucional de consecuencias imprevisibles. La democracia debe ser vivida en su esencia y servirse con lealtad.

Finalmente, como lo hemos dicho tantas veces en once años de vida, la Falange representa un auténtico sentido social-cristiano. La idea social-cristiana, no es un plan político o régimen de mayor justicia que se da y se otorga al pueblo, como el que se desprende de lo propio en beneficio ajeno. Sus realizaciones sólo pueden cristalizar cuando llegan a ser deseadas por el pueblo, aceptadas por el pueblo, realizadas con el pueblo y por el pueblo. Utópico, artificial y falso es creer que la idea social-cristiana se administra como la medicina al paciente, haciendo fe en la experiencia y conocimientos del que actúa. Para nosotros, es auto-disciplina que el pueblo se impone a sí mismo con plena conciencia de lo que busca y acepta. Un movimiento social-cristiano necesita convivir y confundirse con las masas trabajadoras para ser fiel intérprete de sus sentimientos de justicia, vindicaciones y aspiraciones. Cualquiera posición política contraria a la voluntad del pueblo es contraria a la política que sustentamos y aleja, y muchas veces troncha, las mejores expectativas de progreso. La Falange Nacional, que tantas pruebas ha dado en su vida política de cómo sabe ser leal defensora de los intereses populares y cómo ha confundido su destino con el destino de las clases trabajadoras, debió admitir que el señor González Videla era efectivamente el candidato del pueblo, y reconoció su triunfo en nombre de una bien entendida idea social-cristiana.

Esta larga y circunstanciada exposición de las razones que nos indujeron a reconocer de inmediato el triunfo del señor González Videla, no tienen —para felicidad de la República— el valor de abrir camino a una decisión del Congreso, que hay motivo para esperar con tranquilidad. Se justifica, sin embargo, porque la Falange desea que la opinión pública sepa con claridad que sus posiciones frente a los problemas concretos de la política activa, son resueltos con sentido de responsabilidad cívica, decisión, desprendimiento partidista, velando siempre por los intereses generales del país y adhiriendo a las ideas y no a los hombres que en un momento las encarnan.

#### COLABORACIÓN AL GOBIERNO DEL SEÑOR GONZÁLEZ

Despejado este aspecto de la política falangista, pronto nos vimos abocados a otra grave decisión. El señor González Videla, en visita oficial que hiciera a nuestra casa, expresó a la directiva que necesitaba su colaboración para las tareas del Gobierno que constituirá una vez elegido. El Consejo, primero, y la Junta Nacional, después, aceptaron derechamente el ofrecimiento.

Nuestra línea política orientada en un sentido sinceramente democrático, nos ha inducido a adoptar todas aquellas actitudes que de algún modo contribuyan a robustecer la autoridad legítimamente constituida y aseguren la continuidad jurídica y legal de nuestras instituciones republicanas. Su normal desenvolvimiento garantiza a todos el libre juego de las corrientes partidistas y permite servir con eficacia la fundamental misión de atender el bien público. La Falange sintió sobre sí el peso de esta responsabilidad.

Por otra parte, las gestiones llevadas a cabo por el propio señor González Videla, ante partidos políticos que no lo acompañaron en la campaña

electoral, demuestra irrefragablemente su propósito de hacer una política abierta a las influencias del mayor número, y no se divisa razón bastante para negar un aporte que se pide con el fin de lograr la síntesis que hace posible un Gobierno constructivo, de tipo nacional, que afronte con decisión los graves problemas que nos aquejan.

En la política chilena somos calificados de auténticos portadores de la idea social-cristiana que, como muy bien lo expresaron nuestros afiches a lo largo de todo el país, durante la campaña electoral, no se predica: se realiza. Pues bien, la colaboración gubernativa es un medio que permite pasar de la prédica a la realización, limitada tal vez por la necesidad de convivir con otras ideologías, pero en todo caso, un medio de realizar, de traducir en hechos nuestras ideas y demostrar a través de ellas, como ha ocurrido en otras ocasiones, que nuestra doctrina no está embarazada ni por el miedo a vivir ni por disensiones internas, y tiene la vitalidad y madurez suficiente para soportar la prueba de la acción concreta.

El país necesita trabajar y producir y esto sólo es posible al amparo de un Gobierno con amplio respaldo popular, que afronte con eficacia las difíciles circunstancias presentes y que se ven venir. Consolidar la incierta situación actual, dando paso a un Gobierno ampliamente representativo y de clara tendencia popular, es el deber que el patriotismo impone en esta hora.

#### PARTICIPACIÓN COMUNISTA

No hay razón valedera que excuse el incumplimiento de este deber, ni aun a nuestro juicio, las relaciones que el Gobierno tendrá con el Partido Comunista, posibles de concretarse con responsabilidades ministeriales. Y como de este punto suele hacerse caudal doctrinario, parece oportuno aprovechar esta tribuna para explicar nuestro pensamiento.

Jamás hemos silenciado, ni aun frente a los dirigentes y militantes del Partido Comunista, la contradicción que existe—y que proclamamos—entre la filosofía cristiana y el materialismo comunista, con todas sus profundas consecuencias. Jamás tampoco hemos silenciado que predicamos nuestra doctrina espiritualista y de paz social, como un antídoto político a la suya. En este campo no caben posiciones débiles y en nuestra conciencia está que no las hemos tenido.

Pero el comunismo es un hecho complejo. En la política se expresa, no sólo como una filosofía. Es también un ideal, todo lo falso que se quiera, pero siempre un ideal y en muchos comunistas, tal vez en muchos más de lo que se piensa, es solamente un ideal. Su caldo de cultivo es la miseria, la injusticia de un régimen que a la mayoría de los hombres impide satisfacer las exigencias más fundamentales de la vida y los deja sin participar razonablemente de las riquezas que Dios ha puesto en la tierra para el goce de todos.

Para combatirlo con eficacia no basta ser anti-comunista, repetir incesantemente sus errores filosóficos y abstenerse de alternar con el partido en la política diaria. Entre nosotros, esta actitud negativa ha tenido el más ruidoso fracaso y abisma que aun se insista en practicarla.

Al comunismo se le combate con actitudes positivas.

Lo primero es desentrañar lo que tiene de justo y humano, separándolo con cautela de lo malo

que encierra. Y después, es necesario estudiar con cuidado, yo diría con humildad, hasta dónde nosotros mismos somos culpables del hecho que condenamos, por nuestra inercia, nuestro egoísmo, nuestra apostasía.

Este examen que casi pudiéramos llamar de conciencia político-social, es la base indispensable del combate contra el comunismo, cuya estrategia no puede ser otra que oponer a la acción comunista la acción social-cristiana, que sólo se cumple cuando se tiene como objetivo último y supremo la realización de la justicia, sin temores a su inmediata e integral aplicación.

Esta actitud no excluye las coincidencias para un asunto concreto; tampoco la convivencia dentro del régimen democrático, ni aun alternar con el Partido Comunista en bases políticas de Gobierno. Buena prueba de esto nos han dado los países europeos. En Bélgica, Italia, Austria y Alemania, partidos católicos integran Gobiernos con partidos comunistas, sin mengua de su doctrina. Y merece especial mención la Francia de estos días, que en las últimas elecciones supo dar supremacía política al Partido Católico que participaba y participa con el comunista las responsabilidades de Gobierno.

Antes de terminar, agradezco a ustedes, compañeros falangistas, la atención y el aplauso con que han querido refrendar mis afirmaciones, dando un categórico testimonio de nuestra absoluta unidad de pensamiento.

## LLAMADO A ELEMENTOS INDEPENDIENTES Y TRABAJADORES

Pero, séame permitido hacer un llamado fervoroso a todos los chilenos que sienten en su sangre la inquietud del cristiano, que quieren con ansias y de veras una política realizadora, con auténtico sentido social-cristiano: que desean superar las limitaciones partidistas, poniendo en juego una política de proyecciones nacionales y que sienten, finalmente la necesidad de un verdadero movimiento de renovación nacional, para que aúnen su acción con la nuestra, hasta constituir una fuerza política capaz de imponer criterios dentro del libre juego de la democracia chilena. Al hacer este llamado, me dirijo especialmente a aquellos elementos independientes que durante la campaña electoral nos conocieron honrados y patriotas, y que ahora nos conocen fieles e intransigentes servidores de una política definida. Y me dirijo también a toda esa pléyade de trabajadores asalariados que llevan una vida oscurecida por la miseria, pero iluminada por el espíritu. La Falange los espera, los busca y los necesita a su lado, porque desea ser fuerte para cumplir su destino.

Falangistas: en estos últimos meses, la política ha sido particularmente exigente. Podemos decir, sin embargo, con la seguridad de algo que sentimos íntimamente: la Falange ha estado a la altura de su corto, pero brillante pasado, y podemos estar ciertos de que su desenvolvimiento futuro será de hondas satisfacciones para quienes hemos puesto en ella las esperanzas de un Chile mejor. ¡Juventud chilena, adelante!



(Viene de la pág. 103)

de existencia de problemas insolubles. A nosotros, tanto como a la U. R. S. S.,—concluyó B. Smith—nos corresponde aplicar eficazmente nuestra política de amistad mutua.

Las últimas palabras escritas por Roosevelt, las que ponen término al discurso que redactó en la víspera de su muerte, son una advertencia a quie-

nes querrían destruir su obra: «Si la civilización debe sobrevivir, debemos cultivar la ciencia de las relaciones humanas, la posibilidad para todos los pueblos de vivir juntos, de trabajar juntos, en el mismo mundo, por la paz».

(Trad. de Alejandro Maguel)

# POLÍTICA Y ESPÍRITU

AÑO 2 - NUMERO 17

NOVIEMBRE DE 1946

## MORAL Y ECONOMIA

No es el carácter de esta Revista juzgar la política desde su punto más contingente, sino que trata, en lo posible, de obtener de los acontecimientos, leyes más profundas o lecciones más permanentes. Otros hacen cada día una nueva noticia o la comentan con estrépito.

Sin duda que el hecho central en estos últimos tiempos ha sido la política financiera que ha tratado de aplicar el nuevo Ministro de Hacienda y Economía, señor Wachholtz, quien está realizando un esfuerzo para detener la inflación monetaria y regular la distribución del crédito.

Sería materia de otro estudio y otra ocasión, pronunciarnos sobre los resultados y la técnica específica de estas medidas; pero quisiéramos referirnos al fenómeno mismo que atacan.

Chile ha estado sometido este último tiempo a un proceso inflacionista de los más graves y este proceso ha sido, indiscutiblemente, perturbador de la moral pública y privada y destructor de las fuentes mismas del trabajo. Todos observamos que los sueldos y salarios suben en proporción constante y en algunas ocasiones en una proporción casi violenta para el ritmo anterior de las alzas; pero al mismo tiempo se constata que los precios se alzan con una mayor rapidez, por lo cual los resultados de lo que aparecen como conquistas sociales se pierden una parte considerable. Sin embargo, este fenómeno simple, mil veces señalado no es el más grave. El trabajador ve aumentar su salario pero siente la burla de que cada día le alcanza menos para satisfacer sus necesidades y que el mecanismo legal no está operando porque por un fenómeno de alquimia financiera, le sustraen subrepticamente, lo que él pensó era el resultado de un acuerdo justo obtenido gracias al convencimiento o gracias a la fuerza de su organización sindical. Llega el momento en que piensa que nada obtiene luchando por su mejoramiento económico, porque el signo de ese mejoramiento, que es la mayor cantidad de moneda que se le paga, no sirve en la proporción estimada. De esto resulta, o la desesperación ante el fracaso o la lucha enconada que se precipita con mayor frecuencia y con mayor violencia.

Y hay una injusticia más honda: los gremios y categorías de trabajadores mejor organizados o que trabajan en funciones fundamentales para la vida de la comunidad, están en mejor situación para obtener estos reajustes de salarios y, en cambio, otras categorías no pueden concurrir en esta competencia, por lo cual dentro del mundo mismo del trabajo se crean castas de trabajadores privilegiados con desmedro de otros sectores aun más extensos y que padecen una suerte más injusta. Así ocurre por ejemplo en Chile, donde la inmensa masa campesina, gana

a veces la quinta, la sexta y en algunos casos la décima parte de lo que ganan algunos obreros industriales. Ocurre así que en el interior mismo de la nación se produce un desnivel tan injusto como el que ocurre entre el obrero de una nación altamente industrializada y el de un país colonial. Desnivel más injusto aún, pues se produce entre quienes viven en una igual comunidad en la cual contribuyen igualmente.

Por otra parte, con este proceso inflacionista, se desarrollan rápidamente las clases parasitarias. El que tiene recursos o puede solicitarlo a los Bancos adquiere productos que sabe van aumentando cada día su valor. La tentación es muy clara: acapararlos, para venderlos más tarde a un mayor precio. El público pagará más caro, pagará el interés del banco por el dinero restado y faltarán durante períodos algunos productos.

Otros comprarán tierras para revenderlas o parcelarlas, alcanzando a veces ganancias fabulosas y otros, adquirirán, en las Bolsas de Comercio, valores que los enriquecerán sin esfuerzo.

Entonces ocurre algo sombrío: el hombre que trabaja de sol a sol; el que consume su esfuerzo o su inteligencia; el que está en el interior de las montañas o en la soledad del campo, ganando día a día, «con el sudor de su frente» el pan presente o el bienestar futuro, comienza a pensar que está haciendo un papel de idiota. Hay otros hombres más «listos» que pueden tomar un teléfono y ordenar la compra al descubierto de algunos miles de acciones y venderlas una semana después ganándose fortunas o comprar a crédito un terreno que divide, haciéndose millonario. Y por eso se quiebra la moral. El juego es de suyo un mal; pero cuando toma categoría de pro-hombres, un grupo que tiene acceso a estas ventajas injustas y que así hacen escarnio del trabajo duro y lento o de las virtudes más modestas de la sobriedad y el ahorro, el orden social no puede subsistir.

Las técnicas para terminar este mal son muchas. Pero hay un hecho cierto, que estas medidas han dejado al descubierto un fenómeno profundamente demoralizador y que toda la culpa no era precisamente de los sueldos y salarios, sino que había otras causas más hondas y más ciertas.

En una sana organización económica, la única fuente de riqueza ha de ser el trabajo que crea valores o presta servicios y el capital que es instrumento de esta actividad creadora. El crédito, que es fe, «credere», es una función al servicio de ese trabajo y no un instrumento de acumular riquezas a base de ingenio estéril, o acumular ganancias sobre la base de la combinación o la estimación que manipulan los que controlan las Bolsas de Valores.

E. F. M.

# LA POLÍTICA RELIGIOSA DE LA U. R. S. S. Y SUS INCIDENCIAS INTERNACIONALES

Por J. J. Baumgartner.

No tenemos la intención de seguir paso a paso la evolución de la política religiosa en Rusia, desde la Revolución de 1917. La actitud de los dirigentes de la Unión Soviética ha sido muy diversa, y ha pasado por etapas, ora progresivas, ora regresivas. El camino hacia la reconciliación del gobierno de Moscú con la Iglesia Ortodoxa, ha seguido un itinerario cuyas peripecias quedan por escribir.

Quisiéramos resumir en algunas palabras cuáles son las razones determinantes que han llevado a las autoridades soviéticas a sobrepasar la política primera con respecto al problema religioso.

Si parece poco objetivo presentar este acto como la evolución de una conversión puramente mística; si la actitud patriótica de los creyentes no ha sido extraña a este cambio; la reconciliación del Estado Soviético y de la Iglesia ortodoxa ha sido sobre todo un acto de gran sabiduría política y de alto alcance internacional.

Para comprender el movimiento de la política soviética, hay que recordar que la dialéctica marxista se aferra ante todo a la verdad histórica, y que las determinaciones soviéticas son según sean las circunstancias. Por eso, es importante dar algunas explicaciones necesarias sobre las razones de la persecución religiosa de los primeros años del régimen, antes de hablar de los motivos de la reconciliación.

## I. LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA

La reforma marxista ha tratado incontestablemente de liquidar lo divino—«La religión es el opio del pueblo»—. No discutiremos este dicho. Pero, si el materialismo histórico de los marxistas se acomoda difícilmente a lo divino, otras razones han hecho de la lucha anticlerical casi un imperativo político, exigido por un pragmatismo que quiere triunfar. La prueba es que el comportamiento soviético no ha sido idéntico respecto a todas las Iglesias cristianas.

La historia nos obliga a reconocer que una gran parte del clero ruso se había vuelto, con el tiempo, una corporación de funcionarios dedicados en cuerpo y alma al régimen imperial y a su estructura, por los cuales, en la revolución, muchos papas y obispos se hicieron sus feroces defensores.

Así el nuevo régimen estaba llamado a combatir a los que querían atajar el camino a esta empresa revolucionaria.

Si añadimos a estos motivos, el ateísmo, nos daremos cuenta que todas las condiciones estaban reunidas para favorecer la lucha antirreligiosa.

Es bastante raro que el clero fuera perseguido en razón de sus funciones sacerdotales, pues con mucha destreza se dirigía la acusación a artificios anticlericales y antirrevolucionarios.

Los mismos procedimientos los encontramos en Rosenberg. Luego, los «Sin Dios» fueron los solos autorizados, para entregarse a su propaganda.

Las Iglesias fueron cerradas; clérigos y fieles, llevados a prisiones y cárceles. Otros fueron condenados a muerte. La Iglesia rusa entró en las catacumbas.

Esta persecución fué una de las más violentas; pero ella no se extendió de la misma manera a todas las confesiones. La Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa conocieron rigores especiales. Para los católicos, el hecho se explica a causa de su obediencia a una autoridad, a una Iglesia-Madre; así, pues, el gobierno soviético desconfiaba a doble título, como ruso enemigo de la Roma papal, y como marxista, cuya doctrina se opone a la metafísica católica. La Iglesia ortodoxa oficial compartió la misma severidad; las Iglesias ortodoxas del extranjero se declararon solidarias de sus hermanos rusos. Los luteranos y los protestantes del mundo entero alentaban a sus correligionarios de la Unión Soviética. Así, los Soviets temían que un día esas fuerzas se unieran en una cruzada antisoviética.

Cuando el régimen soviético no tenía nada que temer, se mostraba más tolerante para las confesiones religiosas. Así, algunos de los quince millones de viejos creyentes (Raskol), dispersos en Siberia, Ural y Ucrania, que no dependían de ninguna autoridad extranjera, pudieron gozar de una paz relativa. A pesar de las intervenciones vehementes de los «Sin Dios», el «Raskol» fué uno de los primeros en reorganizarse y en tener un patriarca en Moscú.

En cuanto a la Iglesia monofisita gregoriana y armenia, de la Georgia y del Cáucaso, fué asimismo privilegiada. Ella guardó siempre su «catholikos». Este fué reconocido por los Soviets. Se les privó simplemente de sus funciones civiles. La Armenia pudo vivir libremente su vida religiosa. Una Iglesia armeniana comunizante no existió sino desde 1928 a 1934. Los armenios han tenido el año pasado, un concilio, en el cual eligieron su 162° «Catholikos», en la persona de Mons. Cherekechyan. Haremos notar que Stalin pertenecía a la Iglesia gregoriana.

De todo esto resulta que los Soviets han tenido una actitud más política que antirreligiosa, con respecto a las Iglesias en Rusia.



**RESULTADOS DE LA PERSECUCIÓN.**—Si hemos intentado trazar la psicología del período de la persecución, en Rusia, no se sigue que las razones que hemos expuesto, justifiquen la violencia hecha a los creyentes. Los mártires fueron numerosos. Aun era de temer que el huracán hiciera desaparecer la Iglesia rusa, y aniquilara el cristianismo ortodoxo. Pero la Rusia será siempre una eterna antítesis. Pronto, frente a tres millones de jóvenes «Sin Dios», se contaron dos millones de jóvenes baptistas convencidos. Estas cifras son elocuentes, cuando se piensa en los millares de diseminados monasterios abandonados por sus ocupantes.

Si millones de hombres perdieron la fe; si el ateísmo y la indiferencia religiosa se propagaron por la Santa Rusia,—otros hombres, por millones también, continuaron venerando los iconos y asistiendo a los santos misterios. La fe no pudo ser arrancada del corazón del pueblo. En la guerra, millones de soldados partieron llevándose sus iconos, y pidiendo capellanes. Se calcula en 50% el número de los practicantes.

En realidad, los dirigentes soviéticos no consiguieron más que quebrantar las últimas reacciones de una casta clerical, cómplice del Estado zarista. La persecución había hecho obra purificadora.

El Estado soviético tuvo que reconocer su descalabro en la liquidación de lo divino; y, fiel a su método de inclinarse ante la verdad histórica, puso una sordina a la propaganda de los «Sin Dios». El espíritu tenía, pues, un valor. Los «Sin Dios» fueron suprimidos. El materialismo histórico marxista, según el cual la libertad no es sino abstracción, falló. Los cristianos de Rusia habían probado los valores espirituales. En adelante, en Rusia, el estado del marxismo antirreligioso podía considerarse superado.

**LA INVASIÓN ALEMANA.**—Sin embargo, cuando estalló la guerra, la reconciliación religiosa en Rusia no había sido hecha todavía; pero todo estaba preparado. No era, pues, por pura oportunidad que Stalin iba a realizarla. Las razones primordiales de este acontecimiento capital se encuentran en el alma misma del pueblo ruso. Sin embargo, circunstancias exteriores apresuraron el reconocimiento oficial, cuando Stalin, con la intuición de una penetrante sutileza, percibió la ventaja política que la reconciliación de los Soviets con la Ortodoxia, podría acarrear a la Unión Soviética. Al interior, como el régimen es sólido, nada hay que temer de una ortodoxia sometida.

Esta intuición muestra a Stalin las proyecciones internacionales, sobre el mundo eslavo, de una reconciliación del Estado soviético y de la ortodoxia.

La guerra fué una terrible prueba para la Unión Soviética, prueba de su espíritu, más que de su po-

der material expuesto a amenazas que podían ser mortales.

Gracias a su movediza táctica, el comunismo soviético se repliega. En esta guerra los cristianos se conducen con una fidelidad maravillosa. Los obispos rivalizan unos a otros en patriotismo. Se predica la guerra santa contra el invasor. En Leningrado, el Patriarca Alexis merece que se le conceda por el mismo Stalin con la Estrella Roja, por su heroica actitud y los eminentes servicios hechos a la Patria común. El gobierno proclama que la Iglesia rusa ha merecido bien de la nación soviética. La Iglesia rusa se ha reconciliado con la revolución. Para que todas las iglesias de Rusia sean cimentadas más sólidas y eficazmente, será necesario que esta reconciliación sea consagrada en forma oficial.

Desde 1942, la fiesta de la Pascua de Resurrección, se ha celebrado ininterrumpidamente. En algunos hospitales y en algunas unidades del ejército, se tolera la presencia de los capellanes. Stalin recibe en solemne audiencia a los metropolitanos: Sergei de Moscú, Alexis de Leningrado y Nicolás de Kiev. La sede patriarcal de Moscú está vacante desde la muerte del Patriarca Tikhon. En otros tiempos éste había sido condenado a muerte. Su perdón le fué concedido, gracias a la intervención de las potencias europeas y a la influencia del Vaticano. En realidad, después de aceptar el nuevo régimen, siguió viviendo bastante apartado. Antes de morir, había designado como sucesores suyos a dos prelados. Estos nunca pudieron ejercer sus ministerios. El metropolitano Sergei, más favorecido del gobierno, llegó a ser curador del trono patriarcal.

**ELECCIÓN DEL PATRIARCA. RESTABLECIMIENTO DEL SANTO SÍNODO.**—Pero en lo sucesivo era menester mayor amplitud de miras. Un simple curador no correspondía ya a la influencia que la iglesia rusa debía ejercer en los creyentes rusos, ni en los eslavos ortodoxos que rodeaban la Unión Soviética. La Iglesia rusa debía volver a tomar ya precedencia en la ortodoxia.

En el transcurso de los siglos, desde la toma de Constantinopla por los turcos, el Fanar había cedido poco a poco ante Moscú. Era necesario devolver al patriarcado de Moscú su esplendor y su autoridad. Se decidió convocar un Concilio, se restableció el Santo Sínodo y el metropolitano Sergei fué elegido Patriarca de la Iglesia Rusa Ortodoxa. Los Soviets ya no eran enemigos de la religión como lo pretendía la propaganda fascista de los alemanes; la Ucrania ya no tenía razón de rendirse a esa propaganda y a las solicitudes de llegar a ser una iglesia autónoma.

Sin embargo, no se había aún ganado la partida. En efecto, de 150 obispos y metropolitanos, sólo 17

habían participado en la elección de Sergei. En Yugoslavia, los sacerdotes desterrados y reunidos en Vlassov protestaron, pero a pesar de todo Stalin logró ganar la primera jugada. Entonces fué cuando intervinieron los imponderables que hicieron posible la unión de todos los fieles ortodoxos al trono patriarcal de Moscú. El 16 de Mayo de 1944 muere el Patriarca Sergei. El amigo íntimo del Presidente del Comité de Asuntos Religiosos, Karbov, resulta ser el héroe de Leningrado, el metropolitano Alexis, que había sido condecorado con la Estrella Roja y a quien sin vacilación se le designa como Vicario Patriarcal.

Se convoca el Concilio de la Iglesia ortodoxa para el 31 de Enero de 1945. Como se recuerdan las protestas de 1943 con ocasión de la elección de Sergei y con el objeto de evitar estas dificultades y para hacer el Concilio lo más ecuménico posible, se volvió a la vieja tradición rusa de encargar la elección a un cónclave compuesto de dignatarios, obispos, delegados del clero y de los laicos. Se pensó aún hacer más ecuménico este Cónclave, invitando a los patriarcas de las iglesias autocéfalas de Sofía y Belgrado. Una vez más la ortodoxia se acercaba al pan-eslavismo. El metropolitano Alexis fué elegido unánimemente al trono patriarcal y con gran pompa fué entronizado y coronado en la Catedral de Bogojawlensky, entre las entusiastas aclamaciones de 50 mil fieles.

## II. LA RECONCILIACIÓN RELIGIOSA Y LA POLÍTICA EXTERIOR

Hemos tratado de relatar los hechos tal como han sucedido. Sería poco leal hablar de una simple maniobra oportunista. Si bien es cierto que Stalin aceptó la reconciliación de los Soviets con la Iglesia rusa en vista del interés nacional, realista como es, se sometió también a la verdad histórica, se inclinó ante los hechos. Si a esto lo llamamos oportunismo, otros los llamarán diplomacia. Digamos mejor que ha sido prudencia gubernativa.

No pensamos que hay en ello una señal de conversión personal del Mariscal Stalin. El hecho es que los creyentes rusos han sabido dar pruebas suficientes de su fe para incitar al Estado comunista a revisar sus posiciones con respecto a la religión.

**PAN-ESLAVISMO Y PAN-ORTODOJIA.**—Sin embargo, es imposible negar las ventajas que semejante reconciliación trae para Rusia con relación a su política exterior. Es imposible que ellas no hayan sido consideradas por los dirigentes soviéticos.

El que quiere reflexionar no puede excluir de

estos motivos el deseo de Moscú de reforzar en los países aliados la posición del partido comunista. Seguramente era necesario que en todos los Estados el partido comunista figurara como partido nacional. Para ello se suprimió el Komintern. Pero para asegurar además la simpatía de millones de creyentes, era indispensable mostrarse tolerante ante las religiones y muy especialmente ante el cristianismo. ¿Y quién sabe? los cristianos con el fervor revolucionario del Evangelio, unidos al dinamismo comunista, serían, tal vez, los artesanos de la nueva estructura social. Estas reflexiones pudieron haber inspirado y guiado a Stalin. Por lo demás, son puntos de vista de un hombre de estado perspicaz.

Añadamos que esta evolución se sitúa en la época en que la invasión alemana hace vivir a Rusia sus más tristes días. Pero he aquí que la victoria sonríe de nuevo. Stalingrado marca el gran viraje de la historia rusa y mundial. El imperio ruso escapó a la destrucción. Por siglos y siglos, el mundo eslavo había retrocedido ante el empuje germánico. Ha llegado la hora de proceder a la contraofensiva; el mejor medio es trasladar las fronteras alemanas hacia el oeste, lo más lejos posible. Después de Versailles los aliados habían establecido un cordón sanitario alrededor de la Rusia soviética. Por eso la reacción rusa es precaverse contra la posibilidad de una futura cruzada anti-soviética. La U. R. S. S. tomará, pues, la delantera. El recuerdo de Pedro el Grande está vivo en el Kremlin. Rusia, para vivir como imperio, debe tener una puerta abierta sobre un mar cálido. De esas naciones eslavas que se quería convertir en centinelas alrededor de la Santa Rusia y de la U. R. S. S. urge hacer nuevas constelaciones y asociárselas.

Desde el Báltico al Adriático, la Unión Soviética debe extender su zona de influencia; muchos de estos pueblos son eslavos. Si polacos, checos, eslovacos, croatas son católicos, una gran proporción de eslavos son ortodoxos: serbios, búlgaros, montenegrinos. Además, en los Balcanes la ortodoxia se extiende a numerosos pueblos que no son eslavos. Pan-eslavismo y pan-ortodoxia, Stalin ha previsto todo eso; su genio político lo lleva más allá. Hay el Medio Oriente, allí predomina la influencia británica. Rusia ha chocado ya con el occidente a propósito de la querrela de los Santos Lugares. De allí salió la guerra de Crimea. En todo ese Medio Oriente los ortodoxos están dispersos; hay que despertar a todos esos pueblos y la U. R. S. S. debe aparecer como su libertadora.

Al día siguiente del ataque germánico se había constituido ya en Moscú un comité pan-eslavo, compuesto de emigrados. Ha llegado el momento en que la eterna y santa Rusia recuerde a esos

pueblos que es ella la protectora del mundo ortodoxo. Repudia, pues, su política antirreligiosa y propone rehacer la unidad de la Iglesia Ortodoxa alrededor del patriarcado, con pretensiones ecuménicas, de Moscú. Esta política atraería al Kremlin no sólo la simpatía de los pueblos eslavos, sino la de los que no lo son: griegos, rumanos, armenios y otros cristianos orientales que en mayoría profesan la ortodoxia no romana.

El Patriarca de Moscú sucederá al Fanar de Constantinopla y sin duda el imperio de Stalin al de Bizancio.

**SINCRONIZACIÓN.**—Todo será ejecutado para realizar el designio concebido. En Sofía se instala la réplica del Comité Pan-eslavo de Moscú. Todas las iglesias orientales son invitadas al Cónclave que debe decidir la elección del Patriarca Alexis. De una manera especial se invitó al Patriarca Cristóforo de Egipto y a Mons. Tahhane de Siria. El Mariscal Stalin los recibió con la mayor deferencia. Mons. Tahhane gozó del privilegio de tener a su disposición un tren especial de Bakú a Moscú. Algunos árabes del Próximo y Medio Oriente no agotan sus elogios para la Unión Soviética que bloquea la emigración de los judíos hacia la Palestina. La presencia de los Patriarcas de Siria y de Alejandría en el Cónclave implicaba un juramento de homenaje espiritual ante el hecho de que en Moscú elegían a un superior.

¿Tiene relación con esta invitación hecha a los coptos de Egipto el reciente nombramiento de Mons. Timochenko en calidad de embajador extraordinario del mariscal Stalin ante el Negus Hailé-Sélassie, monarca ortodoxo de la Abisinia? Abisinia confina con el Sudán anglo-egipcio. Alejandría al norte, Addis-Abeba al sur. Pues bien, recordemos que Suez es la puerta del Medio Oriente, así como Gibraltar es la llave del Mediterráneo Occidental.

También están los viajes circulares de los preladados de la Unión Soviética. Había que devolver la visita a los preladados que aceptaron ir a Moscú al Cónclave. No se puede dejar de ver en estos traslados una sincronización de la política religiosa soviética con su política en el exterior. Los patriarcas de Moscú y de Kiev declararon que antes de su partida tuvieron una larga entrevista con Stalin, en presencia de Molotov, Comisario de Relaciones Exteriores, en la que les fué marcado el interés capital que había en estrechar las relaciones de la Iglesia Ortodoxa rusa con las iglesias ortodoxas del Oriente.

Mons. Alexis y Mons. Nicolas, acompañados de once metropolitanos y cuatro oficiales a su disposición, visitaron a las cristiandades ortodoxas de Teherán, Damasco, Beyrouth, Jerusalén y el Cairo. El Patriarca Alexis fué recibido por el Pre-

sidente de la República libanesa y por el de Siria. En Jerusalén, en una declaración oficial, el patriarca afirma que en nombre de la Iglesia rusa se hace él cargo de todos los bienes que antiguamente dependían de las propiedades del imperio. Antonio, Archimandrita (superior de un Convento) de la Iglesia de los Olivos, se opone a que el prelado entre en su santuario, éste entra sorpresivamente y hace acto de autoridad declarando el claustro propiedad de la Iglesia rusa. La Unión Soviética, bajo la égida ortodoxa se hace protectora de los cristianos del Levante. Pues bien, esto coincide con el momento en que Francia se alista para evacuar esos lugares.

En el verano de 1945, el dignatario de Krontitzk, Mons. Nicolas, visita Francia e Inglaterra, donde procura la unión de los emigrados rusos. El obispo de Orel y de Briansk, Mons. Photius, se dirige a Praga y a Viena, en Octubre del mismo año. Visitan a los obispos rusos desterrados desde 1920 o deportados por los alemanes. Por su parte, el obispo de Jaroslaw va a los EE. UU. y al Canadá. Logra volver al a obediencia patriarcal a una gran parte del obispado ortodoxo de la emigración rusa en el Nuevo Mundo.

Stéphane, exarca de la Iglesia búlgara autocéfala, que depende del ecumenismo de Constantinopla, debió igualmente rendir homenaje al Patriarca Alexis.

El patriarca ortodoxo de Belgrado, muy apegado a la antigua monarquía serbia, permaneció en silencio. Lo mismo hace la iglesia griega. Pero ya Mons. Alexis ha realizado la primera intervención con motivo del ecumenismo de Constantinopla, declarando que la Iglesia ortodoxa, al considerar al Patriarca del Fanar, prisionero de los turcos, no quedaría satisfecha sino cuando el patriarca ecuménico «sea restaurado con toda su dignidad y en su iglesia de Santa Sofía».

¿Vamos a concluir que la Iglesia rusa se puso al servicio de la política del Estado soviético? He aquí una pregunta a la cual no se puede contestar sin apelar tanto a la psicología rusa como a la historia, que nos muestra los estrechos vínculos que siempre han unido en Rusia la ortodoxia y el poder. Esta intimidación, herencia de Bizancio, se explica por la lucha que los emperadores griegos sostuvieron con el imperio latino. En esta lucha política se ha injertado la rivalidad de precedencia entre las dos iglesias, latina y griega, que tenían su centro: una en Roma, sede del papado y la otra en Constantinopla, al lado del Patriarca griego.

La historia pesa sobre los pueblos. Ella explica las relaciones actuales, en parte al menos, entre Moscú y el Vaticano. Nos queda que ver las incidencias que la reconciliación religiosa en Rusia ha tenido en el Vaticano y en el mundo católico.

### III—LA POLÍTICA RELIGIOSA DE LA U. R. S. S. Y SUS PROYECCIONES EN LAS RELACIONES CON LA IGLESIA ROMANA. ACTITUD FRENTE A LA IGLESIA CATÓLICA

Acabamos de analizar las razones profundas que han inducido a la reconciliación del gobierno soviético y la Iglesia ortodoxa. En efecto, la nueva armonía tuvo lugar con la Iglesia rusa más que con la religión. Ya que la política exterior ha sido la animadora de este acercamiento, es ella la que va a guiar también la actitud soviética con respecto a la Iglesia católica. No diremos que la Iglesia rusa se hace un simple instrumento al servicio de la política soviética. Mas, volviendo a la tradición interrumpida por el advenimiento de la revolución, la Iglesia no teme acudir al Estado para apoyar su propaganda ortodoxa en los pueblos recientemente integrados a la Unión Soviética. Acabamos de verlo en la tentativa de imponer a los Uniates de Ucrania la ruptura con Roma al revisar el acta de Unión de 1596.

Los zares siempre pensaron que la unidad del imperio exigía la unidad de fe religiosa. Rusificación marchaba a la par con ortodoxia. La oposición de los seglares de Polonia católica y de Rusia ortodoxa dejó huellas imborrables.

Demasiado larga ha sido la identificación de católicos con polacos, de rusos con ortodoxos. Pues bien, en los países reconquistados, algunos millones de católicos unidos a Roma, profesan su fe romana, siguiendo a la vez la liturgia griega de San Juan Crisóstomo, traída a estas regiones, en su forma eslava, por San Cirilo y San Metodio. Durante su anexión a Polonia, los Rutenos habían abandonado el cisma griego y conservado su rito. En esta población uniata (cristiano griego que reconoce la supremacía del Papa), es donde se ejerce actualmente una violenta presión, a fin de hacerla volver a la ortodoxia pravoeslava. No insistiremos en estos hechos ya conocidos; sólo los explicaremos. Se trata, según la idea de Moscú, de hacer rusos completos; la unión romana lleva demasiado a estos cristianos a la civilización de occidente y a una obediencia extranjera. El procedimiento no tiene nada de soviético. Es la historia de la oposición secular de dos concepciones del cristianismo: la una, universal, la otra, nacional.

En cuanto a los católicos latinos de Ucrania, considerados como polacos, son devueltos a Polonia. Los católicos de Lituania, que son latinos, no han sufrido menos esta violenta presión. En una palabra, la Unión Soviética mira como buenos ciudadanos soviéticos en sus fronteras a los cristianos que escapan a la obediencia del Papa. Comprobamos que hay armonía entre esta actitud y la reconciliación con la ortodoxia. Por lo demás, ha-

llamos iguales procedimientos en Yugoslavia, en donde la oposición de los croatas latinos y de los serbios ortodoxos se presta a la misma confusión nacional.

En los países de influencia soviética como Polonia y Hungría, la libertad de la Iglesia está a salvo. El pueblo es allí en su mayoría católico. Sin embargo, la propaganda antirreligiosa se ejerce con cierto vigor en una legislación a menudo en desacuerdo con las exigencias de la fe católica. Entonces es natural que la Iglesia Católica, por su magisterio, proteste proclamando su universalidad. Las relaciones entre Moscú y el Vaticano son tirantes.

LOS ATAQUES CONTRA EL VATICANO.—Ahora podemos penetrar en el sentido de los ataques a veces violentos a que el Vaticano está expuesto por la radio y prensa soviéticos.

El Soberano Pontífice, guardián de la Fe de Cristo, no puede quedar indiferente en estas condiciones, al empuje soviético hacia el oeste. En realidad, ya lo dijimos, Rusia está tentada de convertir en creyentes ortodoxos a las poblaciones católicas, viendo en tal proceder un sistema de rusificación. ¿Es sorprendente que Roma se conmueva? Para Moscú, un debilitamiento de la Iglesia católica equivale a hacer retroceder a la civilización occidental. Ahora bien, nadie ignora que civilización occidental significa civilización cristiana y más especialmente, latina. Por lo demás, he aquí la razón por la cual las Iglesias protestantes no gozan en Rusia de una calurosa simpatía.

Añadamos a esto que algunos prelados católicos no siempre han sabido mostrar una reserva política bastante prudente. Ciertamente la Iglesia ha considerado con benevolencia algunos regímenes políticos que se han derrumbado. Mons. Tisso fué en Eslovaquia el fiel aliado del Tercer Reich.

Pero, en Moscú se ve en la Iglesia romana un competidor especial, con más exactitud, diremos que Roma está en competencia con la ortodoxia rusa que ha llegado a ser el instrumento preciso de la política de expansión de la U. R. S. S. En Moscú olvidan recordar la condenación del hitlerismo en la encíclica MIT BRENNER DER SORGE por acordarse únicamente que el Papa condenó igualmente al marxismo. Entonces lo presentan como defensor de la reacción. Estamos en pleno desarrollo de un plan político.

¿EL PAPADO SALVADOR DEL FASCISMO?—En la radio de Moscú, dirigiéndose al mundo entero, el Patriarca Alexis dijo: «Teniendo en cuenta la situación internacional, protestamos contra los esfuerzos de aquéllos, y particularmente del Vaticano, que tratan de decir que la Alemania nacional-socialista es inocente de todos los crímenes que ha cometido y se muestran suaves para con el hitlerismo». He-

mos indicado suficientemente las relaciones de la Iglesia y del Estado en Rusia para comprender que el patriarca no pudo hablar sin la aprobación del Kremlin. Esta acusación ha sido repetida después por la prensa de todos los países que obedece a Moscú.

¿El Papado defensor del fascismo? Insinuación a lo menos sorprendente, aun más incomprensible cuando sabemos con qué vehemencia el hitlerismo y el fascismo se han alzado contra la esencia misma del cristianismo. No hay nadie tan mal informado para ignorar que a través de todas sus luchas el hitlerismo miraba a la Iglesia Romana como su único enemigo. Construir un Reich de mil años en la ruinas humeantes del cristianismo, era el sueño totalitario. ¿Y esto querría salvar la Iglesia? El sentido común ya ha respondido.

El nombre fascista muy fácilmente se extiende a todas las tendencias conservadoras sin distinción. Así, ¿habrá que tachar de fascistas a las democracias occidentales que no participan de los conceptos de las democracias orientales? Que ciertas esferas católicas más conservadoras tengan simpatías políticas no estrictamente conformes a los conceptos de una democracia de forma determinada, y que el Papa los juzgue con benevolencia, no quiere decir que se quiera poner a flote un fascismo contra el cual se ha levantado enérgicamente el Papado.

¿No es curioso ver que estas campañas coinciden con las exigencias de algunos Estados del Este de Europa?

Sin duda nos aseguran que no hay en todo esto más que críticas contra el cristianismo político y no contra la religión. Ya hemos oído esto de labios de un Rosenberg. El terreno es resbaladizo. Del dominio político se pasa fácilmente al espiritual.

¿No está ya franqueado este paso? Varios prelados ortodoxos, que apoyan estas acusaciones, presentan a la Iglesia Romana como traicionando al cristianismo. Sabemos lo que quiere decir eso en una querrela religiosa que dura,—así como lo hemos dicho más arriba,—hace siglos de siglos, en que la Iglesia, rechazando poner la religión al servicio político del soberano, atestigua su trascendencia y su universalidad.

Insistimos en los peligros que la fe católica corre en las regiones sometidas a la presión pravoslava, donde se ha renovado la vieja tradición imperial de la unión estrecha de la ortodoxia y el Estado. Un mundo eslavo ortodoxo se opone a la universalidad católica. Se comprenden las inquietudes del Papado que se debe desvelar por salvaguardar la fe «en su rebaño».

No se pertenece a una religión por obediencia al príncipe. ¿Se es fascista por afirmar esto? Lejos de nosotros el justificar los gestos lamentables de al-

gunos católicos o las actitudes imprudentes de algunos eclesiásticos. A veces hubiéramos deseado más claridad, más dinamismo, pero de ahí a acusar a la Iglesia católica de ser fascista, hay un margen que el hombre honrado no podría franquear.

El Papado tiene intereses espirituales que defender. Procura salvarlos, como todos los demás Estados, manteniendo relaciones de paz con los gobiernos de hecho. ¿Qué hombre de Estado, qué filósofo ha estigmatizado mejor el hitlerismo que Pío XI? Y Pío XII ¿no se negó a considerar como cruzada el ataque criminal de Hitler contra la Rusia soviética?

Durante la guerra no se dejó hablar al Papa; se le impidió hacer oír su voz. Sus intervenciones han quedado en el silencio. ¿Semejante régimen es el que El querría restaurar?

CONCLUSIÓN—Largamente hemos disertado sobre la reconciliación religiosa rusa y sus proyecciones internacionales. Hemos querido relatar hechos reales y de una manera imparcial. El que conoce los métodos objetivos y realistas de la U. R. S. S., sabe que la Unión Soviética no está habituada a gastar pólvora en gallinazos. Siempre sigue una política de eficacia. He ahí uno de los secretos de su dinamismo. Si la Rusia se ha reconciliado con la Iglesia ortodoxa es en razón de que este gesto le era eminentemente provechoso para su política interior, sin duda alguna, pero mucho más, y ante todo, para su política exterior.

Habiendo vuelto a la tradición imperial,—íbamos a escribir a su misión,—la Rusia necesita de la ortodoxia para conseguir sus fines. Este acto ha acercado a Moscú a las familias eslavas y ortodoxas que el comunismo antiguo había ahuyentado y alejado.

La reconciliación religiosa es un hecho. Si ese acercamiento con los cristianos se debió al estado de imperfección del marxismo y a la convicción de que su victoria completa suprimiría el antagonismo con el cristianismo por la buena razón de que entonces no había ya más cristianos, por el contrario un cristiano tiene la esperanza (fundada únicamente en la verdad de su fe en Cristo) de triunfar y de preparar así la evolución del marxismo. ¿Quién conoce los planes de la economía divina? ¿Quién sabe lo que obligará a hacer a la Unión soviética su política de eficacia? No hay que perder la esperanza de festejar algún día la reconciliación de las dos Iglesias. Las almas de Asia esperan a Cristo.

¿Quién sabe si no está cerca el día en que la Iglesia rusa reconciliada con Roma, le suministre un ejército de apóstoles? Esta posible proyección espiritual no ha sido sin duda prevista por Stalin; pero no es una quimera, porque si el hombre es el que propone, Dios es el que dispone.

# FUNDAMENTOS DE LA DEMOCRACIA

Por Jacques MARITAIN

Hace algunos meses, «The Nation» publicó un artículo de Sidney Hook que trataba de un problema capital para la democracia y el mundo de mañana (1). Analizando un reciente ensayo de T. S. Eliot, Mr. Hook llegaba, valiéndose de argumentos teóricos discutibles a una solución práctica que, por razones diametralmente diversas, me parece hallarse en el verdadero camino. Aun cuando coincidamos en general en la solución, hay puntos particulares importantes en que disentimos. Procuraré dilucidarlos.

No he leído el ensayo de T. S. Eliot a que alude Mr. Hook. Sin embargo, si la manera como entiende el significado de las aseveraciones en él contenidas es correcta, temo que disentiría también con T. S. Eliot, a lo menos en lo referente al modo en que deberían aplicarse a nuestra actual situación histórica las concepciones teóricas que ambos tenemos por verdaderas. Es ésta una situación más bien paradójica, que puede ser aclarada por el hecho de que las conclusiones no dependen sólo de las premisas mayores, sino también de las menores. Puesto que desde hace muchos años y en muchos libros me he esforzado por dilucidar las materias en cuestión, me tomaré la libertad de sintetizar mi posición al respecto.

1. En la era religiosa de la Edad Media se realizó una gran tentativa de construir la vida de la comunidad y la civilización profanas sobre la unidad de la fe teológica y de la creencia. Esta tentativa tuvo éxito durante cierto número de siglos, pero falló con el correr de los tiempos, después de la Reforma y el Renacimiento. Y ya no se concibe un retorno al sistema religioso de la Edad Media. En la medida en que la comunidad civil se ha venido separando y distinguiendo más nítidamente del reino espiritual de la Iglesia—proceso que en sí mismo no fué sino el desarrollo de la distinción evangélica entre las cosas que son de Dios y las cosas que son del César—, dicha comunidad civil se ha venido cimentando en un bien común y en una tarea común que son de un orden «temporal» o «secular», y en el cual los ciudadanos pertenecientes a diversos grupos o familias espirituales participan por igual. La división religiosa entre los hombres es en sí misma una desgracia. Pero constituye un hecho que debemos reconocer, querámoslo o no.

2. En los tiempos modernos se realizó otro intento de asentar la vida de la civilización y la comunidad terrena sobre los fundamentos de la pura razón — de la razón separada de la religión y del Evangelio—. Esta tentativa alimentó diversas esperanzas en los dos últimos siglos, pero fracasó rápidamente. La mera razón apareció más incapaz que la fe de asegurar la unidad espiritual del género humano, y el sueño de un credo «científico» que uniera a las hombres en la paz y en convicciones comunes relativas a los fines y los principios básicos de la sociedad y la vida humana, se desvaneció al fulgor de las catástrofes contemporáneas. En la medida en que los trágicos acontecimientos de las últimas décadas han dado un mentís al racionalismo burgués de los siglos dieciocho y diecinueve, nos hemos encarado con el hecho de que la religión y la metafísica constituyen parte esencial de la cultura humana e incentivos primarios e indispensables en la vida misma de la sociedad.

3. En lo que mira, por lo tanto, a la sociedad de mañana y a la democracia revitalizada que esperamos, la única solución es del tipo *pluralista*. Los hombres pertenecientes a los credos y grupos religiosos y filosóficos más diferentes pueden y deben cooperar en la ta-

(1) «The Dilemma of T. S. Eliot» (en «The Nation», del 20-I-45).

rea común y en pro del bienestar común de la comunidad terrena, con tal de que suscriban por igual a los postulados básicos de una sociedad de hombres libres.

Porque una sociedad de hombres libres implica postulados básicos enlazados con la médula misma de su existencia y que ella tiene el deber de defender y patrocinar. Uno de los errores del optimismo burgués fué el de creer que en una sociedad libre la «verdad» y las determinaciones concordantes con la libertad y la dignidad humanas emergerían automáticamente de los conflictos de las fuerzas y opiniones. El error estaba en concebir la sociedad libre como un mero ring para el boxeo de todas las ideas en mutua competencia.

De este modo la sociedad democrática, en su comportamiento concreto, no tenía una concepción de sí misma y la libertad quedaba expuesta, inerme y paralizada, a las acometidas de todos los que la aborrecían y que procuraban por todos los medios despertar en los hombres el deseo morboso de liberarse de la libertad.

Si ha de dominar las tendencias totalitarias y responder a la esperanza de los pueblos del mundo, la democracia de mañana deberá tener su propio concepto del hombre y de la sociedad, y su propia filosofía, su propia fe, que la capaciten para educar a los individuos para la libertad y para defenderse contra los que quisieran utilizar las libertades democráticas para destruir la libertad y los derechos humanos. Ninguna sociedad puede vivir sin una inspiración fundamental y sin una fe fundamental comunes.

Pero el punto de mayor importancia que es preciso notar aquí es el de que esta fe e inspiración, esta filosofía y el concepto de sí propia que la democracia necesita, no pertenecen en lo esencial al orden de la creencia religiosa y de la vida eterna, sino al orden temporal y secular de la vida terrena, de la cultura y la civilización. Más aún, son materia de asentimiento práctico antes que teórico y dogmático; quiero decir que miran a conclusiones prácticas que el espíritu humano, con razón o sin ella, puede intentar justificar en nombre de concepciones filosóficas totalmente diversas, probablemente porque dependen en lo fundamental de percepciones «naturales», de las cuales llega a ser capaz el corazón humano mediante el progreso de la conciencia moral. Ocurre así que individuos poseedores de concepciones metafísicas o religiosas perfectamente diferentes, aun opuestas —materialistas, idealistas, agnósticos, cristianos y judíos, mahometanos y budistas—, pueden converger, no en virtud de alguna identidad doctrinal, sino en virtud de una similitud analógica de sus principios prácticos, hacia unas mismas conclusiones prácticas, y pueden compartir la misma filosofía democrática práctica, con tal de que rindan el mismo culto, tal vez por razones muy diferentes, a la verdad y la inteligencia, a la dignidad humana, la libertad, el amor fraternal y el valor absoluto del bien moral. Como lo dice Mr. Hook, «las premisas básicas, bien metafísicas, teológicas o naturalistas, en que los diversos grupos justifican sus creencias y prácticas democráticas comunes, no deben estar sujetas a un proceso de integración» —digamos, de integración social o políticamente impuesta—. «Basta, por decirlo así, que los seres humanos vivan de acuerdo con las leyes democráticas» —y, añadamos, compartan la inspiración y fe común democrática (humana, terrena, temporal)—. «Es una necia intolerancia el otorgar legalidad a una sola fundamentación del derecho».

Si queremos ser sinceros en nuestro pensamiento y no asustarnos de las palabras, aquí deberemos advertir que donde existe la fe, humana o divina, también hay herejes que amenazan la unidad de la comunidad, sea religiosa o civil. En la sociedad religiosa medieval el hereje era el que rompía la unidad religiosa. En una sociedad laica, de hombres libres, el hereje será el que rompa «las creencias y prácticas democráticas comunes», el totalitario, el que niegue la libertad —la de su vecino—, la dignidad de la persona humana y el poder moral del derecho. No queremos que se lo queme ni expulse de la ciudad, que se

lo coloque fuera de la ley o en un campo de concentración. Pero la sociedad democrática debe defenderse contra él, sea materialista, idealista, agnóstico, cristiano o judío, musulmán o budista, manteniéndolo al margen de sus directivas, mediante el poder de una opinión pública fuerte e informada, y aun poniéndolo en manos de la justicia si sus actividades hacen peligrar la seguridad del Estado; pero, sobre todo, vigorizando por doquiera una filosofía de la vida, unas convicciones intelectuales y un trabajo constructivo que resten todo poder a su influencia.

Por otro lado, habrá que emprender una seria tarea de revisión intelectual de los principios de la filosofía democrática. Y sería particularmente de desear el desarrollar la comprensión o inteligencia del principio pluralista y de la técnica de cooperación pluralista. Parece que las libres tradiciones de este país han de proporcionar oportunidades especiales para ello.

4. Las consideraciones expuestas explican porqué, al describir yo sobre asuntos franceses, a menudo ponía de relieve mi esperanza de que la nueva democracia francesa surgiría de la cooperación de socialistas y cristianos. En una tal democracia, sin embargo, ¿encontraría la «fe común universal», de que hablo, su más elevada fuente de autoridad en el método científico? ¿Sería bastante la «planificación social inteligente» para asegurar la integración de la cultura? En la cultura democrática del futuro —si tiene un futuro—, ¿será «el profesor consagrado al espíritu científico», «y no el sacerdote», «el que lleve la principal responsabilidad de alimentar, fortificar y enriquecer una fe común»?

He aquí los puntos principales respecto de los cuales quisiera expresar mi disentimiento con las ideas de Mr. Hook. Temo que él se haya inspirado en esos pasajes en la tendencia racionalista cuyo carácter ilusorio yo señalaba más arriba (N.º 2).

La misma expresión de «fe común» que emplea Mr. Hook debería hacernos comprender que la inspiración democrática no puede encontrar en el método científico su más alta fuente de autoridad. Esta «fe» es de «un carácter secular y no sobrenatural»; sin embargo, aun una fe secular envuelve al hombre entero y sus más íntimas energías espirituales, y saca su fuerza, por lo tanto, de creencias que trascienden con mucho el método científico. En otros términos, la justificación de las conclusiones prácticas que hacen que esa «fe común» sea, en realidad, común a todos, es en cada cual parte integrante de esta misma fe. En cuanto a la planificación social, aun si es inteligente, temo que una cultura organizada únicamente por esa planificación ofrecería escasas posibilidades a las facultades creadoras de la personalidad humana o al entusiasmo y felicidad del pueblo.

El espíritu científico es de incalculable valor para la cultura en cuanto que, de un modo general, desarrolla en los espíritus el respeto y el amor a la verdad y los hábitos de la acuciosidad intelectual. (He aquí por qué, digámoslo entre paréntesis, el espíritu científico de los escolásticos del siglo XIII desempeñó un papel tan fundamental en el surgimiento de la cultura occidental). Con todo, ni la ciencia ni la democracia viven únicamente de la cultura. La ciencia, particularmente la ciencia moderna, se ocupa de los medios, en especial de los medios materiales, de la vida humana. La sabiduría, que se ocupa de los fines, es también, y antes que todo lo demás, necesaria. Y sigue siendo un hecho el que la fe democrática —que implica fe en la justicia, en la libertad, en la fraternidad y en la dignidad de la persona humana, en sus derechos tanto como en sus responsabilidades, en esa cualidad de las leyes justas que las hace obligatorias en conciencia, en las hondamente arraigadas aspiraciones a la emancipación política y social del pueblo— no puede justificarse, alimentarse, robustecerse ni enriquecerse sin las convicciones filosóficas o religiosas —«teológicas, metafísicas o naturalistas»— que miran a la misma substancia y significado de la vida humana. Aquí se transparenta la verdad de la importancia otorgada por



T. S. Eliot al carácter orgánico de la cultura, así como la injusticia de imputarle propósitos que, de ser llevados a cumplimiento, darían por resultado una especie de «fascismo eclesiástico». Porque podemos tener la seguridad de que él vincula el esfuerzo por la integración de la cultura no al poder coercitivo de alguna autoridad eclesiástica, sino a la eficacia persuasiva de la verdad. El esfuerzo por la integración no sólo debe ser realizado en el plano de la personalidad y la vida privada; es esencial a la cultura misma y a la vida de la comunidad como un todo, integración que no depende de disposiciones legales, sino de una inspiración espiritual y libremente aceptada.

En consecuencia, no es sino algo normal el que en una sociedad y en una cultura democráticas, las diversas escuelas filosóficas o religiosas que en sus conclusiones prácticas coinciden respecto del régimen democrático, y que pretenden justificarlas, entren en una libre competencia. ¡Que cada escuela defina y afirme su credo con integridad y plenitud! ¡Pero que ninguna intente imponerlo por la fuerza a las demás! La tensión recíproca consecuente enriquecerá antes que perjudicará a la tarea común.

5. En cuanto a mí mismo, que creo que la idea del hombre sostenida por las metafísicas de Aristóteles y Tomás de Aquino constituye el fundamento racional de la filosofía democrática, y que la inspiración del Evangelio es su verdadero soplo vital, confío en que en esa libre competencia de que hablaba hace un momento la levadura cristiana desarrollará una acción cada vez más importante. En todo caso, la responsabilidad de fortificar, alimentar y enriquecer una fe democrática común no pertenecería menos al sacerdote, dedicado a la predicación del Evangelio, que al profesor, consagrado al espíritu científico si ambos llegan a una nítida comprensión de las necesidades de nuestros tiempos y se liberan de prejuicios heredados del pasado. Si buscáis la *principal* responsabilidad, yo diría que, de hecho, le pertenecería, probablemente, a una directiva integrada por laicos cristianos y los elementos más ilustrados de las clases trabajadoras.

Finalmente, si yo afirmo que sin una reconciliación vital y sincera entre las inspiraciones cristiana y democrática nuestras esperanzas en la cultura democrática del futuro se frustrarán, no requiero la fuerza policial para obtener esa reconciliación; sólo sostengo lo que estimo verdadero. Sería necia intolerancia el motejar de intolerancia cualquier afirmación de la verdad hecha sin la vacilación de la deuda, aun si no agrada a algunos de nuestros conciudadanos democráticos. Insisto con la misma energía que T. S. Eliot en que la levadura cristiana es necesaria a la vida y a la integración de nuestra cultura. Desde el punto de vista religioso, quisiera que todos los hombres creyeran en la totalidad de la verdad cristiana. Desde el punto de vista social-temporal, me sentiría satisfecho si las energías cristianas que trabajan en la comunidad confieren la plenitud de la fe sobrenatural a un cierto número de individuos y a lo menos les conservan su impulso moral a aquellos en quienes estas energías aun perduran, acaso inadvertidas, pero que han sido más o menos secularizadas.

Es cierto, por lo demás, que la fe sobrenatural no nos provee de ningún sistema social, o político particular. En tales materias la fe sobrenatural debe ser complementada por una filosofía práctica sana, por la información histórica y la experiencia social y política. Sin embargo, la fe sobrenatural, si es vivida de verdad —en otras palabras, si los cristianos saben «a qué espíritu pertenecen»—, les proporciona la inspiración básica y las verdades vitales que informan sus sistemas políticos y sociales y salvaguardan la dignidad humana contra toda clase de opresión totalitaria.

Permítaseme añadir que considerar la fe religiosa de un poeta como T. S. Eliot como «el objeto de una deliberada voluntad de creer, gozosa de un difícil triunfo sobre los escrúpulos de la inteligencia», es tal vez el único modo en que un crédulo puede explicarse

a sí mismo tan extraño fenómeno, pero en sí mismo ello no prueba ni explica nada. Ni explica más el pretender que los neotomistas miran como «desorden» «el espíritu de investigación e innovación» —no aludo al escepticismo— y «el avance de la libertad de pensamiento y de conducta», si esta libertad se inspira en el amor a lo verdadero y a lo bueno.

Me complazco en terminar diciendo que me he sentido particularmente feliz de encontrarme esta vez de acuerdo, siquiera limitado, con Sidney Hook, salvo en cuanto a los puntos a que me he referido, que no son de poca monta. Tal consenso de las conclusiones prácticas entre filósofos, cuyas concepciones teóricas fundamentales divergen considerablemente, ofrece un ejemplo de la cooperación pluralista de que hablaba.

---

EDUARDO FREI MONTALVA

# LA POLITICA Y EL ESPIRITU

PROLOGO DE GABRIELA MISTRAL

\$ 60.—

Ya está en venta una nueva edición, con importantes ampliaciones en capítulos fundamentales, de este interesante libro, cuya primera edición, totalmente agotada, tuvo la más amplia acogida. En esta obra se podrá apreciar, una filosofía de lo social, que expuesta hace ya años, ha sido confirmada por los acontecimientos.

---

**EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.**

---

# RETRATO DE GEORGES BIDAULT

Por Charles CHRISTIAN WERTENBAKER

Una tarde de Septiembre de 1944, en un salón del Palacio Chaillot, ornado de tricolores, en el Trocadero, el General de Gaulle presentó su nuevo Gobierno Provisional a un grupo escogido de ciudadanos de París. El General pronunció un largo discurso sobre la gloria de Francia y bosquejó su política extranjera. Pronunció también un discurso su nuevo Ministro de Relaciones Exteriores, quien habló de «*revolución por medios legales*». Pocos de cuantos escucharon entonces a Georges Bidault por primera vez, cifraron esperanzas en el oscuro profesor de historia, que parecía un muchachito junto a «le grand Charlie», cuya voz era demasiado débil para que pudiera escucharse más allá del centro del vasto auditorium y que balanceándose hacia atrás y adelante sobre sus talones gesticulaba rígidamente como un muñeco de madera. Por cierto que ni Charles de Gaulle ni Georges Bidault esperaban que antes de dos años, como ocurrió, Bidault sería elegido Presidente del Gobierno Provisional de Francia.

Jamás habría llegado a ser Bidault Ministro de Relaciones Exteriores, a no mediar precisamente su obscuridad. En el Movimiento de Resistencia, bajo el predominio alemán y el Gobierno de Vichy, ser oscuro era tener la posibilidad de subsistir. En Julio de 1943, el famoso líder de la Resistencia conocido con el nombre de Max (Jean Moulin), fué delatado a los alemanes junto con siete de sus colaboradores y se suicidó. Georges Bidault, personalidad poco notoria, que había organizado un pequeño grupo subterráneo, fué designado Presidente del Consejo Nacional de la Resistencia. Un año después, cuando la Resistencia se apoderó de París al retirarse los alemanes, Bidault y su consejo se establecieron en el Hotel de Ville y allí dieron la bienvenida a de Gaulle al llegar a París. De Gaulle, que hubo de incluir a algunos miembros de la Resistencia en su nuevo Gobierno, escogió al líder de ella para un cargo que estimaba honorario en gran medida, como quiera que el General se proponía ser su propio Ministro de Relaciones Exteriores.

Pero Bidault sorprendió a todo el mundo, con excepción de quienes lo conocían bastante, mostrando gran personalidad en sus relaciones con el General. Fué acaso el único miembro del Gabinete que se atrevió a estar en desacuerdo con su Jefe, y a demostrárselo francamente. Viajó por primera vez a los Estados Unidos para asistir a la Conferencia de San Francisco, en la que se condujo con gran tacto. Cuando permaneció como Ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Gouin, el que sucedió al gobierno de de Gaulle durante el invierno pasado, los observadores comprobaron que Bidault tenía una política extranjera, que era considerablemente diferente de la de de Gaulle. La independencia de Bidault se debe en parte a su temperamento personal, pero puede atribuírsela además a la creciente fuerza del nuevo partido que contribuyó a crear, llamado Movimiento Republicano Popular. Y en Junio último, cuando las elecciones lo hicieron el partido más fuerte de Francia, los observadores advirtieron que las palabras de Bidault, «*revolución por medios legales*», eran algo más que expresiones de hermoso sonido.

El M. R. P. en Francia, aun en mayor medida

que sus congéneres en otros países católicos de la Europa occidental, ha probado ser en el Continente el único movimiento popular y dinámico que se opone al Comunismo. En carácter de vocero principal, Bidault dice que el M. R. P. «*es el único partido que puede luchar contra el Comunismo colaborando al mismo tiempo con él*». Quiere significar que existen políticas comunes entre el M. R. P. y los comunistas, entre otras la de la nacionalización de las industrias básicas y la de oposición al Bloque Occidental contra Rusia. Con este programa izquierdista, el M. R. P. ha traído a numerosas personas de izquierda que desconfían o a quienes disgusta el Comunismo y que consideran inoperantes a los Socialistas. Por su apoyo humanista a las tradicionales libertades de Occidente, atrae a muchos conservadores que están dispuestos a sacrificar ciertas medidas de su conservantismo con el objeto de respaldar un movimiento anti-comunista dinámico. De este modo, en cierto sentido, el M. R. P. es un partido de compromiso. Numerosos otros elementos se han adherido a este núcleo sinceramente izquierdista y devotamente católico. Estos elementos podrían hacerlo oscilar hacia la derecha, pero mientras esté dirigido por Georges Bidault no es probable que abandone muchos de los principios que él, después de debate interno largo y penoso, ha llegado a tener la certidumbre de poseer. No debe olvidarse que Bidault pertenece a esa pléyade de líderes subterráneos que han desplazado a los líderes exilados de Europa y que se hizo revolucionario al permanecer en su propio suelo para luchar contra el Gobierno de Vichy.

No tiene apariencia de tal. Es pequeño y vigoroso, de cabellos castaños que empiezan a encanecer, ojos pardos y vivos y manos nerviosas. El profesor de historia descuidadamente vestido, al ser designado Ministro de Relaciones, tuvo que habituarse a usar trajes cruzados, de telas rayadas, camisas blancas y corbatas modernas. Su cabello, que antes tendía a caer sobre su frente, permanece ahora cuidadosamente peinado, excepto cuando está irritado, lo que ocurre raras veces.

Mientras le entrevistaba, le interrumpió un Secretario que le pasó una tarjeta escrita a máquina. Bidault la miró, se dió una ruidosa palmada en la frente y permaneció casi dos minutos con la cabeza entre las manos, mirando como si no supiera si llorar o reír. Luego se alisó un mechón rebelde y reanudó la entrevista. Más tarde una investigación minuciosa reveló que el mensaje le informaba sobre la fuga del pronazi Gran Mufti de Jerusalén, que se encontraba en París en semi custodia protectora. Bidault transmitió la noticia al Embajador Británico esa misma tarde, mientras bebía una copa de champaña en el jardín de la Embajada con el Muy Honorable Alfred Duff Cooper.

Bidault es profundamente respetuoso de la gente en conjunto, pero no así de las personas en particular. Cuando está de buen humor se burla de cuantos le rodean, su esposa, sus colegas, sus antiguos alumnos (que aun le vienen a ver), su linda y alegre secretaria, Mme. Odette Cornu, su valet de chambre Henri. ¿Dónde pusiste el medio limón que yo usaba anoche?, le preguntó a Henri un día. ¿Despilfarras el dinero fiscal? Cuando está de mal hu-

mor, se pone rojo como un pavo y golpea en el mueble más cercano. Como se supondrá, Bidault sabe que tales niñerías son atractivas y desea deliberadamente ser poco formal en privado.

Como Ministro de Relaciones, ha pasado el menor tiempo posible en su grande y cómodo despacho, con paneles de encina y techo materialmente cubierto de bujías, que costó a los contribuyentes franceses dos millones de francos en 1907 y cuyo escritorio está adornado con un tintero dorado con ángeles desnudos. Siempre que le es posible, Bidault trabaja en el departamento de cuatro piezas que el Gobierno reserva en el mismo edificio para el Ministro de Relaciones Exteriores. Ahí le despierta Henri todas las mañanas a las 7.30, pero casi siempre se toma un pequeño sueño adicional. Mientras desayuna, lee los diarios matutinos, incluso la edición europea del «Herald Tribune» y del «Daily Mail».

Después del desayuno, todavía en bata, pasa un par de horas conferenciando con los miembros de su Secretaría. Alrededor de las 11.30, Bidault se viste y se marcha a su oficina a leer el correo y recibe visitas oficiales hasta el almuerzo. Si no tiene que asistir a algún almuerzo oficial, se sirve otra comida liviana en su departamento y lee los diarios que han aparecido desde la mañana.

Es costumbre que después de almorzar pasee un poco por el jardín plantado de rosas, comúnmente con su esposa, y se libere de la irascibilidad que haya podido acumular en la mañana. Luego regresa al departamento a celebrar otras conferencias y nuevamente a su despacho alrededor de las 5.30, a trabajar hasta las 8.30. A la hora de comer examina los documentos recién llegados. Como es antiguo periodista, no le gusta imponerse de las noticias por medio de recortes y es acaso el único hombre en Francia que se preocupa de leer todo lo que aparece en la prensa diaria.

Bidault tiene sólo 46 años. En 1901, cuando tenía 18 meses, su madre, Françoise Augustine Travers Bidault, murió. Los Bidault, una familia provinciana estrechamente unida, profundamente religiosa, refugiaron su pena en una típica casa de estrecha fachada que poseían en la aldea de Moulins, en el sur de Francia y se habituaron a esta pena. Mantuvieron siempre la voz baja y los cuartos encortinados parecieron desde entonces más sombríos. El joven Georges, un niño alegre por naturaleza y extraordinariamente brillante, se volvió en cuanto pudo al mundo de los libros.

Durante su niñez que fué excesivamente austera, sus principales diversiones eran coleccionar sellos e ir en busca de setas, «hobby» familiar al que aún suele dedicarse. Cuando tenía nueve años, su padre, agente de seguros bastante acomodado, envió al niño, ya profundamente religioso, a que le educaran los jesuitas franceses, exilados por propia determinación en el norte de Italia. Dos años más tarde envió a su brillante hijo a París a especializarse en matemáticas. Pero Georges se enamoró de la Historia y a los quince años había elegido ya su profesión. Estudió en la Universidad de París hasta que fué reclutado para la Primera Guerra mundial y fué alumno tan aprovechado que aunque sólo tenía 19 años y no era más que cabo, enseñó historia a los oficiales franceses en St. Cyr y en St. Maixent. El profesor Bidault no tuvo dificultades con sus superiores en las aulas; ellos no la tuvieron con el cabo Bidault fuera de las mismas.

Después de la guerra, continuó con la pasión

primordial de su vida, la Historia, y comenzó a desarrollar la segunda, la política. Mientras estudiaba para obtener su «agregation» (que equivale al grado de Doctor), ingresó a la Asociación de Jóvenes Católicos Franceses, llegó a ser miembro del Directorio General y uno de sus Vicepresidentes. Desde entonces, hasta la segunda guerra mundial, su vida fué una juiciosa mezcla de las dos pasiones. Dictó clases en Valenciennes, en Rheims y luego en París, en el Liceo Louis-Le-Grand. Ingresó al partido Católico Popular Democrático y en 1931 pertenecía ya a su Comité Ejecutivo. Fué candidato del partido a la Cámara de Diputados en 1935, y tuvo una rotunda derrota. Era orador tan poco cautivante como lucido conversador, debilidad que ha conseguido vencer. Ingresó al grupo directivo del diario del Partido, *L'Aube*, y escribió gran número de editoriales políticos, algunos de los cuales no han sido olvidados.

Su vida privada era rutinaria. En París habitaba en dos cuartos ubicados en lo que un amigo caracterizaba como «un hotelito miserable», en la Rue de l'Épée, en los que se apretujaban sus amigos, sus alumnos y sus ex-alumnos a los que llevaba a los cafés cercanos a hablar de política. Estaba especialmente bien dotado para la indignación moral y el fascismo le enfureció desde un principio. Un amigo que solía frecuentar la mesa del Café a que concurría Bidault durante los últimos años de la década 30-40, le describe así: «Era particularmente vital sobre todo cuando se refería al fascismo. Le enfurecía».

«Solíamos decir: El viejo Bidault va demasiado lejos. Realmente, el tema le exasperaba».

La misma persona que le conoció entonces siguió diciendo: «Era un tipo curioso. Escuchaba con extrema atención lo que se le decía y luego se lanzaba a discutir con violencia. Profundamente religioso, su religión no estaba hecha de limitaciones, sino que era esencialmente alegre. Su simplicidad era grande».

Concluyó el amigo: «Si Ud. veía a alguien sentado al sol, con las piernas estiradas, bebiendo vino y leyendo *La Croix*, no podía ser otro que Bidault».

La primera crisis que empezó a convertir a algunos de los católicos de mente avanzada de Europa en una fuerza política, fué la Guerra Civil Española, que constituyó la mayor crisis intelectual y espiritual en la vida de Bidault. Un admirador le ha descrito como «una república individual que a menudo ha examinado cuidadosamente sus ideas y tomado su decisión de acuerdo con la mayoría de ellas». Hizo precisamente eso al estallar la guerra española. Escrutó laboriosamente los votos en su mente y decidió que creía en la República. Luego, como debe hacerlo todo republicano respetable, dejó un lugar en ella para la minoría de sus dudas, pero actuó basándose firmemente en la decisión de la mayoría. Durante el resto de la guerra luchó abierta y vigorosamente por la intervención en favor del lado republicano, pero sin éxito.

No estaba solo Bidault en su oposición a Franco o al apaciguamiento. En la época de Múnich había en Francia un creciente pero aun escaso grupo de católicos que previeron el desastre a que conducía su patria la reacción política y la corrupción personal. Tal grupo comenzaba ya a formular ideas políticas en las cuales el concepto de la integridad personal y aun del ascetismo, era muy fuerte. Bidault era por aquel tiempo el principal editorialista de *L'Aube*. Después de dictar sus clases, el primer acto al llegar a su oficina, era revisar el canasto

de papeles en busca de sellos de interés para su colección. Era el segundo redactor, con gran rapidez, habiendo ya concretado su pensamiento sobre el particular, un artículo contra Múnich. Fué una de las escasísimas voces que se levantaron en la prensa francesa, y aunque *L'Aube* era pequeño, tenía influencia. El Ministro de Relaciones Exteriores, Georges Bonnet, le invitó un día a visitarlo y le planteó la cuestión que entonces se formulaba con frecuencia a los periodistas, en una época en que la prensa francesa era notoriamente venal. «¿Qué podemos hacer por su diario?», preguntó Bonnet. «Sabemos que Ud. es pobre».

«Nada», respondió Bidault.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Bidault, ahora con el rango de Sargento, se presentó como voluntario para ir al frente y fué tomado prisionero en Mayo de 1940. En Julio de 1941, canjeado en su calidad de veterano de la guerra pasada, fué a enseñar a Lyon. Hoy día sus antecedentes de líder de la Resistencia son muy conocidos en Francia. En sus clases, para dar lecciones de antifascismo, usaba alusiones y paralelos. Después, con algunos amigos, entre los cuales estaba François de Menthon, formó un grupo de resistencia denominado «Combat». Se transformó, de grupo intelectual que era, en una de aquellas agrupaciones operantes que integraron el Movimiento de Resistencia, con una sección de sabotaje, una de propaganda, células de estudiantes y de trabajadores. Cuando Bidault llegó a ser Presidente del Consejo Nacional de la Resistencia, después de la muerte del legendario Max, no había alcanzado aún gran relieve. En aquellos días no era conveniente saber mucho. Nadie podía resistir a los expertos métodos de tortura nazis y a los miembros de la Resistencia sólo se les pedía que resistieran 24 horas para que los camaradas pudieran ocultar sus huellas.

Toda la familia Bidault actuó en la Resistencia: sus hermanos mayores, Paul y Marie, en Moulins; su hermana menor, Isabel, que se le parece mucho, en París. No se vieron unos a otros durante los cuatro años.

Desde que Charles Maurras, en su diario petainista, *Action Française*, denunció al profesor de historia del Liceo de Lyon como subversivo, la ciudad ya no era segura para Bidault. Aunque había dejado de realizar sabotaje intelectual en las aulas, sus alumnos interpretaban con entusiasmo todo lo que decía como alusiones. En esos días alguien fué capturado por la Milicia Francesa y la Resistencia supo que había dicho a sus carceleros que conocía a de Menthon. Podía o no haber mencionado a Bidault. Este huyó a París. Se dejó crecer bigote y abandonó los anteojos, identificándose como un tal Jean Jacques, ingeniero, procedente de Grand Crevilly en el Sena Inferior, en donde se habla el tipo de francés puro que habla Bidault. Cuantos trabajaron junto a él, entonces, hablan de su paciencia y su calma frente a las dos grandes tensiones del trabajo subterráneo, el interminable aguardar entre citas cuidadosamente convenidas y el temor que sucede a su fracaso.

El 9 de Septiembre de 1944, cuando de Gaulle le pidió que asumiera el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, Bidault vaciló antes de aceptar. No carecía de ambición, pero es hombre que conoce sus propias limitaciones. Pidió autorización para cometer errores durante seis meses. Antes que el plazo terminara cometió la más grande de las faltas. Omitió consultar a Rusia respecto de las objeciones de Francia a la redacción de las in-

vitaciones a San Francisco, y Rusia, a la que de Gaulle había estado cortejando con elocuencia, abofeteó a Francia en la cara. Pero Bidault se repuso de esta equivocación con su atinada conducta en San Francisco y al final fué el General quien sufrió más que él por lo que había sucedido. Parece obvio ahora que los rusos entendieron la política de de Gaulle de tratar de jugar la carta del Oriente contra el Occidente y esperaban tener la oportunidad de hacérselo saber. Bidault, cuya política es no jugar a ningún lado, sino de tratar de armonizarlos, puede no tener más éxito que el General, pero por lo menos ambos lados pueden confiar en él.

El M. R. P. y los Comunistas están de acuerdo en los puntos esenciales de la política exterior francesa. Conviene en segregar el Ruhr de Alemania (aunque Bidault transigiría en este punto para conseguir la armonía entre los Ministros de Relaciones Exteriores). Unos como otros desconfían de las intenciones británicas en el Mundo Árabe y están contra el Bloque Occidental, los comunistas porque favorecen a la U. R. S. S. contra las potencias occidentales, Bidault porque piensa que Francia debe ser mediación y equilibrio (lo que no obstaría a que si se llega a un conflicto, Bidault se decida por el Occidente). De este modo Bidault puede esperar no tener dificultades internas inmediatas en el desarrollo de su política exterior. Pero carece de la diplomacia de los políticos franceses de antiguo cuño y no es seguro que pueda dirigir un intranquilo gobierno de coalición. Podrá transigir en cuestiones de principios, pero no es sobornable. Es lento para resolverse, obstinado una vez que se ha resuelto. Discute largamente antes de adoptar una decisión, a veces sólo por escucharse. Quiere hacerlo todo por sí mismo, lo que a veces ocasiona confusiones difíciles de resolver. A menudo pierde los estribos.

En su carácter de invitante a la reunión de ministros de Relaciones Exteriores en París, ha correspondido a Bidault la poca envidiable tarea de tratar de armonizar el Oriente Comunista y el Occidente Democrático. Pero, aunque es realista y un tanto pesimista, no ha abandonado totalmente la esperanza de conseguirlo. Considera que si es posible alcanzar algún acuerdo en cuestiones de poca entidad o cierta medida de acuerdo en asuntos de gran magnitud, puede realizarse algún progreso.

Mejor que los otros tres Ministros de Relaciones, Bidault comprende que es posible reconciliar lo aparentemente irreconciliable. Ha conseguido hacerlo en su extraña carrera. Su propio partido lo ha conseguido convirtiéndose así en uno de los más fuertes de Francia. En cierto sentido, también lo ha hecho su país. Pero además comprende Bidault, mejor que los otros Ministros de Relaciones, que a veces no se alcanza la reconciliación sino tras amargas penurias. Acaso es esta comprensión, en cierto modo mística, la que da cohesión al hombre, al partido y al país.

La Revolución que encarna Bidault es la única nueva fuerza política vital que hasta ahora ha surgido de la Segunda Guerra mundial en Europa. Aun si se la conoce con el nombre de Socialismo Cristiano, no es enteramente cristiano y solo moderadamente socialista. Acaso fuera más apropiado denominarla Izquierda Católica, entendiendo «izquierda» según la significación de anteguerra. Es revolucionaria en la medida en que se ha vuelto contra el «laissez faire» de la economía capita-

lista de la preguerra, que condujo a la ruina a la Europa Occidental. Porque es antimaterialista es naturalmente anticomunista. Su política primordial consiste en insistir en un orden económico más justo sin el sacrificio de las libertades tradicionales.

Este movimiento no está confinado en modo alguno a Francia; es fuerte en Italia, Bélgica y Alemania del Sur, y Bidault piensa que tiene fuerza potencial en España. Empero, su avance más espectacular se ha realizado en Francia, por medio del partido de Bidault. Son múltiples las causas de tal crecimiento. Francia emergió de la guerra avergonzada de sus actuaciones hasta el año 1940, enorgullecida después por su Resistencia. Los dos partidos que realizaron la más heroica lucha subterránea, fueron los comunistas y los grupos que formaron el núcleo del M. R. P. Los comunistas extrajeron vigor de la izquierda; el M. R. P. de la derecha, algunos de cuyos componentes de dudosos antecedentes políticos, se sintieron felices de poder ligarse a un partido de limpia ejecutoria. En Octubre último, cuando Francia sufría de frío, hambre y desesperanza, casi eligió un gobierno Comunista e impulsó a éstos para obtener de la Asamblea Nacional una Constitución que favorecería enormemente a su partido. Durante la primavera, con un empréstito norteamericano y una espléndida cosecha en perspectiva, el M. R. P. persuadió a los electores a rechazar la proyectada Constitución, y el dinamismo engendrado por la campaña que llevó a cabo contra la Constitución apoyada por los Comunistas, perduró hasta el día de la elección.

Pero sería simplificar demasiado, caracterizar el M. R. P. como un partido de derecha. Es un partido que ha logrado reconciliar a gran parte de la derecha con las reformas de tipo izquierdista. El mismo Bidault habla despectivamente de «los viejos de la derecha» y llama al M. R. P. un partido de «hombres que creen en su siglo». Su partido ha coadyuvado en Francia a la nacionalización del carbón, de las industrias de la aviación civil, de unas tres cuartas partes de su banca y de sus compañías de seguros; el M. R. P. apoyará la nacionalización de la industria pesada y de la Marina Mercante. Tales medidas son aborrecidas por la derecha tradicional. Si bien es cierto que hay muchos conservadores en Francia que temen al comunismo más de lo que temen a la nacionalización, hay muchos más que están convencidos de que la nacionalización, si no traspasa las fronteras, será saludable para la economía del país. Hay también muchos franceses, liberales y conservadores, que, recordando la larga guerra que Francia ha librado contra el clericalismo, temen a las bases católicas del M. R. P., a pesar de lo cual votan por él. La cualidad mística del pensamiento de muchos de sus miembros puede ser una debilidad de que tenga que resentirse más adelante. Hasta aquí el M. R. P. se ha destacado como un partido

católico que no es ni eclesiástico ni clerical. Cuando hubo presión eclesiástica para obtener que abandonara el último gobierno de coalición, Bidault mismo encabezó la oposición, y ha hecho notar que nunca ha visto al Arzobispo de París fuera de la iglesia.

Bidault se ha divertido bastante aprendiendo a ser estadista y político. Pero tiene una gran ventaja sobre otras personas de su profesión: podrá volver a la enseñanza y al periodismo y disfrutará en igual forma. Otra ventaja de que disfruta en un país que se avergüenza profundamente de la conducta personal de algunos de sus líderes de preguerra, es la rectitud impecable de su vida privada. Jamás se relacionó su nombre con el de una mujer, hasta que en el mes de Noviembre de 1945 se anunció su matrimonio con Suzanne Borel, una de sus ayudantes en el Ministerio de Relaciones. «Suzy» Borel, es una diplomática de carrera, elegante y hermosa, que trabajó para la Resistencia en el Gobierno de Vichy, hasta que ello se hizo demasiado peligroso. Cuando trabajaba con Bidault en el Quai d'Orsay, acostumbraba juntarle estampillas para su colección. Mlle. Borel escogía las estampillas más hermosas y Bidault hubo de explicarle con irritación que no siempre las estampillas más bellas son las más valiosas. Madame Bidault ha dejado de coleccionar estampillas para su marido, pero aún le llena de sorpresa al rehusar tomar demasiado en serio sus aficiones.

Tales aficiones, además de los sellos y las setas, son las rosas, los libros, las locomotoras y los zoológicos; sus preferencias más serias son la Historia, Dios, el sol y el vino. Los franceses tienen un antiguo dicho: «Quien ama el vino es un buen hombre». Bidault es un buen hombre, un hombre honesto y de rígida conciencia. Después de los años irresponsables que van desde 1920 a 1930, Francia no ha demorado mucho en tomarle efecto y posiblemente con las excepciones del imprevisible General y del imprevisible dirigente comunista, Thorez, tiene por delante el más brillante de los futuros que esté reservado a cualquier dirigente en el país. Los franceses son gente cauta y les gusta saber dónde se les conduce.

Recuerdan que el primer acto de Bidault como Ministro de Relaciones de la Francia Libre fué el de reinstalar a Mariana en el Quai d'Orsay. En el alto pedestal de mármol del Gran Hall del Ministerio de Relaciones Exteriores, enfrentando la majestuosa escalinata diplomática, en el que durante una época ignominiosa un busto de Hitler reemplazaba el bronce de la Mariana de la anteguerra, Bidault hizo colocar un vaciado en yeso de ella. Era el mismo busto vaciado en yeso que, en diferentes tamaños, decora las escuelas públicas y las municipalidades de Francia. El hombre que devolvió su preeminencia a este símbolo popular de la libertad, igualdad y fraternidad de la Francia Republicana, tenía todo el derecho para hacerlo así.

*Condensado y traducido de LIFE INTERNACIONAL, por Carlos Burr.*

# ASPECTOS DE LA REALIDAD POLITICA DE BRASIL Y ARGENTINA

Por Francisco A. PINTO SANTA CRUZ

*Aprovechando las experiencias de un viaje reciente al Brasil y Argentina, me ha parecido de interés el consignar, aunque sea en forma resumida, algunas observaciones sobre la situación de estos países, en ciertos aspectos que no son fáciles de apreciar desde el exterior y que van algo más allá de la curiosidad turística.*

## BRASIL

Para el observador chileno habituado a ver desenvolverse con evidente normalidad nuestro régimen jurídico, de libre evolución social, llama de inmediato la atención el grado relativamente improvisado del movimiento político brasileño. Los partidos de mayor significación, antes que movimientos cohesionados, con doctrina definida, son conglomerados de múltiples grupos más o menos afines, en que el personalismo juega un definido papel y en que las denominaciones son poco orientadoras. Entre los que se llaman democráticos hay muchos grupos de extracción reaccionaria, grandes terratenientes, etc.; hay también otros que se hacen llamar sociales cristianos y a quienes correspondería por sus actuaciones retirarles los dos apelativos; entre tanto hay otros elementos de gran valor moral, de renombre universitario e intelectual, que sin llamarse tales, constituyen los grupos de auténtica avanzada social, no obstante que han debido luchar hasta con la franca animadversión de ciertos grupos de la autoridad eclesiástica.

Una comprobación elocuente de la afirmación anterior, la tenemos en las autorizadas opiniones formuladas por Tristán de Athayde (1) en lo que se refiere por ejemplo a los grupos católicos. Cree él que en Brasil (como en la mayoría de los países sudamericanos, agregaríamos nosotros), existen aún apreciables sectores de los medios católicos, que no han superado ni su «carácter burgués ni su espíritu reaccionario». Faltando estas condiciones preliminares indispensables, no es posible que pueda formarse un verdadero partido de inspiración social y cuya política se adapte realmente a las exigencias de lo que él llama la nueva Edad, el «Tiers Parti» de que habla Jacques Maritain (2).

Recientemente confirmaba Athayde su pensamiento respecto a estos sectores de la política bra-

(1) El Profesor Alceu de Amoroso Lima («Tristão de Athayde»), Miembro de la Academia de Letras, Catedrático de la Facultad de Filosofía de la Universidad del Brasil, autorizado comentador de Maritain y el más alto valor del catolicismo brasileño, nos concedió una entrevista de sumo interés a la cual nos referiremos en un próximo artículo.

(2) «Pela Cristianização da Idade Nova», Vol. I, pág. 201-2.

sileña, a quienes conoce demasiado bien, expresando que antes de insistir en la formación de un fuerte y organizado partido «católico progresista», y no habiendo desaparecido los elementos contrarios señalados, la preocupación preferente de los verdaderos católicos debía ser la de impedir la amenaza de un neo-facismo, bajo la forma de una confusión entre el nacionalismo integralista y el catolicismo político» (3).

¿A qué se debe esta improvisación o falta de organización y desarrollo político? La mayoría lo atribuye con toda razón al régimen de dictadura violenta que rigió en los últimos 15 años, en el Brasil, con Getulio Vargas, y que al impedir toda oposición, libertad de expresión y régimen de partidos, en un pueblo socialmente poco desarrollado, —determinó un verdadero estancamiento en la actividad y organización política. Lo grave del caso es que hoy, a pesar de haberse el país liberado legal o constitucionalmente de dicha dictadura, en realidad se mantienen firmemente muchas de las características que tuvo el fenecido régimen. El militarismo sigue teniendo la definida influencia que antes tuvo en el régimen de Getulio Vargas. Así como fué obra del Ejército el que el dictador fuera depuesto, ha resultado hasta ahora que en verdad también es el militarismo el eje inspirador del Gobierno.

Don Getulio Vargas fué depuesto, pero no así el «Getulismo», que no fué combatido ni excluído. El equipo gobernante sigue entonces influído por gente muy «semejante» a la del régimen anterior. Hay que recordar al efecto que el propio Presidente Dutra fué durante 7 años Ministro de Guerra de Vargas, y que su elección se debió en gran parte al apoyo que el propio Vargas le prestó a través de su partido «trabalhista» y el de los «integralistas» o camisas verdes del Brasil (4).

Esta influencia del régimen getulista fenecido se aprecia en varios aspectos principales.

(3) «Jornal de Debates», Rio de Janeiro, 20 Setiembre 1946, pág. 10.

(4) Otra ayuda importante que tuvo Dutra fué, según muchos, la poco feliz intervención del Nuncio y ciertos grupos del Clero, que hicieron volcarse hacia Dutra muchos votos católicos que favorecían al otro candidato, el Brigadeiro Gomez, cuyos atributos de inteligencia, preparación y mayor sentido social, le atraían grandes simpatías, que se mantienen hasta hoy.

a) En los equipos directivos de la administración del Estado, siguen figurando hombres que tuvieron decisivo papel durante la Dictadura de Vargas. Bastaría señalar los nombres de Dods-worth, Lusardo, el Canciller Neves de Fontova y muchos otros, entre los cuales sobresalen en número los «Generales», que continúan a cargo de importantes servicios de carácter eminentemente civil.

b) Otro rasgo lo dan las «realizaciones» o preocupaciones fundamentales del Gobierno. Las necesidades propiamente populares no parecen todavía haber sido abordadas con el mismo interés con que se construyeron edificios faraónicos para el Cuartel General del Ejército, para Ministerios y Regimientos. Se ejecutan preciosas avenidas en los barrios de lujo y residenciales, se remozan edificios públicos, en que las placas conmemorativas y los bustos de Getulio Vargas juegan importante papel,—pero no se ha echado a andar ninguna campaña seria que tienda a suprimir las «favelas», o sea los improvisados refugios donde habita la población más menesterosa, ni se ve que se aborde con el mismo interés el problema de la tuberculosis y de la sub-alimentación del pueblo en general, que afecta gravemente a la clase popular, llegando hasta comprometer, según autorizadas opiniones, el desarrollo industrial de la región de Sao Paulo.

c) En el Congreso recientemente elegido, en que era lógico pensar que primara un sentido libertario y de avanzada social, ha dominado la fuerza de una coalición de tipo getulista-derechista. Confirmación de ello la tenemos en la elección reciente de Vice-Presidente de la República, en que se designó para tal cargo a don Neveu Ramos, nuestro visitante de hace pocas semanas a la transmisión del mando. El Sr. Ramos, que había contado con evidentes simpatías por parte del Gobierno de Vargas, triunfó sobre José Américo, líder popular, a quien apoyaron varios grupos independientes y de izquierda.

d) Otro rasgo orientador podría ser la disolución por parte del Gobierno del Congreso de Trabajadores Brasileños, que se inauguró en Septiembre pasado, en Río de Janeiro. Fundándose en la eventual «desunión», que, a su juicio, pudiera resultar de tal Congreso para los obreros brasileños y basándose en un reclamo que se le habría hecho por algunos delegados, el Ministro del Trabajo «acordó» disolverlo y así se hizo en una mañana. La razón de fondo estaba para muchos en el hecho de que de tal Congreso podía resultar el establecimiento de una Confederación Sindical de tipo nacional, que no era del gusto del Gobierno ni de grupos económicos influyentes.

Esta eventual «desunión» de los trabajadores no podemos comprenderla nosotros, que sabemos la

justicia y necesidad de la organización sindical. Estas actitudes «firmes» de un Gobierno, (como se las denomina en todas las latitudes por la prensa patronal), no convencen a nadie y sólo logran en definitiva desprestigiar al equipo gobernante, pues los hechos son más fuertes que todas las represalias.

¿Qué podría decirse entonces en síntesis respecto a la política brasileña?

1) Que la realidad actual no es tan brillante como nos relata el cable. La vuelta al régimen constitucional y legal, después de la Dictadura de Vargas, no ha creado por sí sola un movimiento político orgánico, del cual pueda esperarse a corto plazo grandes realizaciones de tipo nacional y sobre todo de contenido realmente popular, como para abordar graves problemas humanos y económicos de la población trabajadora brasileña.

2) El actual equipo gobernante mantiene inspiraciones y resabios del fenecido régimen, con definida influencia del grupo «getulista» y especialmente del Ejército, con todos los peligros que este tipo de Gobierno representa para un país.

3) Queda la esperanza de que el desarrollo y evolución política del pueblo—hechos posibles con la vuelta al régimen legal,—superan las influencias contrarias señaladas en el número precedente, hasta crear un movimiento poderoso de verdadero contenido social.

---

## ARGENTINA

Así como el porvenir político inmediato del Brasil da margen para una esperanza—puesto que es una etapa que se inicia después de la Dictadura—, no podríamos decir lo mismo de la situación argentina.

Observando un poco más allá de la desaprensión corriente del turista, investigando con objetividad ciertos hechos legales y económicos, y consultadas opiniones de personas conocedoras del país,—no puede menos de sentirse un franco temor sobre la «tendencia» del actual Gobierno argentino.

Hay allí, sea en forma espontánea, inconsciente o planeada, una política de evidente tipo «totalitario», que, como es de suponer, crearía con seguridad problemas para Chile.

Para formular una apreciación del tipo y gravedad de la indicada, formularé hechos concretos que a mi juicio lo acreditan y que detallo a continuación.

Como una observación previa de carácter general, diremos que, en realidad, el Gobierno tiene un efectivo respaldo popular, por parte de aquellos grupos o sectores que, alejados antes de toda



preocupación política, vieron interpretadas sus aspiraciones en las promesas y programas del peronismo. Sin embargo, otros muchos elementos de mayor experiencia, acreditan la semejanza de estos movimientos de fervoroso «populismo» con los tristes desengaños que, en definitiva, tuvieron pueblos como Alemania, Italia o España con las promesas de mejoramiento social, cuando tales postulados de justicia iban unidos al principio de la fuerza, de la arbitrariedad, del partido único y la pérdida de la libertad individual.

¿Cuáles serían entonces estas pruebas de «totalitarismo», sea organizado o en formación?

1) *Partido único.* La tendencia hacia el «partido único» puede señalarse en primer lugar en el reemplazo total y progresivo de los hombres en la Administración del Estado y de sus servicios esenciales.

Lo anterior se ha apreciado concretamente en las siguientes esferas: a) En el Poder Judicial, donde se ha reemplazado una enorme cantidad de jueces, mediante diversos métodos que van desde la destitución lisa y llana y sin expresión de causa, por Decreto, como lo hizo el Gobierno Militar, desde 1943, hasta un modo más sutil y falsamente «legal», que corresponda a un Gobierno que en el exterior es conocido como «constitucional»... Para suprimir jueces a quienes no se considera afectos al Ejecutivo, se ha empleado el expediente de no pedir el «Acuerdo» del Congreso, trámite formal que debe hacer el Gobierno una vez nombrado el juez o ascendido, para que éste pueda válidamente ejercer sus funciones; pasado cierto plazo sin obtener el Acuerdo, el juez queda de hecho impedido en sus funciones. O sea, se produce la anomalía de «ascender» a un magistrado para destituirlo.

El reemplazo en la judicatura ha llegado hasta la Corte Suprema, sometida íntegramente (con excepción de un ministro) a Juicio Político, procedimiento reservado para casos de delito en el ejercicio de sus funciones, que es fallado por el Congreso, en donde hay mayoría peronista (5).

El fundamento formal alegado por el Ejecutivo es el de haber reconocido la Corte a los Gobiernos militares de 1930 y 1943. El segundo de éstos, paradójicamente, es el que llevó a Perón al Poder. La realidad es, como fué reconocido durante la discusión en el Congreso, que la acusación constituye simplemente un medio de poner término a «...la falta de armonía entre el Poder Judicial y el espíritu de la Revolución...».

Esta campaña contra el Poder Judicial—reforzada en el Senado con afirmaciones vagas, para formar un clima de desprestigio—, tiene la extrema gravedad de que no significa sólo el cambio de

(5) Desde 1860 sólo han existido 4 juicios políticos; todos ellos se refirieron a casos particulares y no a toda la Corte.

funcionarios, sino representa el peligro de que la administración de justicia se haga política y que la colocación de «incondicionales» asegure la impunidad posterior y la justificación para atropellos contra los ciudadanos no afectos al partido gobernante.

b) El reemplazo de hombres ha alcanzado por igual al Profesorado, desde las Escuelas hasta las Universidades, que han sido sometidas a Intervención. Se han forzado renunciaciones, jubilaciones y otros excesos, que han afectado a hombres como el Profesor Houssay, fisiólogo de renombre mundial (6).

c) En otros servicios públicos se ha procedido por igual al reemplazo más o menos rápido y violento del personal. Podría citar el caso de los servicios que atendían lo relacionado con la Construcción de Viviendas Populares. Varios de sus técnicos, que me había tocado conocer hace años, fueron reemplazados y el nuevo equipo no ha demostrado por el momento mayor eficacia.

2) *Estatización de Actividades.* La progresiva intervención del Estado en todas las actividades en beneficio social de la Nación es, evidentemente, cosa distinta de la acción, que bajo el mismo nombre, pero con una intención de control político, pueda acordar un Gobierno. La primera es benéfica, la segunda, profundamente peligrosa. La tendencia del Gobierno argentino actual parece ir a este segundo tipo.

a) *Estatización de Servicios públicos, con control político.* El ejemplo lo tenemos en las normas implantadas en la compra hecha por el Estado Argentino de la Cía. Unión Telefónica, perteneciente hasta hace poco a una empresa norteamericana.

En el art. 6.º del convenio,—y no por imposición o pedido de los intereses norteamericanos—se ha contemplado la norma de que el nuevo empleador—el Gobierno Argentino—mantendrá en sus puestos al personal de empleados y obreros en actual servicio, pero con la siguiente limitación: de que no sólo deberán mantener sus calidades o requisitos de capacidad técnica y honestidad, (que es de suponer la tendrían), sino que además deberán llenar ahora el requisito de mantener «Lealtad» a los postulados y pensamiento del Gobierno, a fin de que su labor no sea «obstaculizadora». Quien calificará la «lealtad» será por lo tanto el propio Gobierno.

Tenemos de esta manera que el Derecho al Trabajo queda condicionado a una cláusula política. Si el empleado u obrero no es sumiso a la dirección política del Gobierno y en la calle actúa

(6) La nota que Bergara, Interventor en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, envió al Dr. Houssay, decía simplemente que «su cargo de profesor ha cesado a partir de esta fecha».

como ciudadano libre, dejará de ser «leal» y no tendrá derecho a trabajar en la profesión que escogió. Vale decir entonces que hay una «estatización» de las conciencias.

Aun más, ha establecido el nuevo empleador Estado Argentino, que si él despide personal deberá pagar las indemnizaciones legales, salvo que el despido haya tenido por causa la falta de «lealtad», caso en el cual ni siquiera tendrán tales empleados derecho a indemnización de desahucio.

b) Estatización del Crédito. Es difícil resumir en pocas palabras el sistema implantado con motivo de la reforma y nacionalización del Banco Central, —máxime cuando el principio de nacionalización y control del crédito es de todo punto de vista aconsejable,—y desde luego necesario de implantar en Chile para evitar el crédito de especulación. Pero, en Argentina, el problema deriva o puede derivar de la forma en que se ha implantado la reforma,—no obstante que por el momento el sistema no ha sido puesto aún en práctica. El hecho de que los Bancos particulares y semi-fiscales pasen a ser simples Agentes del Banco Central, «por cuenta» de quien reciben los depósitos y sin cuya aprobación no pueden por lo tanto facilitarse, hace que se exceda la fórmula de «control» y «orientación» del crédito productivo, hacia una dependencia absoluta del organismo del Estado, que puede llegar hasta el control político de las personas que soliciten la ayuda crediticia.

c) Estatización del Comercio Exterior. Un tercer elemento de juicio respecto al punto que venimos tratando, podría representarlo la creación y en especial las normas que ha puesto en práctica el «Instituto para la Promoción del Intercambio». El monopolio de las exportaciones, que hace apreciables utilidades para el Estado, con sacrificio de la producción interna, unido a cierto renovado tipo de «autarquía», ha creado una situación evidentemente odiosa para Argentina en el extranjero.

A los lastimeros reclamos que han hecho los industriales chilenos, para que se les venda una pequeña cuota de semilla de oleaginosas y sobre lo cual no insisto por haber sido suficientemente divulgado en la prensa chilena, se ha respondido por el Gobierno Argentino con seca terquedad. No se ha comprendido que el frío criterio del mercader no puede aplicarse estrictamente en los negocios entre naciones, máxime cuando el afectado, a riesgo de muchos sinsabores, la ayudó en difíciles momentos internacionales.

Este criterio de máximo utilitarismo estatal, aun con perjuicio del consumidor interno y que aprovecha la excepcional situación del país como vendedor,—crea desde luego otras dificultades y animadversiones. Basta recordar al efecto, la resolución de la UNRRA, quien decidió suspender

toda compra de trigo a Argentina, en atención a las múltiples dificultades surgidas con los organismos que atendían la exportación, los que habían puesto exigencias previas de internación de vehículos y otras ventajas que poco tenían que ver con la venta de trigo, para empleo tan urgente como aquel para lo cual lo adquirió la UNRRA.

Si consideramos por último los recientes planes anunciados por el Presidente Perón sobre elevación de tarifas de protección aduanera, como «protección al trabajador argentino», en comparación con los esfuerzos de los demás países americanos para conjugar o complementar sus economías, podemos acreditar en forma evidente que la tendencia del Estado Argentino es positivamente «diferente» a nuestros postulados.

Como un ejemplo concreto a este respecto, transcribimos una de las declaraciones oficiales del Plan Quinquenal, recientemente dado a conocer por el Gobierno Argentino: «... Cuando este programa esté terminado no tendremos que buscar mercados extranjeros, porque los tendremos en el interior del país». Como concepto de nacionalismo autárquico, el anterior es, evidentemente, completo.

3) *Incondicionalidad del Parlamento.* La aprobación sin mayor examen de cientos de mociones del Ejecutivo, la patente de legalidad dada en poquísimas sesiones a más de mil Decretos-Leyes del Gobierno militar, permiten comprobar que hay incondicionalidad del Parlamento, por parte de los congresales peronistas.

Un ejemplo saliente y concreto lo constituye la íntegra aceptación por el Senado, en una sola sesión, del Convenio Telefónico celebrado entre el Gobierno y la Cía. Norteamericana, cuya sola extensión e importancia justificaba un detenido estudio, como que se pagaban de precio 95 millones de dólares al contado.

La subordinación que busca el Ejecutivo es tan grande, que el hecho de que el Congreso no haya aprobado de inmediato mociones como la del Estatuto de los Partidos Políticos,—cuyas disposiciones establecen el más estricto sometimiento al Poder Ejecutivo,—ha permitido que personeros de este último digan que hay «obstruccionismo» y han amenazado con someter a «Intervención» las Provincias de Corrientes y Bs. Aires (7).

Pero hay más, pues se han señalado hechos graves de persecución a personas sindicadas de opositores. Tenemos el caso reciente del ex Diputado Radical Rodríguez Araya, asaltado por la policía después de graves cargos que había formulado contra un senador peronista, como

(7) La «intervención» está reservada para casos de riesgo o amenaza del régimen constitucional y otros casos graves análogos y trae la anulación de las elecciones y la cesación de funciones de ciertas autoridades.

también el caso del Diputado Sanmartino, asaltado a raíz de haber intervenido contra el Gobierno en la discusión sobre el Convenio Telefónico y otras mociones del Ejecutivo.

4) *Pactos desfavorables de carácter Internacional.* La reserva con que se llevaron las negociaciones con Gran Bretaña respecto a los Convenios Internacionales,—relacionados con la venta de carnes, los saldos en libras congelados en Londres y los ferrocarriles ingleses en Argentina—, en comparación con los resultados finales obtenidos, han causado estupor en todas las esferas argentinas y americanas. La crítica surgió en especial después de las enfáticas afirmaciones del Gobierno, en el sentido de que jamás los intereses de la Nación y los «postulados de la Revolución» se verían superados o absorbidos por los intereses del imperialismo inglés. Sin embargo, Gran Bretaña confirmó que sigue siendo la más hábil negociadora y perpetuadora de sus posesiones económicas de ultramar (8).

El detalle sería largo de explicar, pero baste recordar que de los 150 millones de £ depositadas en Londres, sólo se autoriza al Gobierno Argentino para disponer de más o menos 30 millones en 4 años y el saldo de 120 millones queda congelado en carácter de préstamo al Gobierno Inglés, quien abonará el  $\frac{1}{2}\%$  de interés anual. Con ello se postergan evidentemente para la nación argentina los beneficios que podía obtener del empleo de estas fuertes reservas en su desarrollo industrial, renovación de maquinaria, etc., puesto que además, en Nueva York, cuenta con un excedente o reserva a la vista de 600 millones de Dls., saldo a su favor de las ventas de tiempos de guerra.

En lo que respecta a los Ferrocarriles ingleses, se reconoce de nuevo al capital inglés un derecho preferente para percibir un interés de 4% (en vez de  $\frac{1}{2}\%$  que ellos abonan en el caso anterior) se prorrogan indefinidamente las espléndidas ventajas concedidas al capital inglés hace muchos años, que contempló la Ley Mitre, sobre exención de derechos de internación para el carbón inglés, para la maquinaria y repuestos, etc. y cuyo plazo de vigencia vence el 31 de Diciembre de este año. Por último, el Gobierno Argentino aporta 500 millones de Nacionales para renovar el material ferroviario y se hace una Sociedad Mixta entre el Estado y el capital inglés.

En síntesis, queda reducida a la nada la afirmación bombástica hecha antes por el Gobierno Argentino, de que jamás se traicionaría el interés de la Nación... «y los Postulados de la Revolu-

ción»... en el sentido de aceptar la compra o expropiación de ese «fierro viejo», que representaban los ferrocarriles ingleses (9). Desde luego, la nacionalización a bajo precio se presentaba muy sencilla en pocos meses más, dado que a partir del 1.º de Enero del próximo año comenzaría a afectar a los ferrocarriles ingleses los derechos de internación y otros gravámenes de los cuales hasta hoy gozaban en virtud de la combatida Ley Mitre.

En lo que respecta a las carnes argentinas, el Gobierno pedía que se elevara el precio de compra de las mismas hasta ponerlo al nivel mundial. Los ingleses las pagan a razón de 69 y 83 centavos la libra, en circunstancias de que el precio ofrecido por otros compradores en el mercado internacional llega en ciertos casos al doble de lo indicado. Inglaterra, por lo tanto, adquiere a bajo precio y satisface al consumidor de su país, pero, como ha comprado intencionadamente un stock superior a sus necesidades, vende el excedente a otros países con apreciable beneficio. En un tratamiento racional, lo lógico habría sido entonces que el poder imperial hubiera restringido sus compras, pagando por ellas el precio mundial, y el excedente lo hubiera podido negociar Argentina en forma directa. Los convenios recientemente celebrados no contemplan ese punto de vista nacional, sino el beneficio de la metrópoli. Se mantiene hasta por un volumen de 83% en el primer año y 78% en los restantes el monopolio de la compra de carnes por Inglaterra y sólo el excedente de 17% y 22% podrá negociarlo el productor argentino. El precio fijado representará más o menos un alza de sólo  $10\frac{1}{2}\%$  sobre el que pagaban anteriormente; esta elevación de precio es desde luego apreciablemente menor que el alza que ha debido sufrir el consumidor argentino en los precios de la carne.

Con razón pudo Hugh Dalton, Canciller del Tesoro, en Londres, pedir hace poco a la Cámara simplemente un aplauso efusivo para los negociadores imperiales; en realidad, no convenía dar mayor publicidad a los detalles del Convenio Miranda-Lord Eady, pues, a pesar de haber cambiado la situación de Argentina y ser ésta ahora una nación acreedora, el nuevo acuerdo es igual o mejor para el Imperio que el antiguo y combatido pacto entre Lord Runciman y el Ministro Roca, que contempló ventajas tan apreciables para el capital inglés como las de la Ley Mitre, antes mencionada (10).

Esta aceptación de los intereses imperialistas puede representar una prueba más de nuestra

(8) Las favorables condiciones obtenidas por el Gobierno inglés que incluso violan el principio del libre comercio y la promesa de quebrar el llamado «bloqueo esterlino», ha hecho que John Inyber en representación de Estados Unidos, haya formulado observaciones en relación con el convenio entre ambos países,—préstamo por 3.750 millones de Dls.

(9) El negociador argentino D. Miguel Miranda, Presidente del Banco Central, había dicho: «nada hay que hacer con el fierro viejo del ferrocarril Buenos Aires-Pacífico».

(10) Otro rasgo elocuente de la satisfacción para los intereses ingleses podría ser el editorial del «Daily Herald» al respecto, intitulado «Good Business».

a afirmación de totalitarismo. Los Gobiernos «fuertes», necesitan «estar bien», mantener buenas relaciones con los grandes grupos financieros internacionales,—aunque con ello posterguen en definitiva el mejoramiento económico de su país.

5) *Demagogia y falta de soluciones reales.* Fuera de las encendidas afirmaciones respecto a la liberación del pueblo, la lucha contra los grupos oligárquicos y el feudalismo rural, se han tomado efectivamente medidas de beneficio popular, como el «aguinaldo», o gratificación anual a los empleados y obreros, el decreto que rebajó en 10% los precios de consumo y la estabilización de los arrendamientos. Sin embargo, no se ven medidas de fondo, que en realidad vayan a modificar la estructura económica del país y a solucionar problemas graves, como la vivienda rural, la abolición del latifundio y la colonización. Tampoco se ha abordado otros males, poco conocidos para nosotros, como ser el régimen monopolista, en manos de capital extranjero, de las principales exportaciones del país (4 firmas exportaron el 76,2% del trigo en años recientes; 5 firmas, el 85,5% de la carne; 10 firmas, el 78% de la lana, etc.).

En vivienda popular, cuyos detalles conocí con cierta detención, se ha cambiado en pocos meses la organización, desde una Dirección de Vivienda, a un Consejo Nacional de la Vivienda y ahora a una Administración Nacional de la Vivienda; se ha ofrecido la inversión de 4 mil millones de nacionales, pero, salvo la Población aun inconclusa de Villa Concepción en Buenos Aires, no se ha visto nada efectivo y proporcionado a las promesas.

La propaganda, sin embargo, es abundante y hay profusión de folletos (semejante en eso a nuestra Caja de la Habitación), con discursos del Gral. Perón, en que se ofrece «una vivienda para cada familia y cada familia en su vivienda», pues ésta es: «manantial de sentimientos puros, evocación del recuerdo, sostén del linaje y base de una misión social...». Y todo esto (al igual que en los discursos de los dictadores europeos), se hará «con la ayuda de Aquel que dejó caer sobre los corazones la bienaventuranza de la justicia y del amor!». (11).

6) *Enormes gastos militares.* Este punto también característico de tendencias totalitarias, ha sido suficientemente divulgado. Desde el advenimiento del Gobierno Militar, los gastos de esta especie se multiplicaron. Hasta hace poco el presupuesto de defensa argentino contemplaba 520 millones de nacionales, pero se ha elevado a cerca de 600 millones con el aumento aprobado hace poco. La cifra anterior no considera, por supuesto, los gastos de pensiones y los llamados «secretos» o «reservados», que también son enormes. A los

Generales se les acaba de hacer un aumento mensual en sus sueldos de 600 nacionales, lo que hace acercarse a 3.000 nacionales su remuneración, fuera de las ventajas accesorias, que, como es sabido, generalmente no computan los caballeros del ramo. Sin embargo,—(al igual que en la práctica chilena respecto a sueldos de Defensa)—a los soldados y tropas en general, sólo se les elevó sus sueldos en 15 nacionales mensuales.

Prueba objetiva de la destinación de parte de estos gastos militares podría darla la reciente 1.<sup>a</sup> Exposición Aeronáutica, hecha en Buenos Aires a fines de Septiembre pasado. En ella ocupaban los más destacados lugares, los bombarderos, planeadores, equipos de paracaidistas, reflectores nocturnos de defensa anti-aérea y otros elementos, todos que poco tienen que ver con el desarrollo de la aviación Civil y comercial, que une a los pueblos y facilita el intercambio.

Entre las normas importantes del divulgado Plan Quinquenal, anunciado recientemente por el Presidente Perón, se habla como un objetivo importante, del cual se han preocupado muchas publicaciones, la de que por tal plan se fomentarán y protegerán las industrias «necesarias para la defensa nacional», preocupación algo discordante con las de los demás países de América, que buscan desarrollar sus rubros legítimos de producción, teniendo antes que nada por mira las necesidades vitales de sus habitantes y el complemento de sus Economías.

7) *Intervención en las organizaciones del trabajo gremiales, etc.* Son reiterados los casos de intervención del Ejecutivo en toda clase de actividades, en el intento meditado o no, de llegar al sistema del partido único, con todos los peligros que esto representa. Para citar algunos, señalaré la intervención en la Unión Obrera Municipal, que no terminó hasta que los nuevos grupos dirigentes aceptaron servir los intereses o postulados del Gobierno; otros muy salientes son los de la Unión de Industriales Argentinos y del Centro de Ingenieros.

En la esfera de las organizaciones del trabajo se ha visto la aparición—o reaparición—del sindicato «oficial», reconocido por el Estado y protegido ampliamente, junto al cual los sindicatos «libres» poco pueden obtener y prosperar. Ha sido tan evidente el problema creado para todos los grupos del trabajo con esta clase de organizaciones estatistas oficiales, que, por ejemplo, los partidos de izquierda se han visto obligados ellos mismos a promover la disolución de sindicatos importantes, como el de la Construcción, recomendando a sus asociados que se incorporen a la organización «oficial», tanto para que reciban mayor protección, como para que «desde adentro» puedan poner en guardia a sus compañeros de trabajo.

(11) Tomado a la letra de un folleto de la «Dirección Gral. de Propaganda del Estado».

8) *Intervención o Ayuda Internacional a Gobiernos similares.* Me limito al respecto a señalar la ayuda prestada por el Gobierno Militar argentino, al Gobierno militar de Villarroel, instaurado en Bolivia y recientemente derrocado con verdadero contentamiento popular. En la prensa de Bolivia y desde luego en notas que oportunamente debe haber recibido nuestra Cancillería, consta la indiscutible relación que existió entre los dos gobiernos y el respaldo, incluso económico, que el grupo dirigente militar argentino dió al Gobierno de Villarroel y a su Logia Militar.

Los antecedentes anteriores, que en forma directa pero desapasionada he consignado, creo que acreditan si no una evidencia, por lo menos un justificado temor, de que el actual Gobierno Argentino se oriente hacia un totalitarismo o nacionalismo peligroso. Para la juventud chilena, que tiene un profundo y sincero espíritu de unión y colaboración americana, sería poco grato que el futuro comprobara la verdad de mis afirmaciones. Yo, por mi parte, preferiría también estar equivocado.



BENJAMÍN SUBERCASEAUX.—*Tierra de Océano*. (Ed. Ercilla. Santiago. 1946.)

«Toldees, Mondath, Arizim son las Tierras Interiores, las tierras cuyos centinelas puestos en los confines no ven el Mar... Muy apacibles son las Tierras Interiores, y muy hermosas sus ciudades, y no mantienen guerra entre sí, mas quietud y holgura. Y otro enemigo no tienen sino los años, pues la sed y la fiebre se asolean tendidas en la mitad del desierto, y no rondan jamás por las Tierras Interiores. Y a vampiros y fantasmas, cuyo camino real es la noche, las fronteras de la magia los contienen al Sur».

No, no se trata de Chile, sino de un país que Lord Dunsany conoce y tiene señalado en un mapa secreto. En Chile, si hay quietud, aunque no mucha, hay poca holgura, y la sed y la fiebre se asolean en los desiertos que sabemos, y una magia especial (¿qué otra cosa podría ser?) ha contenido nuestras fronteras por el Sur. Así, nos hemos convertido en las Tierras Interiores. Y nuestros centinelas, o los que pasan por tales, no ven el Mar...

Pero, fuera de aquí la fantasía. Este no es un libro de fantasía, quizá sea un libro de historia; ante todo, es un libro de tesis. Quienes quieren apoderarse del presente como de una herramienta para construir el futuro, principian siempre por conquistar el pasado y elaboran una interpretación de la historia. Los que en el fondo de sus tranquilos gabinetes formulan teorías interpretativas del pasado de una nación o de una cultura, son seres aparentemente inofensivos: forman invisibles batallones que un día cualquiera una voz de mando lanza a la calle sin que los transeúntes acierten a adivinar dónde se disciplinó esa fuerza que organiza el tránsito de una manera nueva.

El artista, que pasea también por las calles del mundo, tiene la facultad de adivinar; su fino olfato le advierte que algo va a ocurrir o tiene que ocurrir. La idea está en el aire, se la huele. Aquello de «ver más allá de las narices» tiene un doble profundo significado.

De día en día, a quienes preocupa el destino de Chile, choca más y más una situación monstruosa que los maestros en las escuelas deberían poner ante las narices de sus discípulos. Somos las Tierras Interiores: al norte, el Desierto; al sur, la magia, la invencible magia de la ignorancia o la inercia que hace limitar al país en el Seno de Reloncaví. Sin embargo, el país se extiende desde más allá del trópico de Capricornio hasta el mismo Polo Sur, donde se juntan los meridianos que delimitan el sector de la Antártica que le corresponde. Ya lo sabía don Alonso de Ercilla: «Es Chile Norte Sur de gran longura». Y, por otra parte, en 1842, Seward, profeta del expansionismo norteamericano, escribía que «el Océano Pacífico, sus riberas y la vasta región que se extiende tras él, llegarán a ser el teatro principal de los acontecimientos del gran porvenir del mundo». Por la misma fecha, los pensamientos de O'Higgins moribundo iban hacia Magallanes, que don Manuel Bulnes, por fin, hacía ocupar. Y los sucesos que últimamente hemos visto son el primer acto del drama que se ha de desarrollar en este «teatro principal» en el que Chile tiene re-

servado un palco de sólo 38 grados geográficos ¡Más de cuatro mil kilómetros!

Pues bien, todos sabemos que Chile no es una potencia marítima, precisamente. En cambio, tenemos un ejército que un periodista brasileño calificaba hace poco con un adjetivo ambiguo, impresionante: «apocalíptico». ¿Para qué? Subercaseaux nos diría quizá que para defender la perduración del significado de «Chilli» por la cara que todos estamos acostumbrados a verle a la palabra: «Donde se acaba la tierra», olvidando que una palabra es como una moneda y que el reverso de ésta es «donde comienza el mar».

Y ésta es la tesis del libro, su finalidad: mostrar la cara olvidada de la moneda, una cara que nos resulta la verdadera, aquella en que está acuñado el valor real del país, la cifra de su destino.

Una grave afirmación, un axioma de geopolítica nos despide al final del prólogo: «Los pueblos perduran solamente en la medida en que se rinden a la evidencia de sus determinantes geográficas e históricas para que éstas les permitan subsistir con éxito y con honor».

Echamos ya una ojeada a las determinantes geográficas. Con las históricas, en quinientas páginas, el Autor (ya sabemos que esta mayúscula hace sonreír) hace un relato en veces demasiado largo o en tono periodístico inoportuno, como el de esas alusiones a Mac Arthur; incompleto quizá, con apreciaciones injustas (como en sus comparaciones entre la España de Isabel y la Inglaterra de la otra Isabel), pero vivo, movido, apasionante, como no conocemos otro. En suma, una reconstitución de la vida, triunfo que sólo obtiene la obra de arte y se niega a la crónica mecánica. Quizá sea su mejor elogio decir que el manido combate de Iquique logra interesar al lector y hacerlo vibrar de nuevo, con una emoción mejor que la de la escuela. ¿Por qué no nos enseñaron allí, aunque no fuere verdad, que un marinero peruano grabó con su cortaplumas en la cruz de madera de la tumba de Prat estas palabras: «Bine a bicitarte porque te bide sucumbir en el combate del 21 de Mayo»? ¿No es tal homenaje el más conmovedor de todos?

De esta historia emocionante, tejida con las hazañas de Cochrane y sus anónimos marineros improvisados, la caballeridad y el tranquilo valor de Blanco Encalada, la increíble audacia de los primeros marinos españoles y la oscura necesidad de «los navegantes del alba» que buscaban en el mar el alimento para sus cuerpos de cobre, surge la comprobación de la tesis inicial: el cumplimiento del destino de Chile sólo puede lograrse si los hombres de esta tierra se dan cuenta de que ella «al Oeste limita con el Mar» y de que el Mar no es límite...

Los habitantes de las Tierras Interiores que subían a Poltarness y veían el Mar, y miraban los puertos donde los barcos llegan y las corrientes marinas que se alejan hacia el horizonte, como serpientes grises, tras un deseo inquieto, fatal, ya no volvían... Así en las Tierras Interiores nunca se supo lo que era el Mar. Por eso, quizá, es que en la historia no se habla de las Tierras Interiores.

ELLIOTT ROOSEVELT.—«*Así lo veía mi padre*». (Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1946.)

En un prólogo muy meditado, esa mujer extraordinariamente fea y simpática que supo ser la compañera de uno de los hombres más extraordinarios del siglo XX, la madre del autor de este libro, escribe cautelosamente que, «como es natural, todo ser humano relata las cosas que ve, oye y en medio de las cuales vive, desde su propio punto de vista. El presente libro ofrece la relación de un observador de primera fila de cuanto aconteció en las conferencias más importantes, y proporcionará a los historiadores de los tiempos futuros parte del material que contribuirá a formar el juicio definitivo de la Historia».

El punto de vista del señor Elliott Roosevelt será (ha sido ya) especialmente discutible para muchos norteamericanos que fueron informados por los diarios de Scripps Howard y Hearst, de asuntos de dinero y divorcios y matrimonios en que el hijo del Presidente se ha visto mezclado, de manera que se ha hecho aparecer como lo más turbia o escandalosa posible. Tampoco esas empresas han presentado informaciones muy completas sobre la política nacional e internacional del difunto mandatario. Sobre todo eso, en fin, dictará su juicio definitivo la Historia (con mayúscula).

Pero el autor—y tiene derecho para ello—anticipa el suyo. «La tarea de forjar una paz global—dice—había comenzado, comenzado bien. En algún sitio y en algún punto, en los meses transcurridos desde la muerte de Franklin Roosevelt, ha sido «perjudicado» tal espléndido comienzo. Acaso la palabra «perjudicado» es demasiado suave. Tal vez pueda parecer que quiere decir: La paz está perdiéndose a toda prisa».

Elliott Roosevelt cree que la muerte de su padre ha influido en ese resultado, no por sobreestimar la influencia de un hombre en el destino histórico universal, sino porque ella dió ocasión para que, en un momento de vacío, antiguas fuerzas contenidas, por el desaparecido Presidente, alejadas por la guerra misma, entraron a actuar una vez terminada ésta. Con o sin Roosevelt, tal reacción se hubiera operado, pero los resultados no habrían sido los mismos.

Uno de los motivos que ha atraído más lectores a este libro que es, fuera de toda cuestión, un relato periodístico de primer orden, rápido, ameno, preciso, es el de sus ataques a Churchill. El gran ministro inglés, vapuleado, por lo demás, en forma mucho más elegante que la respuesta a esta obra que se le atribuye, surge, sin embargo, como una figura llena de vida y, en cierto modo, y a pesar quizá del autor, muy simpática. Lo cual sería una prueba de la fidelidad del retrato; un retrato en el que la pincelada maestra da al propio Presidente Roosevelt, que dice confidencialmente de su amigo Winston, a quien acaba de conocer en la entrevista en aguas de Terranova: «Es un verdadero viejo tory de la vieja escuela... Su espíritu es perfecto como conductor de la guerra. Pero ¿Winston Churchill gobernando a Inglaterra después de la contienda? Nunca resultaría bien».

Y el autor comenta con evidente satisfacción que el pueblo inglés ha dado razón a su padre.

Pero no se trataba de antipatías ni es cuestión de ataques personales. Se trata, en el fondo, del choque de dos concepciones opuestas: la de Roo-

sevelt, que quería una «democratización» de la vida internacional de post-guerra y la de Churchill, empeñado en mantener íntegra la estructura del Imperio británico, apoyada en la India y en los imperios de Holanda y Francia en Oriente. Pero lo primero era entenderse frente a Hitler, y ante el peligro, ingleses y norteamericanos se necesitaban mutuamente, y cuando Rusia entró a la guerra esa compleja relación de interdependencia mutua y de profundas rivalidades se complicó aún más. El Primer Ministro, viejo tory maquiavélico, no podía confiar en la moral rusa, ni en su eficacia combativa, a la vez que temía su engrandecimiento; y los rusos por su parte, no menos maquiavélicos, tampoco podían dar mucha fe al Imperio Británico. Roosevelt, aliado de los ingleses, supo ver muy bien el problema y su misión. El autor ha cuidado de reproducir sus palabras: «E.E. UU.—decía—tendrá que asumir la tarea de *dirigir*... Dirigir y ofrecer nuestros buenos servicios para conciliar, para ayudar a resolver las diferencias que puedan surgir entre los demás... entre los rusos e Inglaterra en Europa, y entre el Imperio Británico y China, y entre China y Rusia en el Lejano Oriente... En la incertidumbre del mundo, Norteamérica es la única gran potencia que puede hacer que la paz se sostenga en el mundo. Eso es una tremenda responsabilidad; y la única manera de poder empezar a arrostrarla es empezar a hablar con esos hombres cara a cara».

De ahí el decidido y tenaz empeño de Roosevelt en reunirse con los jefes de sus aliados: Churchill, Stalin, Chiang Kai Chek, De Gaulle y Giraud y sentar bases para un entendimiento sólido, pues veía muy bien que, según decía, «la unidad que hemos forjado para la guerra no es nada frente a la unidad que habremos de forjar para la paz. Después de la guerra surgirá el clamor de que nuestra unidad ya no es necesaria. Y entonces comenzará la tarea, en serio».

Después de su primera entrevista con Stalin en Teherán (el relato del banquete con sus innumerables brindis es de primera), Roosevelt está satisfecho. Cree haberle demostrado «al tío José» que su país y la Gran Bretaña no están unidos contra la Unión Soviética. «Creo—dice—que hemos acabado ya con semejante idea para siempre... La única cosa que, después de la guerra, puede derribar el carro de las manzanas es que el mundo vuelva a dividirse, con Rusia en contra de Inglaterra y de nosotros. Esta es ahora nuestra tarea de más importancia y lo será también mañana; el poder tener la seguridad de que continuaremos actuando de árbitro, como un intermediario entre Inglaterra y Rusia».

¿Hasta qué punto la poderosa nación norteamericana ha abandonado ese papel de árbitro que la sabiduría política de Roosevelt le había asignado y del cual dimanaba su fuerza moral? ¿Hasta qué punto—podrá preguntar otro—ello es también consecuencia de los errores que Roosevelt no pudo dejar de cometer? Pero, ¿habría sucedido todo así, de vivir el gran Presidente? Puede, seguramente, contestarse que no. Mas si sus ideas y su influencia viven todavía, Roosevelt está muerto ya y sólo cabe una pregunta más, la antigua y sabia pregunta de Isaias: «¿Quién conoce los caminos del Señor...?».

Los dispares, inquietos pasos de los hombres que van por ese lento camino de El, que es la Historia, están contados en este libro bajo la luz de cada día por los puntos de una pluma admira-

blemente diestra en su oficio de allegar testimonios para las páginas densas y reposadas que leerán nuestros nietos «fin de siècle», preguntándose quizá cómo podían cometerse tamaños errores cuando tantas cosas estaban en juego.

*Alejandro Magnet.*



## COMENTARIOS

### EL SOCIAL-CRISTIANISMO Y EL PARTIDO CONSERVADOR

La reciente elección presidencial tuvo la novedad de que por primera vez en nuestra historia, el planteamiento político y doctrinario de uno de los candidatos, el Dr. Eduardo Cruz Coke, se fundara en el social cristianismo y éste sirviera de base a toda una campaña electoral.

Alrededor del Dr. Cruz Coke se habían agrupado los dos partidos que aspiran a representar en la política chilena el social cristianismo: el Partido Conservador y la Falange Nacional, además de elementos independientes que formaron el llamado Movimiento de Renovación Nacional.

La campaña electoral se llevó a cabo, en sus líneas fundamentales, en un claro y definido tono social cristiano, lo cual sólo fué posible debido al abandono por parte del Partido Conservador de sus planteamientos y consignas habituales.

El resultado de las elecciones demostró las inmensas posibilidades que en Chile existen para el social cristianismo.

Desgraciadamente, la línea y posición de la campaña electoral sólo fueron mantenidas por el Partido Conservador y su candidato hasta el día de las elecciones. Posteriormente, ese Partido ha vuelto a su línea habitual, la que ha sido aceptada ahora, quizás si por primera vez, por su candidato. No podría sostenerse lo contrario basándose en declaraciones hechas por el Partido Conservador, pues éstas son de un vago carácter doctrinario y nada pesan o significan ante la realidad de los hechos.

El día de la elección presidencial el Partido Conservador se vió ante la disyuntiva de elegir entre dos posiciones o políticas.

La primera, realizable dentro del régimen capitalista y que, aun significando un avance dentro del criterio derechista, no sale de sus marcos, tiene en lo político su centro en el anticomunismo y en lo económico social es de carácter paternalista. Esta posición no sería sino la continuación de la política conservadora de los últimos años, bajo una forma más joven y moderna y fácilmente podría degenerar en un fascismo de apariencia cristiana.

La segunda, de carácter definitivamente popular y democrático, realizable sólo rompiendo definitivamente con la derecha, implica la aceptación en lo político de la acción conjunta con los partidos de izquierda, incluso con el comunista en la medida en que éste acepta y se somete al régimen democrático. En lo económico social, lucha por la sustitución del régimen capitalista por un régimen laborista y, por lo mismo, significa defender y propugnar la más amplia organización sindical.

Seguir esta última política, significaba, para el Partido Conservador, continuar la que sirvió de

base a la campaña electoral y para ello, debía, en primer término, reconocerse el triunfo del candidato de izquierda don Gabriel González Videla, quien había obtenido más de cincuenta mil votos de mayoría sobre el Dr. Cruz Coke. Este gesto habría tenido por virtud conquistar en un momento la confianza del pueblo y habría transformado al candidato derrotado en la primera figura política del país, y en la más poderosa y decisiva influencia en el destino de Chile.

Desgraciadamente, el Partido Conservador y su candidato, eligieron la otra política y, al hacerlo, han frustrado las esperanzas de una inmensa masa de chilenos y postergado por muchos años el triunfo del social-cristianismo en Chile. Aun más, con la actitud asumida desde la noche del 4 de Septiembre, han contribuido a hacer inmensamente más dura y difícil la tarea de hacer llegar el social-cristianismo al corazón del pueblo.

Pocas esperanzas se pueden abrigar de una reacción del Partido Conservador hacia una política más popular y democrática, a pesar del triunfo de la actual directiva conservadora sobre la corriente más reaccionaria del partido, pues, su calidad de único partido de oposición a un gobierno que abarca de liberales a comunistas, lo arrastrará más y más a una posición fuertemente derechista que le permitirá, por otra parte, polarizar a su alrededor a gran número de liberales descontentos de la alianza de su partido con los grupos de izquierda.

El Partido Conservador ha elegido de hecho un camino que lo llevará a ser y representar a la derecha en Chile, lo que aumentará su fuerza, pero alejándolo cada vez más de una auténtica política social-cristiana.

### CONFUSIONISMO POLITICO

Las elecciones presidenciales son habitualmente causa de la aparición de diversos movimientos o grupos políticos, cuya vida no llega, por lo general, más allá del término de la campaña. Nacidos para aumentar la base política de los candidatos, formados por elementos independientes, profesionales de las elecciones o tráfugas y disidentes de los partidos políticos existentes, estos grupos o movimientos carecen, por lo general, de contenido doctrinario y de seriedad y son, las más de las veces, caldo de cultivo de personalismos y ambiciones de políticos que no han logrado destacarse en el normal desarrollo de las actividades públicas, quienes así encuentran el medio de alcanzar situaciones y prestigios artificiales que de otro modo no obtendrían.

Los organizadores de estas agrupaciones tratan siempre de darles estabilidad y lograr su subsistencia con posterioridad a las elecciones que han motivado su creación. Naturalmente, rara vez tienen éxito en su propósito, pues, éste sólo es posible en la medida en que el partido o movimiento organizado responde a un objetivo y contenido serios, lo que no es lo habitual.

La elección presidencial última no ha constituido una excepción a este respecto. Hemos visto así, aflorar los más extraños seres de la fauna política; nombres y doctrinas frutos de la inspiración de un momento y que constituyen a veces las más extrañas paradojas. Un Partido Laborista, que en las elecciones de parlamentarios últimas obtuvo sólo 130 votos en todo el país, sirve de base electoral inicial a un candidato; un Partido So-



cialista Auténtico Posibilista, que nadie sabe lo que es ni lo que pretende, etc. etc. Y, con posterioridad a las elecciones, como colmo de las contradicciones, se gestaría la formación de un Partido Liberal, que se fundamentaría en la doctrina social cristiana. Por último, un grupo de ex-partidarios del ex-dictador y conspirador General Ibáñez, que apoyaran la candidatura presidencial del Dr. Cruz Coke, ha fundado un partido denominado «Movimiento Social Cristiano».

Ante esta situación, es deber de todos cuantos desean claridad y honradez en nuestra vida política, denunciar con energía este confusionismo político. Especialmente a los cristianos corresponde velar por que su doctrina no sea objeto de tergiversaciones o de confusiones con otras fundamentalmente opuestas. La doctrina social cristiana es bastante amplia como para admitir legítimamente dentro de sí diversos matices y concepciones diversas sobre la acción política, pero su línea fundamental es demasiado clara y nítida para admitir confusiones con otras distintas o antagónicas. La dictadura y la democracia cristiana son incompatibles; liberalismo y social cristianismo son doctrinas distintas que no pueden confundirse, al igual que comunismo y social cristianismo, lo que no excluye, por supuesto, que quienes las sostengan puedan convivir e incluso colaborar dentro del régimen democrático. Lo que no puede ni debe aceptarse es la confusión de ideologías y, menos aun, la explotación del social cristianismo como señuelo o justificación de la existencia de grupos que nada tienen en común con él.

## EL MOVIMIENTO DE RENOVACION NACIONAL

Entre los diversos grupos formados durante la campaña presidencial, el llamado Movimiento de Renovación Nacional, integrado por los elementos independientes que adhirieron a la candidatura del Dr. Eduardo Cruz-Coke, merece ser considerado especialmente, tanto por las circunstancias de su nacimiento, como por la doctrina que pretende sustentar y llevar a la práctica.

Este Movimiento ha continuado sus actividades con posterioridad a las elecciones y aspira a convertirse en entidad política permanente.

Sus organizadores son sinceros simpatizantes del social-cristianismo y esa fué la razón fundamental de su apoyo al candidato que decía representar esa doctrina.

Sin embargo, como todo grupo nacido al calor de una campaña electoral, su composición es heterogénea y débil y vaga su base ideológica. Su primera declaración pública, hecha con posterioridad a las elecciones, establece que su doctrina política es la del Dr. Eduardo Cruz-Coke.

Nace así este movimiento a la vida política con un pecado original, el personalismo: el Dr. Cruz-Coke es su líder y el «cruz-cokismo» su doctrina, pero el Dr. Cruz-Coke no forma parte de él.

En estas condiciones, el recién nacido afronta una dura tarea: encontrar su propio ser, distinto de los demás, de manera que justifique su existencia y no sea un mero apéndice del Partido Conservador o un punto de apoyo del cruz-cokismo.

Nuestros deseos son que el éxito acompañe al Movimiento de Renovación Nacional en su intento social-cristiano. Todo esfuerzo en este sentido debe ser objeto de alabanza y es digno de ayuda. Pero, no podemos ocultar nuestro temor

de que él se transforme en un mero instrumento del cruz-cokismo conservador, lo que haría absurda su existencia y lo condenaría a desaparecer a corto plazo. Con todo, tenemos esperanzas puestas en él.

# ★ N O T A S

## 1.

### EDUARDO FREI VISITA EL PERU

*Eduardo Frei realizó hace algún tiempo un viaje al Perú y Bolivia. El objetivo fundamental que perseguía era tomar contacto con grupos social cristianos de una orientación similar a la que tiene la Falange Nacional. El fin perseguido fué plenamente alcanzado, pues, pudo comprobar en su jira, que en ambas naciones existen fuertes núcleos de profesionales y universitarios que están totalmente convencidos de la necesidad de organizar estos movimientos y entre esos grupos figuran algunos hombres de gran valor intelectual y de indiscutible prestancia moral que han logrado altas situaciones en la política de esas naciones.*

*Así en el Perú, hombres como Ismael Biclich y Enrique Góngora, Ministros de Estado; César Arrosspide, Ernesto Alayza, Luis Bedoya, en la cátedra, la Administración y el periodismo, representan positivos valores. En Bolivia se destacan figuras de primera importancia como Roberto Arce, Gastón Arduz, Mario Estensoro y otros.*

*Eduardo Frei, a través de conferencias públicas en las Universidades y diversas reuniones con estos núcleos, echó las bases de una positiva colaboración futura. Todos estos sectores coinciden en la necesidad de crear movimientos que, desligados de las fuerzas conservadoras, sean capaces de hacer una labor directamente orientada hacia el pueblo, para dirigir los cambios revolucionarios que creen necesarios con un sentido de total transformación económica y política, presidida de un hondo sentido espiritual que garantice que estas transformaciones sean destinadas a elevar la dignidad de la persona humana y el respeto de sus derechos fundamentales. Estamos ciertos que este contacto organizado será de inmensa trascendencia para el futuro y de decisiva importancia para el afianzamiento de la acción interna de los movimientos en cada país.*

*Representará este contacto organizado, mejor información, mutuo estímulo, intercambio de hombres, mayor repercusión internacional.*

*La visita de Frei tuvo también una trascendencia más amplia y publicamos aquí un artículo de Manuel Seoane, Vice-Presidente del Senado Peruano y alto*

*dirigente del Partido Aprista. Este artículo que reproducimos a continuación, apareció en el diario LA TRIBUNA, órgano de ese Partido, que con motivo de la visita de Frei exteriorizó una vez más sus simpatías por Chile y por la Falange Nacional.*

## UN AUTENTICO DIRIGENTE SOCIAL-CRISTIANO

—Si yo fuera peruano, trabajaría con el aprismo.

Y el aprismo se consideraría honrado, Eduardo Frei. Porque necesitamos hombres probos y capaces con digno aliento de juventud, sin mácula ni contagio con el pasado oprobioso, sin ligazón materialista con el presente o el futuro sensuales, que amen de veras este punzante y apostólico oficio de predicar dando ejemplo, de luchar contra lo rutinario o estático, contra lo caduco o corrompido, de empujar lo pacato y moroso, de navegar, en una palabra, entre malaguas y cochayuyos, sin extravío ni detención.

Yo vi nacer y crecer y moverse al movimiento social-cristiano de Chile, uno de cuyos más calificados dirigentes es Eduardo Frei, brillante y juvenil escritor, catedrático de la Universidad Católica. Originalmente constituían el grupo juvenil del Partido Conservador. Este lo había formado quizá como quien cuelga un alegre y sonoro badajo o como quien incrusta un combativo espolón en la proa. Pero aquel conjunto de muchachos, en la tarea cotidiana, aprendió a aprender a Chile y por ende a sufrirlo en el amor. Las palabras del Evangelio les dieron luz, de pronto hallaron rumbo propio y separados del conservadorismo, constituyeron el limpio y dinámico movimiento social-cristiano, ejemplo de capacidad y de conducta.

—Si yo fuera chileno, militaría contigo, Eduardo Frei.

Y no es intercambio de galanterías. Alguna vez pensamos juntos que si ustedes hubieran sido perseguidos sañudamente, como lo fuimos los apristas, aquel oscuro túnel habría llevado directamente hasta el ancho corazón del pueblo. Son distintos los países, Eduardo Frei. Por eso nosotros ostentamos didáctica paciencia franciscana. Supimos perdonar pasados agravios, superando la indignación contra los culpables, y el reproche contra los indiferentes, que también fueron culpables. Y es porque sabemos que todos han vivido en una inverosímil irresponsabilidad de deberes. Esta oligarquía senil está volviendo a la infancia y ¿quién guarda rencor a los niños? Verdad que, por única vez en la turbulenta historia indoamericana, el pujante movimiento victorioso extendió la mano al adversario y le invitó a la unión nacional. Tú has oído, Eduardo, lo que dicen y has leído parte de lo que encomiendan escribir. ¿Enfurecerse? Sería caer

en su terreno de barbarie y olvidar el propio rol. Más aún: por primera vez, un partido de izquierda, ha ofrecido como solución «no quitar la riqueza a quien la tiene, sino crearla para quien no la tiene», a cuyo efecto invitamos a la dura burguesía a acompañarnos a aumentar la producción, planificándola en un Congreso Nacional y financiándola con una Corporación. Tú has oído, Eduardo, lo que dicen y han leído parte de lo que encargan escribir.

Alguna vez sostuve que era más fácil enseñar al dulce y humilde pueblo peruano, sediento de verdad y de justicia, que a esta arrogante ignorancia feudal envuelta en camisa de seda. Por eso comprendo la frase con que nace esta crónica. Un auténtico social-cristiano, que de veras propaga su fe en el medio más propicio, más fecundo y creador, tiene que estar con nosotros y ayudarnos. Empero, quizá surja quienes pretendan hacer peldaño de lo que ustedes hicieron camino, Eduardo. Para muchos la cuestión es trepar, singularizarse, tener pretexto para combatir a lo grande y a lo fuerte, justamente porque nadie nos perdona que seamos fuertes y grandes. Otros se aproximarán a nosotros, hasta este tumultuario y desbordado río humano que es la esperanza popular peruana hecha Partido. Aquí sí hay fecundo limo, y fuerte corriente, y firme piedra, y alegre espuma, y empujadora y creadora fuerza. Aquí tienen su sitio hombres como tú, limpios de alma y de intención, humildes por talentosos, y apasionados, pero de veras, en el trabajo social. ¿Los otros? No me preguntes, Eduardo, que estoy leyendo la vida de San Francisco de Asís, por el gringo Chesterton, y cada vez siento más próxima la piedad comprensiva hacia el Hermano Lobo y hacia el Hermano otro...

## 2.

### LOS DEMOCRATAS CRISTIANOS ARGENTINOS Y LA FALANGE NACIONAL CHILENA (1)

*En el reciente viaje que efectuaron, por Argentina, Bernardo Leighton G. y Manuel Francisco Sánchez, tuvieron oportunidad de conectarse con los grupos demócratas cristianos argentinos, los que junto con dispensarles la más cordial acogida, les escucharon en varias oportunidades disertar sobre el significado, trayectoria y realizaciones concretas de la Falange Nacional.*

*Hemos creído de interés para nuestros lectores, reproducir en estas páginas dos discursos, de los varios con que en diversas ocasiones fueron presentados, por cuanto ellos tienen el mérito de mostrarnos cómo son apreciados desde lejos la tarea y los hombres de la Falange Nacional.*

(1) Partido Popular Cristiano.

\* \* \*

*Las palabras que siguen, pronunciadas por el señor Eduardo Saubidet Bilbao, sirvieron de introducción a la charla dada por Bernardo Leighton, en Buenos Aires, el día 18 de Septiembre recién pasado.*

Que mi primera palabra sea para expresar en nombre de todos los presentes el más íntimo agradecimiento por la generosa y amplia hospitalidad de la dueña de casa doña María Eloísa Obejero de Berisso quien, una vez más, y en cumplimiento de un imperativo que ella misma se ha impuesto, nos brinda su hogar para que se convierta en foco de irradiación, de ideas, y de programas de acción.

Hoy nosotros hemos irrumpido en esta sala para escuchar una voz que nos viene de las playas del Pacífico, voz hermana de la que resonara vibrante entre estos muros hace ya un año y que tradujo la elocuencia y el saber del eminente chileno don Manuel Garretón.

Este año, dos nervios de la ínclita Falange Nacional Chilena se han dignado visitarnos: los Sres. Bernardo Leighton y Manuel Francisco Sánchez. Ellos han vencido todas las dificultades del momento y han traspuesto los Andes para satisfacer nuestro anhelo de aprender la lección viva de su experiencia ciudadana; porque Leighton y Sánchez como Garretón, Tomic, Frei, Rogers, forman el núcleo de hombres que, poseedores de una magnífica doctrina, embistieron contra todos los prejuicios y contra todas las incomprensiones para traducir las concepciones sociales cristianas en acción concreta y eso lo hicieron y lo continúan haciendo desplegando el enorme esfuerzo que significa el paso de la especulación ideológica a la etapa vivamente humana de las realizaciones prácticas.

Es que en ese grupo de hombres fulge la llama de un apostolado; del apostolado que se deriva del mensaje social de Cristo y que indica, con mandato indubitable, el camino de un ordenamiento de la sociedad en el cual el hombre puede encontrar el medio propicio para conservarse, desarrollarse y perfeccionarse en vista de su destino de eternidad.

Y ese apostolado se inicia en el momento histórico del ocaso de una época con el fracaso de sus falsas verdades y de sus falsos valores; época de cuatro siglos en que asoló al mundo una sistemática descristianización del espíritu y en la que el avance del error frente al retroceso de cristianos claudicantes llevaron a la humanidad al borde del acantilado con riesgo de precipitarla en el caos.

Por eso cuando se ve surgir en Chile, Francia, Bélgica, Italia, Holanda, Alemania, Hungría, esos focos luminosos genuinamente democráticos que buscan y encuentran en el cristianismo su razón de

ser, su fundamento y su equilibrio, cunde un halo infinitamente consolador, porque para muchos se habían agotado las fuentes de la esperanza.

Y es así como podemos vislumbrar, desde ahora, la futura polarización de los idearios y de los métodos realizadores que conducen a una organización social, en dos grandes núcleos: Uno, que por rendir culto a los valores espirituales y trascendentes del hombre, pretende someter el ordenamiento social a dictados morales; y el otro, girando alrededor de la concepción materialista de la vida y de la sujeción del hombre a los dictados de la economía.

En aquél, la primacía de la persona humana sobre el individuo; en éste, el individuo como ser de una especie y con prescindencia absoluta de su persona.

Pues bien, señores, hoy nos cabe el honor de oír a un insigne representante de esa corriente de inspiración cristiana que en Chile ha librado sus exitosas batallas, campeando por ideales que nos son comunes; he mencionado al Sr. Leighton, Ministro del Poder Ejecutivo a los veintisiete años, actual Legislador al Parlamento Chileno, y ex-Presidente de la Falange Nacional, quien nos trae el mensaje de sus propias experiencias y de las dificultosas etapas que jalonan el camino propuesto.

Tanto en esta oportunidad como en las demás conversaciones que tendrán lugar según el programa ya confeccionado, podremos atesorar datos valiosísimos y, quiera Dios, estímulos suficientes para realizar aquí, en la Argentina, esa nueva concepción de la vida social moderna que se caracteriza por un profundo sentido de la responsabilidad social y política de los ciudadanos y por el convencimiento de que el respeto de los derechos del hombre se consigue sólo cuando los constituyentes de la sociedad tienen conciencia y se afanan en cumplir primero con sus deberes.

Tiene la palabra el Sr. Bernardo Leighton.

\* \* \*

*La Unión Democrática Cristiana de Córdoba, recibió también, con gran interés la visita de Bernardo Leighton, quien fué presentado por el señor Teodoro F. Pizarro, con los elevados términos que reproducimos a continuación.*

Nos hemos reunido aquí esta tarde, bajo los auspicios de la Unión Democrática Cristiana, para escuchar la palabra autorizada de un ciudadano que con abnegación ejemplar, es decir con auténtico patriotismo, sirve a su Patria.

El Sr. Bernardo Leighton, hijo ilustre de Chile y cuya visita es tan grata a los demócratas cristianos de Córdoba, se destaca en el escenario político de

su tierra como una de las figuras más extraordinarias de nuestro tiempo.

Abogado, fundador de la Falange Nacional Chilena, Presidente de ella, Ministro del Trabajo, cuando sólo contaba 27 años, es actualmente Diputado al Congreso. Político en el verdadero sentido de la palabra, orador elocuentísimo, poseedor de un gran espíritu cristiano y sediento siempre de justicia el señor Bernardo Leighton ha sabido conquistar la admiración y respeto no sólo de sus propios partidarios, sino también de sus adversarios, que ven en él el hombre de sólidos principios, que lucha sin desmayos por lograr una organización política democrática más justa, más humana.

La Falange Nacional Chilena—fuerza nueva para tiempos nuevos—nada tiene de común con la Falange Española, es un partido de inspiración cristiana y por lo tanto celoso defensor de los derechos y de la dignidad de la persona humana.

La Falange Nacional Chilena, no acepta el estado todopoderoso y absoluto de los regímenes totalitarios, ni tampoco el estado neutro y hueco de arcaicas concepciones liberales. Afirma, por el contrario, que el estado, organización superior de la sociedad, está al servicio de la persona y persigue el bien común, que es superior al de los individuos.

La Falange Nacional Chilena, se inspira en la filosofía cristiana y extrae de allí una «imagen del hombre», que si es eterna en su contenido de verdad trascendental, es nueva, en cuanto aspira a darle una versión civil y política y resulta cargada de fuerza transformadora y revolucionaria en la injusta y anticristiana sociedad de hoy». En materia religiosa, no pide privilegios para la Iglesia Cató-

lica, sino efectiva y amplia libertad para que pueda cumplir con el magisterio docente y ejercer su apostolado. Reclama el derecho de enseñar la religión, pero también es tolerante y respetuosa de los demás credos religiosos.

Rechaza una organización social en que la libertad se pueda suprimir y considera la autoridad consustancial de la sociedad misma. Aspira implantar la Justicia Social verdadera, la que se basa en las enseñanzas de la Iglesia, la que respeta la libertad sindical y no admite en ninguna circunstancia la lucha de clases, de tan funestas consecuencias.

El señor Bernardo Leighton, es un esforzado paladín de la democracia, de esa democracia a la que calificamos de «cristiana» con Sturzo, «para destacar la ley moral y los valores espirituales que han de ser la base de cada sociedad política digna de ser erigida».

Si la tragedia de la democracia moderna—al decir de Maritain—consiste en no haber logrado aún realizar la democracia en lo social y en lo político, debemos nosotros contribuir a rectificar los errores y omisiones, provocando un renacimiento del espíritu y de la justicia cristiana.

«La cuestión no es encontrar un nombre nuevo para la democracia, sino descubrir su esencia y realizarla, pasar de la democracia burguesa, desecada por sus hipocresías, y por falta de savia evangélica a una democracia íntegramente humana, de la democracia frustrada a la democracia real».

Sr. Leighton: Vuestra experiencia y consejos, resultarán de extraordinario valor para nosotros. Esperamos vuestra palabra con impaciencia.



# POLÍTICA Y ESPIRITU

AÑO 2 - NUMERO 18

DICIEMBRE DE 1946

## LA TAREA CRISTIANA

Puede decirse que el hecho central de la historia contemporánea es el avance, al parecer incontenible, de las ideas comunistas que penetran en sectores cada vez más extensos de las masas populares.

El comunismo, más que una forma política, se presenta casi como un fenómeno de tipo religioso con su fe, sus mártires, sus propagandistas. No sólo forma adeptos sino que crea entre sus militantes una mística total que los hace disciplinados, ardientes y decididos. El comunismo para ellos no es sólo una fórmula económica o política, es un sentido de la vida que engendra una posición universal, que determina sus expresiones artísticas, científicas, en una palabra humanas.

Para los pueblos tiene el vigor de una esperanza y tras ella está el poder de un estado que abarca la sexta parte de la tierra, con el mayor poder militar, la mayor extensión geográfica y la más clara y determinada dirección política. Este estado domina en las extensas regiones de la Europa Central, la parte más rica de Alemania, y penetra hoy en indeterminadas regiones del Asia, quedando en la posición clave de equilibrio entre el Oriente y el Occidente. En la Mongolia y la China están sus huestes y también en Viena y el Mediterráneo. Pero no es sólo esto: en Francia e Italia triunfan electoralmente y en la mayor parte de las naciones tienen una fuerza a su servicio, con la unidad que no se basa en consignas más o menos misteriosas, sino en la filosofía común, la igual posición psicológica y la adhesión entusiasta a una causa definida que crea la mayor disciplina en la acción. Frente a este poder que avanza, el régimen capitalista tambalea víctima de sus propios errores y el país más fuerte que podría oponérsele, se ve paralizado por conflictos sociales y con una falta absoluta de línea en su política externa, sin una solución ideológica que arrastre y convenza.

Este es el gran drama a que asistimos. ¿Quién podrá detener esta fuerza que aparece como arrolladora? Para algunos, símbolo de redención, para otros amenaza que destruye. Un mundo viejo sin duda condenado a morir y por otra parte algo que avanza con impulso vital, sanguíneo y espeso, como marea incontenible.

Hay una sola fuerza que queda en pie: es la fuerza que representa la idea cristiana, que es una filosofía, una unidad, una fe y un destino y una interpretación universal del hombre. ¿Cuál será el resultado de esta contienda?

Si los cristianos se creen los defensores obligados del régimen económico capitalista, si son débiles y titubeantes, si no tienen nada mejor que ofrecer que un suave y acicalado reformismo, a base de buenas palabras, de algunas mejoras de salarios y algunos

sindicatos más o menos amarillos, a ratos jaspeados de rojo, para estar a tono con el tiempo, no es difícil prever el desenlace. Si se dejan llevar por el obsesionante temor de lo que viene, si creen que será necesario recurrir a la fuerza o ampararse tras las banderas de los que parecen fuertes, su destino temporal en esta época histórica está sellado.

Pero tienen otro camino: renunciar al miedo, renunciar a ver en este mundo a «SU MUNDO». No dar la batalla desde fuera, desde la periferia, sino hundirse en este inmenso mar removido, violento y cambiante del pueblo, para penetrarlo y sufrirlo, para vivir las parábolas evangélicas, sin dudar de su eficacia. Entonces surgirá revivificada la fe verdadera y la llama auténticamente humana surgirá limpiamente sobre la otra que alimenta el resentimiento secular de los que vienen a hacer justicia por los que no la hicieron, los que traen una esperanza porque los que la tenían y no la supieron mantener.

Esta es una hora grande, como para poner a prueba las esencias mismas del hombre. Es la hora en que los «TIBIOS SON VOMITADOS».

No es la hora de las negaciones ni de los anti: es la hora de crear, y para crear, para construir, es preciso derribar los viejos muros, herir las paredes espesas del prejuicio, y de la rutina, abrir zanjas profundas donde los cimientos se afirman: es necesario verlo todo nuevamente.

¿Qué importa que esto caiga, si no es lo nuestro?

Queremos salvar la dignidad de las personas, queremos salvar sus libertades fundamentales, queremos justicia sin sacrificar el derecho y construir, como dijo el poeta, la nueva casa del hombre. Pues bien, qué importa ante estas cosas grandes las mil cosas pequeñas como el beneficio del empresario, el régimen de las sociedades anónimas, otros tantos detalles. Para encender de nuevo la llama y para ser capaces de luchar, será necesario abrir un nuevo camino.

Si no lo queremos hacer, si queremos en parte lo viejo y en parte lo nuevo; si queremos conservar el hombre viejo con sus comodidades y su amor al presente, entregaremos el porvenir y lo único que quedará en el mundo será el temor a lo que viene y ese temor ya es el preludio de la derrota definitiva.

Este sistema se está cayendo a pedazos. Asistimos a un amanecer. Los que miran hacia atrás son las estatuas de sal, que voltean la cabeza porque sienten la terrible amargura de no querer despegarse del pasado inmediato, que ni siquiera es tradición.

Para librar este combate, en que está comprometido el hombre, alma y cuerpo, espíritu y materia, es necesario mirar hacia adelante. Y lejos. Es la única forma de descubrir el horizonte. Tal parece el signo de este nuevo año de 1947.—E. F. M.

## E L E S T A B L O

QUISO nacer en las casas  
De los hombres, por amor:  
Los hombres estaban ciegos  
Y le dijeron que no.  
Recorrió todas las puertas,  
Pero ninguna se abrió.  
Los pechos, también cerrados,  
No tenían compasión.

Señor:  
En un establo es mejor.

Llamó con mano cansada  
En la puerta del mesón,  
Pero allí no había sitio  
Para que naciera Dios.  
Recorrió todo Belén  
Sin hallar un corazón  
Que le hiciera un lugarcito  
Para nacer por amor.

Señor:  
En un establo es mejor.

Pero las bestias humildes  
Reconocieron su voz,  
Y en el establo le dieron  
Abrigo y consolación.  
Y entre el buey agradecido  
Y el asno lleno de amor,  
Para salvar a los hombres  
Pudo nacer el Señor.

Señor:  
En un establo es mejor.

*Francisco Luis Bernárdez.*

# LA POSICION ESPIRITUAL DEL SOCIALISMO

Por Pierre BIGO

Uno de los grandes vencedores de la guerra que acaba de terminar es el Socialismo. Doquiera se mire, sus progresos están patentes; a él adhieren sectores más y más vastos de la opinión; de él se autorizan los espíritus más diversos. «¿Quién es aquél que no se dice socialista?» (1). El inesperado triunfo del laborismo en la Gran Bretaña ha probado que ni las naciones más tradicionalistas y liberales pueden escapar a su arrastre (2). Y las últimas elecciones francesas muestran hasta qué punto las ideas colectivistas hicieron su camino en los espíritus durante los últimos años. En tanto que los partidos cuya política se había vaciado poco a poco de alma iban al fracaso, y a veces al aplastamiento, ganaban la victoria aquellos que representaban una mística popular de renovación social.

Esta mística—es verdad—no tiene una inspiración única sino que se nutre de dos fuentes: una, materialista, la otra, espiritualista. Y entre estas dos concepciones del hombre, entre estas dos ideas fuerzas, el socialismo triunfante aparece como descuartizado.

Mientras algunas de sus corrientes se orientan en una dirección que lo aleja de una interpretación espiritualista del mundo (3), otras sufren, al contrario, una evolución que las acerca progresivamente a esa interpretación. Todo un sector del socialismo se humaniza, se abre a concepciones nuevas. Uno de sus jefes más autorizados, León Blum, pide que «en la organización colectiva de la vida económica, los derechos de la persona humana sean mantenidos, respetados y desarrollados» (4). Y uno termina por preguntarse si, conducido por la lógica interna de esta afirmación personalista, el socialismo no tiende a reunirse con corrientes venidas de otros horizontes, las que toman, por su parte, una orientación social más y más acusada.

He aquí que hombres que son defensores tradicionales de los derechos del trabajo frente al capital, toman conciencia de los principios espiritualistas que se encontraban de oscura manera en la base de su acción, y se abren, por eso mismo, a una noción de libertad en la que su socialismo se equilibra. Y más allá encuéntrase otros hombres cuya doctrina entera está, precisamente, centrada sobre la idea de la dignidad esencial de la persona humana y que se pliegan a la necesidad de una transformación comunitaria que ya no les parece que implica el desconocimiento de las libertades humanas esenciales. Y en el camino convergente de estos hombres, cuyos puntos de partida se en-

cuentran tan lejanos, que tan trágicamente se han ignorado y, tal vez, combatido; en este acercamiento a través de ellos de las dos grandes ideas de Justicia y Libertad, puede verse—por muy lejos que se hallen o que ellos crean encontrarse—una de las mayores posibilidades de una renovación fundamental.

En presencia de tales hechos, no hay un cristiano que no interrogue su alma y su conciencia. Las ideas de Justicia y Libertad no le son extrañas; incluso le pertenecen por un título especial. En él ellas encuentran un eco que en ninguna otra parte despiertan. ¿Y entonces? En presencia de un socialismo que se transforma poco a poco en sus puntos esenciales, la actitud del cristiano ¿va a permanecer inalterable? Un socialismo que acoge en sus perspectivas la noción de libertad de la persona humana y acepta someterse a la acción de este fermento ¿es siempre inconciliable con una doctrina social que, precisamente, antepone a todo tales libertades? ¿Cae aún ese socialismo bajo la sanción de las severidades que su carácter puramente positivista o materialista no podía dejar de atraerle? Y si no, si en verdad ese socialismo cambia su significación espiritual ¿lo hace sin renegar de su verdad esencial, lo hace permaneciendo *socialismo*? Preguntas quemantes, por cierto, pero preguntas inevitables.

## LA VOZ DE LA IGLESIA

En materia tan importante y difícil, para un cristiano una preocupación prima sobre todas las demás: la de encontrarse de acuerdo con la enseñanza viva de la Iglesia. Es ella la que, a sus ojos, posee la luz. El cristiano le reconoce, en tan vastos problemas, una vista larga y penetrante, adquirida gracias a su secular experiencia de los hombres y a sus incomparables horizontes espirituales. El asentimiento precipitado dado por un cristiano a una doctrina contra las directivas de la Iglesia, no podría serlo más que en el equívoco y no tendría ningún valor para un acercamiento.

Ahora bien, la actitud de los católicos frente al socialismo ha sido latamente examinada y resuelta en 1931, por el Papa Pío XI en su encíclica *Quadragesimo Anno*. Y allí ella se encuentra planteada en los mismos términos en que surge ante la conciencia del cristiano de 1946.

Pío XI comprueba que toda una rama del socialismo «sin rechazar por completo—ordinariamente, al menos—la lucha de clases y el desaparecimiento de la propiedad privada», aporta a esas cuestiones «ciertas atenuaciones y ciertos temperamentos» (N.º 121) y entonces se pregunta: «Si, por lo que respecta a la lucha de clases y a la propiedad privada el socialismo se ha atenuado verdaderamente y corregido hasta el punto de que, sobre estas dos cuestiones, nada haya que reprocharle, ¿se ha despojado, por eso, de su naturaleza anti-cristiana?» Con cierta solemnidad, en un texto cuyas palabras todas parecen haber sido pesadas con particular cuidado, el Papa declara: «Queriendo en nuestra solicitud paternal responder a esta interrogación, nos resolvemos lo que sigue: sea que le considere como doctrina, sea como hecho histórico, sea como «acción», el socialismo

(1) León Blum es quien plantea esta cuestión en su discurso a la Conferencia de los Secretarios federales del Partido S. F. I. O., el 20 de Mayo de 1945: «¿Quién es aquél que no se dice socialista? ¿Quién no se autoriza del socialismo? La palabra SOCIALISMO se encuentra en el vocabulario de todos los partidos».

(2) Las últimas elecciones noruegas dieron 76 asientos (sobre 150) a los laboristas, que constituyeron un gobierno homogéneo en reemplazo del de unión nacional.

(3) Véase, por ejemplo, el discurso que Thorez pronunció en Ivry, en Enero del 45, proclamando la fidelidad del Partido Comunista «a los principios del marxismo-leninismo».

(4) Discurso de León Blum, el 20 de Mayo de 1945. Léase también en su obra *A L'ECHELLE HUMAINE*, escrita durante su cautividad y recientemente publicada: (en Francia) «El fin es de perfeccionar, el uno por el otro, al hombre y a la sociedad, de suscitar y animar en el hombre lo que él tiene de virtualmente mejor, para que haga de su aporte personal el elemento de la mejor solución posible» (Pág. 178).

si permanece de verdad socialismo, aun después de haber concedido a la verdad y a la justicia lo que acabamos de decir, no puede conciliarse con los principios de la Iglesia católica porque su concepción de la sociedad no puede ser más contraria a la verdad cristiana».

La encíclica da inmediatamente las razones de esta especie de condenación. Y es que el socialismo «al ignorar por completo el sublime fin del hombre y de la sociedad», a saber, la gloria de Dios y la felicidad, a la vez temporal y eterna del individuo, o al no hacer de ella ninguna cuenta, supone que la comunidad humana no ha sido constituida sino en vista del solo bienestar» (N.º 128). De acuerdo con tal concepción «los bienes más elevados el hombre, sin exceptuar la libertad, quedan subordinados y son incluso sacrificados a las exigencias de la producción más racional». No se vacilará en recurrir «a un empleo manifiestamente excesivo de la constrictión», en el que el Papa ve «una violación de la dignidad humana por la organización socializada de la producción» (N.º 129). La encíclica concluye de ahí que el socialismo es inconciliable con el cristianismo auténtico, que «socialismo religioso, socialismo cristiano, son contradicciones» y que «nadie podría ser, a la vez, buen católico y verdadero socialista» (N.º 130).

La actual actitud de los católicos con respecto a todas las formas presentes del socialismo ¿obedece a las directivas de este célebre texto? No lo parece. Las doctrinas socialistas quedan sometidas a la evolución; la encíclica misma lo reconoce explícitamente. Lo que ha sido resuelto con toda la claridad deseable es que no hay compromiso posible para un cristiano con tales doctrinas, siempre que ellas permanezcan verdaderamente socialistas: es decir, en tanto que ellas desconozcan el fin espiritual del hombre y lleven a una organización colectivista de la sociedad que no deje lugar para las libertades humanas fundamentales. Por el contrario, en la medida en que un socialismo renuncie a sus posiciones sobre dichos dos puntos, resulta de los términos mismos de la «decisión» doctrinal de Pío XI y de las razones que la apoyan, que ya no se trata de un «verdadero socialismo» en el sentido contemplado y condenado por la encíclica (5).

Toda la cuestión está, pues, en saber si, sobre el doble plano de los principios espirituales y de la organización social, la realidad socialista ha evolucionado hasta un punto tal que escape a los cargos que la encíclica hacía, aun en 1931, al socialismo ya atenuado a que entonces se refería. ¿En qué punto se encuentra el socialismo como filosofía? ¿En qué punto como técnica social?

#### LA FILOSOFÍA SOCIALISTA

Tomado en su conjunto es innegable que el pensamiento socialista, históricamente orientado por la filosofía de Karl Marx, ha roto abierta-

(5) ¿Podría en este caso llamarse todavía socialismo? Nosotros creemos que sí. Sin duda, en 1931, el término socialista se encontraba aún demasiado ligado a posiciones tradicionales, materialistas y totalitarias, para que un sistema que abandonara esas posiciones pudiese permanecer «socialismo de verdad». Pero es necesario recalcar, desde luego, que la palabra SOCIALISMO se ha debilitado rápidamente en estos últimos años; hoy es muy elástica. (Corrientemente se habla de socialismo humanista, como en la encuesta de *ESPRIT* en sus números de Marzo, Abril y Mayo de 1945). Y nosotros mostraremos, por otra parte, que un socialismo que evite los dos cargos de la Encíclica, puede permanecer fiel a la idea socialista esencial, que es de acrecentar los poderes económicos del cuerpo social y limitar los del individuo.

mente con los principios espiritualistas. Se ha presentado, se presenta todavía, en la medida en que permanece fiel a los postulados de Feuerbach, como una filosofía positivista y atea. Se ofrece como una teología al revés, negativa. Dos dogmas, su materialismo y su doctrina de la lucha de clases, la separaban irremediamente de una concepción cristiana. Y dos cuestiones. Una cuestión sobre el hombre: ¿es el ser humano un ser puramente terrestre cuyo destino se inscribe en una duración limitada? Una cuestión sobre la comunidad humana: ¿se define la fraternidad de los hombres por las fronteras de clase? En cuanto una persona es extraña al proletariado ¿queda desprovista de toda especie de derecho y todos los medios son buenos contra ella? Sobre tales puntos, tan fundamentales a ojos de los cristianos, el grueso de los socialistas parecía no dudar. ¿Tenían el derecho de dudar? La filosofía materialista en la cual pensaban sus doctrinas ¿era un elemento inseparable de ellas? En caso afirmativo, si la negación del espíritu y de la fraternidad universal es de la esencia misma del socialismo, no hay ni que pensar en un compromiso entre el socialismo y el cristiano. En caso negativo, si la idea socialista puede ser separada de tales principios, el camino hacia un acuerdo queda abierto.

Sólo los hechos pueden resolver esta cuestión. Vano sería desprender del socialismo una esencia aceptable para un cristiano si el pensamiento concreto de los auténticos socialistas no viniera a autorizar semejante interpretación.

Ahora bien, no es contestable que el socialismo de hoy, al menos en algunos de sus sostenedores, tiende a transformarse en una amplia doctrina humana y en una alta técnica que, sin pronunciarse teóricamente sobre la naturaleza del hombre, o incluso relacionándose explícitamente con una concepción espiritual del mundo, se dirige nada más que a cambiar la organización social en sus normas jurídicas y en sus instituciones, con vista a realizar cierto ideal de Justicia (6).

Sin duda que aquellos mismos en quienes la evolución se presenta en su forma más acentuada son los que tienden a presentar al socialismo como un

(6) Es colocándose en esta perspectiva que León Blum, por ejemplo, desea la participación de la Santa Sede Apostólica en la organización internacional. «Esta participación—escribe—sería por sí misma el signo más notable de que, en el universo del mañana, contarán otras potencias, además de las potencias temporales... Este papel convendría, seguramente, a una Iglesia que es pacífica por esencia, pues ella encarna una religión de paz, y que lo es también por función—si así puedo decirlo—ya que su constitución misma es de orden internacional. La influencia pontificia se ha ejercido siempre y se ejerce todavía en favor de una Paz orgánica, fundada sobre la justicia, sobre la igualdad de los pueblos y de los hombres, sobre la santidad de los contratos... La Paz es necesaria a la Iglesia, y no es menos cierto que el concurso de la Iglesia sería infinitamente provechoso para la obra de la organización pacífica. ¿El autor se pregunta, sin embargo, si la Iglesia podría comprometer su autoridad espiritual en litigios de orden puramente político: tomar partido por un Estado contra otro, es decir, por algunos de sus fieles contra otros, cuando ella se tiene por madre común de todos». Blum afirma, en todo caso, el carácter original de la posición de la Iglesia. «He supuesto, examinando la posición de los Soviets, que los intereses temporales del Estado Ruso prevalecerían sobre los rigores de la doctrina comunista, pero cuando se trata del Papado no puedo sustentar semejante conjetura, porque él no tiene ya a su cargo interés temporal alguno. Un Papa del siglo XVI, que mantenía un ejército, entraba en coaliciones y hacía la guerra, habría podido dudar, solicitado por alguna necesidad imperiosa de los Estados pontificios y por la intransigente severidad del dogma. El Papado de hoy ya no conoce tales vacilaciones y no tiene razón para inclinarse hacia semejantes transacciones; es una potencia puramente espiritual». Y concluye el autor: «Es por eso que su presencia en la Comunidad Internacional me parecería más ardientemente deseable, y es por lo mismo que me parece quimérico esperarla». (A L'ECHELLE HUMAINE, págs. 154-157).



conjunto a la vez místico y político que se basta a sí mismo, como un sistema cerrado que tomaría el aire de una especie de religión de la humanidad o de Iglesia nueva (7). Semejante posición se enderezaría nada menos que a poner de nuevo en discusión una de las adquisiciones más definitivas del universo civilizado, a saber, la distinción entre dos poderes y dos sociedades, la distinción de lo político y de lo espiritual, sin la cual la sociedad queda amenazada por la peor de las dictaduras. Y uno vacila en interpretar en este sentido afirmaciones insuficientemente explícitas.

Por lo demás, la evolución indicada no está aún enteramente cumplida ni es universal. Pero basta que se haya bosquejado y que ella señale una dirección; lo que permite entonces plantear abiertamente la cuestión. Si el socialismo, llevando a su término la evolución que ya se dibuja, se redujere efectivamente a una doctrina y a una técnica sociales, lo que no le quitaría de ningún modo su carácter místico e innovador ¿sería todavía un verdadero socialismo y sería, en adelante, conciliable con un verdadero cristianismo?

Sería un verdadero socialismo, porque ya en él reconocen filas hombres cuya ortodoxia no es sospechosa. Incluso ¿no sería éste el verdadero socialismo? Una mística humana no pierde nada de su fuerza y su verdad cuando abandona sus posiciones sobre un terreno teológico en el cual ella misma se declara incompetente. Mejor aún, ella reencuentra entonces su propia inspiración, atando de nuevo sus vínculos con una concepción espiritualista en la cual el ideal de justicia que la sostiene toma todo su valor.

¿Sería, en adelante, conciliable con un verdadero cristianismo? La pregunta no se encuentra tan resuelta como la anterior.

Desde luego, la actitud del cristiano frente a una técnica de organización económica y social ya no sería lo que ella es forzosamente en presencia de una filosofía cuyas tesis se encontraban en oposición a su fe. Así, pues, un gran paso se habría dado. En cierto modo se sentarían las condiciones negativas necesarias para un acercamiento.

Pero esta alta técnica, en lo sucesivo tolerante y aun acogedora para las ideas espiritualistas, despojada, en consecuencia, del materialismo y del dogma de la lucha de clases (8) podría implicar

todavía, por un ilogismo, una organización de las relaciones humanas opuestas al cumplimiento de los destinos espirituales. Es necesario, pues, examinar el socialismo como sistema de organización social y preguntarse, bajo este aspecto, cuál es su posición espiritual.

#### LA TÉCNICA SOCIALISTA

Así precisada, la pregunta exige que se descienda, esta vez, al análisis del socialismo. ¿Qué es pues el socialismo? Las cosas no se comprenden bien sino poniéndolas en oposición. Parece difícil entrar de lleno en el pensamiento del socialismo, sobre todo del socialismo francés, si no se advierten sus relaciones con la ideología revolucionaria resultante de 1789.

La idea republicana y democrática—si a ella también queremos tomarla, no como una vaga aspiración hacia la libertad, sino como una técnica innovadora del Derecho—gira entera en torno a principio de la soberanía del pueblo (9). El día en que el maestro de ceremonias que fué a intimar al Estado Llano a que se reuniera en la sala de sus sesiones y abandonara la de las reuniones generales, oyó decir al Presidente Bailly: «Creo que la nación reunida no puede recibir órdenes», ese día, por muy pequeño que el incidente fuese, el Antiguo Régimen se derrumbó y una nueva sociedad comenzó a formarse (10).

Al pueblo soberano la Revolución transportaba todos los poderes políticos que aun no habían perdido su carácter patrimonial y permanecían en gran parte en manos de personas privadas. Ella «nacionalizaba» la justicia, las finanzas, el ejército, la administración, colocándose así en la línea de la gran tradición monárquica, para volverse, finalmente, contra ésta al nacionalizar el poder supremo mismo.

Pero el burgués de 1789 vió bien el peligro de este furor por la nacionalización. Para contenerlo, sentó una distinción protectora de sus intereses. El poder político pertenecería entero a la nación. Pero él guardaría, por lo menos sobre el terreno económico, el derecho de propiedad, la libertad de contratar y una casi ilimitada irresponsabilidad por sus actos.

Esta distinción, para hablar claro, el burgués revolucionario la sentaba sólo gracias a un ilogismo fundamental. El comunista Babeuf tenía razón cuando proclamaba en el plano económico la igualdad que se había instaurado en el político. De Babeuf dijo acertadamente Faguet que «la Revolución lo mató porque dijo demasiado pronto el secreto de la revolución». El mismo Rousseau ¿no le había dado la razón al proclamar que había perpetrado un crimen de lesa humanidad el primer hombre que ideara cercar un campo? (11).

El socialismo encuentra de nuevo la línea lógica y hace caer la barrera que arbitrariamente se colocara; proclama la soberanía ya no solamente política, sino también económica del pueblo. Confiere a éste una especie de dominio eminente sobre los grandes medios de producción y los grandes recursos del país; pide que ellos «vuelvan a la na-

hostilidad y al odio mutuo. (ENCÍCLICA QUADRAGESIMO ANNO N.º 123).

(9) «La democracia se constituye cuando, en una República, el pueblo ha conquistado el poder soberano».—Montesquieu, ESPRIT DES LOIS, T. I. cap. 2.

(10) E. Lavisse. HISTORIA DE FRANCIA, T. I. pág. 33.

(11) Discurso sobre el origen y los fundamentos de la igualdad entre los hombres.

(7) Puede leerse, por ejemplo, en la obra de León Blum, a pocas páginas del pasaje que acabamos de citar: «El socialismo no ha renegado jamás de «los valores morales» o de los «valores espirituales»; nunca ha repudiado el sentimiento de la virtud, ni el sentimiento del honor; sólo les ha dado un sentido diferente, como antes de él lo había hecho el Cristianismo... Sobre la doctrina se ciernen así los más vastos ideales humanos: la universalidad del hombre y de la fraternidad. En la concepción de Jaures, por ejemplo, la idea de humanidad se convierte en un principio de progreso para la civilización entera. Ella puede proporcionar un fundamento nuevo a principios morales más o menos invariables, a costumbres y derechos que cambian sin cesar, un nuevo alimento a la edad y al pensamiento especulativo. Ella puede impregnar todos los modos de la vida personal y todas las formas de la existencia colectiva, como en la Edad Media lo hizo la idea de Dios. El «socialismo integral» no es en modo alguno una religión, puesto que no tiene ni Dogmas, ni Ritos, ni Sacerdocio, pero él invoca y puede satisfacer la necesidad religiosa, pues enseña una sabiduría y una virtud, acostumbra la conciencia a los escrúpulos, enseña a encontrar en un ideal superior al individuo el móvil y la recompensa de las acciones personales, debido a que la forma de asentimiento que recibe permite el sacrificio y se parece a una fe». ¿Será menester apurar el sentido de estas expresiones y concluir que semejante socialismo no admite a su lado una religión ni una Iglesia en el fuerte sentido de estos términos? Otras páginas—ya se ha visto—se contradecirían entonces con ésta.

(8) Lo que no le impedirá admitir «la legítima discusión de intereses fundada sobre la búsqueda de la justicia» en que poco a poco se cambia la lucha de clases si renuncia a los actos de

ción». De tal manera, lleva la idea revolucionaria a sus últimas consecuencias y, al mismo tiempo, le lleva la contraria.

Así, el socialismo se presenta en la historia como un sistema que reduce los poderes económicos que una persona ejerce sobre sus semejantes por el hecho de la propiedad, de la libertad contractual y de la irresponsabilidad de que goza, y que refuerza proporcionalmente las atribuciones del cuerpo social (12).

#### UNA POSIBILIDAD DE LIBERACIÓN

Un sistema que así tiende a privar de sus poderes económicos al individuo en provecho de la colectividad, ¿se encuentra en armonía o en oposición con el destino espiritual de la humanidad? He aquí la pregunta crucial para un cristiano y la única que puede determinar su juicio.

Ante tal intimación, todo hombre para quien el Espíritu exista y que examine el asunto sin prejuicios, reconocerá que experimenta una vacilación en cierto modo fundamental. Sería necesario estar ciego para no ver que el proceso de socialización presenta simultáneamente una posibilidad de liberación y una amenaza de sujeción.

Para convencerse de que ese proceso comporta una posibilidad de liberación, bastaría comprobar que, en muchos casos, cierta socialización se impone desde que se quiere resolver, en realidad, algunos problemas. No citaremos más que un ejemplo,—que es típico—el de la habitación.

Los hombres que se han ocupado de este asunto, y que no son en modo alguno, socialistas, han tentado, ante todo, resolverlo de acuerdo con una fórmula liberal. Sería menester autorizar una revalorización de los alquileres bastante para hacer producir una rentabilidad remuneradora a las sumas invertidas en la construcción de nuevos edificios. Y por este camino se han estrellado con obstáculos insuperables. Para realizar la condición propuesta, el coeficiente 6, aplicado a los alquileres actuales, sería apenas suficiente (13); los propietarios, tan vigorosamente vapuleados desde hace largos años, no habrían reemplazado todavía —puede asegurarse—los suplementos percibidos en la construcción de nuevos edificios.

El problema de la habitación, que es vital para un país, no puede quedar sin solución y se ha llegado naturalmente a una solución socializante. El aumento de los alquileres sería permitido en una medida débil, por lo demás, pero él pasaría a incrementar un fondo de construcción del que los propietarios no podrían disponer libremente (14).

Fácilmente puede advertirse la dentellada que se da al principio de la propiedad, pero no menos se ve la necesidad de ello en las circunstancias actuales.

Muchas intervenciones del poder público, igualmente revolucionarias, se justifican por razones semejantes (15). En cada caso se podría mostrar

(12) En su libro «Le régime démocratique et le droit civil moderne», Ripert ha mostrado la evolución jurídica en estos tres dominios de la propiedad, el contrato y la responsabilidad. ¿No representa, acaso, tal evolución la deformación del derecho revolucionario ante el empuje de una idea socialista?

(13) Téngase presente que el autor se refiere a Francia. (N. de la D.).

(14) Por ordenanza de 28 de Junio de 1945 se ha creado (en Francia) una «Caja Nacional de mantención y reparaciones», cuyos recursos están constituidos por los depósitos obligatorios de los propietarios de inmuebles cuyas rentas han sido mejoradas.

(15) Citemos sólo la ordenanza de 20 de Octubre de 1945 que, para combatir el azote del alcoholismo y disminuir el nú-

que sólo tales intervenciones podían satisfacer necesidades primordiales. Ellas eran, pues, la condición de una cierta liberación del hombre.

Sin embargo, si se quiere ir al fondo de las cosas, no puede uno quedarse en estas ideas fragmentarias. Es preciso explicar esas necesidades convergentes por alguna necesidad fundamental. Entonces se veía que el movimiento que impulsa a las sociedades humanas hacia una colectivización progresiva tiene su origen en un hecho material, cuyos efectos desintegrantes era difícil prever: el advenimiento de un modo colectivo de producción e intercambio por la gran industria y el gran comercio.

En una economía primitiva, pre-capitalista, caracterizada por la exigüidad de las comunidades en cuyo seno se desarrolla la producción—el taller del artesano—y el intercambio—el mercado local—, economía de base campesina y artesanal, el producto sale completo del cerebro y las manos de un solo individuo; está «firmado», si así puede decirse. Y se concibe que en semejante régimen el lazo que une a la persona y la cosa sea concebido de una manera estrecha.

Por el contrario, en una economía capitalista, la producción es el resultado de la colaboración entre un número ilimitado de hombres que no se conocen. En verdad, toda la humanidad colabora a toda la producción. Si se quisiera dibujar el árbol genealógico de un artículo cualquiera, se comprobaría que sus ramas abarcan el universo entero. El producto es, en adelante, colectivo y anónimo. En estas condiciones se concibe que el lazo jurídico entre la persona y la cosa vaya distendiéndose y que, solidarios en la producción, los hombres se consideren más y más solidarios en el uso de las riquezas sociales. Se concibe que el principio de la propiedad se haga más flexible y que el Derecho individualista, resultante de la Revolución, se encuentre en plena transformación. En tanto que toda la infra-estructura, es decir, el modo de producción, es socialista, la superestructura, es decir el cuadro de las leyes e instituciones, es individualista. Así se produce un estado violento, característico del capitalismo liberal, que no es otra cosa que el modo de producción cooperativa que se realiza en una estructura de móradas económicas.

Semejante régimen es por necesidad inestable. Negándose a dejarse guiar por principios de justicia social en el reparto de una riqueza que ya es social, y considerando todas las relaciones económicas como relaciones de fuerza entre individuos aislados, ese régimen confiere derechos exorbitantes a quienes están provistos de dinero y, al contrario, mantiene en un estado de dependencia a quienes no lo poseen. Por eso mismo, da lugar, inevitablemente, a fenómenos de acaparamiento y aglutinación que la condición proletarizada de la masa hace más insoportables.

La única manera de salir de un sistema en el que el dinero tiene tamaño lugar es dar a una autoridad colectiva los medios de hacer respetar la justicia social y el bien común. A ello aspira el socialismo.

Es, pues, una necesidad de orden moral la que encamina a las naciones modernas hacia semejante renovación de sus instituciones. Resulta comprensible que la Iglesia no se atravesase pura y simplemente en tal camino y que, incluso, ella vea con

mero de expendios de bebidas, obliga a quien adquiera un expendio, a proceder al cierre de otro.

ojos benévolos esa empresa de liberación del hombre.

Hacer que la posesión de la fortuna no sea, en adelante, condición de acceso a los productos de primera necesidad y satisfacer, si fuere preciso, esas necesidades primordiales por algún sistema de seguro colectivo; hacer que el capital no pueda imponer sus «úkases» al trabajo, y, para ello, estructurar las profesiones y las empresas sobre bases a la vez sindicales y comunitarias; obtener que el cálculo del lucro no siga siendo el único regulador de la vida económica y poner término a la anarquía que limita el poder económico de un país e impide el completo aprovechamiento de sus medios de producción; lograr, sobre todo, que el dinero nunca más tenga al Estado bajo su tutela e influya sobre los destinos nacionales ¿dónde está el hombre que no acepte semejante programa? Y si para eso es necesario limitar la autonomía económica del individuo y entrar resueltamente por el camino de una organización colectiva ¿qué hombre vacilaría en marchar por él?

#### UNA AMENAZA DE SUJECIÓN

Y, sin embargo, ¿qué hombre es tan ciego para no ver la amenaza que, al sobrepasarse determinado punto de equilibrio, harían pesar sobre nuestras libertades esenciales ese despojo del individuo y semejante robustecimiento de la colectividad?

Para convencerse de ello, no hay más que estudiar los progresos que la técnica de la socialización ha hecho en nuestras leyes. No hay más que comprobar la lenta deformación que sufren las instituciones protectoras de nuestras libertades. Nos encontramos en presencia de un embargo progresivo del individuo por el poder público, lo que podría repercutir gravemente en el plano espiritual.

La empresa industrial o la explotación rural, cogidas en la apretada red de reglamentaciones que les imponen salarios, precios, compras y ventas, evolucionan hacia una estructura de derecho público. Las profesiones siguen la misma curva. De tomar como base una circular del ministro de Producción Industrial, ya estaría cumplida la evolución en este plano: «El lazo que une a los Oficios profesionales con el ministro no es ya un simple derecho de control, sino un vínculo de dependencia jerárquica».

El productor asalariado podrá creerse a salvo de un proceso que, a primera vista, no interesa sino al productor independiente o tenido por tal. Nada de eso. Por el triple juego de la orientación profesional, del aprendizaje obligatorio y de la calificación, el obrero, bajo un régimen socialista, adquiere la propiedad de un oficio. Sus derechos tienden a tomar la forma de un estatuto que, sin que él lo advierta, lo convierte, poco a poco, en un funcionario. Para él el Estado se convierte en un super-patrón, a quien sus reivindicaciones se dirigen, en adelante, mucho más que a su patrón directo. Esta evolución es, sin duda, bienhechora por las garantías que ella acuerda a los trabajadores, pero puede volverse contra éstos si ella lo encierra en una red de exigencias restrictivas de su libertad en forma abusiva. Y ella sería tanto más perniciosa cuanto que la protección natural del sindicato tendería, por su parte, a hundirse.

En efecto, nada sería más interesante que seguir, en un régimen en camino a la socialización, la progresiva desnaturalización del organismo al cual incumbe normalmente la defensa de las libertades

de los asalariados. En un sistema colectivista por completo, el sindicato subsiste, pero despojado de su función original. No es más que un órgano de encuadre y un motor de la producción. En el hecho, dentro de un régimen que proclama la dictadura del proletariado ¿contra quién defendería al obrero? Nadie se defiende contra sí mismo. En teoría el argumento es irrefutable. De todos modos, uno podría preguntarse, si, incluso en la U. R. S. S. la protección al trabajador no tendría su razón de ser.

Sin ser tan pronunciada, una evolución de la misma naturaleza se dibuja en algunos sectores de la economía capitalista. Allí donde la gestión de la empresa está en manos del propio sindicato, como sucede en ciertas fábricas después de la liberación, éste se muestra más preocupado del éxito de un experimento que de los intereses del trabajo y, si así puede decirse, se ha colocado al otro lado de la barrera. Análogo fenómeno se comprueba en las empresas nacionalizadas, lo que no deja de inquietar a los trabajadores más conscientes. Está averiguado que cuando el sindicato asume responsabilidades demasiado grandes en la producción, no siempre tiene la libertad suficiente para cumplir con su papel de protector del trabajo.

Si el individuo ve restringir los derechos y garantía de que gozaba en su actividad productora, se siente también menos y menos libre en el uso de su capital de consumo. No es ya la demanda del público lo que, en un sistema netamente socialista, orienta la producción, sino las decisiones de una dirección económica. Y cuando el Estado decreta prioridades, cuando prohíbe la fabricación de ciertos productos, o reparte la materia prima, se substituye ya en una amplia medida al consumidor, en opciones que este último debería poder hacer libremente.

La economía de guerra ha mostrado, por otra parte, qué limitaciones impone a los derechos de los compradores un sistema socialista de «tickets» y vales que se superpone al sistema clásico de distribución sobre una base monetaria (16). En principio, el dinero no pierde sus privilegios, sino que ya no puede hacerlos valer. Ahora bien, semejante organización, que recuerda a la intendencia militar y ofrece todos sus inconvenientes, se halla en la lógica de un régimen que confía a la colectividad el cuidado de subvenir a las necesidades esenciales de las masas. Y la familia, cogida en un sistema de previsión que determina, sin que a ella le quepa ninguna intervención, su aprovisionamiento, sus ocios, su cultura, las múltiples formas de asistencia de que ella disfruta, pronto se encuentra privada de ese mínimo de «campo» y de iniciativa de que tiene necesidad para «vivir» en el sentido total de la palabra.

El capital de consumo de que cada cual puede disponer queda, por otra parte, sujeto a disminuciones que pueden restringir notablemente su valor. Sería ésta la ocasión de analizar la alteración que sufren instituciones tan clásicas como el impuesto y el empréstito. El impuesto, en la medida en que deja de ser sencillamente el medio de enfrentar los gastos del Estado y se convierte en un instrumento de «perecuación» o de redistribución de la renta nacional; el empréstito, al convertirse en «forzado»—y tal es gracias al «peculio» de los funcionarios y, sobre todo, cuando un severo sistema de racionamiento y control de las mer-

(16) Necesidad que, por otra parte, no puede discutirse en circunstancias excepcionales.

caderías obliga prácticamente a los particulares a conformarse con las «invitaciones» del Estado para la colocación de sus capitales, se convierten en instrumentos que pueden ser temibles.

El socialismo atenta, pues, inevitablemente contra las libertades que se podría llamar «económicas» del individuo. Las mismas libertades políticas no permanecen intactas.

Se podría mostrar aquí las inevitables repercusiones del socialismo sobre las instituciones parlamentarias y la transformación que éstas tienden a introducir en él. Todos los problemas constitucionales que se plantean hoy en Francia y en cualquiera otra parte, de ahí proceden. Son los problemas de una democracia enferma de colectivismo. El socialismo, debido a la prodigiosa extensión de las atribuciones del Estado que comporta, exige un gobierno estable y ampliamente dotado de iniciativa. Ahora bien, el régimen parlamentario de las asambleas todopoderosas produce gobiernos que no duran ni se atreven. Mientras más lejos se vaya por el camino del colectivismo, más profunda deberá ser la reestructuración del régimen parlamentario. El mismo régimen democrático corre el riesgo de ser alcanzado. Así, la nacionalización de la economía tiene, en el plano de las libertades públicas, consecuencias que no pueden silenciarse.

Por muy rápido que haya sido este cambio de horizontes, hace tomar conciencia de la necesaria complejidad de una actitud espiritual frente al socialismo. El puede ayudar a la liberación del hombre y puede también subyugarlo. Y es que la libertad debe ser defendida *en dos frentes*. Ahora bien, a esta libertad que los hombres de nuestro tiempo parecen acariciar como su bien más precioso y amenazado, el socialismo la defiende bien contra un falso liberalismo que pretende mantener una concepción de la propiedad y del contrato estrechamente individualista, en tanto que el modo de producción en la gran industria y el gran comercio moderno es más y más colectivo, y que confiere al dinero, por tal negativa de toda disciplina colectiva, un poder exorbitante sobre la vida de los pueblos y los hombres. Pero se hace también necesario proteger a la libertad contra un colectivismo totalitario que, al llevar a un extremo abusivo la transferencia de los poderes económicos del individuo a la colectividad, termina por despojar a la persona de ese espacio vital que ella necesita para cumplir su destino plenamente humano. El socialismo, aun despojado de su afirmación materialista, aparece como inconciliable con una concepción espiritual del Universo en tanto no evite este segundo escollo y no reconozca que existe una forma de esclavización de la persona humana tan peligrosa como el sometimiento al dinero, y que ella es la dictadura de un Estado invasor.

Pero si es cierto, como lo afirma León Blum, que «mantener y desarrollar los derechos de la persona en el seno de una sociedad concebida y organizada por entero para el bien colectivo es la fórmula misma del socialismo» (17), de un socialismo—diremos nosotros—que viviendo explícita mejor su contenido y se desprende de posiciones filosóficas que no eran esenciales a él, entonces, un cristiano no pondrá dificultades para prestarle su acuerdo y comprobar su coincidencia con semejantes principios.

(17) Discurso del 20 de Mayo de 1945.

A menos de contentarse uno con un simple reconocimiento teórico, se hace necesario precisar y organizar los derechos de la persona de que ya se ha hablado. Pues bien, un socialismo que entendiera respetar efectivamente esos derechos debería responder, según parece, a tres exigencias principales y revestiría un triple carácter: sería personalista, orgánico y pluralista.

Sería *personalista* y, en consecuencia, familiar. Considerando que la persona, en su inviolable dignidad, y la familia son anteriores a la colectividad, se preocuparía de darles un estatuto económico que los pusiera al abrigo de las ingerencias arbitrarias del poder público. Les reservaría cierto espacio de propiedad, en cuyo interior ellos estarían libres de toda presión o intromisión. Del mismo modo cómo la Revolución puso un límite a las intervenciones del Estado determinando una zona de Derecho privado dentro de la cual el individuo era rey y señor, semejante socialismo constituiría en torno a cada familia un núcleo de propiedad rebelde a toda nacionalización.

Así se encaminaría él a separar dos formas diferentes de la propiedad: una que es el prolongamiento directo y la protección de la persona y de la familia; y otra, que entrega a sus detentadores una especie de poder sobre los demás hombres. La primera constituye como el último reducto de las libertades humanas fundamentales y es manester no sólo protegerla en aquéllos que ya la tienen, sino también dar acceso a ella a quienes no la poseen. Y de inmediato el principio de la propiedad no se presenta como un factor de conservación, sino como un elemento renovador. Al contrario, la segunda forma de propiedad, en la medida en que es una fuente de poder, depende por su naturaleza de la autoridad pública, que puede dar flexibilidad a sus normas positivas (18). Ella constituye la zona propia de la socialización.

Aun así comprendido, el socialismo seguiría siendo intolerable, si no se presentara bajo una forma *orgánica*, es decir si no reconociera una autonomía suficiente a los cuerpos y comunidades económicas intermediarias—que el Estado y el individuo. La nacionalización en un sentido estricto, que suprime radicalmente esta autonomía, se impondrá en ciertos casos, pero deberá ser una excepción. En la base del edificio económico, la empresa guardará una independencia relativa. Su gestión, sus beneficios y su propiedad se aplican a la comunidad de hombres que la hacen vivir, comunidad en la que deben quedar integrados los trabajadores. La misma profesión debe quedar dotada de un poder propio y no ser concebida como un simple rodaje administrativo del Estado. En cuanto a los derechos de la comunidad, cuya defensa toma el socialismo a justo título, serán respetados si una dirección económica es dotada de poderes suficientes para imponer a las profesiones y a la empresa las decisiones que se inspiren de la nación.

El socialismo, por fin, si realmente se preocupa de la libertad, deberá salvar cierto *pluralismo*. La

(18) «No podría concebirse razonablemente un divorcio entre el poder político y el económico», escribe con justicia León Blum (*A L'ECHELLE HUMAINE*, pág. 130) y véase en *QUADRAGESIMO ANNO* que cuando se advierte «una cierta prepotencia social que la propiedad (de los medios de producción) se ha arrogado y usurpa», hay que decir que «tal poder propiamente pertenece no a aquél que simplemente posee, sino a la autoridad pública».

organización colectiva es tiránica si no respeta, en las integraciones que realiza, la diversidad inevitable y deseable de los individuos. Toda agrupación humana, unificada en su cima, es múltiple en su base. Si ella excluye la representación de esta diversidad se transforma en un órgano de encuadre de forma dictatorial y entramos ya de lleno en el totalitarismo. En la unificación a que el socialismo tiende por su misma naturaleza, tanto en el plano político y cultural como en el sindical, admitirá la libre expresión y la libre representación de las múltiples virtualidades que son la riqueza de un pueblo.

Necesario es decirlo: polarizado por la idea de su punto de partida, que es la de ampliar la colectividad, el socialismo no es fácilmente permeable a las nociones de la propiedad personalista, de los cuerpos orgánicos y de la integración pluralista. En eso permanece fiel a la tradición individualista, de la que siempre se ha autorizado (19). Difícilmente imagina un tope entre el individuo y el Estado. De acuerdo con Rousseau, siempre tiende a buscar una solución al problema del poder en el despojamiento absoluto del individuo en provecho de la colectividad.

Tal intransigencia colectivista estaría en contradicción con una orientación espiritual del socialismo. Pero es preciso reconocer que un sector de la doctrina socialista tiende a apartarse de esta posición extrema. Si parece que aún se teme reivindicar una cierta forma de propiedad personal y familiar, hay la preocupación de conservar al individuo un residuo de derecho y libertades y ello como que constituye la quintaesencia de ese movimiento, que también se orienta hacia cierta política familiar (20). Si se vacila en reconocer la autonomía relativa de la empresa y la profesión, se distingue, sin embargo, en la economía nacional un sector libre y un sector controlado, en el que tal autonomía será parcialmente respetada. Y rubricadas por plumas socialistas suelen encontrarse confesiones de pluralismo (21).

(19) «El socialismo—escribe Jean Jaures—es el individualismo lógico y completo; continúa, agrandándolo, el individualismo revolucionario». (REVUE DE PARIS, 1.º de Diciembre de 1898).

(20) León Blum ve «en el relajamiento de los lazos de la familia y el desprecio ostentoso de la dignidad doméstica» una de las causas de la decadencia moral (A L'ECHELLE HUMAINE, pág. 36). Desea que su tiempo libre «permita algún día a la madre consagrarse por entero a su hogar» (pág. 12) y reivindica para ello un salario familiar que baste «no solamente para la conservación física del animal humano, sino para la vida de un ciudadano libre, y aún, en mi opinión, para la vida de la familia, pues sostengo que el salario del marido que trabaja debe asegurar su propia subsistencia y la de los suyos, y no acepto, de ningún modo, que para sostener el hogar se haga indispensable añadir al salario del hombre el complemento proporcionado por el trabajo de la mujer y los niños». (Pág. 132).

(21) Véase, por ejemplo en la ya citada obra de León Blum: A L'ECHELLE HUMAINE, pág. 95: «Incluso, tal vez, el reproche que han merecido (los partidos populares) sería el de haber consentido demasiados sacrificios a la ley interior de unidad y de unanimidad. Por lo que a mí respecta, estimo que este reproche es, en parte, fundado. En un partido, la disciplina es el estado normal, y su unidad debe ser severamente preservada contra las defecciones egoístas que inspiran los intereses, ambiciones y tentaciones de toda especie. En desquite, el relajamiento o aun la ruptura de los lazos partidistas deben ser encarados con virilidad cada vez que crisis extraordinarias confieran a los problemas planteados por la vida pública el valor de casos de conciencia individual. El verdadero criterio de moralidad en la vida de los partidos como en la mayoría de los incidentes de la existencia individual es el desinterés. La ruptura de los lazos con un partido es inmoral y detestable cuando está viciada, en cualquier grado que sea, por lo que llamaré, usando la más amplia acepción del término, la venalidad. Esa ruptura se convierte en respetable y aun en loable cuando responde, frente a un problema «crucial», a una exigencia imperativa de la conciencia».

El pensamiento socialista dará la prueba de que puede armonizarse con la naturaleza espiritual del hombre, sin renegar de sí, en la medida en que no se contente con saludar desde lejos a las libertades de la persona humana, y en la medida en que se preocupe de asegurar las garantías de orden económico de ella, según parece hacerlo.

## CONCLUSIÓN

Nuestra encuesta sobre la significación espiritual del socialismo termina, pues, con una conclusión positiva. Despojándose, por una parte, de su ateísmo y su materialismo, y aceptando, por otra, una concepción orgánica y pluralista del cuerpo social, concepción que institucionaliza las libertades de la persona humana y de sus comunidades naturales, el socialismo no traicionaría su idea, seguiría fiel a sí mismo. Y semejante socialismo, personalista y comunitario, no sería incompatible con la confesión de fe cristiana.

En el punto a que hoy lo ha llevado su curva de evolución, ¿realiza el socialismo esas condiciones a la vez negativas y positivas? ¿Es posible advertir ya entre él y la Iglesia «un paralelismo de dirección, una posible convergencia de esfuerzos o, siquiera, una compatibilidad?» (22). Es cierto que todo un sector de las fuerzas que se autorizan del socialismo está abiertamente en contra de tal afirmación. Y no es menos cierto que otra parte ha comenzado una evolución que comienza a justificarla (23). Si esta aproximación no permite encarar la fusión de las agrupaciones de tendencia socialista y de inspiración cristiana en organismos únicos en el plano político y en el sindical; si la evolución en el seno del socialismo es todavía muy poco marcada y demasiado poco general; si la palabra *socialismo* se encuentra aún ligada a demasiados errores y es aún demasiado equívoca, para que un católico pueda hacer profesión de socialismo y, sobre todo, para que en la actualidad se pueda concebir un socialismo cristiano, existe el hecho de que una colaboración es posible y deseable.

Si estas conclusiones son exactas, si las ideas se encuentran tan próximas ¿por qué los hombres continúan agotándose en la lucha? Un plumazo no borra casi un siglo de historia. «La marcha de las grandes doctrinas humanas y de las mismas religiones—escribe León Blum—se determina tanto por la naturaleza de las resistencias que encuentran como por la naturaleza del impulso inicial que recibieran». (24). Este es, precisamente, el drama de la sociedad moderna que en el momento en que ella entraba en un régimen de producción que trastornaba su economía, hayan entrado en conflicto los hombres que tomaban conciencia de la necesidad de cambiar sus instituciones con los que se autorizaban de principios espirituales. Y aun no se ve el término de ese malentendido trágico.

Hoy, sin embargo, esos hombres se aproximan, entablan conversación, advierten que, al menos, sus verdades no son enemigas. «En este estado, se ha hecho casi inútil la polémica y la batalla no tiene razón de ser» (25). Bastaría que el socialismo,

(22) León Blum, A L'ECHELLE HUMAINE, pág. 177.

(23) León Blum comprueba esta evolución divergente: «Una gran parte de la opinión nunca ha hecho una distinción clara entre Socialismo y Comunismo, aunque se trate de dos formas absolutamente definidas de la doctrina y la acción obreras». (A L'ECHELLE HUMAINE, pág. 107).

(24) León Blum: A L'ECHELLE HUMAINE, pág. 176.

(25) León Blum: A L'ECHELLE HUMAINE, pág. 177.

que es una gran doctrina humana, accediera a una concepción espiritualista del hombre y a las exigencias de una doctrina personalista, en tanto que, por su parte, los cristianos—que no harían otra cosa que conformarse a las directivas pontificias—consintieran en no ligar su fe a formas sociales injustas o caducas. Para ambos no se trataría sino de «volver a la pureza de su inspiración primitiva» (26).

Nadie puede calcular la repercusión que tendría en los destinos de Francia y del mundo un encuentro entre los dos movimientos que más eficazmente arrastran a la humanidad, uno en el plano tem-

(26) *Ibid.* pág. 17. El socialismo «debe volver, como, precisamente, lo ha hecho la Iglesia en las crisis en que el cuidado de los intereses temporales oscureciera demasiado peligrosamente el objeto de su misión, a la pureza de la inspiración primitiva».

poral, el otro, en el espiritual (27). Este encuentro es posible fuera de todo equívoco. Cristianos y socialistas pueden juntarse sin renegar nada, ni unos ni otros, de sus verdades profundas, pero con la condición de purificarse ambos de lo que es extraño a esa verdad. ¿Se realizará tal condición? Toca a socialistas y cristianos contestar esa angustiosa pregunta.

(27) ¿Acaso no son complementarias estas dos fuerzas y no se esperan una a la otra? Cuando León Blum comprueba «que ha faltado, (al pueblo de los trabajadores y a sus representantes legítimos) para arrastrar a la nación, la generosidad, la magnanimidad, la prestancia ideal, la evidencia de desinterés y de sacrificio al bien colectivo, todo lo que Nietzsche llama, en alguna parte, «el gran estilo en la moral», todo aquello que hace a la moral tocar a la religión, y a la propaganda alcanzar el apostolado» ¿no muestra, acaso, esa complementación y esa espera?



# TENDENCIAS IDEOLÓGICAS Y FILOSÓFICAS EN ITALIA

Por Luigi STURZO

El profesor H. Kantorowicz, antes de exilarse en Inglaterra, enseñó durante tres años en la Facultad de Derecho de la Universidad de Florencia. Kantorowicz me dijo que nunca se había encontrado con un estudiante abiertamente fascista, mientras que muchos eran neutrales, escepticos o contrarios al régimen fascista. Este testimonio de un observador culto e inteligente confirmó mi propia información personal. Con esto no quiero decir que muchos jóvenes pertenecientes a las clases medias no se sintieran durante sus épocas de bachillerato atraídos hacia el fascismo y hasta llegaran a participar con entusiasmo en las actividades de las organizaciones de juventudes fascistas. Algunos eran también miembros del partido. Muchos de ellos eran fascistas convencidos en el sentido nacionalista e imperialista de la palabra. Pero era un hecho bien conocido que a medida que estos jóvenes avanzaban en sus estudios, disminuían su entusiasmo y su fe en el fascismo. En este período pasaban a un estado de silencio crítico que les conducía a un escepticismo, debido a su inmadurez intelectual, o a una reacción negativa e incoherente, que rayaba con el anarquismo. Por otro lado, en un régimen totalitario cualquier reacción contra el fascismo conduce a una huída de la política hacia un idealismo superior. Este idealismo encontró calor en la filosofía idealista de Croce o en las especulaciones tomísticas de los grupos católicos.

Sólo una minoría de estudiantes e intelectuales se lanzó a una política activa de resistencia al fascismo, siguiendo las líneas tradicionales de los partidos políticos y grupos social-políticos. El movimiento subterráneo data de hace 20 años, comenzando en 1925 al nacer la dictadura totalitaria. Siguiendo la oposición presentada por los miembros de la Cámara de Diputados después del asesinato de Matteotti, se formó el movimiento clandestino, al principio en forma incierta, poco coordinada y sin ningún objetivo común. Como es natural, la generación joven constituía un elemento muy importante en este movimiento. La última fase de la clandestinidad italiana comenzó a principios de 1942, cuando se unieron cierto número de partidos que más tarde habían de formar los Comités de Liberación Nacional: el Comunista, el Socialista, el Democrático-Cristiano, el de Acción, el Liberal y la Democracia de Partidos Obreros. Estos partidos se apoyaban en ideologías políticas ligadas con tradiciones filosóficas y sociales que remontan al período del Resorgimento Italiano.

\* \* \*

Quienes se oponen a las tradiciones multipartidistas de Europa, no se dan cuenta de que en Italia, Francia y Alemania los partidos no son sólo portavoces de intereses económicos y de clase a incorporar en el Estado, sino que tienen también principios y objetivos ideológicos y extrapolíticos. Al principio Europa conoció el sistema de los dos partidos ambos formados por la burguesía: la derecha conservadora y la izquierda liberal. Pero inmediatamente surgieron nuevos factores que dividieron a la burguesía en grupos monárquicos y antimonárquicos, clericales y anticlericales, democráticos y antidemocráticos. Poco después, las masas trabajadoras, con sufragio universal o sin él, se libertaron del tutelaje político de la burguesía capitalista y desarrollaron movimientos políticos propios, como socialistas, demócratas-cristianos o comunistas, a menudo con una organización de partido y varias ramificaciones.

En Italia, la tradición principal de la burguesía es liberal, monárquica y secular: secular en el sentido de ser opuesta al poder temporal de los papas y a la influencia política de la Iglesia. También hay entre los grupos más avanzados un laicismo más agresivo, de derivaciones anticatólicas y masónicas. Los republicanos mantienen viva la tradición mazziniana, aunque han abandonado la primera parte del slogan mazziniano *Dios y Pueblo*. La democracia de los liberales italianos está concebida como el desarrollo natural del liberalismo, siguiendo el método de libertad y Parlamento en cuanto a la realización de la voluntad popular y la ejecución de reformas. Las premisas teóricas del liberalismo italiano han cambiado en un siglo, pasando del racionalismo al positivismo, del que Mosca fué el intérprete político y al idealismo hegeliano de los dos grandes antagonistas, Croce y Gentile, y del historiador más reputado, el profesor Guido de Ruggiero. La base común de estas corrientes filosóficas ha sido un naturalismo absoluto, y esto a pesar de que muchos liberales eran religiosos y católicos en sus convicciones, si no en la práctica. Su formación intelectual estaba basada en las mencionadas corrientes filosóficas, que a menudo, en la enseñanza y en la política, se fundían en un eclecticismo crítico o degeneraban en un agnosticismo decadente.

Los radicales y los demócratas, en el fondo anti-liberales, habían pertenecido en el pasado a la escuela positivista: su filósofo fué Ardigó; su sociólogo, Pareto; su criminólogo, Lombroso; y su pedagogo, Credaro. En cuanto a los socialistas, sus inspiradores fueron primeramente Marx y más tarde Sorel, mientras que los comunistas, últimos en llegar a la escena política, se basaban en Marx a través de Lenin. En esencia, la base teórica de ambos movimientos (y no hablo de partidos) es la concepción materialista de la historia y la inevitabilidad de la lucha de clases que conduce en último término a la dictadura del proletariado.

Los cristianos-demócratas tienen como precursores intelectuales a dos franceses de principios del siglo XIX, Lacordaire y Ozanam, y a un siciliano, Gioacchino Ventura. Pero el movimiento no llegó a desarrollarse plenamente hasta fines del siglo, con León XIII, y su líder moral en Italia fué el ecónomo y sociólogo Guiseppe Tonoilo. La democracia-cristiana tiene su propio concepto político que no debe ser confundido con el Catolicismo, que es una religión, ni tampoco se limita a una mera defensa de los valores religiosos. Su concepto filosófico subraya los valores de la personalidad humana, el organicismo de la sociedad tanto nacional como internacional, la igualdad de derechos políticos y jurídicos sin discriminaciones de raza, fe o clase social, y la solidaridad humana y cristiana entre los hombres como individuos o grupos organizados. El punto de vista cristiano responde a la necesidad de una moral en la política que histórica y filosóficamente, para una civilización de pueblos cristianos, no puede ser más que cristiana.

\* \* \*

Estas corrientes han influído en la formación de los partidos políticos. El lazo histórico e ideológico con los partidos prefascistas no se ha roto. En realidad, todos los partidos de la actualidad vuelven a la política, puntos de vista y hombres del pasado, aun cuando actualmente no se acepte todo el pasado, como en el caso de los liberales. Bajo este aspecto el fascismo no es más que un incidente que ya pasó. Desgraciadamente, no desaparecerán todos los efectos de la aventura fascista más que después de mucho tiempo y después que se lleve a cabo una larga y dolorosa lucha contra su veneno.

Por esta razón no son satisfactorias todas las orientaciones del pasado y tenemos que buscar otras nuevas con las que podamos dirigir a nuestra juventud. El nacionalismo, co-



mo sentimiento genérico de amor para con una patria oprimida, humillada y arruinada, una patria que ha de ser reconstruída totalmente, tal nacionalismo no puede ser suprimido ni desvalorizado. El nacionalismo, en este sentido, surgió de nuevo el día en que Italia se rindió incondicionalmente y firmó el armisticio secreto. La cuestión colonial tiene su influencia en este problema, aun cuando las colonias italianas prefascistas fueran de poca importancia. Pero la pérdida de las colonias impuesta desde el exterior será causa de resentimiento popular. Otra fuente aun más importante de resentimiento nacionalista sería la pérdida de Trieste y otras partes italianas de Istria. Sin duda el pueblo italiano está preparado para recibir cualquier golpe, pero no se puede negar que el desarrollo educativo de la nueva generación ha de estar muy influenciado por el trato que reciba Italia de manos de aquellos países que pidieron que los puertos de Italia fueran abiertos, pues venían como liberadores y no como conquistadores.

En esencia, uno de los elementos necesarios para el renacimiento espiritual de los pueblos civilizados es la reciprocidad de ideales, la solidaridad de intereses y la completa pacificación moral. Si esto es verdad en el caso de Francia, Bélgica, Holanda y otros países aliados, es aún más verdad hoy en el caso de Italia y, mañana, en el caso de Alemania.

El que escribe estas líneas ha sido y es contrario al nacionalismo concebido como teoría egoísta, que coloca a la nación de uno por encima de las otras, que está con su país con razón o sin ella, que considera a la nación superior al individuo o a los grupos, el nuevo ídolo por el que hay que sacrificar todo. Pero quisiera señalar que el nacionalismo, así como el patriotismo, en su significado humano, se encuentra a la base de la defensa de los derechos de todo país civilizado. Por esta razón, su valor educacional e ideológico, contenido en el cuadro de la ley moral y de la solidaridad internacional, no puede ser ignorado, especialmente en los países que salen de esta guerra destrozados y debilitados.

Es creencia muy general que las ideologías y filosofías capaces de atraer al hombre y que le dividen en todos los países en una gran variedad de partidos y movimientos son muchas. Pero, en realidad, encontramos enfrentadas sólo dos filosofías: la monística y la dualística; y sólo dos métodos pedagógicos: el positivista y el espiritual; dos sistemas políticos: el absolutista o totalitario y el democrático; dos métodos: el de la libertad y el autoritario. Todas las combinaciones—entre estos polos— son hechos históricos con los que se cubren la filosofía, la pedagogía, la política y la sociología a medida que los hombres concretizan sus ideas en el contraste de la ideología y los intereses. La esencia nunca cambia.

Hoy, después de una guerra tan destructiva, todos los pueblos, en su lucha por una vida nueva, no pueden renunciar a una ideología en la que basar su triste realidad. Es inútil decir: «trata de seguir viviendo», «tenemos tiempo de sobra para pensar» o «los generales y los aliados se encargarán de todo». Todo hombre quiere razonar sobre el origen de su desgracia y quiere mirar hacia adelante, hacia el camino que debe seguir, consciente de que un impulso le mueve en su lucha por la existencia. Así repetirá las formas del pasado, dándoles nuevos nombres y colores, o se imaginará que ha encontrado nuevas formas de vida social, esperando desarrollar nuevas realidades políticas que corregirán un pasado destinado a desaparecer.

Hoy, la atracción ideológica más fuerte de Europa proviene del comunismo, no porque los europeos creen en un paraíso comunista, sino como reacción contra el tipo de capitalismo que creen se encuentra a la raíz del desastre actual, y también como resultado de la simpatía hacia Rusia, cuyas hazañas y valor militar dan un matiz romántico al más

prosaico de todos los sistemas sociales. Desgraciadamente, el comunismo es monístico y trata de suprimir todas las dualidades naturales: la del individuo y la sociedad; la de libertad y autoridad; la del trabajo y el capital; la del espíritu y la materia; la de la religión, o Iglesia y el Estado. El monismo no es una característica exclusiva del comunismo, sino que pertenece también a ese tipo de capitalismo considerado como una degeneración del uso del capital, basado en la preponderancia de los intereses materiales de una clase, que mediante la explotación de las formas democráticas de la sociedad, alcanza un monopolio casi completo del poder político y económico. Es cierto que en un régimen capitalista todavía existe cierto margen tolerable de libertad, de manera que el dinamismo social puede aún desarrollarse. Pero, en realidad, la tendencia monopolista mencionada puede llegar a comprimir este margen de modo que el dinamismo social se haga ineficaz.

Todos los esfuerzos modernos tienden hacia la conciliación entre la eficacia monística (comunismo y capitalismo) y las libertades fundamentales de la personalidad humana (las Cuatro Libertades). El nazismo y el fascismo pretendían ser sistemas eficaces basados en la extrema concepción monística, llamada totalitarismo. Pero la eficacia, sin limitaciones morales y al margen del armazón de la libertad y solidaridad humanas, no conduce más que a la agresión, la dictadura y la guerra.

La peculiaridad de las posiciones ideológicas actuales es la que mientras todas las filosofías modernas favorecen la concepción monística contra la dualista, en la realidad social el monismo se revela como antihumano y tiende a conferir todo el poder a aquellos que, bien sean fascistas, nazis, comunistas o capitalistas, quieren hacerse dueños del Estado. Por el contrario, en los países donde las gentes son todavía libres, donde la democracia funciona, donde el dualismo de las fuerzas sociales se expresa no sólo en el plano de los intereses, sino también en los de la moralidad, de la justicia, de la solidaridad humana, a pesar de ciertas faltas, desde el punto de vista de la eficacia material se goza de las ventajas de una vida individual y colectiva digna de hombres libres, y se pueden adquirir todos los valores humanos que conducirán a la gran realización de una verdadera civilización cristiana.

Este es el camino marcado hoy no sólo para Italia y Europa, sino para todos los países que, surgiendo de este largo período de oscuridad, tienen que revisar sus orientaciones prácticas e ideológicas, de forma que puedan reanudar el curso normal de sus vidas en una atmósfera de verdadera paz y libertad.



# AL MARGEN DE UN PROYECTO DE REFORMA CONSTITUCIONAL

Por Alejandro SILVA B.

1.—Una persona ajena a nuestro ambiente, al saber que el país se apresta para comenzar una lucha de ideas en torno de su régimen constitucional, podría creer equívocamente que no son graves ni perentorios sus problemas sociales y económicos; pero quien nos conozca cabalmente, no puede olvidar que con facilidad atribuímos nuestros males a las instituciones, y confiamos más en los beneficios de los cambios de sistemas políticos que en los resultados fecundos y duraderos de la reforma de las costumbres de los individuos y de las sociedades. Está lejano el tiempo en que todo se esperaba del texto de las constituciones escritas, pero dejó entre nosotros honda huella, que todavía dura.

Así se explica que en una misma generación se pretenda ensayar nuevamente lo mismo que con tanto estruendo y dolor se desechara hace sólo veintidós años.

Se habla, en efecto, de volver al régimen parlamentario.

No creemos que deba apasionar los ánimos la discusión de los sistemas políticos, porque el mejor es simplemente el que se adapta con más exactitud a la realidad y modo de ser de una nación.

Pero cuando un país ha adquirido un grado de desarrollo, como el que afortunadamente hemos logrado, en su cultura cívica, debe ser muy cauto para acoger ensayos precipitados y abandonar un día lo que se ha avanzado en un sentido, perdiendo el fruto de la experiencia, en busca de nuevos senderos dictados, en el mejor de los casos, por elucubraciones puramente teóricas.

Nada tiene de extraño que las directivas de los partidos tradicionales propugnen la restauración del régimen parlamentario. No puede olvidarse que jamás aceptaron su abolición. Los dirigentes conservadores y radicales, por ejemplo, fueron contrarios a la reforma de 1925.

Lo que interesa es considerar si el país quiere esa reforma y si ésta le conviene.

2.—Es útil recordar cuál es, en doctrina, la distinción esencial entre ambos sistemas de gobierno, el presidencial y el parlamentario.

Corresponde, desde luego, subrayar que uno y otro son representativos, porque en ellos el titular de la soberanía, que es el pueblo, en la imposibilidad de regirse por sí mismo, lo hace a través de los delegados que designa, y los dos se cimentan en la distinción, dentro de la unidad de la soberanía, de atributos diversos que consisten en la dictación

de la ley, en su cumplimiento y en la aplicación de la misma a los casos de controversia.

No se encuentra tampoco disparidad esencial en lo relativo a la preponderancia que goza el Parlamento, porque ninguno le discute el papel superior de acordar la ley.

La nota distintiva está en la separación más acentuada de poderes que caracteriza al que se llama sistema presidencial.

Nada contribuye más a grabar la esencia de esa diversidad que la comparación de sus modelos clásicos.

Estados Unidos de Norte América constituye el tipo del sistema presidencial. El Jefe del Estado, privado de iniciativa en la legislación, tiene la plena responsabilidad del gobierno y administración del país y se auxilia en sus tareas con secretarios técnicos de su exclusiva confianza, que no pueden ser miembros del Parlamento y que tampoco las Cámaras están facultadas para remover por una resolución de desconfianza.

Inglaterra, es madre y modelo del régimen parlamentario. El Rey personifica la continuidad y permanencia del Estado, pero carece de poderes efectivos, los cuales pertenecen al Gabinete. Los Ministros son miembros del Parlamento y se mantienen en el cargo mientras cuentan con la confianza de las Cámaras, en especial de la rama baja, propiamente política. Se ha descrito gráficamente el mecanismo como el gobierno de la Cámara de los Comunes por medio de su Comité Ejecutivo, que es el Gabinete. El Ejecutivo está facultado para hacer un llamado a la nación misma en caso de conflicto, si decide la disolución de la Cámara.

3.—Se discutió mucho en Chile bajo el imperio de la Constitución de 1833, cuál de los dos regímenes había ella establecido, controversia compleja porque su texto se apartaba de ambos y acogía instituciones que contrariaban la reglamentación típica de uno u otro.

La verdad es que, junto a las enormes facultades del Presidente, estaban contempladas todas las bases fundamentales del régimen parlamentario. La Carta Fundamental de 1833, al decir de uno de sus autores, se ideó «crecedera».

Por eso fué que cuando el Parlamento chileno se mostró resuelto a imponer su voluntad sobre la de un Presidente capaz y enérgico, estalló la revolución de 1891 y dió paso la derrota de Balma-  
ceda al predominio indiscutido de las Cámaras.

La experiencia constituyó indiscutible fracaso, a juicio del país.

Ello se debió, indudablemente, por una parte, a que la construcción jurídica era defectuosa, por la falta de reglamentación de los votos de censura y principalmente por no consagrar para el Presidente la válvula de escape de la disolución de la Cámara, y, por otro lado, a que el régimen parlamentario, que es tal vez el mejor en doctrina pura, requiere cultura y disciplina políticas, la existencia de pocos y fuertes partidos, o mejor dicho de dos grandes colectividades que se turnan en el poder y en la oposición.

4.—La revolución de 1924 se hizo sin sangre, porque fué la resultante de un estado de la opinión pública que se mostraba indignada en contra de las Cámaras a las que cargaba toda la culpa de la inestabilidad, impotencia y deficiencia del gobierno del país.

Como somos tan inclinados a olvidar, es indispensable hacer valer algunos testimonios.

Comencemos por el de don Guillermo Guerra:

«Diputados y senadores, ansiosos de poder y de lucro algunos, y movidos otros por el deseo de asegurar sus reelecciones, fueron cada día más preocupándose de acrecentar sus influencias personales o partidarias en el manejo de los negocios públicos, sin tomar en cuenta los intereses de la Nación. A título de fiscalizar los actos del Gobierno, formaban las más extrañas e híbridas combinaciones numéricas para derribar los Ministerios, y descuidaron la labor legislativa en términos tales que colocaron al país en una situación de retraso considerable con relación a los demás de Sud América. El escaso progreso realizado por Chile durante los treinta y cinco años que ha durado el régimen parlamentario, se ha conseguido gracias al inaudito esfuerzo de los habitantes del país y a la vitalidad exuberante propia de los pueblos jóvenes, a pesar del Congreso y contra el Congreso».

«No hay necesidad de ser un gran constitucionalista—dijo en la discusión de las reformas de 1925, el general Navarrete—para declarar, sin temor de equivocarse, que los resultados del sistema parlamentario han sido desastrosos para el país. Un balance hecho a la ligera demuestra que su aplicación ha tenido como consecuencia la completa corrupción de todos los servicios públicos, la paralización del progreso de todas las actividades nacionales y la anulación de la personalidad del Presidente de la República, único responsable de la dirección de los negocios del Estado».

Citemos, por último, el juicio autorizado y sereno de don Carlos Estévez, contenido en su discurso de incorporación como miembro académico de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Uni-

versidad de Chile, pronunciado el 8 de Julio de 1941.

«La gestión gubernativa desde 1891 a 1925, fué, sin duda, desgraciada... Los partidos políticos, que debían jugar un rol de primera importancia en el Gobierno, carecían de la cohesión necesaria. Había muchos partidos o muchos grupos dentro de un mismo partido, que se unían o se separaban según las circunstancias del momento. Los Ministros no eran, según las reglas del juego del Gobierno parlamentario, los conductores de esa mayoría que debía sostenerlos y colaborar con ellos en el gobierno, eran dependientes de esas mayorías, muchas veces esclavos de sus caprichos. Había nacido así una verdadera dictadura parlamentaria, la más peligrosa de todas las dictaduras, porque es una dictadura irresponsable. Se comprende fácilmente que este régimen, tuviera como resultado inmediato, la anarquía y el desorden, la falta de orientación fija en la dirección política y administrativa del país. La administración pública aparecía completamente desquiciada, influenciada por la política y la intromisión del Congreso en los servicios públicos, los ministros no tenían autoridad para corregir el mal, les faltaba la estabilidad y la continuidad necesaria en el desempeño de sus cargos».

Fué, según se ve, una aspiración profunda del país la que condujo en 1925 a la abolición del sistema parlamentario.

La nueva Constitución consagra el sistema presidencial, pero no en su forma típica. Da al Presidente de la República gran intervención en la tarea de legislar: reconoce a la Cámara la facultad de fiscalizar los actos del Gobierno, pero sin que ésta llegue a comprometer la responsabilidad política de los Ministros, quienes pueden continuar en sus cargos cualquiera que sea la opinión que sus actos merezcan a los diputados.

Estamos muy cerca de los acontecimientos para formular una apreciación definitiva del resultado que la aplicación del sistema presidencial ha dado entre nosotros.

Pero es indiscutible que los aspectos adversos son imputables a los resabios de parlamentarismo de quienes han debido aplicarlo más que a defectos de las disposiciones constitucionales.

En estos mismos días observamos que, al margen de la letra y del espíritu de la Carta Fundamental, el Presidente de la República ha demorado meses en designar intendentes y gobernadores, funcionarios de su exclusiva confianza, en espera de acuerdo de los partidos que lo apoyan sobre la forma de distribución y nombre de los candidatos.

Es decir, vivimos un sistema amorfo basado en los arreglos y transacciones de los partidos, con prescindencia de todo canal jurídico.

6.—En esta situación, los partidos que forman el sostén gubernativo agitan la bandera de la reforma constitucional cuyos contornos precisos ellos no han dado a conocer al país.

La única base de estudio de que disponemos es el informe de la Comisión de la Cámara de Diputados expedido el 14 de Agosto de 1946, después de considerar diversas mociones presentadas con variados objetivos desde 1934.

El criterio fundamental de la Comisión informante está expresado en los siguientes términos:

«Vuestra Comisión, en esta materia, aceptó el criterio propuesto por la Subcomisión que estudió estas iniciativas, en el sentido de que la experiencia de estos últimos 20 años aconseja no innovar fundamentalmente en los principios incorporados a la Constitución por la reforma del año 1925, y en cambio es menester mejorar esos mismos principios en forma de procurar un equilibrio entre los Poderes Ejecutivo y Legislativo, como una manera de que desaparezca la primacía que actualmente tiene el primero sobre el segundo».

Si se estima preferible el sistema parlamentario—y hay, por cierto, en su favor, razones de gran vigor—debería implantárselo en forma que evitara todos los inconvenientes que provocaron su desprestigio, adaptando a nuestra realidad y hábitos las medidas que ajenas experiencias aconsejan.

Si, a la inversa, conviene continuar en el sistema presidencial, cabe perfeccionarlo con las mejoras que su práctica entre nosotros indica.

Todo problema político es, en esencia, de armonía y equilibrio. El mejor sistema de gobierno es aquel que hace concurrir felizmente a todos los poderes, en tranquila y eficaz colaboración, hacia la meta que busca la unidad nacional.

Procuremos examinar las ideas que se contienen en el informe en cuestión, sin descender a los detalles de meras modificaciones literales o intrascendentes.

7.—En el capítulo de las garantías constitucionales, llama primeramente la atención el derecho al trabajo.

No parece que haya gran necesidad ni apremio en consagrar este derecho, nacido como consecuencia de la desocupación en los países supercapitalistas, cuando Chile urge inteligencias y brazos para manifestar sus potenciales ilimitados y cuando la idiosincrasia nacional pide más bien fervorosos llamados a la obligación de aportar las energías individuales de muchos de nuestros conciudadanos al esfuerzo colectivo, débil por la inercia de tantos.

Se contempla también en forma categórica que «es deber del Estado procurar el establecimiento para todos de la seguridad y previsión social».

Afortunadamente, sin necesidad de texto expreso, el Estado chileno hace largos años que viene cumpliendo ese deber y ojalá que en el futuro lo realice con mayor perfección y vastedad, para lo cual puede ser un incentivo el precepto que se propone.

En el campo jurídico, pequeñas variaciones de la frase pueden tener alcances incalculables.

Dice la Constitución:

«Ninguna clase de trabajo o industria puede ser prohibida, a menos que se oponga a las buenas costumbres, a la seguridad, o a la salubridad pública, o que lo exija el interés nacional, y una ley lo declare así».

La Comisión propone su reemplazo por lo siguiente:

«Ninguna clase de trabajo puede ser prohibida, a menos que una ley declare que se opone a las buenas costumbres, a la salubridad pública o al interés o seguridad nacional».

La diferencia entre ambos textos es esencial.

En la Constitución, la ley sólo puede establecer en qué casos un trabajo se opone al interés nacional.

En la redacción aconsejada, la ley determinará también en qué casos un trabajo se opone a las buenas costumbres, a la salubridad pública y a la seguridad nacional.

Esto es inaceptable, porque no corresponde al legislador precisar en qué casos algo pugna a las buenas costumbres. La moral escapa al dominio legislativo. La confusión entre el campo de la ley y el de la moral es la tiranía.

8.—Se incorporan al texto fundamental los principios básicos del régimen familiar.

Lo curioso es, sin embargo, que después de proclamar con toda justicia que «la familia es el fundamento primario de la organización social y a su correcta constitución propenderá el Estado por todos los medios», se agrega que «los padres tienen para con los hijos habidos fuera del matrimonio los mismos deberes que respecto de lo nacidos en él y la ley propenderá gradualmente a la igualdad de derechos patrimoniales entre todos los hijos».

Hay en ambos principios una contradicción manifiesta. Si el Estado debe propender a la buena constitución de la familia, o sea, a que los hijos nazcan dentro del matrimonio, no puede tratar en la misma forma a los generados fuera del vínculo legítimo, porque ello es una eficaz incitación a no dar base legal a la unión de los padres.

9.—Es útil dar categoría constitucional al principio de la irretroactividad de las leyes y exigir el voto conforme de los dos tercios de los miembros en ejercicio de cada una de las Cámaras para establecer por excepción que una ley determinada

habrá de regir con anterioridad a la fecha de su vigencia. Convendría limitar el quórum a la mayoría absoluta en ejercicio.

10.—En el capítulo del Congreso Nacional se comienza por recomendar una modificación desahortada en el cambio de su título por el de «Poder Legislativo», ya que este poder lo ejercen conjuntamente el Congreso y el Presidente en virtud de la intervención del último en múltiples aspectos de la función legisladora.

11.—¿Convendría declarar entre los principios característicos del Congreso que sus atribuciones son indelegables?

Esta es limitación común de las facultades de todos los poderes que fluye de otras disposiciones, preferentemente del art. 4 vigente, que prohíbe ejercer más autoridad y derechos que los conferidos por las leyes.

En consecuencia, esta norma debería comprenderse entre las disposiciones generales de la Constitución.

12.—En la actualidad a cada rama del Congreso corresponde pronunciarse sobre la inhabilidad de sus miembros, o sea, precisar si existen o no en contra de determinados ciudadanos las causales que prohíben su elección.

Se propone entregar esta atribución, que es en realidad propiamente judicial, al Tribunal Calificador de Elecciones, el cual podría establecer en adelante no solamente quiénes fueron elegidos senadores o diputados, sino también quiénes no pudieron serlo. Es una indicación acertada.

Se agrega, a nuestro juicio, con buen criterio, entre las inhabilidades, que impiden que determinadas personas sean elegidas, el ejercicio dentro de los tres meses anteriores a la elección, de los cargos de Ministros, Intendentes, Gobernadores, Magistrados de los Tribunales Superiores de Justicia, funcionarios que ejercen el Ministerio Público y miembros activos de la fuerza pública.

En la actualidad la prohibición afecta a quienes estén desempeñando esos cargos al tiempo de la elección y no tienen inhabilidad constitucional los miembros en servicio activo de la fuerza pública.

13.—La reforma aconseja acoger en la Constitución la compatibilidad entre el cargo de senador o diputado y «las funciones o comisiones que se desempeñen por designación del Senado o de la Cámara de Diputados».

Creemos que esta compatibilidad va en contra del espíritu del régimen presidencial e introduce una grave contradicción en el sistema, que se basa en la prescindencia de los parlamentarios en la gestión gubernativa y de administración. Si los senadores y diputados pueden ser designados por la misma Cámara para intervenir en los consejos directivos de los organismos públicos o semi-públicos,

ellos no se limitarán a la tarea de legislar que corresponde a ambas ramas, y a la de fiscalizar que compete a la Cámara de Diputados, y se inmiscuirán en la misión propia del Poder Ejecutivo. En las discusiones constitucionales de 1925 se dijo que el descrédito del Parlamento se originaba en forma principal por la intervención de los senadores y diputados en los Consejos de las reparticiones públicas.

14.—El reparo precedente puede ser formulado con más energía ante la idea de hacer compatibles los cargos parlamentarios y los de Ministros de Estado.

Propiciar este cambio es contradicción total con el propósito de mantener la esencia del régimen presidencial.

La prohibición de ejercer cargos públicos es en Estados Unidos absoluta para los parlamentarios.

Los Ministros «no pueden pertenecer al Congreso—dice Bryce, el autorizado comentarista de la Constitución Norteamericana.—El objeto de esta prohibición es impedir que el Presidente influya sobre los miembros del Congreso, ofreciéndoles algún empleo importante, o que pudiere hacer de sus ministros agentes de corrupción para comprometer a los representantes del pueblo».

Los constituyentes de la Revolución Francesa, con la sola oposición de Mirabeau, adoptaron este principio en 1791, primero en la Carta de ese año, después en una ley de 7 de Abril de 1791, propuesta por Robespierre, reproducida en la Constitución del año III, que decidió que ningún miembro de la legislatura podría ser promovido al ministerio durante sus funciones ni aun dos años después de haber cesado en su ejercicio. «El sentimiento que había inspirado estas diversas decisiones—dice Esmein, después de dar las informaciones que preceden—, no era solamente el exagerado respeto de la separación de los poderes, sino que también el temor de la corrupción, temor muy vivo en los hombres del Siglo XVIII, alimentado por el ejemplo del gobierno inglés. Se temía que el poder ejecutivo sedujera y desarmara a los mejores defensores de la libertad en el Parlamento llamándolos al ministerio».

La prohibición a los Ministros de ser miembros de las Cámaras no figuró en la Constitución de 1833, bajo cuyo imperio éstos no sólo ingresaban al Gabinete, sino que desempeñaban conjuntamente numerosas funciones públicas, y la reforma de 1891, que estableció la absoluta incompatibilidad entre el cargo de parlamentarios con otros empleos y comisiones, no llegó hasta extenderla al cargo de Ministro.

Los resultados desfavorables del ensayo han sido descritos repetidamente. Bástenos el juicio siempre vigoroso de don Alberto Edwards: «En el Go-

bierno central mismo, el régimen parlamentario, tal como se le practicaba, hacía imposible la existencia de un Gabinete durable y con poder efectivo; se vivía en perpetua crisis ministerial y los más trascendentales problemas de la época, entre otros los de carácter internacional, sufrieron como se concibe de esta falta total de continuidad en el Gobierno. Los miembros de las Cámaras, candidatos perpetuos a las carteras vacantes, sólo soñaban con poner dificultades y tropiezos a los Ministros, y éstos, por su parte, debían vivir de perpetuas complacencias y en la situación incómoda del que va sentado en un tranvía lleno, leyendo en los ojos de los que están de pie el deseo de que se desocupe pronto el asiento. La inmovilidad absoluta era la única política que permitía a un Gabinete permanecer en funciones por más de dos meses».

La inestabilidad gubernativa se atribuía en gran parte a la compatibilidad entre los cargos de parlamentario y de Ministro como lo demuestra el hecho que en la Secretaría de la Cámara de Diputados había en 1918 tres mociones de reforma constitucional que, sin alterar la esencia del régimen, eliminaban dicha compatibilidad exclusivamente. La lectura de las Actas de la Comisión de 1925 manifiesta que la introducción de dicha incompatibilidad constituía una de las más hondas aspiraciones nacionales.

Ya sabemos que los gabinetes precarios no son corrientes en la cuna del sistema parlamentario, pero fué una lacra de la Tercera República.

El testimonio de Tardieu—discutible en muchos aspectos—no puede considerarse sospechoso, dada su dilatada experiencia personal, en la exposición de hechos que demuestran esa afirmación. Los relata con pleno conocimiento en «La Révolution à refaire». El lector encontrará en esa obra documentación abundante y abrumadora.

El cambio que se propone, paradójico, si se desea mantener la esencia del régimen presidencial, es, desde todo punto de vista, inaceptable, la destrucción de todo gobierno y la transformación de 192 personas en candidatos a ministros que quieren eliminar a los que están en el poder y transformar la fiscalización en el trampolín hacia el Gabinete.

15.—Otras modificaciones apoyadas por la Comisión parecen calzar mejor en la idea del perfeccionamiento del mecanismo constitucional.

Entre ellas, las que tienden a responsabilizar al Parlamento en su misión propia de legislar y fiscalizar, como son las que someten a la votación de la Cámara la aprobación o rechazo de la urgencia pedida por el Presidente y que éste en realidad ha usado en exceso, las que facultan al propio Congreso para prorrogar la legislatura ordinaria, las que habilitan a la mayoría en ejercicio de la rama correspondiente para obligar a su presidente

a reunirla con el fin de ejercer sus atribuciones exclusivas, y, en fin, las que fijan plazo de 30 días para contestar los acuerdos u observaciones en que se traduzca el derecho de fiscalización y obligan a los Ministros a concurrir a la Cámara cuando los llama la mayoría absoluta de los diputados en ejercicio.

Consideramos también provechoso que la Constitución defina el concepto de parlamentario en ejercicio, que se agregue a los funcionarios diplomáticos y consulares entre los que pueden sufrir el juicio político, que se establezca derechamente que si las Cámaras no aprueban las modificaciones aconsejadas por el Presidente de la República, tendrá éste que publicar la ley sin ellas aun en el caso en que el Congreso no haya alcanzado los dos tercios para insistir en sus propias ideas, y, por último, que se haga obligatorio, no simplemente facultativo como ahora es, el nombramiento de comisiones mixtas de diputados y senadores en los casos en que ambas ramas no concordaren en el texto de la ley por dictarse. Es también loable que se complete la reforma de 1943 sustrayendo de la iniciativa parlamentaria los proyectos de aumentos de pensiones de retiro, jubilaciones, montepíos y concesión o aumentos de pensiones de gracia o abonos de años de servicios, materias todas que quedan entregadas a las indicaciones del Presidente.

16.—La Comisión recomienda elegir a los 45 miembros del Senado, renovable siempre por parcialidades, por todo el electorado de la República.

En la redacción primitiva de la Constitución de 1833, el Senado se componía de 20 miembros, designados por electores especiales, en un colegio único. Llevaban entonces con propiedad el calificativo de Senadores de la República.

En 1874 cambió la organización del Senado porque se estimaba que era excesiva la influencia del Gobierno en su generación.

Desde ese año los senadores fueron elegidos por provincias en proporción al número de los diputados.

Esta nueva fórmula fué muy criticada porque se observaba que ambas ramas venían a representar así los mismos elementos e intereses.

En 1925 se ideó la actual base de agrupaciones regionales, a la cual se ha formulado el mismo reparo en atención a la falta de vida jurídica y económica propia en las diversas regiones.

El propósito de volver a un Senado Nacional es laudable. El temor que se tenía hace 70 años a un Ejecutivo destructor de la libertad electoral ha desaparecido con el progreso democrático.

El fundamento de la segunda cámara es la necesidad de dar cabida a una fuerza diversa que la representada en la rama política. Sería, dentro de

la base aconsejada, la unidad nacional en oposición a los intereses circunscritos de determinada porción del electorado, en la cual éste, por lo demás, vendría a quedar más justa y proporcionalmente reflejado.

Sin embargo, el problema no es sencillo.

Por de pronto, dada la viva resistencia al centralismo que se palpa en el país entero, las provincias podrían considerar que esta reforma lo fortalece, desde que los ciudadanos que se impongan serán los que tengan nombre en la nación entera y tienen mayor resonancia los personajes que actúan en la capital y los hechos que en ella ocurren.

Por otra parte, desde un punto de vista puramente teórico y científico, se podrá decir que el Senado vendrá a ser, como la Cámara, la voz del electorado político, o sea la ratificación del concepto atomista de la sociedad, y nada se habrá adelantado con la reforma en el reconocimiento de las bases orgánicas de la misma.

17.—Veamos, en seguida, dos recomendaciones desacertadas.

Primera, se quiere formar íntegramente con jueces o ex-jueces el Tribunal Calificador de Elecciones. Profundo error. Su actual composición de dos antiguos políticos y tres magistrados en ejercicio ha dado buen resultado y si a veces no ha sido perfecta su decisión, ello ha ocurrido con el voto de sus miembros judiciales. Resulta así ilógico integrarlo exclusivamente con éstos.

Segunda, se quiere dar a la Corte Suprema el derecho de pronunciar con carácter general la declaración de inconstitucionalidad de una ley que vendría de este modo a ser anulada por una decisión del Poder Judicial.

Nuestro actual recurso de inaplicabilidad es mucho más perfecto, guarda la armonía de los poderes en el respeto recíproco de sus respectivas órbitas.

En la última Conferencia Interamericana de Abogados, la Delegación de Chile obtuvo que se mostrara a todo el Continente que era la solución dada por nuestra Constitución la más perfecta.

Sería inconcebible que fuéramos nosotros mismos quienes viniéramos a desacreditar nuestra propia solución.

18.—En la imposibilidad de comentar todas las cuestiones, hemos dejado para el final un conjunto de reformas que tienen relación estrecha.

Se desea acortar a 5 años la duración del mandato del Presidente de la República y se extendería a este mismo período el de los diputados y a 10 el de los Senadores. Las elecciones extraordinarias quedarían suprimidas.

En consecuencia, cada cinco años se designarían en una misma fecha Presidente, diputados y parte de los Senadores.

Se trata así de disminuir al máximo las preocupaciones electorales que tanto tiempo y esfuerzo hacen perder a nuestro país.

Siempre se había procurado entre nosotros separar el tiempo de designación de los diversos poderes con el temor de que una agitación excesiva pudiera interrumpir la continuidad jurídica.

Es tan marcado el propósito inverso en el proyecto que entrega al Congreso la elección de Presidente de la República por el tiempo que falte al respectivo período cuando se produce la vacancia de este alto cargo.

Los períodos aconsejados pudieran estimarse excesivamente prolongados y aptos para hacer de la profesión parlamentaria la más estable y atractiva, con más razón si se le une la compatibilidad ministerial.

La eliminación de toda elección extraordinaria no puede acogerse sin mayor estudio.

Desde luego, si no hay un medio de reemplazo de los cargos vacantes, puede alterarse injustamente la fisonomía política de las Cámaras y eventualmente hacer imposibles los quorums requeridos.

¿Cuál podría ser un medio más propio de reemplazo que el tradicional de la elección extraordinaria?

Ensayamos en Chile la designación de suplentes y la suprimimos por sus graves defectos.

Se ha insinuado el nombramiento por la directiva del partido político a que pertenecía la persona que ocupaba el cargo vacante. La inconsistencia de nuestra organización partidista no parece acreedora de esta confianza. Sería arrebatarse la designación al electorado para entregarla al capricho de directivas políticas.

Más justo podría ser buscar alguna fórmula de reemplazo dentro de las listas presentadas en la elección en que fué designada la persona que cesó en el cargo.



# “LA CASA DE MEUDON”

Por *Helene ISWOLSKY*

Fué Charles Du Bos quien me sugirió la idea de visitar a Jacques Maritain. Habiendo ya leído sus libros y sus ensayos, estaba ansiosa por conocerlo. Y no me atraían solamente sus obras, sino que también lo que había oído decir acerca de su persona.

En esa época, es decir, en 1930, Jacques Maritain y su mujer Raïssa, vivían en Meudon, donde yo igualmente estaba establecida con mi madre. Meudon es una pequeña ciudad de suburbios, situada entre París y Versalles, rodeada de colinas cubiertas de bosques. Más allá de la línea férrea, se distingue el gran taller de Rodin, abandonado, pero sobre el cual planean los recuerdos del pasado. Frente a él se alza el observatorio de Meudon sobre la terraza Luis XIV, que es hermana gemela de los jardines de Versalles.

Yo tenía la costumbre de subir a la terraza pasando por la calle du Parc, en la cual se encontraba la villa de los Maritain; una pequeña casa de piedra sin pretensiones, rodeada de un jardín de rosas. Miraba esas ventanas con sus cortinas corridas, pensando en el hombre que trabajaba en aquella casa. Sabía que su influencia aumentaba, que la nueva generación se volvía hacia él en busca de consejo y de dirección. Por otra parte, sabía que era un gran pensador y un filósofo y me sentía intimidada ante el pensamiento de molestarlo.

Du Bos insistía: «Debería ir a visitarlo a cualquier costo, y no tema hacerle todas las preguntas que quiera... Es un amigo...».

Cuando Du Bos decía «un amigo», eso significaba que la persona en cuestión pertenecía a una familia espiritual que vivía en perfecta armonía; lo que uno decía era confirmado por los otros; los pensamientos y las aspiraciones de cada uno correspondían completamente a las ideas y a los sentimientos de los otros. Du Bos me dió una carta de presentación que deposité en casa de los Maritain, agregando algunas palabras en las que solicitaba una entrevista.

Días más tarde sonó el teléfono y una voz amable me dijo que M. Maritain me recibiría el Domingo siguiente. La voz pertenecía a Mlle. Véra Oumantzoff, cuñada de Maritain, quien era un miembro indispensable de esta familia hospitalaria. Dirigía todos los asuntos domésticos, era secretaria, estenógrafa, telefonista y colaboradora constante de los Maritain.

Antes de nuestro encuentro, durante mis paseos, tenía la intuición de que esta casa representaría un papel importantísimo en mi vida. Creo que instintivamente nos sentimos atraídos por las personas y las ideas que más necesitamos; somos

conducidos hacia aquellos que deben abrirnos nuevos horizontes.

Este instinto me había guiado a la puerta de los Maritain, como algunos años antes me había llevado a Sainte-Scholastique. Además del gran interés que habían suscitado en mí sus escritos, sabía que Maritain había sido un amigo de Charles Péguy. Y para mí, un amigo de Péguy era alguien en quien se podía confiar enteramente.

\* \* \*

Fué con este estado de ánimo apacible y confiado con el que penetré en el salón de los Maritain. Encontré a Raïssa, frágil y delicada, sentada en un sillón. La cabeza estrecha, los cabellos negros brillantes, el fino perfil, y los ojos oscuros llenos de una luz intensa, daban la impresión de una vida espiritual concentrada, mientras que las manos estrechas colocadas sobre las rodillas y toda la figura expresaban recogimiento y calma. Estaba también Mlle. Oumantzoff, con sus movimientos mesurados y sus ojos atentos y serios, muy ocupada, pero sin vana agitación.

El salón de los Maritain, y el comedor contiguo a él, estaban amoblados con sencillez, pero cada objeto demostraba buen gusto y refinamiento. Sobre las paredes, algunos buenos cuadros realizados por los pintores de la Escuela de vanguardia, tratando la mayoría de ellos temas religiosos. Recuerdo un ángel de Marc Chagall y algunas acuarelas de Jean Hugo. Los Maritain eran grandes aficionados a la pintura y a la música. Hicieron mucho para estimular el renacimiento del arte religioso en Francia; lo ayudaron a despojarse del mal gusto que acompaña tan a menudo a las mejores intenciones... Sin duda, uno de los resultados más importantes de la actividad de los intelectuales católicos franceses, fué la de demostrar que la fe puede expresarse en formas armoniosas y bellas, como en la Edad Media.

Uno de los grandes milagros del hogar de los Maritain consistía en que podía contener un número ilimitado de personas. Posteriormente, cuando asistía a reuniones en esa casa, quedaba sorprendida de ver a tantas personas reunidas en esas habitaciones relativamente pequeñas. Y a medida que llegaban nuevos visitantes, aparecían sillas de no sé donde; a la hora del té, nos agrupábamos alrededor de la gran mesa del comedor, donde había siempre lugar para algún convidado suplementario. Veía en eso un símbolo de la acogida espiritual que recibíamos todos en aquella casa.

Ciertamente que no se trataba de una reunión

mundana, y los visitantes no venían a Meudon con el único objeto de pasar una hora agradable. Cada uno se encontraba ahí en busca de un tesoro espiritual: dirección, consejo, estímulo, solución de algún problema. Los moradores de la villa de la calle du Parc se consagraban a un apostolado constante. No daban solamente su tiempo, sino que se daban ellos mismos a cada uno de nosotros. Había en su corazón, como en su hogar, lugar para todos.

Pasé algunos minutos conversando con las dos hermanas, evocando nuestro común país natal; eran rusas de nacimiento, aunque vivían en Francia desde hacía tiempo. Luego, la puerta de la biblioteca se abrió y Jacques Maritain vino a sentarse junto a nosotras.

No había nada que intimidara en este hombre de cabellos claros, de aspecto joven, que más parecía un estudiante que un profesor. Por sus libros yo no conocía más que a un filósofo severo y a un polemista ardiente; sin embargo, era la dulzura personificada. Esta irradiaba de sus ojos grises, luminosos, de su frente delicada, de su sonrisa pensativa. Algunos seres respiran un dinamismo físico; otros atraen por el poder de su elocuencia. Maritain era tímido y tranquilo como Raïssa. El secreto de su magnetismo residía en otra parte; no provenía del dinamismo en el sentido corriente de la palabra. Se sentía, sin embargo, su fuerza inmediatamente. Era una especie de radiación.

Nada hay más alejado de la concepción moderna de un «Führer ideológico» que un hombre como Maritain. No forzaba a nadie a seguirlo, no imponía sus puntos de vista a ningún grupo o clan. Su acción no estaba basada en la propaganda. Cuando trataba de convencer no alzaba la voz, ni aun cuando hablaba en público. En la conversación privada no tomaba nunca un aire enfático; por el contrario, era casi demasiado reservado. Sin embargo, como escribía uno de sus amigos, «podía dar vuelta el alma de un hombre en algunos segundos», no por argumentos, pero por la llama de la caridad.

Raïssa ha descrito en sus memorias, publicadas en Norteamérica los comienzos de su vida y la de Maritain (1). No repetiré la narración que ha sido hecha en forma tan conmovedora.

Recordaré solamente algunos hechos importantes, para aquellos que no hubieran leído el libro. Jacques Maritain pertenecía a una familia protestante, que formaba parte de la «élite» intelectual francesa. Su mujer era de origen israelita y nacida en Rusia, de donde sus padres la habían traído a Francia a causa de las persecuciones que

sufría su pueblo en Rusia. En esa época no era más que una niña, pero recuerda todavía su país natal, y sabe hablar y escribir en ruso. Este conocimiento establecía un vínculo precioso entre ella y los rusos que venían a Meudon.

Jacques y Raïssa estudiaron juntos en la Sorbonne en los tiempos en que la Universidad era un bastión del positivismo. No solamente los temas religiosos estaban desterrados de su programa de estudios, sino que aun la metafísica era tabú... Mme. Maritain cuenta que era tan difícil, sino imposible, para un estudiante, el ir a misa en la vecina iglesia de Sainte-Etienne du Mont, que el seguir las conferencias que Bergson daba al otro lado de la calle, en el Colegio de Francia.

Los dos jóvenes se encontraron cuando eran estudiantes y se comprometieron poco después. A pesar de que su felicidad personal fué completa, sufrían los dos de la duda metafísica; los sistemas filosóficos que habían estudiado no los satisfacían y se ahogaban en esa atmósfera de ateísmo. Un día que se paseaban por el Parque de Luxemburgo, se prometieron que si no llegaban a descubrir la verdad inmutable que buscaban y que todo parecía negar a su alrededor, pondrían término a sus días.

\* \* \*

Por ese entonces, un amigo, que no era otro que Charles Péguy, los hizo «atravesar la calle» para seguir los cursos de Bergson. Fué ésta la primera revelación que tuvieron del mundo metafísico. Como Raïssa Maritain nos lo dice en su libro, «Bergson nos abrió los horizontes—fuera del mundo vacío y descolorido del mecanismo universal—sobre el universo de las cualidades, sobre la certidumbre espiritual, sobre la libertad de la persona».

Por Bergson los dos jóvenes estudiantes descubrieron a Plotino; fué otra gran revelación, que los condujo a Platón y posteriormente a Pascal y también a otros escritores espiritualistas. Maeterlinck acababa de publicar una traducción de Ruysbroeck, el místico flamenco, y los ensayos de Emerson, que los jóvenes devoraron.

Cito a estos autores, porque representaron un papel importantísimo en el despertar espiritual de esa época. Recuerdo que yo misma en mi juventud fuí grandemente influenciada por ellos y todavía puedo recitar de memoria trozos de Emerson. Los márgenes de los «Ensayos» que aun poseo, están llenos de anotaciones que datan de ese tiempo. Así, de la lejana Norteamérica nos venía una voz amiga.

Fué Bergson quien abrió todas las grandes puertas del mundo espiritual. Mi padre fué el primero en hablarme de él. Los libros de Bergson se encon-

(1) «Les Grandes Amitiés». Edition de la Maison Française, N. Y., 1941. «We have been Friends Together». Longmans Green, N. Y., 1942.

traban siempre en su mesa de trabajo al lado de un montón de informes diplomáticos. Los leía hasta una hora avanzada de la noche, cuando había terminado su trabajo del día, y comentaba con entusiasmo a este nuevo filósofo.

Mi padre hizo sus estudios en la época en que el «cientismo» dominaba completamente al mundo intelectual. Las fuentes más profundas de la cultura espiritual eran ignoradas, para no decir nada de la vida mística. Para mi padre, Bergson fué un gran descubrimiento. Creo que cambió todo su horizonte espiritual. Este filósofo lo llevó a estudiar a los místicos que hasta entonces había ignorado casi por completo. Durante los últimos años de su vida y en vísperas de su muerte, estoy convencida de que era un hombre profundamente religioso.

Sin embargo, no me permitió jamás seguir los cursos de Bergson, que entre 1906 y 1910 atraían a muchedumbres de auditores. No eran solamente los estudiantes de filosofía y los universitarios los que seguían estos cursos, sino que también un público elegante, compuesto por hombres y mujeres jóvenes del gran mundo; esta moda irritaba a mi padre, quien afirmaba que se necesitaba una sólida base filosófica para comprender a Bergson. Me decía que yo era demasiado joven, y que seguir esos cursos sería snobismo de mi parte.

Muchos años después encontré a Bergson en una recepción dada en su honor. Estaba sentada al lado del gran filósofo y me sentía muy intimidada. Era un hombre pequeño y delicado, cuyas fuerzas físicas habían sido consumidas por una enfermedad incurable que le causaba crueles sufrimientos, pero sus ojos negros, profundamente hundidos, estaban todavía llenos de ardor. Le conté que no había podido jamás seguir sus cursos, porque mi padre me lo había prohibido. Esto lo hizo sonreír y sin duda alguna debe haber pensado que mi padre tuvo razón.

La experiencia de los Maritain, liberados del ambiente de la Sorbonne, es característica de su generación. Muchos jóvenes de ese tiempo se sublevaron contra el determinismo y el cientismo. Pero muchos de los contemporáneos de los Maritain permanecieron en el umbral de la vida espiritual sin adoptar una posición definida. Otros hicieron su elección cuando las circunstancias fueron más propicias. Nuestros dos jóvenes estudiantes no querían esperar: buscaban la verdad absoluta o la muerte. Bergson dió a sus vidas un nuevo significado, les trajo la atmósfera que necesitaban. Pero no podía darles más. León Bloy, el escritor católico, les dió la solución tan afanosamente buscada.

Entre el gran público las obras de León Bloy no conocieron el éxito ni en Francia ni en el extranjero. Era uno de los escritores franceses más nota-

bles de su época y su influencia sobre ciertas almas era inmensa; sin embargo sus libros eran y son leídos todavía por una minoría. Sus críticas, a veces feroces, sus estruendosas acusaciones contra el mundo moderno, y la forma violenta en que están escritas, turban y ofenden al lector corriente. Pero para un alma sedienta de justicia y de verdad, son vivificantes como una descarga eléctrica.

En una época de sensualismo y de materialismo, en que el capitalismo había adoptado formas monstruosas, Bloy glorificó a la pobreza. Recordó a los fariseos que el Cristo murió por los pecadores. Sus denuncias contra los burgueses y contra su piedad hipócrita, marcaron a los «bien-pensantes» al rojo vivo. Sus acusaciones contra los católicos que habían aceptado compromisos con las potencias del dinero, son abrumadoras. Su defensa del pueblo judío frente a la ola de antisemitismo que había provocado en Francia el «Affaire» Dreyfus, es una de las defensas más valientes que fueron jamás pronunciadas. Raïssa Maritain tiene razón cuando dice que los escritos de Bloy recuerdan los acentos trágicos de un profeta.

Los Maritain leyeron las obras de Bloy y poco después lo visitaron. Lo comparaban a un «Jonás» moderno, cuyas invectivas hacían temblar al mundo. Encontraron a un anciano bondadoso cuyo corazón desbordaba simpatía. Bloy se convirtió en su guía y los condujo como a niños confiados a través de los jardines misteriosos de lo sobrenatural. El itinerario no era fácil, porque estaba escalonado de luchas y de dudas; hubo momentos de aridez espiritual durante los cuales ni aun su «Jonás» tan amado pudo ayudarlos. Por fin, el viaje llegó a término; la gran decisión fué tomada. Jacques y Raïssa Maritain fueron bautizados en Junio de 1906, en la iglesia de Saint-Jean-l'Évangéliste de París, y Bloy fué su padrino.

Si León Bloy era el guía espiritual de los Maritain, Charles Péguy era el compañero. Cuando la joven pareja le contó su conversión, el poeta exclamó:

—«¡Yo también estoy ahí!»

Durante su vida, las obras de Péguy fueron ignoradas del lector corriente, como las de Bloy. Pero después de su muerte en la batalla del Marne, sus escritos adquirieron una popularidad creciente. Puede ser considerado como uno de los más grandes poetas franceses contemporáneos. Además ha llegado a ser el símbolo de una renovación nacional y religiosa, de un «mesanismo popular» francés.

Péguy es el poeta de Juana de Arco, en quien veía la esencia del genio francés. Es también el poeta del patriotismo, de un patriotismo purificado y espiritualizado, que inspiró a la juventud fran-

cesa en los campos de batalla en 1914. Uno de sus poemas, escrito poco tiempo antes de que muriera por Francia, está grabado en muchos monumentos de guerra franceses:

Heureux ceux qui sont morts dans une juste guerre,  
Heureux ceux qui sont morts pour leur âtre et  
[leur feu,  
Et les pauvres honneurs des maisons paternelles...  
Heureux les épis mûrs et les blés moissonnés (2).

Tal como León Bloy, Péguy denunció los desórdenes del mundo moderno, la corrupción de la política, la busca ávida del dinero. Como Bloy glorificó a la pobreza. Era socialista militante y ardiente defensor de Dreyfus. Sus «Cahiers de la Quinzaine», una revista que publicaba a pesar de innumerables dificultades, mostraban un vigoroso inconformismo. La venta de los «Cahiers de la Quinzaine» era tan pequeña, que éstos se amontonaban en el escritorio de Péguy y servían a menudo de asientos. Hoy día la revista está agotada, y los números que quedan son extremadamente escasos. Un número en nuestros días cuesta lo que una colección entera cuando se publicaban.

Péguy era un hijo del pueblo. Su madre empacaba sillas en Orléans. Estaba orgulloso de su origen y afirmaba que escribía sus poemas en la lengua de los artesanos franceses. Su evolución espiritual, como la de los Maritain, fué influenciada por Bergson. Detestaba el «cientismo» tanto como despreciaba el capitalismo. Lo mismo que los Maritain encontró, después de muchas luchas, la solución católica.

Péguy fué uno de los primeros en Francia que unió sus aspiraciones sociales a una alta tendencia mística; el primero en concebir una ciudad cristiana libre y personalista. Estaba impregnado de un profundo sentido nacional. Partió a la guerra como a una gran aventura espiritual, y su muerte en el frente fué la coronación de una vida dedicada enteramente al sacrificio.

Hay muchas historias sobre Péguy; el mismo ha contado algunas en sus poemas y en sus obras en prosa. Ahí está el episodio de su peregrinación a Chartres, cuando abrumado de preocupaciones «se las dió todas a la Santa Virgen». Cuando salió de su casa, su niño estaba enfermo, muriéndose; a su vuelta, el pequeño estaba restablecido y en pié. Fué el gran milagro de Chartres. Pero Péguy tenía muchas otras inquietudes. No lograba regularizar su matrimonio, porque su mujer, que no era creyente, se oponía a una ceremonia religiosa y se negaba a dejar bautizar a sus hijos. Péguy te-

nía su manera «à lui» de practicar la religión; recitaba el rosario en los ómnibus y ponía su confianza en Nuestra Señora. Y no estaba equivocado, porque no solamente su hijo sanó, sino que después de su muerte, todos sus hijos fueron bautizados.

La gloriosa muerte de Péguy hizo de él un héroe nacional. Desde el desastre de 1940, ha llegado a ser el símbolo de las fuerzas espirituales en las cuales Francia coloca todas sus esperanzas. Hecho curioso: cuando los alemanes bombardearon Orléans, su ciudad natal, su busto de bronce, colocado en la plaza pública, recibió una bala en la sien, exactamente en el mismo lugar en que otra lo había herido mortalmente veintiséis años antes.

Si he hablado tanto de Péguy y de Bloy, es porque estos dos escritores ejercieron una influencia profunda en la renovación religiosa francesa. En este capítulo dedicado a Jacques Maritain, he querido también mostrar las nobles inspiraciones de su juventud. Raïssa Maritain habla en su libro de las tres virtudes de Bloy: la pobreza, la fe y una independencia heroica. Estas virtudes pertenecían también a Péguy. Péguy y Bloy fueron los guardianes espirituales de la casa de Meudon; una fuente constante de inspiración emanaba de los muertos—que vivían todavía.

Jacques Maritain es el iniciador de la Escuela filosófica llamada neo-tomista. Su obra en este dominio lo coloca entre los maestros más eminentes del pensamiento católico contemporáneo. Este libro no tiene por objeto tratar de alta metafísica, y por lo demás no tengo la competencia necesaria para resumir los principios de la doctrina de Maritain. Baste decir que esta doctrina desarrolla la concepción de integralidad cristiana formulada por Santo Tomás de Aquino, oponiéndose a las fuerzas dispersas y caóticas que gobiernan el mundo moderno. Por una parte, Maritain combate las doctrinas del cientismo y del mecanicismo, y por otra, denuncia al idealismo abstracto que niega al realismo cristiano.

Su oposición al caos moderno no quiere decir que Maritain proponga la vuelta al mundo medieval o que preconice una escolástica en desuso. Para él, la doctrina de Santo Tomás constituye un sistema dinámico, inspirada por un conocimiento sobrenatural. Ha sobrevivido a través de las edades y puede ser aplicada a los problemas de nuestro tiempo, como a los de los siglos pasados y como a los del mañana.

Durante estos últimos años, Maritain ha buscado especialmente cómo aplicar este sistema a los problemas sociales y al establecimiento de lo que llama un *Humanismo Integral*. Ha proclamado, de acuerdo con el gran doctor de la Iglesia, la libertad y la dignidad de la persona humana. Ha

(2) Felices los que han muerto en una guerra justa,  
Felices los que han muerto por su hogar y por su lumbre,  
Y por los pobres honores de las casas paternas...  
Felices las espigas maduras y los trigos segados.

denunciado vigorosamente todas las doctrinas totalitarias, y como su maestro León Bloy, se ha alzado contra el antisemitismo. Ha insistido sobre el deber de la Iglesia Católica de inspirar a la sociedad moderna un ideal verdaderamente cristiano, orientado hacia el bien común.

Como su amigo Péguy, Maritain fué en su juventud un ardiente socialista. Esta doctrina lo atraía en cuanto significaba una crítica al mundo capitalista moderno. Tenía una conciencia clara de sus desórdenes, aun en el tiempo en que le faltaba la base espiritual que debía volver su crítica constructiva.

Cuando Maritain se convirtió al catolicismo, renunció a las enseñanzas socialistas basadas en una concepción materialista del hombre y de la sociedad. Estableció su orden social sobre *la primacía de lo espiritual*. Como filósofo se volvió hacia la escuela social católica, de la cual estudió los fundamentos. Demostró la importancia de la persona humana, de la política como formando parte de la moral, y de un nuevo orden social «personalista», «comunitario» y «pluralista». Elaboró lo que ha llamado el principio de un *Humanismo Teocéntico*, que desarrolló en su libro «Humanismo Integral».

Maritain no aborda sus problemas en calidad de filósofo abstracto. Ha permanecido el humanista ferviente que fué en su juventud. Si la experiencia católica determinó su actitud hacia las ideas y hacia los hombres, no debilitó su inconformismo ardiente.

Su condenación al mundo burgués, cuyos excesos fueron denunciados por los Papas, es absoluta y sin condiciones. Ha criticado a los ricos, a los llamados bien-pensantes que traicionan los principios del Evangelio e impiden todo esfuerzo para realizarlos en el orden social. Ha exhortado a la Iglesia a volver su atención hacia las clases obreras, amenazadas de una descristianización total; y ha mostrado que las masas han seguido a jefes ateos, porque no han encontrado justicia entre los cristianos.

Hoy día, la verdad de los argumentos de Maritain es reconocida en todo el mundo cristiano; la misma Iglesia la ha proclamado muchas veces. Pero en la época de que hablo, la afirmación de la necesidad de un orden social nuevo requería un coraje moral excepcional, Maritain fué atacado de todas partes; los piadosos burgueses se escandalizaron y lo calificaron de bolchevique. No fué comprendido a veces ni por sus mejores amigos, y su doctrina fué desfigurada y mal interpretada. Pero la gran fuerza de Maritain proviene de que su enseñanza se ha apoyado siempre en un dogma sólido. Este hecho, a pesar de sus audaces innova-

ciones en el dominio social, lo ha hecho invulnerable.

En ese tiempo yo estudiaba las teorías sociales y especialmente la historia y la evolución del comunismo; la tragedia de mi país me había naturalmente inspirado un interés particular por estos problemas. Estaba convencida de que era inútil atacar al marxismo ateo, si no se le podía reemplazar por un cristianismo vivo que ofreciera a las clases obreras un sistema social justo y constructivo.

En Maritain y su grupo (porque ya tenía un cierto número de adeptos), encontré a los hombres capaces de crear este sistema constructivo y animados del valor y de la fe necesarios para llevarlo a la práctica.

Expondré más tarde en detalle los diversos desarrollos de la acción de Maritain durante los años que siguieron. En tiempos de nuestro encuentro, ya había establecido los fundamentos. Poco después de mi primera visita, fué atraída gradualmente por el movimiento. Asistía frecuentemente a las conferencias dominicales en casa de los Maritain, durante las cuales nuestro huésped nos explicaba los textos del gran maestro, Santo Tomás.

• • •

Los intelectuales católicos se consagraban cada vez con mayor intensidad a la difusión de las enseñanzas del tomismo. En diversas comunidades religiosas, en los colegios, en los grupos de estudiantes y en otras organizaciones semejantes, se fundaron «Círculos Tomistas» o centros de estudios tomistas. El centro de Meudon fué el primero de este género.

Esta difusión entre los laicos de las enseñanzas del Doctor Angélico fué sumamente fructuosa. Esto nos proporcionó una base doctrinal sólida, sobre la cual pudimos posteriormente edificar nuestra acción social.

En las reuniones dominicales en casa de los Maritain, el estudio del tomismo estaba en primer plano. Algunas veces, estudiantes del Instituto Católico, en el cual enseñaba Maritain, leían sus propios escritos, a lo que seguía una discusión general. Estudiábamos igualmente la sociología y la teoría humanista.

Otras veces, Maritain invitaba a algún ruso ortodoxo para que explicara la doctrina de su Iglesia o para comentar los sucesos de Rusia. Siempre observé que los rusos que visitaban a Maritain y a su mujer se sentían inmediatamente atraídos por ellos y abandonaban la actitud defensiva que frecuentemente adoptan frente a los católicos.

Cuando no había ni charlas ni discusiones, los

Domingos, en casa de los Maritain, eran simplemente reuniones de amigos. Los visitantes llegaban en gran número en el tren eléctrico que venía de París. En la villa de Meudon encontré a la mayor parte de los hombres que contribuían en ese tiempo al renacimiento católico francés, así como a escritores y artistas de renombre, que sin pertenecer a ese movimiento, eran amigos personales de Maritain.

Charles Du Bos iba a menudo, lo mismo que Gabriel Marcel, el brillante filósofo, recientemente convertido; Henri Ghéon, el dramaturgo cristiano, el poeta Jean Cocteau, y los pintores Gino Severini y Jean Hugo; Pierre Van Der Meer y Stanislas Fumet, directores de la gran casa editorial Desclée, de Brouwer. El Padre Bernardot, fundador de «La Vida Espiritual», que debía llegar a ser un factor tan importante en la renovación religiosa y humanista, así como muchos otros sacerdotes y religiosos, y jóvenes profesores de diversos colegios católicos, se contaban también entre los invitados de los Maritain.

Como eran muy aficionados a la música y a la pintura, recibían a artistas de renombre. Igor Stravinsky y Marc Chagall venían a menudo a Meudon, así como los compositores Arthur Lourié y Nicolás Nobokoff.

Recuerdo también al encantador poeta sudamericano Jules Supervielle y a un joven compositor, Maxime Jacob, quien se hizo posteriormente monje benedictino. Había algunos protestantes y ortodoxos, así como refugiados alemanes que habían huído de las persecuciones de Hitler. Como ya dije, la hospitalidad de los Maritain no tenía límites, y las rejas de la villa de la calle du Parc permanecían abiertas hasta bien entrada la noche.

Durante ese mismo año, visité en compañía de los Maritain, al pensador ruso ortodoxo, Nicolás Berdiaeff, quien vivía en Clamart, a dos kilómetros de Meudon. En casa de Berdiaeff se hacían

reuniones para lograr establecer un mejor entendimiento con los católicos. Además de Maritain y de su mujer, estas conferencias eran seguidas por Charles Du Bos, Gabriel Marcel y algunos otros, y un grupo de ortodoxos que pertenecían, en su mayoría, al Instituto Ruso de Teología de París.

Estas discusiones eran sumamente interesantes y abordaban los problemas más complejos de la teología. Eran especialmente de un interés apasionado cuando Maritain y Berdiaeff conducían la conversación; era una justa entre dos pensadores de una fuerza y de una erudición excepcionales. Maritain era en todo caso un tomista demasiado estricto y Berdiaeff un representante demasiado típico del misticismo oriental platónico para que lograran entenderse. A pesar de que sus conversaciones eran siempre cordiales y amistosas, no condujeron a un entendimiento definitivo.

El dominio en el cual Maritain y Berdiaeff se encontraban verdaderamente y se comprendían íntimamente era el de los problemas sociales. Compartían la misma concepción humanista cristiana, y en ese campo, no había prácticamente divergencias. Prosiguieron durante años una obra común basada en una profunda amistad que sólo fué interrumpida por la guerra y la tragedia que asolaron a Europa.

Con ocasión de estas conferencias, aprendí a conocer a Berdiaeff, a quien hasta entonces sólo había visto en raras ocasiones. Posteriormente, cuando las discusiones teológicas se suspendieron, continué visitándolo y se estableció entre nosotros una gran amistad. Debo agregar que su mujer era como yo, rusa católica.

Así, tuve el privilegio durante esa época de mi vida de penetrar en dos notables esferas de actividad religiosa y social. Aunque parecidas en muchos aspectos, cada una de ellas tenía su propia atmósfera, o como se dice en Francia, su propio «clima».



# LOS LIBROS

PEDRO PRADO.—*No más que una rosa*. (Losada, Buenos Aires, 1946).

Ceñido a un equilibrio clásico, pulcramente arquitecturado en los veintinueve sonetos que constituyen casi todo el libro, Pedro Prado evidencia, con exacto sentido, la raíz sentimental de su poesía donde lo habitual es la consistencia de la nostalgia y el amor, objetivados en un ambiente post-modernista. El título de la obra está justificado plenamente, de modo que la vibración lírica que la contiene se desplaza con unidad temática, precisándose desde el acto creador hasta la partición séptima, en la cual se habla del tránsito de la espina a la rosa, tomándose a esta última como la plenitud de lo vital, y a la espina como símbolo del dolor necesario, inherente a la vida misma. Este móvil angustioso del existir prefigurado simbólicamente, se adjetiva luego en «La rosa de la vida malograda», pues aquí el poeta nos refiere su peculiaridad íntima:

*Vano el vivir, y vano el loco empeño;  
mi vida es una rosa malograda;  
tan sólo de mi verso soy el dueño,  
una sombra, una espuma y una nada.*

Una acumulación de acidez amorosa presagia el desencanto, pero el poeta, evadiéndose de sí mismo, se sumerge en «lejanías ideales», adivinando el misterio y la transparencia de la semilla de infinito contenida en cada rosa. A tal punto es la resignación placentera que le inspira esta flor ante el dolor del vivir, que poseído de entusiasmo expresa lo feliz que sería morir incendiado de belleza:

*La muerte es para el hombre tan oscura;  
la muerte es a la rosa tan sencilla;  
aprendió de la estrella que más brilla;  
la estrella muerta da la luz más pura.*

.....  
*La rosa en otra estrella se convierte;  
y dice a todos con su ciencia rara:  
llo más bello y fugaz es lo más fuerte!*

El amor total, suma de ternura y encanto, es la rosa de la ausencia, de la «mujer que huye para ser la amada». El poeta reconoce su aliento como un beso de sombra, y declara: «Ahora que no estás, te pienso, y eres!». Y conciuve alabando su dicha: «Más supremo que el mío no hay un goce: —ser besado en el propio pensamiento— por la única entre todas las mujeres». Mas la tristeza,

la nostalgia y la melancolía, se corresponden más adelante en «La rosa inalcanzable» con renovado ímpetu, perdurando el sentimiento sufrido como cimiento de su propia existencia. La esperanza se conturba y la ilusión se oscurece al medir la realidad de lo vivido con el supremo anhelo de lo deseado, y así nos dice:

*Más me valiera amor, no haber nacido  
que ser como la hierba de un alero;  
si la rosa es fugaz, la mía ha sido  
de la fugacidad lo pasajero.*

*Huí la tierra y sin haber vivido  
aun la tierra despreciada quiero;  
ansiaba el cielo, y sin lograrlo mido  
esta mezquina altura en que me muero.*

La construcción objetiva es sólida, coherente y regulada. Se destaca la unidad formal y sucesiva del verso ordenado al tema central como motivo inspirador, sosteniendo la tensión condicionante de lo cantado. Lo cualitativo de este poeta chileno es el matiz nostálgico que recubre su inspiración, ahincándose en un estado de insatisfacción mantenido como eco múltiple de su poesía, Pedro Prado, nacido en 1886, se inició en la poesía a los 22 años con la publicación de *Flores de Cardo*, mereciendo luego un premio significativo con *Las horas*, libro en el cual la madurez del poeta se determinaba ya por su inspiración esencial, y actitud que se logra en *No más que una rosa*.

Eduardo Joubin C.

★

## N O T A S

*Junto con una carta que nos honra, Alceu Amoroso de Lima, que bajo el seudónimo de Tristán de Athayde ejerce un elevado magisterio sobre los católicos de América, nos ha enviado el artículo que reproducimos en estas páginas.*

*El fué escrito con oportunidad del 25.º aniversario de «A ORDEM», que el mismo Athayde dirige. Con su publicación, «POLITICA Y ESPIRITU» quiere asociarse a la justa celebración que de su cuarto de siglo de existencia ha hecho la conocida revista católica brasileña.*

### NUESTRO JUBILEO

Hace, precisamente, 25 años, en Agosto de 1921, publicaba A ORDEM su primer número.

Fundada y dirigida por Jackson de Figueiredo,

tenía como Secretario a Perilo Gómez y como principales redactores, además, a Hamilton Nogueira, Durval de Moraes, Jonatás Serrano y Alejandro Correia. Nuevos redactores fueron incorporándose unos tras otros, pero la revista debió su inmediato prestigio, sobre todo, al trío inicial: Jackson, Perilo y Hamilton, especialmente a Jackson, gracias a quienes su fundación dejaría una marca indeleble en la historia del catolicismo brasileño.

El sucesor de Jackson en la presidencia del Centro «Dom Vital» y en la dirección de A ORDEM (1), en el artículo «Campaña de los Jubileos», que más adelante se transcribe, enfoca la posición relevante que la iniciativa del glorioso fundador de A ORDEM, hace cinco lustros, asumiría tanto en la historia del Brasil propiamente como en la de la Iglesia brasileña.

La fundación de A ORDEM, en 1921, y del Centro «Dom Vital», al año siguiente, tan íntimamente ligada a la actuación de don Sebastián Leme (2) a la cabeza de la Iglesia, sería el principio de una nueva era del catolicismo brasileño.

Lo que Julio María representara en los años finales de la monarquía y en los del comienzo de la Primera República, Jackson lo sería para el término de ésta. La Divina Providencia no habría de permitir que él asistiese a la aurora, ni aun al desarrollo de la Segunda República, de 1930 a 1945, pero su admirable instinto político presintió muchos de los rumbos que tomaría el Brasil y advirtió a los espíritus contra los errores posibles de evitar.

El programa de A ORDEM quedaba definido de modo muy claro en el artículo de fondo de su primer número, que transcribimos.

#### CATOLICISMO INTEGRAL Y NACIONALISMO

Tales eran las dos notas dominantes de ese programa de acción. Un catolicismo que miraba con horror la indiferencia y la confusión que entonces se infiltraban en el pueblo, sobre todo en las «élites», pero rechazaba el estigma de pesimista y confiaba en el futuro. Un *nacionalismo* que, de antemano, se desligaba de los errores que, más tarde, envenenarían un movimiento semejante en Europa. «El nacionalismo no se presenta, en verdad, ligado esencialmente a la Iglesia Católica. Puede haber un nacionalismo turco, como recuerda el crítico de A AGUIA y ser eminentemente contrario a la Iglesia. Sin embargo, en los países católicos, el nacionalismo es eminentemente católico o no es nacionalismo», según se escribiría en otro artículo de nuestro número inicial.

Ya se hacía la distinción entre nacionalismo

(1) Tristán de Athayde.

(2) Primer Cardenal brasileño.

crístico y nacionalismo no cristiano, que harían patente los acontecimientos desarrollados a partir de 1926 y de la condenación de la «Action française». Esa distinción nos lleva hoy a preferir el término «patriotismo» al tan funesto de «nacionalismo» totalitario, no sólo como expresión sentimental, sino aun como expresión racional, de acuerdo con la distinción hecha por el propio Jackson en su respuesta ya citada, hecha a la revista portuguesa A AGUIA.

Hasta su muerte, durante siete años, Jackson mantuvo la publicación de A ORDEM, a despecho de todas las dificultades. La revista surgió desde un comienzo como una obra de apostolado libre, que se batía por la pureza de la doctrina católica, pero sin la intención de representar el pensamiento oficial de la Iglesia, que sólo el Episcopado representa.

«Todo cuanto fuere publicado aquí es de exclusiva responsabilidad de sus redactores, a quienes únicamente, deberán imputar los enemigos de la Iglesia cuanto les pareciere dureza u ofensa en nuestro modo de apreciar la doctrina o de combatir sus errores. Quienes también deberán dirigir nada más que a nosotros reparos o apodos, son los propios católicos. Los que, con real sacrificio, emprendemos esta cruzada, estamos—lo esperamos en Dios—bien preparados para las injusticias que de ambas partes nos vengán».

Con tal óptima predisposición aparecía la revista del recién convertido para ser un fermento de renovación religiosa y política en el seno de la sociedad brasileña, y de transformación radical de un amplio sector de las nuevas generaciones, hasta entonces completamente impregnado de hostilidad o indiferencia ante la doctrina y la acción de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Era una revista pobre, paupérrima. En su primer número encontramos una imagen de Santa Eduvigis, «protectora de los pobres y de los endeudados», y endeudada y pobre creció y vivió siempre la revista. Jackson dijo más de una vez que llegaría hasta a vender sus propios muebles para no dejar morir su revista. Y si no necesitó recurrir a ese extremo, pues a última hora la Providencia siempre abrió la cartera de un amigo más pudiente, la revista vivió siempre de modo precario y bajo la amenaza de cerrar por falta de recursos.

La grandeza de la causa, la pureza de las intenciones y la pobreza de los medios fueron los tres secretos, victoriosa supervivencia de la revista a los obstáculos que, en vida de Jackson, se le opusieron. Y que, igualmente, continuaron oponiéndosele después del desaparecimiento de éste. Después de perder el carácter político-militante que asumió durante la lucha presidencial Nilo-



Bernardes, para adquirir un carácter más cultural y formativo, A ORDEM procuró siempre ser fiel a los tres postulados de sus comienzos: la grandeza de la causa, la pureza de las intenciones, la pobreza de los medios.

Fué así como atravesó la gran crisis de 1930 a 1934, de la revolución a la constitución, y la siguiente, de 1937 a 1945, procurando siempre batirse por la renovación del espíritu católico, basada en la purificación litúrgica, en la adoctrinación tomista y en el apostolado de la acción militante independiente de toda escuela y en el mantenimiento riguroso del precepto del suprapartidismo político, pero con ardiente y libre participación en el profundo remodelado democrático-social de los nuevos tiempos.

El espíritu de fidelidad al fundador de A ORDEM y a los principios que orientaban su cruzada—que era la de la propia Iglesia—es el que nos anima en esta nueva post-guerra, en esta brava lucha por la cristianización de la trágica Edad Nueva a que ingresamos bajo el estruendo apocalíptico de la bomba atómica y al resonar de las armas que se preparan febrilmente para la tercera guerra mundial.

Más sombríos son nuestros horizontes de 1946, al cumplir A ORDEM su primer jubileo, que los de 1921, cuando Jackson lanzaba la revista como un desafío a la indiferencia religiosa y al falso optimismo entonces reinantes.

Tenemos motivos de sobra para sentirnos desanimados tanto en nuestra vida religiosa y en nuestra vida política nacional como en la internacional. Nunca fueron tan sombrías las perspectivas del mundo como en esta hora en que nos preparamos para iniciar un nuevo período.

¡Gracias a Dios! En las horas difíciles es cuando se retiemplan los corazones. La Iglesia navega a lo largo de los siglos, siempre, o casi siempre, con mar gruesa y vientos contrarios. Cuánto más grueso el mar y más contrarios los vientos, más se fortalece la barca perdurable que Nuestro Señor confió al cuidado de los apóstoles, bajo las órdenes de Pedro.

Salimos de una tempestad y ya se avecinan nuevos huracanes. Es tiempo de vigilia, de continua y severa vigilia.

Como decía nuestro gran fundador al levantar su tribuna: «La dirección de esta revista no sufre la enfermedad del pesimismo. Por el contrario».

Sí, los tiempos son otros; sí, en vista de amenazas opuestas, es necesario invertir alguna de las posiciones asumidas otrora, para ser así fiel a la causa, continuamos siendo los mismos, empeñados única y exclusivamente en el combate por la civilización cristiana, contra las amenazas del capitalismo burgués, del imperialismo soviético y de

los reaccionarios neo-fascistas. Y continuamos íntimamente al Cuerpo Místico de Cristo, sumisos a la autoridad jerárquica, que es el propio Cristo visible, y trabajando por un Brasil brasileño, en el que una democracia de verdad, política, económica y cultural, pueda hacer a las ciudades menos asfixiantes y a los campos más habitables.

---

El año 1946 ha visto iniciarse una nueva fase en la actividad pública brasileña. Está haciendo la Tercera República. Y con ella, nuevas esperanzas, nuevos esfuerzos, para que no suceda a la nueva Constitución lo que ocurrió a la de 1934, gracias a la cual, por primera vez en la historia de la República, se incorporaban a nuestra ley fundamental los postulados jurídicos de la conciencia católica brasileña. Poner la legislación más de acuerdo con la conciencia de la nacionalidad fué siempre, desde su fundación uno de los ideales de A ORDEM. Para clavar esa pica en Flandes siempre apoyamos, sin reservas, los arduos esfuerzos de la Liga Electoral Católica, y continuaremos apoyándolos. Sola la L. E. C., fuera y por encima de los partidos políticos, podrá realizar la obra que un partido católico no podría hacer. La condición política de Europa está haciendo surgir partidos nuevos, no católicos confesionales, pero compuestos en su mayoría de católicos, con un programa de la más avanzada justicia social, según la doctrina católica, y esos partidos están modificando el rumbo político del Viejo Mundo. Es posible que un día suceda lo mismo en América. Por ahora, al menos, el programa super-partidista de la L. E. C. es lo que—nos parece—consulta mejor los ideales de la cristianización de nuestras instituciones jurídico-sociales.

En nuestras campañas por la purificación de la vida litúrgica; por la clarificación de las inteligencias iluminadas por la verdadera metafísica; por la vitalización de la Acción Católica; por los ideales de la Liga Electoral Católica; por la cristianización de la democracia; la dignificación y elevación del trabajo en la era de su primacía, que ya es inminente; en todo, procuramos seguir el ejemplo de nuestro fundador y de nuestro patrono, ese gran Dom Vital, sirviéndonos de los *medios pobres* para realizar con pureza los grandes ideales que nos animan, en perfecta obediencia a las Autoridades Jerárquicas y, particularmente, a su Eminencia el señor Cardenal Arzobispo de Río de Janeiro, Dom Jaime de Barros Câmara, el hoy ya legendario Cardenal de los Morros (3).

---

(3) Así llamado por su labor apostólica entre los pobrísimos habitantes de los cerros o «morros» que rodean a Río de Janeiro.

Y en ese espíritu de fidelidad al pasado, de realismo ante el presente y de confianza en el futuro, bajo la acción innegable de la gracia divina, a las que nos entregamos filialmente, sin otro cuidado que el de la pura obediencia a Dios, a Jesu-

cristo y a su Iglesia, en ese estado de espíritu, elevamos a los cielos nuestras acciones de gracias por los 25 años transcurridos, y en esta nueva etapa que hoy comienza, ponemos en manos de la Divina Providencia los destinos de nuestra cruzada.

EDUARDO FREI MONTALVA

# LA POLITICA Y EL ESPIRITU

PROLOGO DE GABRIELA MISTRAL

\$ 60.—

Ya está en venta una nueva edición, con importantes ampliaciones en capítulos fundamentales, de este interesante libro, cuya primera edición, totalmente agotada, tuvo la más amplia acogida. En esta obra se podrá apreciar, una filosofía de lo social, que expuesta hace ya años, ha sido confirmada por los acontecimientos.

---

**EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.**

---